

Stefan Rinke

Cultura de masas:  
reforma y nacionalismo  
en Chile  
1910-1931

CULTURA DE MASAS,  
REFORMA Y NACIONALISMO EN CHILE  
1910-1931

CULTURA DE MASAS,  
REFORMA Y NACIONALISMO  
EN CHILE  
1910-19

Edición de la Comisión de Historia, Arte y Monumentos  
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 501  
Teléfono 200.000



COMISIÓN NACIONAL DE HISTORIA  
NACIONAL

libram

INSTITUTO NACIONAL DE HISTORIA Y MONUMENTOS

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. 2002  
Inscripción N° 129.010

ISBN 956-244-151-2

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos  
y Representante Legal  
*Sra. Clara Budnik Sinay*

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana  
y Director Responsable  
*Sr. Rafael Sagredo Baeza*

Editor  
*Sr. Marcelo Rojas Vásquez*

Corrección de Textos  
*Sr. Manuel Vicuña Urrutia*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos  
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651  
Teléfono: 3605283. Fax: 3605278  
Santiago. Chile

Stefan Rinke

CULTURA DE MASAS,  
REFORMA Y NACIONALISMO  
EN CHILE  
1910-1931

DIRECCION  
**dibam**  
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MEMORIAS

  
KATHOLISCHE  
UNIVERSITÄT  
EICHSTÄTT



CENTRO  
DE INVESTIGACIONES  
DIEGO BARROS ARANA

# INDICE

*A mis hijos*

*Tilman y Tobias*

Signos y abreviaturas	
Entre expectativas y limitaciones. Tradición y modernización en la experiencia de la sociedad chilena, por Eduardo Lora	13
Agradecimientos	16

## INTRODUCCION

<i>La modernización de Chile</i>	20
<i>La modernización en la práctica</i>	21
<i>Un Chile cambiante</i>	24

## PART I

### LA EMERGENCIA DE LA CULTURA DE MASAS

<i>Capitales urbanos y cultura de masas</i>	29
<i>La construcción de los lugares modernos</i>	33
<i>La revolución de los medios de comunicación</i>	40
<i>El cine y las masas</i>	44
<i>Entretención en el caso de Chile</i>	48
<i>La juventud y el surgimiento de los deportes populares</i>	52
<i>El aumento independiente del consumo del cine</i>	58
<i>El contexto de la modernidad</i>	59
<i>La formación (y crisis) del público moderno</i>	63
<i>Los problemas de un cine nacional</i>	72

## PART II

### LAS AMBITOSIDADES DE LA REFORMA

<i>Los trabajadores y los cambios sociales</i>	81
<i>Un punto de los trabajadores</i>	84
<i>Explotación y explotación</i>	87

# ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	11
Entre expectativas y frustraciones. Tradición y modernización en la experiencia de la sociedad chilena, por <i>Eduardo Cavieres</i>	13
Agradecimientos	19

## INTRODUCCIÓN

<i>La modernización de Chile</i>	21
<i>La modernización en la periferia</i>	21
<i>Un Chile cambiante</i>	24

## PARTE I

### LA EMERGENCIA DE LA CULTURA DE MASAS

<i>Cambio urbano y cultura de masas</i>	33
<i>La construcción de un Santiago moderno</i>	33
<i>La revolución de los medios de comunicación</i>	40
<i>El consumismo y las masas</i>	44
<i>Entretenimiento en el nuevo Santiago</i>	48
<i>La juventud y el surgimiento de los deportes competitivos</i>	52
<i>El contexto socioeconómico del comienzo del cine</i>	59
<i>El comercio de la entretención</i>	59
<i>La formación (y censura) del público moderno</i>	65
<i>Los problemas de un cine nacional</i>	72

## PARTE II

### LAS AMBIGÜEDADES DE LA REFORMA

<i>Los trabajadores y los enclaves mineros</i>	81
<i>Un paraíso de los trabajadores</i>	81
<i>Explotación y resistencia</i>	87

<i>Las posibilidades y los límites de las reformas sociales</i>	97
<i>La reforma del Código Sanitario</i>	97
<i>El fracaso de la prohibición</i>	101
<i>El progreso a través de la educación</i>	104
<i>La lucha por los derechos de la mujer</i>	108

### PARTE III EL ESPÍRITU DEL NACIONALISMO

<i>Construyendo identidades</i>	119
<i>El significado de la chilenidad</i>	119
<i>Nacionalismo continental</i>	131
<i>La protección de la economía nacional</i>	139
<i>El llamado a una nueva política económica</i>	139
<i>El régimen de Ibáñez y la legislación nacionalista</i>	145

### EPÍLOGO

<i>La Gran Depresión y el proyecto inconcluso</i>	153
<i>Fuentes y bibliografía</i>	159

## SIGLAS Y ABREVIATURAS

A.M.R.E.	Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile
A.N.	Archivo Nacional
C.O.S.A.Ch	Compañía de Salitre de Chile
FC	Colección de filmes
F.O.Ch	Federación Obrera de Chile
H.A.H.R.	<i>Hispanic American Historical Review</i>
I.T.T.	International Telephone & Telegraph Co. (Cía. Internacional de Teléfonos y Telégrafos)
J.L.A.S.	<i>Journal of Latin American Studies</i>
M.R.E.	Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile
N.A.	National Archives (Archivo Nacional de Estados Unidos, Washington D.C.)
N.N.	
M.I.D.	Military Intelligence Division (División de inteligencia militar)
P.A.N.A.G.R.A.	Pan American Grace Airways (Líneas Aéreas Panamericanas Grace)
R.G.	Record Group (Grupo de Registro)
SOFOFA	Sociedad de Fomento Fabril
Y.M.C.A	Young Men Christian Association
Y.W.C.A.	Young Women Christian Association



## ENTRE EXPECTATIVAS Y FRUSTRACIONES. TRADICIÓN Y MODERNIZACIÓN EN LA EXPERIENCIA DE LA SOCIEDAD CHILENA

Son muchos quienes, evocando la primera mitad del siglo pasado, podrían pensar efectivamente que se trató de un mundo ya muy lejano, un pasado difícil de recordar con cierta exactitud y, parodiando el buen título de un libro de Peter Laslett, libro con muy buenos e interesantes contenidos, un mundo ya perdido. Son muchos otros quienes ni siquiera tienen la posibilidad de recordar a partir de relaciones directas o indirectas y menos aún de imaginar cuáles fueron los antecedentes más directos del mundo al cual ellos han pertenecido. Por lo demás, para estos últimos, sin una gran memoria histórica que les permita desplazarse por el tiempo en un recorrido relativamente largo hacia el pasado, las cosas debieran ser siempre las mismas o, por último, no han tenido orígenes claros y precisos.

Uno de los problemas más cercanos a esta situación tiene que ver con los conceptos de modernidad y modernización, hoy día poco definidos e igualmente faltos de significación histórica no sólo por las diferencias entre ambos términos, sino, además, por la negación social y colectiva de reconocer procesos de modernización permanentes en el tiempo. Se insiste en que hoy en día estamos experimentando "el" proceso de modernización, y que nuestra sociedad se acerca a la modernidad. No se habla ya del paso desde un estado de subdesarrollo a otro desarrollado, sino simplemente de transformación hacia una sociedad moderna.

Importa insistir en que, dentro de la historia moderna, a esta altura con una larga data de siglos recorridos en el mundo occidental, hay permanentes procesos de modernización, siempre presentes, cuyos desarrollos se pueden visualizar a través de sus contenidos. En el caso chileno, hubo también modernización en la segunda mitad del siglo XVIII, a propósito de la política de fundación de ciudades, del aumento del comercio interno y de la población, de nuevas posibilidades culturales con la creación de la Universidad de San Felipe, con el crecimiento de los centros mineros en el norte, etc. Nuevos caminos, nuevas exportaciones, nuevas formas de relaciones crediticias, nuevos pensamientos, nuevos proyectos. Hubo modernización también en la primera mitad del siglo XIX, especialmente a nivel de las instituciones, del surgimiento del Estado nacional, de tener que asumir los aires renovados de las influencias europeas y norteamericanas y de tener que recibir los mensajes económicos, políticos y culturales en ámbitos mucho más amplios que el de los tradicionales conductos del régimen colonial español. ¿Y qué decir de la segunda mitad del siglo XIX? Más que el sólo triunfo del liberalismo, desde un restringido

concepto ideológico, el país, sus principales ciudades y también sus posibilidades productivas, no sólo se abrieron hacia el exterior sino que se reinsertaron en él abriendo nuevos cauces para recibir los nuevos contenidos de la modernización de la época. Modernización material, la de la segunda revolución industrial, pero también modernización cultural, la de los códigos y asociaciones, la del liceo y la nueva universidad, la expansión de la escuela y de la educación pública. Una modernización con un fuerte contenido valórico, un tanto minimizada en las fuertes discusiones políticas, pero muy profunda respecto a los verdaderos alcances entre conservadurismos y liberalismos. Así como Inglaterra expande su economía, Francia expande sus ideas.

Además de los contenidos, que hacen la diferencia, hay un segundo elemento importante de considerar. Se trata del problema de la intensidad y de la profundidad de los cambios y las transformaciones. En el primer caso, ello es hablar igualmente de los ritmos del movimiento, de sus alcances, a veces muy pesados, aletargados, lentos, en muchos sentidos imperceptibles; otras veces, rápidos, difíciles de controlar, fuertes en las reformas, admirables en la percepción de lo que sucede, complicados respecto a sus verdaderos efectos y significaciones. En lo general, tenemos la sensación de que esta modernización, la que conocemos en la historia inmediata, es la de mayor velocidad de cambio. Que incluso tiene que ver con el acelerado paso de las generaciones actuales que no sólo rompen eslabones de continuidad en forma más rápida, sino que además, desde lo cultural, principalmente, tienden a desconocerse entre ellas y a separarse en rompientes más bruscas y disociativas.

No obstante, no todo es así. La situación es más compleja y, por cierto, como ya se ha advertido, tiene que ver fundamentalmente con los contenidos de la modernidad que se pretende alcanzar. En este sentido, parece ser cada vez más evidente, que las últimas décadas del siglo XX reproducen, con diferentes formas y circunstancias, situaciones bastante similares producidas en las últimas décadas del siglo XIX y que, en ambas oportunidades, los grupos dirigentes de la sociedad chilena se sintieron profundamente seguros de que no sólo estaban cambiando al país, sino que además lo situaban a la cabeza de sus similares latinoamericanos. El optimismo desenfrenado de algunos momentos, un poco más moderado en aquellas situaciones en que los revoques de la modernización no podían impedir las profundas trizaduras del andamiaje social, económico y político en que se sostenía la construcción de la sociedad, las nuevas angustias y la proclamación de nuevos proyectos cuando las evidencias no permiten seguir ocultando o distorsionando los verdaderos caracteres de la realidad, llevaron a la construcción de las imágenes relacionadas con la autoidentificación en el querer ser los ingleses de latinoamericana del siglo XIX o la réplica de los tigres asiáticos a fines del siglo XX.

Los contenidos de estas modernizaciones son también bastante equivalentes. En primer lugar, el paradigma del crecimiento hacia fuera, sin reservas, producir para exportar, lo cual está fuera de dudas, salvo el preguntarse quién,

qué y cómo se produce y quién, qué y cómo se compra. Las economías no funcionan sólo en una dirección y su éxito depende mucho más que de una sola variable, y también de muchos más factores que los únicamente relacionados con rentabilidades económicas. A los tratados de libre comercio, a las consiguientes reducciones arancelarias y a las eternas discusiones sobre los posibles aumentos de las tributaciones internas, siempre se sigue el también permanente problema de cómo equilibrar la balanza de pagos, mantener el pago de la deuda externa (con nuevos endeudamientos, etc.) y obtener los dineros necesarios para el crecimiento interno y las inversiones tendientes a crear una estructura de producción sólida y que no dependa solamente de cuanto extraer de la naturaleza y de cómo anden los precios en el mercado externo.

La otra situación que da carácter a esas modernizaciones tiene que ver con lo social. La modernidad material y los requerimientos del crecimiento hacia fuera desde el punto de vista del interés primordial de producir al más alto volumen y con los menores costos (desregulación social de la economía, en términos actuales) sacrifica, por cierto, las preocupaciones de transformación social en espera que sea el propio sistema el que termine beneficiando a los trabajadores o que se incremente, para los más desposeídos, la ayuda social por parte del Estado o los programas de caridad de la Iglesia u otras instituciones privadas. Hoy como ayer, igualmente, esa carencia de preocupación social, profunda, con proyectos ciertos y concretos de movilidad, se esconde o se dilata en la discusión valórica, siempre importante, pero bastante ajena a las preocupaciones y necesidades reales de las mayorías que no pueden participar directamente de los logros de la modernidad. Los antagonismos entre conservadurismos y liberalismos, la modernización de los partidos políticos, la secularización o laicización de la sociedad, pasan a ser temas fundamentales del quehacer intelectual de los sectores dirigentes de la sociedad.

En todo caso, no se pueden desconocer los logros alcanzados. Como en la actualidad, en el siglo XIX, fueron también muchos. La gran aldea de Santiago se convirtió en ciudad y la caleta de Valparaíso en puerto. Crecieron también los pueblos y, en el conjunto, la urbanización se hizo ostensible. Se necesitó de caminos y fue necesario habilitar puertos. Sin embargo, siempre era necesario más. Muy pronto, el centro del país pudo gozar del beneficio máximo de la época: el ferrocarril y, también muy pronto, éste pudo trasladar no sólo personas, sino también todas las expresiones de los adelantos de la época. También hubo manifestaciones culturales y renovación de las instituciones económicas, jurídicas y políticas. Las ideas liberales y el liberalismo avanzaron sobre los rieles a través de los cuales supuestamente el país se acercaba a la celebración del primer centenario que le encontraría sólidamente posesionado en los fuertes brazos del orden y el progreso. Los palacios, el refinamiento en las formas de vida de los grupos dirigentes, los grandes monumentos y los proyectos de renovación urbana dieron cuenta de los avances. Algo pasó, sin embargo, que

no permitió alcanzar la meta. La celebración del primer centenario fue también aguda crítica por lo no alcanzado, por las oportunidades desperdiciadas.

En el paralelo con las últimas décadas, se pueden observar carencias comunes y, la más importante, la falta de proyectos sociales fundamentados en creer y tener fe en la sociedad y efectivamente diseñados para demostrar una especial y real sensibilidad por la situación de los marginados del sistema y por las capas sociales en condiciones de poder ascender aún a costa de disminuir los índices cuantitativos del crecimiento económico. La modernización del siglo XIX fue, básicamente, una carrera por aumentar y aumentar el comercio externo: más exportaciones, más importaciones. La modernización de las últimas décadas, un continuo desasosiego por aumentar los índices de crecimiento. En ambas situaciones, las discusiones y políticas educacionales lo dicen todo: a los sectores populares, la educación popular, la educación para producir, no para cambiar; la universidad para quienes serán los sectores dirigentes del futuro. La única diferencia, sustancial por lo demás, es que en el siglo XIX, el sistema nacional de educación estaba en formación y su pilar fundamental, de todas maneras, era el propio Estado.

Pareciera ser que en las grandes visiones de los avances de las sociedades, aún cuando las imágenes surgen desde la historia económica y desde sus particulares análisis de los períodos de prosperidad o crisis, en los largos tiempos seculares, las segundas mitades de los siglos muestran mucho mayor dinamismo que las primeras mitades de los mismos. Las etapas de contracción se darían en las décadas iniciales y las de crecimiento en las décadas finales. Primero, las etapas románticas; después, las décadas exitosas, las de los frutos abundantes. Consecuentemente, en las etapas románticas, los momentos impulsados por los grandes proyectos, las miradas puestas sobre el futuro; en las décadas exitosas, la actitud pragmática, las miradas puestas sobre el presente.

En este análisis de dos grandes momentos de aparente fuerte modernización, naturalmente ha quedado un espacio intermedio, precisamente el de una primera mitad de siglo, el período de los años 1920, 1930, 1940, 1950 e, incluso, de los años 1960. Todavía para un número apreciable de personas, esas décadas o parte de esas décadas, conforman el mundo del cual hablamos inicialmente, el mundo que hemos perdido. Un mundo que ha quedado y sigue quedando muy atrás en el tiempo. Las construcciones, las calles, el movimiento de las personas, sus vestimentas, sus actitudes, sus comportamientos, sus pensamientos, ya no son los mismos. Especialmente ya no existen, o lentamente van desapareciendo, algunas capacidades, como el asombro, la mirada sobre las cosas, la relación estrecha con el espacio, la conversación en el almacén, el conocimiento del vecino y del vecindario. También desaparecen sensaciones y desaparecen olores, visualizaciones particulares del entorno, etc. ¿Necesitamos mantener el pasado? No más que aquello que permite seguir avanzando en el tiempo. Es parte de la historia. Pero también es importante valorar aquello que ha tenido significaciones valederas. Este tiempo intermedio, ca-

racterizado por una fuerte presencia del Estado, por el paradigma de la industrialización, por los avances en la educación pública, por el desarrollo de los conflictos sociales, no fue una *Edad Media*, ni un período perdido para la historia. Por el contrario, lo que ha venido sucediendo es que, por el afán de cambiar lo negativo, se ha terminado perdiendo lo positivo. ¿Cómo negar el rol democratizador de la escuela y el liceo fiscal? Los retrocesos en esa área no sólo son irrecuperables, sino además pérdidas importantes de capital social del país.

Es en estos contextos en que podemos valorizar el libro de Stefan Rinke. Nos permite recuperar una parte importante de un pasado cercano bastante despreciado y cada vez más desconocido. Es la modernización de la cultura de masas, la modernización de la reforma y la modernización del nacionalismo. Con sus limitaciones y con sus ambigüedades. Una modernización a escala reducida, pero también a escala humana. Quienes recuerdan el Santiago existente hacia 1960, pueden volver a recordar el Santiago de los primeros rasca-cielos, de los orígenes de las salas de cine, del Centro y de los barrios, de las transmisiones radiales, de la construcción del Estadio Nacional, también el Santiago encerrado en límites urbanos hoy inimaginables. El Santiago de los automóviles y de los tranvías, de las calles empedradas y de los hombres de trabajo y de clase media. Las expresiones culturales de la nueva juventud. Surgen también en la memoria las nuevas entreteniciones, los nuevos bailes y la expansión de la música popular de entonces. Stefan Rinke renueva esas imágenes que se van desvaneciendo, y, al mismo tiempo, las sitúa en sus reales dimensiones. En su momento, todo ello provocó admiración, y también una cierta pérdida de la medida causada por la confianza exagerada en creer de que allí se estaba construyendo el verdadero Chile del futuro, basado en un único e insustituible modelo de crecimiento. No obstante, hay que reconocer que en la discusión había más que un solo proyecto de sociedad y más que una sólo alternativa. Del mismo modo, se puede pensar en que las debilidades provenientes de esa variedad de proyectos sociales, polarizados y llenos de conflictos entre sí, significaban mayores posibilidades de cambio y actitudes sociales poco más ajustadas a realidades concretas.

Precisamente es en estas situaciones sociales en donde igualmente Rinke pone énfasis. En los contextos sociales y económicos de vigorosas formas culturales masivas y en las ambigüedades o polaridades surgidas entre programas de beneficio social de lenta aplicación y marginalidades y descontentos sociales crecientes. El aumento de las expectativas, a un nivel muy lejano a las reales posibilidades de satisfacción de las necesidades más urgentes, cobraron un alto precio. Algo más, en la suma de avances y conflictos, de frustraciones y esperanzas, de situaciones infaustas y de escapismos a través de la diversión, entre un sincero esfuerzo por prosperar y una irreverente irresponsabilidad frente al mañana, de la sociedad y de sus dirigentes, se fueron conformando igualmente identidades comunes a la época. Los políticos, los intelectuales,

los empresarios, los trabajadores asumieron sus roles, pero también unas ciertas sensibilidades acerca de la *chilenidad*. Stefan Rinke, desde fuera, con otra formación cultural, es agudo en descubrir algunos de los rasgos de esas sensibilidades y muy fino en describirlas.

El desarrollo de algunos de estos temas pueden producir más de algún problema al momento de estudiarlos y de traducirlos en el escrito. Sin desconocer los méritos de cualquier género literario bien presentado y desarrollado, el libro que sigue es fruto de un trabajo historiográfico serio y especialmente reflexionado. Los aportes están y se pueden descubrir a través de diversas lecturas.

Al final quedan presentes las mismas problemáticas de siempre. No se trata de revitalizar las ideas relativas a que todo pasado fue mejor, pero sí de volver a replantear los alcances y contenidos de toda modernidad y de toda modernización. En la modernidad actual, todo lo anterior, aunque ello haya transcurrido sólo hace unas cuantas décadas atrás, aparece estigmatizado a través de lo tradicional. Si esta sociedad del Santiago y del Chile de la primera mitad del siglo xx fue representación de la sociedad tradicional, quedan dudas razonables de que no toda modernidad es simplemente mejor que toda tradicionalidad.

EDUARDO CAVIERES F.

## AGRADECIMIENTOS

Durante la preparación del presente libro he profitado inmensamente de la ayuda organizacional e intelectual de muchos individuos e instituciones. Con mucho gusto señalo aquí mis agradecimientos a ellos: en primer lugar, mi mentor Hans-Joachim König, constante fuente de motivación, de inspiración y de amistad. En nuestra Universidad Católica de Eichstätt me han ayudado los comentarios de los colegas del Instituto Central de Estudios Latinoamericanos y de la Facultad de Historia y Ciencias Sociales. En Chile, nuestra familia tuvo la buena suerte de ser adoptada por las familias Ramos, Bernedo y Valdivieso. Patricio Bernedo, en particular, preparó nuestra estadía con la máxima diligencia. En muchas conversaciones, él, junto con Patricio Valdivieso, David Vásquez y Joaquín Fernandois, han contribuido con críticas ingeniosas a esta obra y me ayudaron a ganar un mejor entendimiento de Chile. Eliana Jara Donoso compartió informaciones importantes conmigo. El Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, el Archivo Nacional, el Archivo del Siglo XX, la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca Nacional demostraron ser lugares estupendos para la investigación; gente como Carlos Guerra, Carmen Morandé, Fernando Concha, Carlos Oyarzún, Mario Monsalve, Marcela Cavada, Patricio Miranda y Washington Monsalve, transformaban el trabajo en una experiencia muy grata. En Washington D.C., disfrutamos de la hospitalidad de la familia Scherf. El servicio en el Archivo Nacional y en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos resultó excelente. La Deutsche Forschungsgemeinschaft brindó el apoyo financiero para hacer posible mi estadía en Chile.

Agradezco especialmente a mi amigo Eduardo Cavieres. Hemos preparado un convenio entre nuestras universidades católicas, de Eichstätt y de Valparaíso, que ojalá sea productivo en el futuro. Ambas instituciones apoyaron generosamente la publicación de esta obra como primer símbolo del espíritu de la cooperación. Además, agradezco el apoyo recibido por parte del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y, especialmente, de Rafael Sagredo y Marcelo Rojas.

Mis hijos Tilman y Tobias nacieron durante la elaboración de esta obra. Su entrada en mi vida cambió por siempre el sentido y el proceso de escribir libros y tengo un gran sentimiento de gratitud por este cambio. Como siempre, mi esposa Silke, ha sido mi compañera más importante.

# INTRODUCCIÓN

## LA MODERNIZACIÓN DE CHILE

En la tarde del 14 de septiembre de 1923, una multitud de más de dos mil chilenos, en su mayoría pertenecientes a la clase media, se reunió frente al edificio del periódico *La Nación*, ubicado en el distrito financiero de Santiago. La razón para este evento vespertino fue la pelea entre el héroe local Luis Ángel Firpo, un argentino que aprendió el arte del boxeo en Chile, y el legendario campeón estadounidense Jack Dempsey. Ambos disputaban la copa mundial de peso pesado en Nueva York en un torneo que sería objeto de la primera transmisión radial en vivo de la historia chilena.

Seguramente, muchos de los entusiastas llegaron al memorable evento manejando sus flamantes automóviles Ford, adquiridos en cuotas, por la recientemente iluminada Alameda, en la cual se eregía el primer rascacielo del país. La noche todavía era joven al finalizar la pelea, porque la gran esperanza latinoamericana fue derrotada por *knock-out*, pocos minutos después de empezado el segundo round. Sin embargo, existían numerosas alternativas para olvidar la decepción: la ciudad contaba con lujosas salas de cine para disfrutar de las últimas películas y con modernas salas de baile en donde beber cocteles, escuchar jazz interpretado por bandas locales o bailar algún ritmo de moda. La experiencia de una noche como ésta, de seguro permitía a los chilenos sentir que su país había entrado en una nueva etapa de desarrollo que lo separaba definitivamente de épocas anteriores, etapa que algunos veían con entusiasmo pero que otros miraban con reserva.

## LA MODERNIZACIÓN EN LA PERIFERIA

El evento de esa memorable noche de 1923 reúne un conjunto de innovaciones: una audiencia masiva prioritariamente de clase media, un suceso transmitido por el medio de comunicación más moderno de la época, tráfico automovilístico urbano, la Alameda iluminada eléctricamente y la atracción ejercida por un combate deportivo profesional. Estos factores por sí mismos implican un amplio rango de cambios socioculturales: el surgimiento de un nuevo sector social urbano que se enfrentaba con las exclusivas exigencias de distinción cultural de la clase alta tradicional, el auge de una nueva forma de cultura de masas y, finalmente, aunque no menos importante, una profunda revolución



tecnológica y de comunicación. En conjunto, no es sorprendente que aquellos chilenos de la muchedumbre se sintieran parte de una cultura global más grande, de una cultura moderna. Pero, ¿estaban en lo correcto?, ¿había Chile realmente entrado en la modernidad?, ¿qué significado podía tener la modernidad durante las primeras décadas del siglo XX en esta remota esquina de la periferia del mundo? El presente estudio tiene la intención de contestar estas preguntas y contribuir así a la historia sociocultural de la modernización de Chile.

La discusión acerca del fenómeno de modernidad o modernización es antigua, de hecho más antigua que las ciencias sociales abocadas a su estudio. Los primeros sociólogos que comenzaron a discutir este concepto pusieron el énfasis sobre el significado de la modernización y los problemas enfrentados por las industrializadas sociedades occidentales a las que ellos pertenecían. Después de la Segunda Guerra Mundial, la investigación sobre la modernización se transformó en una de las áreas claves de las ciencias sociales. La modernidad se convirtió en el modelo ideal de cambio económico, social, político y cultural. Se veía a la modernización como la clave para una próspera economía de mercado capaz de conducir al país a una alta movilidad social, a una diferenciación de la sociedad a través de educación y urbanización, a la emergencia de un Estado-nación burocratizado con modernas instituciones y, finalmente, a la racionalización y secularización de la cultura.

El modelo ideal de modernidad era claramente ejemplificado por las democracias occidentales, en especial la de Estados Unidos. Lo que no concordaba con aquel modelo era visto necesariamente como deficiente. Esta definición convencional de modernidad/modernización se basaba en el supuesto de la existencia de una dicotomía entre lo que se definió como 'periferia' y 'centro', lo 'tradicional' y lo 'moderno', y la transformación de lo primero en lo segundo. La periferia representaba las etapas de desarrollo que debían ser dejadas atrás por el proceso de modernización<sup>1</sup>.

La misma dicotomía y el eurocentrismo del modelo han sido criticados desde la década de 1970 al hacerse obvio el fracaso de muchos proyectos modernizantes. Las numerosas paradojas y contradicciones del proyecto de la modernidad y la sobrevivencia dentro del sistema moderno de los elementos tradicionales y viceversa, especialmente durante períodos de transición, complicaron la comprensión lineal del desarrollo social<sup>2</sup>. La crítica ha llevado a

<sup>1</sup>Para un resumen y una crítica de la teoría clásica de la modernización y su dicotomía tradicional/moderno, véase Hans-Ulrich Wehler, *Modernisierungstheorie und Geschichte*, pp. 6-33; Peter Flora, *Modernisierungsforschung: Zur empirischen Analyse der gesellschaftlichen Entwicklung*, pp. 13-17. Para un estudio clásico de la modernización en Latinoamérica, véase Gino Germani, *The Sociology of Modernization: Studies on its Historical and Theoretical Aspects with Special Regards to the Latin American Case*, pp. 9-50.

<sup>2</sup>Peter Wehling, *Die Moderne als Sozialmythos: Zur Kritik sozialwissenschaftlicher Modernisierungstheorien*, pp. 107-133. Desde la perspectiva de la teoría de la periferia, ver José Joaquín Brunner *et al.*, *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*; Enrique Dussel, "Eurocentrism and Modernity: Introduction to the Frankfurt Lecture", pp. 65-76.

establecer una nueva y más aguda definición de la teoría de la modernización que cuestiona la aplicabilidad universal del modelo y analiza sus elementos contradictorios<sup>3</sup>.

Desde esa perspectiva, la discusión acerca del significado de la modernización en la llamada periferia ha cobrado una nueva dimensión porque es aquí donde la "coexistencia de realidades incommensurables" ha demostrado estar en el centro de todo cambio social<sup>4</sup>. La modernización, entonces, ya no tiene un sentido unidireccional sino que cuenta con discontinuidades, quiebres y con versiones alternativas que son parte constitutiva de este proceso. Así, las formas especiales de una modernidad en la periferia pueden enfocarse desde perspectivas que son completamente distintas al enfoque centrista, perspectivas que pueden tanto contradecirlo como complementarlo.

La dimensión histórica de este tipo especial de modernidad, aunque fuertemente discutida en el campo de los estudios culturales, es todavía desconocida. De hecho, ni siquiera existe consenso acerca de sus comienzos. Sin embargo, la promesa de una perspectiva histórica ha sido enunciada en el importante estudio de la crítica literaria Beatriz Sarlo sobre la "modernidad periférica" de Buenos Aires en la década de 1920<sup>5</sup>. El presente estudio tiene como objetivo ampliar dicha perspectiva al enfocarse sobre la emergencia de, y las interacciones entre, cultura de masas, reformas y nacionalismo en Chile entre 1910 y 1931, aproximadamente. Este período que abarca desde el centenario chileno en 1910, hasta la caída del dictador Ibáñez en 1931, parece ser crucial para la historia de la modernización de ese país. Los chilenos vivieron el surgimiento de las comunicaciones de masas y de una sociedad de masas a la par que se redefinía el discurso nacionalista, en parte reflejado en reformas iniciadas o al menos acompañadas por un Estado que descubría su rol interventor durante este período<sup>6</sup>. Las contradicciones y los límites del proyecto de modernización en el Chile de las décadas de 1910 y 1920, son especialmente evidentes cuando se analizan estos procesos. Para discutir estos asuntos, sin embargo, primero debemos enfocarnos en el contexto social, económico y político de Chile a comienzos del siglo xx<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> Para nuevas tendencias de la teoría de la modernización, ver Hans van der Loo y Willem van Reijen, *Modernisierung: Projekt und Paradox*.

<sup>4</sup> Mary Louise Pratt, "Modernität und Peripherie", p. 33.

<sup>5</sup> Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Para las discusiones en los estudios culturales, ver Pratt, *op. cit.*, pp. 33-50 y Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, pp. 3-4.

<sup>6</sup> Para la importancia de esta época en Chile, ver Simon Collier y William F. Sater, "Una época clave en Chile (1918-1931): Lo que dice la historia y no dice todavía", pp. 39-52. En cuanto al carácter cambiante y constructivista del nacionalismo en América Latina y a su relación con la modernización, ver Hans-Joachim König, "Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica", pp. 16-31. Para la discusión en general, ver Ernest Gellner, *Nations and Nationalism* y Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*.

<sup>7</sup> Los aspectos políticos y económicos de esta época de la historia chilena ya son investigados intensamente. Cf., por ejemplo, los resúmenes recientes de Gabriel Salazar y Julio Pinto,

## UN CHILE CAMBIANTE

La composición de la sociedad chilena fue cambiando durante las tres primeras décadas del siglo xx. Aquí, tenemos que enfocarnos rápidamente en este contexto consistente en factores claves tales como industrialización, urbanización, el auge del movimiento laboral y la emergencia de la clase media, con grupos profesionales específicos<sup>8</sup>. Aunque el sector exportador siguió siendo la base de la economía chilena, el número y tamaño de las empresas manufactureras aumentó lenta pero constantemente desde la década de 1880, cuando la SOFOFA fue fundada. El proceso se aceleró a comienzos de siglo: las industrias comenzaron a utilizar un mayor número de maquinarias y trabajadores. La industria alimenticia todavía era líder, generando casi un tercio de la producción total, aunque el petróleo y la electricidad atraían un número más alto de inversiones de capital y la industria textil se desarrollaba más rápidamente. Otras áreas en auge fueron la metalúrgica, papeleras y productos químicos. Las condiciones durante la Primera Guerra Mundial fueron favorables para el progreso industrial. En 1925, habían en Chile 1.379 empresas nacionales y 1.476 empresas extranjeras. Gracias al influjo de préstamos en dólares, entre 1925 y 1930 el capital industrial en manos chilenas y extranjeras creció en un 70 %<sup>9</sup>.

A pesar del impresionante crecimiento de la industria, la principal área de la economía chilena de esta época se encontraba en los recursos minerales. Desde la integración del país a los mercados internacionales durante el siglo XIX, las elites locales habían reconocido la posición de Chile dentro de este sistema. Habían comprendido que era ésta una posición subordinada y habían aceptado las reglas del juego. Como sus vecinos latinoamericanos, Chile debía contribuir con materias primas a la economía mundial para recibir a cambio productos elaborados. En retorno, eso sí, se esperaba atraer inversionistas extranjeros que explotaran las riquezas naturales y que introdujeran tecnología de punta, lo que a largo plazo permitiría a Chile convertirse en un país moderno. Este modelo de desarrollo económico continuó dominando hasta la Gran Depresión. Sin embargo, durante y después de la Primera Guerra Mundial, las elites chilenas detectaron un cambio. Los Estados Unidos habían reemplazado a Europa como el líder dominante en el hemisferio y sus hombres

---

*Historia contemporánea de Chile*, tomo 2: "Actores, identidad y movimiento", pp. 19-21. Simon Collier y William F. Sater, *A History of Chile, 1808-1994*, pp. 147-234.

<sup>8</sup> Para sugerencias sobre bibliografía complementaria, ver Salazar y Pinto, *op. cit.*; Collier y Sater, *A History...*, *op. cit.*, pp. 194-201. Brian Loveman, *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism*.

<sup>9</sup> Gabriel Palma, "From an Export-led to an Import-substituting Economy: Chile 1914-1939", pp. 50-80; Bill Albert, *South America and the First World War*, pp. 190-200; Luis Ortega, "El proceso de industrialización en Chile, 1850-1930", pp. 213-245. Henry W. Kirsch, *Industrial Development in a Traditional Society: The Conflict between Entrepreneurship and Modernization in Chile*. En cuanto a la segunda mitad de los 1920, ver Paul W. Drake, *The Money Doctor in the Andes: The Kemmerer Missions, 1923-1933*, pp. 113-114.

de negocios mostraron gran interés en recursos chilenos como el cobre, el nitrato y, a partir de la década de 1920, también el petróleo. La ausencia de inversionistas europeos durante la guerra había prevenido la implementación de mejoras necesarias, sobre todo en el sistema estatal de ferrocarriles. Para pagar estos proyectos, Chile tuvo que competir con otros países latinoamericanos por préstamos extranjeros, los cuales, en el contexto de la posguerra, sólo podían venir desde los Estados Unidos. Los resultados de este escenario fueron impresionantes. No sólo logró Estados Unidos controlar el comercio chileno: sus inversiones en el país aumentaron rápidamente, aproximándose al billón de pesos en 1929. En comparación, esta suma sobrepasaba varias veces las inversiones combinadas de Inglaterra y Alemania<sup>10</sup>.

El flujo sin precedente de capital extranjero solventó la modernización de algunos de los sectores más progresistas de la economía chilena. Incluso en la industria clave de la extracción de nitrato, los inversionistas estadounidenses revolucionaron los procesos productivos al introducir nuevas tecnologías y técnicas de administración<sup>11</sup>. A pesar de esto, a través de la década de 1920, las elites chilenas nunca perdieron la sensación de crisis, acompañada por la rápida expansión de la producción mundial de nitrato y sus productos secundarios. El grado de preocupación era absolutamente apropiado, dados los aspectos financieros y sociales de la dependencia chilena de las exportaciones de salitre. Se estimó que las entradas de casi medio millón de chilenos dependían directa o indirectamente de la economía del nitrato. Más aún, las finanzas públicas chilenas dependían casi exclusivamente del impuesto sobre su exportación. Cuando esta fuente de dinero comenzó a escasear, los problemas se reforzaron por la depreciación de la moneda y la inflación de los precios a nivel nacional. El resurgimiento del sector cuprífero en manos extranjeras, el cual analizaremos detalladamente en el capítulo "Los trabajadores y los enclaves mineros", no logró substituir las pérdidas del nitrato. A mediados de la década de 1920, el mal estado financiero del gobierno chileno y el alza en el costo de la vida habían alcanzado proporciones de crisis, de forma tal que una solución radical y una reforma del sector financiero se hicieron urgentemente necesarias. El experto financiero estadounidense Edwin W. Kemmerer fue contratado con este fin, pero su resultado fue ambivalente<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> *Chile in 1930: A Survey of Economic and Fiscal Conditions and Prospects*, pp. 18-19. Joseph S. Tulchin, *The Aftermath of War: World War I and US Policy Toward Latin America*, p. 174. Para los efectos económicos y sociales de la Primera Guerra Mundial en Chile, véase Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la primera guerra mundial y la postguerra, 1914-1921* y Albert, *op. cit.*

<sup>11</sup> Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary Mission: American Enterprise in Latin America, 1900-1945*, pp. 186-187 y "Rich beyond the Dreams of Avarice: The Guggenheims in Chile", pp. 144-149; Robert N. Seidel, *Progressive Pan-Americanism: Development and United States Policy Toward South America, 1906-1931*, pp. 353-356 y 373.

<sup>12</sup> Michael Monteón, *Chile in the Nitrate Era: The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*, pp. 127-152; Carmen Cariola Sutter y Osvaldo Sunkel, *La historia económica de Chile*

La bien fundada percepción de una crisis económica generalizada fue acompañada por cambios muy profundos en la sociedad chilena. La industrialización fue al mismo tiempo la causa y el efecto del crecimiento de la población tal como se reflejó en el auge de las ciudades. La urbanización chilena alcanzó casi un 50% en 1930. El crecimiento de las ciudades también implicó un cambio social. De hecho, hasta un cierto grado, la problemática de los trabajadores y los pobres rurales ya habían sido objeto de discusión durante la década de 1870. Al llegar el nuevo siglo, su miseria dio cabida al discurso elitista de la "cuestión social". En parte, esto fue consecuencia de la organización de los trabajadores en sindicatos que a menudo fueron influenciados por el anarquismo. Utilizando las huelgas como arma de lucha en contra del excesivo precio de los alimentos y las condiciones de trabajo intolerables, los sindicatos lograron avances importantísimos a comienzos de siglo. Pero también sufrieron fracasos como la huelga general de mayo y junio de 1907, o las reacciones brutales por parte de la autoridad como la masacre de Iquique en diciembre de ese mismo año. Además, no existió ninguna legislación laboral digna de ser mencionada antes de 1924<sup>13</sup>.

Además de las actividades de los trabajadores, el crecimiento de una nueva clase media fue efecto directo de la urbanización. Aunque todavía era un sector reducido de la sociedad, el número de personas pertenecientes a la clase media fue creciendo durante las décadas de 1910 y 1920. Se crearon nuevas ocupaciones como vendedores, comerciantes, secretarios o empleados. Se ocuparon tanto en servicios estatales como en empresas de dueños extranjeros. De hecho, el número de empleados públicos se incrementó impresionantemente hasta 1930<sup>14</sup>. La profesionalización de abogados, periodistas, médicos y académicos se basó en las reformas educacionales primero introducidas en 1880, y luego refinadas durante el período que aquí estudiamos; y se reforzó por el surgimiento de una elite intelectual proveniente de la clase media, que influyó fuertemente en los cruciales debates reformistas impulsados desde el centenario chileno. Muchos de los nuevos profesionales habían sido parte del movimiento estudiantil de tendencias radicales de fines de la década de 1920<sup>15</sup>. La clase media era un grupo heterogéneo, pero sus miembros compartían problemas comunes: los sueldos no aumentaban al nivel de la inflación, y debido al

---

1830 y 1930: *Dos ensayos y una bibliografía*; Stefan Rinke, "Die chilenische Salpeterwirtschaft zwischen ausländischem Kapital, wirtschaftlichen Eliten und Staat, 1880-1930", pp. 199-228. Para Kemmerer, ver Robert N. Seidel, "American Reformers Abroad: The Kemmerer Missions in South America, 1923-1931", p. 533 y Drake, *op. cit.*

<sup>13</sup> Sergio Grez, *La "cuestión social" en Chile: Ideas, debates y precursores, 1804-1902*; Peter DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*.

<sup>14</sup> Carlos Humud Ruiz-Tagle, *El sector público chileno, 1830-1930*; Geraldine Grant, "The State and the Formation of a Middle Class: A Chilean Example", pp. 151-170.

<sup>15</sup> José Bengoa, *La comunidad perdida: Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*, pp. 60-66.

control de la oligarquía y al fraude electoral tenían un acceso muy limitado al poder político. Desde la perspectiva de sus contemporáneos, la existencia de una nueva clase “media” era una realidad palpable. Muchos explicaban las tendencias consumistas y la fascinación por el materialismo a través del surgimiento de ese sector. El mito “de la pobreza a la riqueza” era una inspiración especial para la joven y esperanzada clase media<sup>16</sup>.

Las transformaciones sociales llevaron a cambios políticos. Los nuevos profesionales sabían leer y escribir contribuyendo así al crecimiento del electorado cuyo número aumentó al doble entre 1907 y 1920. Los partidos políticos reaccionaron lentamente a las cambiantes realidades adoptando programas de intervencionismo estatal. Así, después de 1907, el Partido Radical incluyó en su agenda la protección de los trabajadores y de la industria nacional, mientras que el Partido Demócrata fue el primero en identificarse con la clase trabajadora urbana, antes que fuera reemplazado por el Partido Obrero Socialista de Luis Emilio Recabarren, creado en 1912<sup>17</sup>. A pesar de la pequeña participación electoral y la continua predominancia política, al menos hasta 1924, de los dueños de grandes fundos, con sus extensos lazos familiares, ya en las elecciones de 1918 tanto el Partido Radical como el Demócrata se habían beneficiado de los votos de la nueva clase media. Más aún, en la última mitad de la década de 1920, los miembros de la clase media entraron al ambiente político trayendo consigo elementos de tecnocracia<sup>18</sup>. Obviamente, el sistema político de Chile se vio revolucionado entre 1910 y 1931.

Cuando el país celebró su centenario en 1910, el período parlamentario de la historia política chilena estaba ya en su etapa final. Las presidencias de Ramón Barros Luco (1910-1915) y de Juan Luis Sanfuentes (1915-1920) constituyeron un período caracterizado por rápidos cambios de gabinete y por posponer el necesario proceso reformista. La victoria presidencial de Arturo Alessandri Palma en 1920, que contó con el apoyo de la Alianza, formada por liberales, demócratas y radicales, y de muchos votos de la clase trabajadora, trajo consigo un rayo de esperanza. De hecho, más que nunca se imponía la necesidad de impulsar reformas. La debilidad de las exportaciones chilenas y la crisis en las relaciones sociales se revelaron durante e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. La elección de Alessandri no fue más que un reflejo del sentimiento que algo debía ocurrir, por lo que su victoria ocasionó gran entusiasmo. Con sus promesas para terminar con el régimen oligárquico e imponer reformas sociales, Alessandri apareció como el benefactor de los trabajadores y de la clase media y, aunque no logró cumplir sus

<sup>16</sup> Jaime García Covarrubias, “El Partido Radical y la clase media: La relación de intereses entre 1888 y 1938”, pp. 65-92.

<sup>17</sup> Karen Remmer, *Party Competition in Argentina and Chile: Political Recruitment and Public Policy, 1890-1930*, pp. 43, 65-70 y 133-134.

<sup>18</sup> García Covarrubias, *op. cit.*, pp. 83-84; Arij Ouweneel, “The Germination of Politics Within the Directorio of the Institute of Chilean Engineers, 1910-1927”, pp. 357-390.

promesas más importantes, su administración introdujo el espíritu de reforma en la política chilena que marcaría la década de 1920<sup>19</sup>.

El coronel Carlos Ibáñez del Campo representó una forma diferente y autoritaria de modernización durante la década de 1920. Su régimen fue un quiebre con la antigua tradición democrática o seudodemocrática de Chile. Ibáñez creó la base para sus reformas económicas y sociales a través de la regularización del Ejecutivo, aumentando la eficiencia de la burocracia estatal y reprimiendo brutalmente cualquier forma de oposición<sup>20</sup>. Su gobierno en nombre del progreso y del nacionalismo, se reflejó en la creación de nuevas instituciones de crédito y en un plan general para trabajos públicos y apoyo de la producción industrial nacional. Bajo el liderazgo del principal reformista de Ibáñez, el ministro de Finanzas Pablo Ramírez, un grupo de jóvenes tecnócratas conectados al Instituto Chileno de Ingenieros asumió posiciones influyentes. Estos jóvenes se hicieron responsables de impulsar cambios "apolíticos" y "eficientes"<sup>21</sup>. Ibáñez vislumbró su *Chile nuevo* dentro del contexto de las discusiones contemporáneas acerca del Estado corporativo.

Durante las administraciones de Alessandri e Ibáñez, el Estado fue transformado en un activo agente de cambio. Claramente, la década de 1920 vio el surgimiento de un moderno Estado intervencionista en Chile. En los artículos 10 y 14 de la nueva Constitución adoptada en 1925, se otorgaba explícitamente al Estado el derecho de intervenir en las áreas relacionadas con el "bienestar general" y el "interés nacional"<sup>22</sup>. Las reformas se hicieron sentir en casi todos los ámbitos cotidianos, incluyendo a la banca, el crédito, el bienestar social, la salud pública, las relaciones trabajadores-industria, la colonización agrícola, la planificación urbana, la construcción de caminos y vías de ferrocarriles y la aviación. Los presupuestos nacionales crecieron extraordinariamente, especialmente entre 1927 y 1931. Mientras que en 1920, el 4% de la población activa era empleada por el gobierno, la cifra llegó a un 8% en 1930. Por lo demás, una plétora de nuevas agencias administrativas vieron la luz del día en la turbulenta década de 1920<sup>23</sup>. El reformismo se convirtió en la base y el cuerpo del fuerte Estado que incesantemente fortalecía su control sobre la nación.

<sup>19</sup> René Millar, *La elección presidencial de 1920: tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario*, pp. 138-140. Para la presidencia de Alessandri, véase Ricardo Donoso, *Alessandri: Agitador y demolidor: cincuenta años de historia política de Chile*; Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile, 1891-1973*, tomo 3: "Arturo Alessandri y los golpes militares, 1920-1925".

<sup>20</sup> Patricio Bernedo, "Prosperidad económica bajo Carlos Ibáñez del Campo 1927-1929", p. 6.

<sup>21</sup> Ramón Salas Edwards, "La misión integral del ingeniero", pp. 321-327; ver también Patricio Silva, "State, Public Technocracy and Politics in Chile, 1927-1941", pp. 281-297; Adolfo Ibáñez Santa María, "Los 'ismos' y la redefinición del Estado: tecnicismo, planificación y estatismo en Chile, 1920-1940", pp. 23-50.

<sup>22</sup> *Constitución política de la República de Chile*, pp. 8 y 12.

<sup>23</sup> Collier y Sater, *A History...*, *op cit.*, p. 216. Mario Góngora, "Libertad política y concepto económico del gobierno de Chile hacia 1915-1935", pp. 11-46; Mario Góngora, *Ensayo*

En particular, la legislación laboral de 1924-1925 constituyó un hito para la historia social de Chile en la medida que introdujo estándares que garantizaban los contratos de trabajo, una base legal para la sindicalización, la mediación de conflictos laborales, un seguro contra accidentes laborales, sueldos mínimos, el régimen de ocho horas diarias de trabajo y seguridad social. Todas las leyes sociales fueron refinadas a través, por ejemplo, de las leyes de renta, de habitación social y de protección a la madre trabajadora, reunidas en el Código Laboral de 1931<sup>24</sup>. Estudios recientes han demostrado que lo que parecía un progreso impresionante en la esfera social, no pudo esconder el hecho de que la postura del gobierno y especialmente del régimen de Ibáñez, mantuvo un antagonismo permanente contra los trabajadores. El refuerzo de la legislación laboral dejaba mucho que desear y las huelgas seguían siendo aplastadas. Más aún, Ibáñez dirigió una campaña brutal contra anarquistas, comunistas y sindicatos como la Federación Obrera de Chile, cuando ésta cayó en desgracia<sup>25</sup>.

La cultura de Chile, muy ligada al contexto social, económico y político, fue transformada de forma revolucionaria, según los estándares de la época. El surgimiento de una cultura de masas en un nuevo ambiente urbano se expresó a través de mensajes de consumismo y entretención (capítulo “Cambio urbano y cultura de masas”), que son bien reflejados en los principios del cine (capítulo “El contexto socioeconómico del comienzo del cine”). Sin embargo, alejados de las ciudades, los trabajadores experimentaron su propia forma de modernidad en los gigantes enclaves mineros (capítulo “Los trabajadores y los enclaves mineros”), los que eran interpretados por muchos observadores como modelos de bienestar y progreso social, válido para el resto de la sociedad chilena. En la medida que la población, las ciudades y las industrias crecieron y la movilización política aumentó, la nueva clase media urbana presionó activamente en la búsqueda de las reformas sociales, especialmente en los sistemas de salud y educación pública. Antiguas relaciones entre hombres y mujeres y modelos de género iban derrumbándose a medida que tópicos que tradicionalmente eran tabú, como el divorcio, el sufragio femenino y la presencia femenina en la clase trabajadora, se discutían abiertamente (capítulo “Las posibilidades y los límites de las reformas sociales”). Éstos y muchos otros debates reformistas se reunieron en el contexto de la discusión acerca de

---

*histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, pp. 127-207. Adolfo Ibáñez Santa María, “Los ingenieros, el Estado y la política en Chile: del Ministerio de Fomento a la Corporación de Fomento, 1927-1939”, pp. 45-102.

<sup>24</sup> Para la cuestión social, ver James O. Morris, *Elites, Intellectuals, and Consensus: A Study of the Social Question and the Industrial Relations System in Chile*, pp. 78-241 y Patricio Valdivieso, *Ein Weg zur Sozialreform in Lateinamerika: Die Rezeption der katholischen Soziallehre Europas in Chile, 1880-1920*.

<sup>25</sup> Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos, 1927-1931*.



la nación. En este período se exigió encontrar un nuevo significado a la nacionalidad chilena y se ofrecieron y discutieron nuevas definiciones de la identidad nacional (capítulo “Construyendo identidades”). En algunos casos, se llegó a proyectos radicales de proteccionismo económico que culminaron en la crisis económica de la década de 1930 (capítulo “La protección de la economía nacional”).

Este libro se enfoca en el desarrollo y las interacciones de estos tres aspectos: la cultura de masas, la reforma y el nacionalismo. Muchas preguntas, por ejemplo el aspecto internacional del proceso de la modernización chilena y su transformación durante el curso de la última mitad del siglo xx, no encontrarán respuesta en este estudio<sup>26</sup>. No se pretende hacer un análisis definitivo del problema del cambio sociocultural del Chile de principios del siglo xx. El objetivo es mucho más modesto: se busca presentar una primera aproximación e información básica acerca de un tema que ha sido dejado a un lado por los historiadores de Chile y que tiene implicancias para la historia Latinoamericana en general.

<sup>26</sup> En relación con estos tópicos, actualmente estoy preparando un estudio mayor.

## PARTE I

## LA EMERGENCIA DE LA CULTURA DE MASAS

En Chile, el fenómeno de la emergencia de la cultura de masas se inicia en la década de los años veinte, cuando se inicia el proceso de modernización de la sociedad chilena, impulsado por el desarrollo de la industria y las ciencias de la comunicación. Santiago, se convierte en el centro de las actividades culturales. Los medios de comunicación de masas, como el cine y la radio, comienzan a ser utilizados para la difusión de la cultura de masas, y el consumo de productos culturales se convierte en una necesidad para la población. Las nuevas formas de entretenimiento, como el cine y la radio, se convierten en las principales actividades culturales de la población. Los nuevos espacios de recreación, como los parques y los centros culturales, se convierten en lugares de encuentro y de socialización. La cultura de masas se convierte en una fuerza poderosa que transforma la sociedad chilena.

## LA EMERGENCIA DE LA CULTURA DE MASAS

El fenómeno de la emergencia de la cultura de masas en Chile se inicia en la década de los años veinte, cuando se inicia el proceso de modernización de la sociedad chilena, impulsado por el desarrollo de la industria y las ciencias de la comunicación. Santiago, se convierte en el centro de las actividades culturales. Los medios de comunicación de masas, como el cine y la radio, comienzan a ser utilizados para la difusión de la cultura de masas, y el consumo de productos culturales se convierte en una necesidad para la población. Las nuevas formas de entretenimiento, como el cine y la radio, se convierten en las principales actividades culturales de la población. Los nuevos espacios de recreación, como los parques y los centros culturales, se convierten en lugares de encuentro y de socialización. La cultura de masas se convierte en una fuerza poderosa que transforma la sociedad chilena.

En Chile, el fenómeno de la emergencia de la cultura de masas se inicia en la década de los años veinte, cuando se inicia el proceso de modernización de la sociedad chilena, impulsado por el desarrollo de la industria y las ciencias de la comunicación. Santiago, se convierte en el centro de las actividades culturales. Los medios de comunicación de masas, como el cine y la radio, comienzan a ser utilizados para la difusión de la cultura de masas, y el consumo de productos culturales se convierte en una necesidad para la población. Las nuevas formas de entretenimiento, como el cine y la radio, se convierten en las principales actividades culturales de la población. Los nuevos espacios de recreación, como los parques y los centros culturales, se convierten en lugares de encuentro y de socialización. La cultura de masas se convierte en una fuerza poderosa que transforma la sociedad chilena.

## CAMBIO URBANO Y CULTURA DE MASAS

Durante las décadas de 1910 y 1920 los chilenos fueron bombardeados intensamente con imágenes y sonidos de rascacielos, música de jazz y bailes de moda, los cuales reflejaban una nueva realidad precipitada por el surgimiento de una cultura de masas en un nuevo ambiente urbano. La rápida urbanización fue un aspecto que distinguió al desarrollo chileno en este período y las ciudades, sobre todo Santiago, se convirtieron en el espejo de cambios sociales y culturales. Los medios de comunicación nuevos y antiguos transportaban imágenes a una audiencia masiva. La propaganda popularizaba el consumo de productos modernos, en la medida que autos y refrigeradores se hacían disponibles para la población. Las masas urbanas comenzaron a participar de nuevas formas de entretenimiento, tales como las competencias deportivas, las que establecían nuevos estándares culturales por sí mismas. En este capítulo exploraremos algunos de estos cambios, irradiados al resto del país desde la capital en expansión.

### LA CONSTRUCCIÓN DE UN SANTIAGO MODERNO

Ciertamente, la imagen más importante de modernidad a comienzos del siglo XX fue la de la ciudad. El modelo por excelencia de la ciudad futurista fue Nueva York y los chilenos eran constantemente bombardeados con una plétora de imágenes de esa megalópolis en periódicos y revistas. Por lo demás, la población chilena podía experimentar algo de lo que el futuro prometía en Santiago. Hasta comienzos de siglo, la metrópolis chilena había sido una ciudad semirural: de acuerdo con viajeros de la época, no se comparaba favorablemente con otras ciudades del mismo tamaño de Latinoamérica. A pesar de las mejoras iniciadas por Benjamín Vicuña Mackenna durante la década de 1870, la ciudad era polvorienta, carecía de comodidades, contaba con una pobre iluminación y con casas de construcción simple. Sin embargo, la población de Santiago se incrementaba constantemente con posterioridad a 1900. Comparable con Nueva York, considerando por supuesto una escala mucho más pequeña, el número de habitantes aumentó a más del doble, desde cerca de trescientos treinta mil en 1907 a más de setecientos mil en 1930, con un crecimiento correspondiente en el área metropolitana. La mayoría de los chilenos todavía vivía en áreas rurales, pero sentía gran atracción hacia la capital, que ofrecía niveles de salarios más altos, mejores oportuni-

dades de trabajo, centralización administrativa y modernos medios de comunicación<sup>27</sup>.

La ciudad rápidamente sobrepasó su capacidad. El precio de los arriendos en el centro de la ciudad se encareció demasiado y mucha gente tuvo que abandonar el sector para establecerse ilegalmente en las periferias norte y sur. Además, las clases medias se esforzaban por lograr el sueño de una casa con jardines en los nuevos suburbios como Providencia, los cuales se desarrollaban a gran velocidad. En estas áreas suburbanas, los habitantes disfrutaban de aire limpio y se beneficiaban de comodidades modernas como la electricidad, caminos pavimentados y alcantarillado en buen estado. Las personas que vivían en Providencia eran considerados vanguardistas: utilizaban automóviles y radios y los urbanistas de Santiago trataron de imitar el modelo de este barrio al acercarse el centenario. Sin embargo, gran parte de los esfuerzos para modernizar y mejorar la ciudad antes de la Primera Guerra Mundial no fueron exitosos<sup>28</sup>.

Al término de la guerra el dinero comenzó a entrar nuevamente al país haciéndose evidente que la modernización total de Santiago era algo necesario y urgente desde hacía mucho tiempo. Bajo la administración del reformista Alessandri, jóvenes arquitectos chilenos fueron enviados a estudiar desarrollo urbano a Estados Unidos y Europa con el fin de encontrar nuevas modalidades de construcción que contemplaran la higiene pública y privada como forma de solución a los graves problemas sociales existentes<sup>29</sup>.

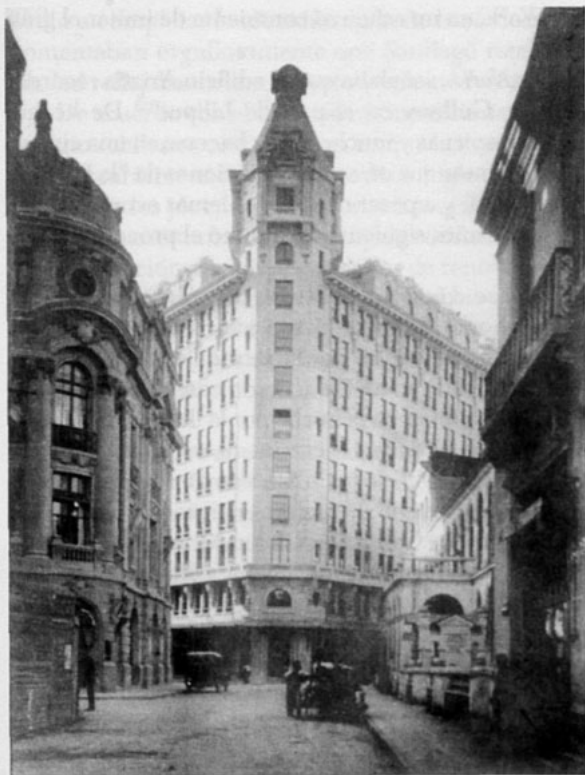
Sin embargo, las principales iniciativas para cambiar la fachada de la ciudad a comienzos de la década de 1920 no se originaban en el gobierno, sino en inversionistas privados. A partir de 1920 empezaron a construirse dos nuevos edificios considerados como representantes de un estilo que seguía las modernas tendencias arquitectónicas. El más alto de los dos se convertiría en el primer rascacielos de Santiago, el edificio Ariztía, construido por el arquitecto Alberto Cruz Montt, así bautizado en honor a su dueño, el acomodado senador y ex alcalde de Viña del Mar Rafael Ariztía. El edificio contaba con diez pisos más una torre y con modernas comodidades como ascensores y calefacción central. Costó la increíble suma de \$3.500.000 y fue destinado a oficinas y a un restaurante de lujo en el primer piso<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> Gonzalo Cáceres, "Modernización, transformación y cultura urbana: Santiago de Chile bajo la experiencia autoritaria", pp. 168-170 y Armando de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana*, pp. 220-221.

<sup>28</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 177-182, 194-197 y 203; Armando de Ramón y Patricio Gross, "Medio ambiente urbano en Santiago de Chile, 1891-1918", pp. 243-264. En cuanto al auge de los pueblos suburbanos, véase Armando de Ramón, "Estudio de una periferia urbana: Santiago de Chile, 1850-1900", pp. 199-294.

<sup>29</sup> "Cómo se reglamentan en EE.UU. las construcciones urbanas", en *El Mercurio*, 27 de marzo de 1922, p. 15.

<sup>30</sup> "El auge de la edificación en Santiago", en *La Nación*, 20 de abril de 1920, p. 10.



Edificio Ariztía, ubicado en la calle Nueva York en Santiago, fue el primer rascacielos en el centro de la ciudad y el orgullo de los reformistas urbanos chilenos. Fuente: caja 20, RG 151-FC, Archivo Nacional, Washington D.C., Estados Unidos.

El segundo edificio impresionante, terminado en 1921, fue construido por Cruz Montt para la Compañía La Municipal. Este edificio a menudo era llamado el segundo rascacielos de Santiago y contaba con ocho pisos de clásico estilo francés renacentista. De hecho, muchas personas concordaban que así como el edificio Ariztía era ejemplo de influencias estadounidenses, el edificio de La Municipal era un claro caso de "europeización"<sup>31</sup>. Ambos edificios contribuyeron al rápido cambio de la cara de la capital y del distrito comercial en especial, donde el edificio Ariztía, el Club de la Unión y el moderno edificio de la Bolsa ayudaron a crear la atmósfera de una gran ciudad en mitad de la somnolienta capital. No fue coincidencia que la calle principal de este

<sup>31</sup> "Actividades modernas", en *Zig-Zag*, 17 de septiembre de 1921. En cuanto a la arquitectura de este período, ver Humberto Eliash Díaz y Manuel Moreno Guerrero, *Arquitectura y modernidad en Chile, 1925-1965: una realidad múltiple*, pp. 32-80; Manuel Cuadra, *Architektur in Lateinamerika: Die Andenstaaten im 19. und 20. Jahrhundert*, pp. 152-161. Para las influencias europeas, véase Jonás Figueroa Salas, "Las ciudades lineales chilenas, 1910-1930", pp. 651-662.

sector fuera llamada Nueva York, en un esfuerzo consciente de imitar el gran modelo del país del norte<sup>32</sup>.

En 1921, un artículo en *La Nación* señalaba que el edificio Ariztía recordaba al "Goliat de la ciudad. Es Gulliver en el país de Liliput"<sup>33</sup>. De hecho, todavía existían deficiencias conspicuas y mucho debía hacerse en una ciudad con demasiados barrios paupérrimos que ofrecían condiciones de "la edad de piedra" a sus habitantes<sup>34</sup>. Aun así, y a pesar de los problemas económicos y de la inestabilidad política de los años siguientes, continuó el proceso de modernización de la ciudad.

En 1923, el edificio Ariztía se convirtió en la versión en miniatura de la gigante Radio City de Nueva York, al acoger desde marzo de ese año a la primera estación radial del país, la radio Chilena. Se introdujo también alumbrado eléctrico del más alto nivel a la ciudad. De acuerdo con una editorial de la revista *Hollywood*, la belleza de caminar en la noche por la iluminada Alameda, la principal avenida de la ciudad, hacía que el caminante recordara la avenida Broadway de Nueva York<sup>35</sup>. Hacia 1926, los cambios eran profundos y tangibles. Al retornar al país después de vivir diez años en Estados Unidos, el columnista chileno de la revista *Zig-Zag* Carlos Varas (alias Mont-Calm), confesó sentirse impresionado por una ciudad completamente cambiada y por la modernización ejemplificada en los nuevos edificios y en las luces eléctricas<sup>36</sup>.

No todas las personas compartían el entusiasmo de Varas por las mejoras urbanas y muchos santiaguinos antiguos mantenían sus reservas al respecto, puesto que los cambios urbanos parecían no tener final. De hecho, el régimen de Ibáñez se esforzó por renovar las ciudades de Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, convirtiéndolas en ambientes urbanos modernos. Poco después de su llegada al poder en 1927, Ibáñez decretó una inspección de las tres ciudades. Las deplorables condiciones y la dramática miseria de los sectores pobres, condujeron a la elaboración de un plan a seis años plazo de trabajos públicos. Para poder coordinar los esfuerzos, se creó la Dirección General de Obras Públicas y enormes sumas de dinero fueron invertidas en el proyecto de reformas.

Bajo el nuevo alcalde de Santiago y superintendente de la provincia Metropolitana, Manuel Salas Rodríguez, se efectuó el ensanchamiento de las calles, la construcción de plazas y la canalización del río Mapocho. Las calles fueron pavimentadas, nuevas casas aparecieron en los barrios pobres y se pro-

<sup>32</sup> "Santiago en la actualidad", en *Chile Magazine*, N° 2, agosto de 1921, pp. 80-81. Eliash y Moreno, *op. cit.*, p. 50.

<sup>33</sup> "Santiago nuevo", en *La Nación*, 1 de noviembre de 1921, p. 12.

<sup>34</sup> *Ibid.*

<sup>35</sup> "Los progresos de Santiago", en *Hollywood*, noviembre de 1926, p. 9. Véase, también, "El progreso de la edificación urbana", en *El Mercurio*, 10 de marzo de 1923, p. 17; Cáceres, *op. cit.*, p. 189.

<sup>36</sup> Mont-Calm, "¿Progresamos?".

cedió a completar la electrificación de la ciudad. Así, en 1928, las editoriales comentaban orgullosamente que Santiago estaba en pleno cambio y que la ciudad reflejaba un crecimiento y una modernización dinámica<sup>37</sup>.

De acuerdo con el discurso nacionalista de la era de Ibáñez, los reformistas urbanos chilenos concordaban en que la nueva ciudad que soñaban debía reflejar el carácter nacional, y combinar higiene, belleza y comodidad, gracias al trabajo de los jóvenes y progresistas arquitectos nacionales<sup>38</sup>. Además de reforzar la autoestimación chilena y de construir un punto focal para el proyecto de imaginación nacional, los planes de renovación tenían aspectos prácticos: pretendían atraer a turistas extranjeros. Una y otra vez, los reformistas apuntaron a la necesidad de solucionar los urgentes problemas urbanos. Las personas que se oponían a los cambios fueron catalogadas como retrógradas o como viejos reaccionarios cuyo fundamentalismo les hacía oponerse a cualquier tipo de reforma<sup>39</sup>.

Los edificios importantes construidos durante este período, como aquéllos de la Dirección General de Correos y Telégrafos, de la Caja del Seguro Obrero y de la Caja de Amortización, seguían las tendencias arquitectónicas modernas. En contraste con el período previo a Ibáñez, éstos eran principalmente edificios administrativos. Su altura de cincuenta metros o más de diez pisos era impresionante. Los nuevos edificios fueron obra de jóvenes y progresistas arquitectos chilenos como Ricardo González Cortés, Sergio Larraín o Juan Martínez Gutiérrez<sup>40</sup>. Especialmente interesante por su vanguardismo arquitectónico fue el edificio Oberpaur en el centro de Santiago. Construido por Larraín en 1929-1931, esta tienda de departamentos reflejaba las influencias del Bauhaus alemán, donde el arquitecto había estudiado en 1928<sup>41</sup>.

Vastos proyectos inmobiliarios en Santiago centro continuaron hasta el comienzo de la Gran Depresión. El planificador urbano vienés Karl Heinrich Brunner fue contratado para desarrollar una visión representativa para esta parte de la ciudad. El resultado fue un Plan Regulador para la construcción del complejo administrativo del Barrio Cívico. Su monumentalidad rendía culto al sistema autotaritario y centralizado de Ibáñez, cuya promesa de modernidad encontró expresión en los rascacielos que evidenciaban los logros del

<sup>37</sup> "Santiago se renueva", en *Zig-Zag*, 22 de diciembre de 1928. "120 millones de pesos se han invertido", en *La Nación*, 18 de enero de 1931, p. 44. Para el contexto de las transformaciones, ver Bernedo, *op. cit.*, pp. 98-101. En cuanto a la pavimentación, ver Mardones, *op. cit.*, p. 511.

<sup>38</sup> "Chile ante sus arquitectos provinciales", en *La Nación*, 23 de marzo de 1928, p. 3; José Manuel Sánchez, "La ciudad ideal", p. 17; Félix Nieto del Río, "Arquitectura chilena", pp. 28-34.

<sup>39</sup> "Por la decencia de nuestra capital", en *El Diario Ilustrado*, 16 de febrero de 1929, p. 3.

<sup>40</sup> "Gran edificio de renta", en *La Nación*, 21 de julio de 1929, p. 11; "Santiago crece y se moderniza" y "La arquitectura moderna", en *Zig-Zag*, 23 de mayo de 1931; "Cemento Melón", en *Hoy*, 5 de agosto de 1932, p. 29.

<sup>41</sup> Eliash y Moreno, *op. cit.*, pp. 34-35.

LOS RASCACIELOS DE SANTIAGO EN LOS AÑOS 1930

FUENTE: Cuadra, *op. cit.*, pp. 395-398



Héctor Mardones Restat, "Caja de Amortización", 1934.



Jorge Arteaga, Sergio Larraín G.M. "edificio Oberpaur", hoy "edificio Mingo", 1929-1931.



LOS RASCACIELOS DE SANTIAGO EN LOS AÑOS 1930

FUENTE: Cuadra, *op. cit.*, pp. 395-398



Ricardo González Cortés, "Dirección General de Correos y Telégrafos", 1930.



Ricardo González Cortés, "Caja del Seguro Obrero", 1932.

modelo económico. El progreso urbano fue una aventura onerosa y el dinero para satisfacer la manía de construir provenía casi exclusivamente desde el extranjero. Cuando ese flujo se cortó abruptamente en 1930, la modernización decretada por la autoridad entró en una fase de repentina paralización. Aun así, el proyecto tecnocrático de renovación urbana tuvo una importancia duradera y el término del Barrio Cívico después de 1933 cambió definitivamente la cara de la ciudad<sup>42</sup>.

#### LA REVOLUCIÓN DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

El ambiente bullente de la ciudad moderna influyó y reflejó los cambios de la sociedad chilena. A la cabeza de dichas transformaciones se encontraban los medios de comunicación que desarrollaron formas nuevas y hasta revolucionarias en las primeras décadas del siglo XX. Las publicaciones tradicionales como periódicos y revistas tuvieron que cambiar su apariencia e introducir nuevas técnicas de periodismo, entretención y ventas. Los nuevos medios de la radio y el cine nacieron en este período, y su impacto sobre la vida diaria fue percibido como dramático. Nos ocuparemos ahora del nacimiento de los medios en Chile para comprender mejor los cambios en la cultura de masas urbana que ellos generaban. El estudio de los principios del cine en Chile será objeto de un capítulo separado.

Al comenzar el siglo, la entrega de noticias, opiniones e imágenes estaba a cargo de periódicos, revistas y todo tipo de pasquines baratos, que ganaron una creciente importancia. Se desarrolló una buena oferta de productos de la prensa especialmente en la capital. De hecho, la prensa era dominada por unos pocos diarios santiaguinos que a menudo tenían sucursales en otras ciudades y publicaban ediciones vespertinas o revistas. El líder era la empresa *El Mercurio*, con periódicos en Valparaíso, Santiago y Antofagasta, y publicación de diarios vespertinos como *Las Últimas Noticias*.

*El Mercurio* pertenecía a la influyente familia Edwards y era el periódico más antiguo de Latinoamérica. Su circulación en Santiago alcanzaba cerca de cincuenta mil y en Valparaíso de treinta mil ejemplares. El periódico gozaba de buena reputación puesto que era considerado como no partidista y neutral, aunque favorecía una política liberal. En 1916 surgió en Santiago un serio competidor para *El Mercurio* cuando Eliodoro Yáñez, dirigente del Partido Liberal, fundó *La Nación*. Este periódico rápidamente llegó a una circulación de treinta mil ejemplares, logrando apropiarse de una publicación de Valdivia. El régimen de Ibáñez se apropió de *La Nación* convirtiéndolo en su vocero en la segunda mitad de la década de 1920.

<sup>42</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 224-229; Eliash y Moreno, *op. cit.*, p. 34.

Tanto *El Mercurio* como *La Nación* circulaban entre todos los estratos sociales, a diferencia del tercer principal diario de Santiago, *El Diario Ilustrado*, fundado en 1901 y con una circulación cercana a los treinta mil ejemplares. Este diario pertenecía a los líderes políticos del Partido Conservador y sus lectores se encontraban en los sectores más acomodados del país. En las provincias, los periódicos importantes incluían a *La Unión* (Valparaíso), y *El Sur* (Concepción). Este último alcanzó una circulación de veinticinco mil, y fue considerado el diario líder del Partido Radical. *La Unión* era una publicación conservadora que pertenecía a la Iglesia Católica. Con una circulación de treinta y cinco mil, competía con *El Mercurio* por el liderazgo en Valparaíso. En el lejano norte, el periódico más grande era *El Industrial* de Antofagasta, que llegó a una circulación de seis mil. Además, en las regiones mineras existían una variedad de periódicos de corta vida pero igualmente importantes, de corte socialista y comunista, cuyo destino dependía sobre todo de la situación política<sup>43</sup>.

A comienzos de siglo, las revistas ilustradas se convirtieron en suplemento y competencia de los periódicos tradicionales. Los principales semanarios de actualidad *Sucesos* y *Zig-Zag* contaban con un número creciente de seguidores. *Sucesos* se especializaba en caricaturas y artículos satíricos, mientras que *Zig-Zag*, publicación fundada por el editor de *El Mercurio*, Agustín Edwards Mac Clure, era una revista ilustrada que cubría todo tipo de tópicos, desde políticas internacionales hasta noticias del corazón. Tanto *Sucesos* como *Zig-Zag* llegaban a un grupo amplio y heterogéneo de lectores con una circulación de más de treinta mil ejemplares.

De un tipo similar, pero menos importante y exitoso que los dos anteriores, eran las revistas *Corre Vuela*, *Chile Magazine*, y *Pacífico Magazine*, las cuales dejaron de existir durante la década de 1920. Nuevas publicaciones en esa misma década y a comienzos de la próxima fueron *La Información* y, más tarde, la importante revista *Hoy*. En revistas de caricaturas como *Topaze*, artistas talentosos como Jorge Délano llamaron mucho la atención. Completaban la escena numerosas revistas especializadas como *Hollywood*, *La semana cinematográfica*, *Ecrán*, *Los Sports*, *Caminos y turismo* o *Viña del Mar*.

Las revistas ilustradas ocuparon un gran porcentaje del mercado después de la guerra, aunque la calidad de sus reproducciones fotográficas era baja. Las editoriales chilenas a menudo utilizaban dibujos y acuarelas para ilustrar los periódicos. De esta forma, trataron de seguir el exitoso ejemplo de publicacio-

<sup>43</sup> Para la prensa chilena, ver Embajada de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 16 de diciembre de 1920, 825.00/184, R.G. 59, N.A.; Embajada de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 7 de marzo de 1927, 825.912/-, R.G. 59, N.A.; Armando Donoso, "Periodismo", pp. 148-155; Pedro Bravo Elizondo, "El Despertar de los Trabajadores, 1912-1922: periódico, partido, cultura proletaria", pp. 15-28. En cuanto a la competencia entre los diarios, ver "Circulación de los diarios matinales de Santiago", en *La Nación*, 24 de octubre de 1920, p. 1.

nes estadounidenses similares, apostando al bajo costo y a la facilidad de lectura. De ahí que priorizaran las fotografías y otras técnicas visuales por sobre largos textos, haciéndolas llamativas para lectores de clase media e, incluso, de clase trabajadora<sup>44</sup>. Al utilizar medios visuales, se podía potencialmente llegar a aquellas personas que no sabían leer, que en Chile todavía constituían un porcentaje sustantivo de la población<sup>45</sup>.

Los periódicos chilenos tuvieron que modernizar su apariencia para enfrentar la competencia de las revistas. Al reorganizar su diseño y técnicas de publicación los editores trataron frecuentemente de emular a los celebrados modelos estadounidenses, mundialmente aceptados como líderes en periodismo. Fue el conservador *Diario Ilustrado* el que comenzó a imprimir fotografías, caricaturas, dibujos y titulares sensacionalistas de calidad dudosa, al estilo de los tabloides estadounidenses. *La Nación*, *Las Últimas Noticias* y *Sucesos* imitaron este ejemplo, mientras que *El Mercurio* y *El Sur* mantuvieron un diseño más bien conservador. Los cambios fueron atribuidos, en parte, al incremento de la publicidad<sup>46</sup>.

De hecho, la publicidad se convirtió en una importante fuente de entrada para los periódicos chilenos. El costo para publicitar dependía de la circulación. La prensa amarilla en los Estados Unidos aportaba un buen ejemplo de cómo elevar el número de copias vendidas a través del estudio de las preferencias de los lectores y editando las noticias y comentarios de acuerdo a dichas preferencias. Los editores chilenos estudiaron e imitaron este ejemplo. En las primeras décadas del siglo XX, se impuso el valor de técnicas visuales ampliamente aceptadas como el medio decisivo no sólo para transmitir noticias y mensajes sino para publicitar productos. En muchos periódicos, las imágenes requerían más espacio que el texto, el cual tuvo que disminuir en favor del éxito comercial. Esto reflejó un aspecto especial de la realidad chilena: el alto grado de analfabetismo que en 1920 alcanzó un 50 % y que diez años más tarde había disminuído hasta un 44 %. Para este gran segmento de la población chilena, las imágenes en caricaturas, afiches y propagandas, eran una alternativa a los textos<sup>47</sup>.

En parte, el proceso de adaptación a las modernas técnicas de marketing fue apoyado por el hecho de que el mercado de las noticias en Chile estaba

<sup>44</sup> En 1904, Edwards visitó los Estados Unidos para aprender las nuevas técnicas y formó *Zig-Zag* conforme a eso. Raúl Silva Castro, *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, p. 353.

<sup>45</sup> "¡Hay que obtener una instantánea!", en *Zig-Zag*, 4 de junio de 1932, pp. 49-51 y 66-67.

<sup>46</sup> "El aviso, nueva arma de combate", en *La Unión*, 11 de enero de 1928, p. 3; "Hugo Silva a Estados Unidos", en *La Nación*, 27 de agosto de 1927, p. 3; "Advertising Media in Chile", agosto de 1927, N° 470, Advertising/Chile, R.G. 151, N.A. Agregado militar de Estados Unidos a Departamento de Guerra en Washington D.C., "Principal Newspapers and Important Periodicals", Santiago, 26 de abril de 1927, 2657-0-81, M.I.D., R.G. 165, N.A.; Silva Castro, *op. cit.*, p. 368.

<sup>47</sup> Amanda Labarca, *Historia de la enseñanza en Chile*, p. 276.

controlado por las poderosas agencias noticieras de Estados Unidos, la United Press y Associated Press, las cuales habían reemplazado a los competidores europeos durante la Primera Guerra Mundial. En 1921, los periódicos líderes *El Mercurio*, *La Nación* y *El Diario Ilustrado* se unieron a la Associated Press, cuando esta abrió una oficina en Santiago. Aprovechando el nuevo sistema de cable submarino de la All America Cable Company, la agencia proporcionaba un servicio diario de trescientas a dos mil palabras con noticias de eventos internacionales. Sin embargo, la United Press ofreció servicios más baratos y cinco años más tarde obtuvo el monopolio absoluto en el mercado chileno de las noticias<sup>48</sup>. Adicionalmente, los periódicos más importante comenzaron a contratar sus propios corresponsales extranjeros fuera del país. *El Mercurio* estableció una oficina de prensa en Nueva York en 1915, ejemplo que los otros periódicos siguieron prontamente<sup>49</sup>. El intercambio de noticias internacionales con Chile alcanzó nuevas dimensiones durante la guerra. La creación de servicios telefónicos radiales entre Chile y los Estados Unidos en 1930 significó que las noticias podían ser transferidas, incluso, más rápido que antes<sup>50</sup>.

Además de la prensa escrita, la radio emergió como un medio popular para una pequeña, pero creciente parte de la población chilena. Su modernidad era reforzada por el hecho de que en 1923, la primera estación radial, Radio Chilena, fue instalada en el edificio Ariztía, donde también operaba una sala de ventas de artefactos de radio. En 1931, el cónsul general de los Estados Unidos en Chile informó a su gobierno que en Santiago existían entre diez mil a quince mil aparatos de radio en uso, la mayoría de pertenencia particular. Las nuevas estaciones radiales, radio Chilena, teatro Imperio, Universo, teatro Esmeralda y las subsidiarias de *El Diario Ilustrado*, *La Nación*, *El Mercurio*, transmitían no sólo las últimas noticias y música más moderna sino también utilizaban técnicas de producción y publicidad progresistas.

Tal como para la comunicación escrita, la radio chilena imitó cercanamente el modelo de Estados Unidos. No hubo un monopolio estatal sobre los medios de transmisión como ocurría en Europa y todas las estaciones radiales chilenas operaban exclusivamente sobre la base financiera de la publicidad. En sus contenidos las radios chilenas también imitaban a las estaciones estadounidenses. Los programas educativos difícilmente existían porque música, noticias y comedia dominaban la entretención<sup>51</sup>. A fines de la década de 1920, Chile

<sup>48</sup> Para la fase de la Associated Press, ver "El intercambio informativo", en *La Nación*, 17 de noviembre de 1920, p. 11; Agregado comercial de Estados Unidos a Departamento de Comercio en Washington D.C., Santiago, 7 de julio de 1921, N° 417.1, Anti-American Propaganda/Latin America, R.G. 151, N.A.

<sup>49</sup> "Chile y Ernesto Montenegro", en *Zig-Zag*, 31 de julio de 1926; Florencio Hernández, "Estados Unidos: La tierra de las probabilidades".

<sup>50</sup> "Las Américas unidas", en *El Diario Ilustrado*, 4 de abril de 1930, p. 3.

<sup>51</sup> Cónsul general de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., "Foreign utilization of radio", Santiago, 7 de agosto de 1931, 825.76/14, R.G. 59, N.A. María

manejaba un ambiente de medios comunicacionales bien implementado para llevar los mensajes de modernidad a la sociedad.

### EL CONSUMISMO Y LAS MASAS

Uno de los mensajes más poderosos transportado por los medios noticiosos fue aquel del consumismo. Los nuevos negocios abiertos en Chile durante y después de la guerra impresionaron a los chilenos por sus logros técnicos, administración avanzada, instalaciones impresionantes y equipos técnicos absolutamente modernos, en su mayoría provenientes de Estados Unidos. Así, las firmas estadounidenses recibieron contratos y participaron prominentemente en la modernización de las ciudades y redes de transporte chilenas<sup>52</sup>. En las remotas regiones del país, gigantescas empresas operaban las minas de cobre más grandes del mundo. La Westinghouse Company electrificó al país completamente y la Chilean Telephone Company, desde 1927 una subsidiaria de la poderosa I.T.T., instaló un nuevo sistema telefónico. A fines de la década de 1920, habían más de veinticuatro mil teléfonos registrados sólo en Santiago y más de cuarenta mil en el país<sup>53</sup>.

Durante la década de 1920, muchas de las empresas extranjeras siguieron el ejemplo de I.T.T. y establecieron plantas sucursales en Chile para poder evadir los costos de aduana y transporte. Estas firmas empleaban trabajadores chilenos, utilizaban recursos chilenos y cooperaban cercanamente con los intermediarios chilenos. Un buen ejemplo fue la subsidiaria Ford en Santiago, que abrió en 1924. Inmediatamente ganó la reputación de ser una de las empresas industriales más progresistas en el país y logró un impresionante éxito en el mercado chileno. Además, sus más de cinco mil empleados y trabajadores recibían sueldos por sobre el promedio y beneficios sociales destacables<sup>54</sup>.

Las empresas modernas vendían productos innovadores que incluían aparatos para el hogar como cafeteras, aspiradoras, ventiladores, equipos de aire acondicionado, refrigeradores y la tecnología de entretenimiento como radios

---

Cristina Lasagni *et al.*, *La radio en Chile: historia, modelos, perspectivas*, pp. 5-9; Carlos Catalán *et al.*, *Transformaciones del sistema cultural chileno entre 1920-1973*, pp. 9-10.

<sup>52</sup> "Una de las más importantes firmas constructoras", en *La Nación*, 4 de julio de 1929, p. 2; "Visitamos la fábrica de calzado de The American Shoe Factory", en *El Diario Ilustrado*, 10 de diciembre de 1930, p. 3; "Potrerillos Railway Company", en *Norte y Sur* 4, N° 41, 1930.

<sup>53</sup> "La compañía Westinghouse en Chile", en *Norte y Sur* 4, N° 41, 1930; "El teléfono automático en Chile", en *La Nación*, 10 de febrero de 1928, p. 5; Carlos Donoso Rojas, "De la Compañía Chilena de Teléfonos Edison a la Compañía de Teléfonos de Chile: Los primeros 50 años de la telefonía nacional, 1880-1930", pp. 125-138.

<sup>54</sup> "La Ford Motor C. y su sucursal en Chile", en *La Nación*, 27 de febrero de 1927, p. 9; "En la Ford Motor Co.", en *Zig-Zag*, 19 de enero de 1928; "Ford en Valparaíso", en *La Unión*, 7 de diciembre de 1929, p. 3; Mira Wilkins y Frank Ernest Hill, *American Business Abroad: Ford on Six Continents*, pp. 147-149 y 200-202.



La subsidiaria de Ford ganó rápidamente la reputación de ser uno de los más modernos establecimientos industriales de Chile. Fuente: Caja 20, R.G. 151-F.C., A.N.

y fonógrafos, que ahora desbordaba el mercado chileno. Por supuesto, estos productos sólo podían utilizarse en hogares de clase media o alta que contaban con electricidad. Aun así, el cónsul de Estados Unidos concluyó que en menos de diez años, cerca de cuarenta mil aparatos de radio, varios miles de refrigeradores y muchos otros lujosos equipos eléctricos habían sido vendidos en Chile. Estas cifras eran impresionantes dado el pequeño tamaño del mercado. En la década de 1920, la creciente demanda por productos de consumo reflejaba el nacimiento de un moderno estilo de vida<sup>55</sup>.

Los productos modernos no sólo reordenaron las actividades hogareñas y de entretención de muchos chilenos sino que también transformaron la vida laboral. Las máquinas de escribir eléctricas revolucionaron el trabajo de oficina y crearon nuevas posiciones para mujeres jóvenes. La maquinaria moderna, especialmente la de uso agrícola, comenzó a dominar el paisaje a medida que los tractores reemplazaban a los animales de tiro en las haciendas. Durante el régimen de Ibáñez, el gobierno utilizó parte de los préstamos extranjeros para ofrecer generosos créditos a hacendados que quisieran comprar este tipo de maquinarias. Por otro lado, los automóviles no sólo revolucionaron el trabajo y el transporte; además, se convirtieron en el símbolo más importante del consumismo moderno. Programas de construcción de caminos, instaurados por el régimen de Ibáñez, ayudaron a estimular una demanda que fue satisfecha en gran parte por la sucursal de la Ford. De hecho, entre 1926 y 1933 el

<sup>55</sup> Consulado general de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., "Chile's Plight", Santiago, 29 de noviembre de 1933, 825.50/32, R.G. 59, N.A.

número de automóviles registrados en Chile aumentó a más del doble, desde quince mil a treinta y cuatro mil, siendo la mayoría de ellos marca Ford<sup>56</sup>, convirtiéndose inmediatamente en objeto de entusiasmo para quienes los podían comprar. Los récords automovilísticos, por ejemplo el de 30 horas entre Santiago y Mendoza, ocupaban titulares y clubes y grupos de interés comenzaron a crearse a medida que aumentaba el número de personas que sabía manejar. Como resultado, las organizaciones como la Asociación de Automovilistas de Valparaíso y Viña del Mar se incrementaron notoriamente durante la década de 1920 y ejercieron una verdadera antesala para la introducción de leyes que promovían el uso de automóviles. Fue fácil dejar a un lado las opiniones conservadoras que exigían leyes duras en contra de choferes irresponsables culpables del rápido auge en el número de accidentes automovilísticos. En colaboración con el recientemente creado consejo para las carreteras, las asociaciones automovilísticas organizaron, en 1925, el primer congreso nacional para mejorar los caminos. En revistas especializadas o en la sección de automovilismo de periódicos como *El Mercurio*, los entusiastas chilenos criticaban que su país fuese tan lento en reconocer el llamado del tráfico individual y la implícita promesa de libertad para los usuarios automovilistas<sup>57</sup>. Usualmente, las condiciones en Chile eran comparadas con las de Estados Unidos, donde los progresistas programan de construcción de carreteras permitían el uso de automóviles incluso a personas que habitaban en zonas remotas. La esperanza radicaba en que algún día Chile pudiera entrar “con paso firme y decidido en la gran política caminera, que es progreso material y moral, salud, prosperidad y bienestar”<sup>58</sup>.

Algunos observadores sensibles notaron que el diseño de automóviles y otros productos modernos comenzaba a crear una nueva estética. Los autos eran populares y reflejaban las tendencias de moda. *Chile Magazine* señaló que el estilo de una época era determinado no sólo por las altas artes sino por los objetos de uso diario, los que eran moldeados de acuerdo a las necesidades básicas de los seres humanos. El credo del diseño moderno era que éste era más o menos igual en todas partes. Por lo mismo, era importante desarrollar estándares para reproducir productos y entregarlos a las masas; el uso masivo no implicaba la depreciación estética y no se debía temer a la estandarización. La belleza de los automóviles modernos no se oponía a su funcionalidad: ambas características más bien se complementaban. Los autos simbolizaban

<sup>56</sup> “La prosperidad de Chile”, en *El Mercurio*, 17 de noviembre de 1929, p. 11; Seidel, “Progressive...”, *op. cit.*, p. 300.

<sup>57</sup> “Nuestro programa”, en *Caminos y Turismo* 1, 1 de enero de 1922, pp. 7-8. Para los aspectos deportivos, ver “Un gran raid automovilístico”, en *Zig-Zag*, 7 de abril de 1923. En cuanto a la crítica conservadora, ver “Velocidad de los automoviles”, en *El Mercurio*, 9 de noviembre de 1920, p. 5. Para el congreso, ver Seidel, “Progressive...”, *op. cit.*, p. 289.

<sup>58</sup> Carlos Silva Cruz, “Prólogo”, p. 11. Ver también Enrique Gil, “De Nueva York al Pacífico”, p. 3.



un moderno estilo de vida, cuyos ideales más preciados eran la juventud, la relajación y el estilo deportivo<sup>59</sup>.

La discusión sobre la nueva estética reflejaba el hecho de que el consumismo se había convertido en parte de la vida diaria chilena. Por supuesto, sólo una pequeña porción de la población, las clases media y alta, podía participar en la cultura del consumo, aunque en cierto modo, la clase trabajadora también pudo beneficiarse. Así, los nuevos planes de crédito que permitían comprar en cuotas, permitieron una entrada monetaria adicional a mujeres de clase trabajadora que compraron máquinas de coser Singer.

Los residentes de todas las clases sociales de la ciudad eran expuestos a una inmensa cantidad de publicidad y campañas comerciales. Se descubrió que las mujeres eran una importante masa de consumidores modernos e imágenes de mujeres jóvenes y modernas, por ejemplo manejando autos y utilizando nuevos aparatos para la cocina, eran constantemente utilizadas en la promoción de productos<sup>60</sup>. Durante la década de 1920, algunos avisos publicitarios, como los de la Kodak, trataron de focalizarse en jóvenes consumidores

Joven familia con vestuario de época en el jardín de su casa. La Cía. Kodak usaba modernas técnicas de propaganda para el mercado chileno. Fuente: Aviso de Kodak en *Zig-Zag*, Santiago, 16 de diciembre de 1922.



La espontánea alegría de la niñez produce rico material para la

## KODAK

Nunca ha habido tan simpática sonrisa o tan dulce carejada; ningún otro niño jamás demostró más preciosa y hermosa alegría y nunca habrá más interesantes fotografías para U.d. que las de su propio niño. ¡Y tan fácil que es hacerlas con la KODAK!

No es sólo la fotografía, sino también una positiva y permanente identificación para el futuro; es la importante fecha y título que se pueden anotar con la KODAK AUTOGRAFICA, en el negativo mismo, al tiempo de hacer el retrato.

EASTMAN KODAK CO.  
Rochester, N. Y., E. U. de A.

<sup>59</sup> "Los ojos que no ven", en *Chile Magazine*, diciembre de 1921, pp. 176-177. Ver también "La moda de la voiturette popularizada en Norte América llega hasta nosotros", en *La Unión*, 5 de septiembre de 1926, p. 8; "La nueva mentalidad", en *El Diario Ilustrado*, 22 de septiembre de 1930, p. 4.

<sup>60</sup> Emily Rosenberg, "Consuming Women: Images of Americanization in the 'American Century'", pp. 481-485.

que apreciaban el estilo de vida moderno. Otras empresas, como la Ford Company, introdujeron técnicas innovadoras, como ventas para eventos especiales y desfiles de autos<sup>61</sup>. El consumismo impuso un embrujo sobre la sociedad chilena pero el cumplimiento de los sueños fue algo que se mantuvo lejos del alcance de las masas.

#### ENTRETENIMIENTO EN EL NUEVO SANTIAGO

Las rápidas transformaciones en la apariencia externa de Santiago, el nacimiento de medios de comunicación y el consumismo moderno trajeron consigo un rápido cambio en el modo urbano de vivir caracterizado por el aumento de la clase media. Antes y durante la guerra, no sólo los edificios sino, también, la vida social había sido modesta en las ciudades chilenas. Los eventos sociales, al menos aquellos considerados dignos de consignarse en la prensa chilena, eran dominados por una elite monetaria y exclusiva "de buena sociedad", la cual establecía los estándares culturales<sup>62</sup>. Ciertamente, este estilo de vida pseudoaristocrático no fue eliminado por los cambios sociales desarrollados durante la década de 1910, aunque éstos se hicieron tangibles en el ambiente urbano de la posguerra. Así, por ejemplo, las mujeres ahora se dejaban ver más en público e incluso gracias a la iluminación eléctrica podían atreverse a participar de la vida nocturna. La moda del vestuario buscó estilos más informales. Los avances modernos como autos, teléfonos, luz eléctrica, cines, radios y aviones, rápidamente cambiaron el ritmo y los sonidos del ambiente urbano. La estandarización del tiempo como un elemento típico de la modernización se expresó en el hecho de que las personas, más que nunca, utilizaban relojes de pulsera<sup>63</sup>.

Sin embargo, el ímpetu modernizador se sintió más fuertemente en las nuevas formas de entretención que llegaron a dominar la vida nocturna de la ciudad. Compañías revisteriles estadounidenses hacían giras por Chile y, aunque poco frecuentes, provocaron mucha discusión acerca del valor artístico de esta nueva forma de entretención. Los *shows* de la bailarina francesa Josephine Baker en Santiago, en octubre de 1929, fueron claramente la culminación de esta tendencia que atraía a una masiva audiencia<sup>64</sup>. Los chilenos no permanecieron como observadores pasivos. Las nuevas danzas y la música que llega-

<sup>61</sup> "El gran desfile Ford", en *La Unión*, 24 de julio de 1924, p. 3.

<sup>62</sup> Ver, por ejemplo, "Los salones de baile", en *Zig-Zag*, 2 de enero de 1915. Mont-Calm, "Una fiesta de modas en el Ritz de Nueva York"; Sergio Villalobos *et al.*, *Historia de Chile*, pp. 669-678.

<sup>63</sup> Mont-Calm, "¿Progresamos?", *op. cit.*; Villalobos *et al.* *Historia...*, *op. cit.*, p. 796 Cáceres, *op. cit.*, pp. 190-191.

<sup>64</sup> "Josefina Baker", en *La Nación*, 17 de octubre de 1929, p. 3; "Popularidad", en *El Industrial*, 19 de octubre de 1929, p. 1.

ban principalmente desde Estados Unidos, conquistaban audiencias en Chile, invitando a una activa participación. Después de la guerra, las influencias estadounidenses sobre las modas del baile fueron profundas. Las nuevas danzas provenientes del país del norte eran rápidas y caracterizadas por movimientos sinuosos y enfáticos que anonadaban a la audiencia internacional. En Chile, historias sobre los orígenes y los creadores del Shimmy, el Charleston y el Black Bottom, fueron devorados por un público que gustaba más y más de la locura de los bailes modernos. Más aún, los chilenos estaban concientes de que eran parte de una corriente internacional que cambiaba su paso favorito casi semanalmente y que era incluso aceptado por las elites sociales de las capitales europeas como París o Berlín<sup>65</sup>.

La juventud chilena deseosa de participar en los bailes de moda se enfrentó a una falta de lugares donde practicarlos. En 1919, la mayoría de los bares chilenos todavía tenían la dudosa reputación del club nocturno, al cual ninguna persona 'respectable' se atrevía a ir. Hacia mediados de la década siguiente, los empresarios de la entretención reaccionaron frente a la creciente demanda abriendo numerosas salas de baile denominadas *dancings*. En la calle Bandera cerca del río Mapocho se desarrolló un sector de clubes nocturnos. En clubes como *Las Torpederas* la juventud de la capital disfrutaba una vida nocturna agitada que a menudo terminaba a puñetazos. Los clubes y un buen número de cabarets ofrecían entretenimiento musical tocando bailes de moda desde los fox trots más antiguos hasta lo último que llegaba desde Estados Unidos de Norteamérica<sup>66</sup>. A menudo, la músicaailable era compuesta por músicos chilenos, tal como lo revela la *Revista de Bibliografía Chilena* donde títulos como el fox trot "Rascacielos," el tango "Valentino," o el "Shimmy Carnaval" eran registrados en grandes cantidades<sup>67</sup>. A pesar de los conflictos con vecinos que reclamaban por los ruidos molestos, las nuevas danzas fueron aceptadas por una juventud aparentemente fascinada por la misma modernidad de los movimientos y de las nuevas tendencias del vestuario caracterizadas por la expresividad física.

Las nuevas formas de entretención eran experiencias liberalizantes porque transgredían las normas de comportamiento tradicionales. Sin embargo, desde el punto de vista de los observadores tradicionales los bailes modernos dejaban mucho que desear. Aparentemente no había ningún orden en los nue-

<sup>65</sup> "El discutido Shimmy", en *Zig-Zag*, 23 de julio de 1921; "Tribulaciones de la creadora del 'Shimmy'", en *La Nación*, 21 de enero de 1922, p. 1; "El Pogo", en *La Nación*, 16 de julio de 1922, p. 3; "La plaga del Shimmy", en *La Nación*, 29 de abril de 1924, p. 1; "Los bailes modernos", en *La Nación*, 13 de octubre de 1927, p. 1; "La proclama contra el Jazz", en *El Mercurio*, 28 de julio de 1925, p. 1; "¿Sabe Ud. cómo nacen las danzas americanas?", *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1929, p. 1.

<sup>66</sup> "Y aquella noche ...", en *Las Últimas Noticias*, 18 de febrero de 1925, p. 19; "Terpsicore en 1926", en *Zig-Zag*, 9 de octubre de 1926; Augusto Pope, "Baile, alegría, luz y cultura", p. 5.

<sup>67</sup> Ver, por ejemplo, *Revista de Bibliografía Chilena*, N° 1, 1927, pp. 9-10, 70 y 255.

vos eventos de los salones de baile. La orquesta comenzaba a tocar sin una introducción oficial y no había ningún programa dado a conocer con anterioridad que hiciera saber al participante el orden de los bailes. No había recesos entre las canciones rápidas lo que aparentemente transformaba la velada en un evento deportivo. Mientras menos padres habían alrededor, más peligrosas eran las danzas ofrecidas, permitiendo que mujeres y hombres jóvenes se mezclaran en forma casual. Más aún, las populares danzas incrementaban los deseos masculinos<sup>68</sup>. Lo que la moderna locura podría provocar se ilustraba en forma más bien drástica en la siguiente caricatura. Bajo la supervisión de sus padres, una joven pareja está bailando frenéticamente un nuevo ritmo yanqui. El embarazo resultante es choquante.

### LOS RESULTADOS DEL SHIMMY

SIN MAYOR EXPLICACION



“Los resultados del Shimmy”  
asombraron a la familia chilena:  
Fuente: *Corre Vuela*, Santiago, 26  
de octubre de 1921.

<sup>68</sup> “Las tristezas del Dancing”, en *Zig-Zag*, 5 de noviembre de 1927; “Una girl que se rifa”, en *Zig-Zag*, 4 de junio de 1921.

Ya en 1921, la nueva moda había conquistado completamente a Santiago. Se efectuaban competencias de Shimmy todo el tiempo, ya sea de noche o de día, de modo que siete años más tarde, el alcalde de Santiago se sintió obligado a introducir una prohibición de ruidos después de las 23.00 hrs.<sup>69</sup>. El Shimmy, incluso, era bailado en las celebraciones patrióticas de septiembre y los críticos señalaban que casi no quedaba bar o restaurante al cual acudir sin tener que escuchar los contagiosos ritmos. Los hombres jóvenes simplemente tenían que saber bailar el Charleston y el Shimmy para poder tener éxito con las damas (figura 1.6). Para aquellos que en 1925 todavía no se habían enterado de las nuevas tendencias, *La Nación* ofrecía en primera plana un curso fotográfico del Charleston presentado por la estrella de cine Bessie Love<sup>70</sup>.



El furor del día: El Charleston y otros bailes importados dominaron en Chile. Fuente "El furor del día", en *Zig-Zag*, Santiago, 8 de marzo de 1927.

El acompañamiento necesario a las modernas danzas era el jazz. A través de los nuevos medios de comunicación como la radio y el cine, los más famosos músicos estadounidenses, como Duke Ellington, fueron introducidos al

<sup>69</sup> "Ruidos nocturnos", en *El Industrial*, 25 de enero de 1928, p. 1.

<sup>70</sup> "Shimmy-Jazz", en *Las Últimas Noticias*, 22 de septiembre de 1921, p. 3; "¡Todo el mundo baila!", en *Las Últimas Noticias*, 13 de marzo de 1922, p. 3; "El Charleston, una nueva epilepsia danzante", en *Zig-Zag*, 12 de junio de 1926; "Bailando el Charleston", en *Las Últimas Noticias*, 21 de julio de 1927, p. 12; "Ruidos nocturnos", en *El Industrial*, 25 de enero de 1928, p. 1. Para el curso fotográfico, ver "El 'Charleston', baile de gran moda", en *La Nación*, 9 de diciembre de 1925, p. 1.

público chileno<sup>71</sup>. La victoria internacional del jazz fue interpretada como una expresión del deseo por divertirse después de las atrocidades de la guerra. Aunque los jóvenes chilenos no habían experimentado las trincheras, su participación en la euforia musical no dejaba lugar a discusión. Además de disfrutar pasivamente la música jazz transmitida por la radio o los gramófonos, los jóvenes emulaban activamente a las estrellas estadounidenses fundando bandas como *The Memphis Syncopators*, la cual logró halagos en la prensa metropolitana. En 1931, un grupo de artistas de clase alta trataron de lograr algo de la atmósfera de los clubes de jazz al interpretar la obra *Jazz Express*, convertida en un importante evento de teatro ese año<sup>72</sup>.

Por añadidura, algunos jóvenes desarrollaron una actitud que llegó a ser conocida como el 'chiquillo Jazz', que describía al joven que había adoptado un estilo ostensiblemente estadounidense, de comportamiento informal, que vestía ropas estadounidense y trabajaba en algunos de los puestos bien remunerados ofrecidos en la ciudad por empresas estadounidenses. El 'chiquillo Jazz' era visto como alguien que menospreciaba la provincialidad de su propia cultura y gente y que cultivaba una actitud de rebeldía en contra de la autoridad<sup>73</sup>. Por supuesto que tal actitud precipitó una reacción y la causa aparente de la actitud del 'chiquillo Jazz', la cultura moderna de masas, fue fuertemente criticada.

#### LA JUVENTUD Y EL SURGIMIENTO DE LOS DEPORTES COMPETITIVOS

El ejemplo del 'chiquillo Jazz' demuestra que la juventud fue la clave para el éxito de la cultura de masas. Por un lado, fueron los jóvenes los más atraídos por su promesa de libertad; por otro, esta cultura defendía atributos que comúnmente se asocian con la juventud. A comienzos del siglo xx, los chilenos descubrieron la juventud como una categoría autónoma de la existencia, representante de la vitalidad y la energía. La despreocupación por los jóvenes, especialmente en el gran número de viviendas miserables era reconocido como un problema de gran relevancia dentro de la "cuestion social". Además, las actitudes rebeldes de la juventud de clase media contribuían a tensiones subliminales entre las generaciones que fueron percibidas como componentes importantes de la crisis de la familia. Mientras la juventud más se identificaba con la cultura de masas, este conflicto era crecientemente interpretado como

<sup>71</sup> "En el país de origen del Jazz-Band", en *El Mercurio*, 6 de junio de 1924, p. 22; "Últimas noticias cinematográficas", en *Zig-Zag*, 14 de diciembre de 1929; "El rey del Jazz", en *Zig-Zag*, 6 de septiembre de 1930; "Jazz Band...", en *Las Últimas Noticias*, 8 de octubre de 1930, p. 2. Para el contexto, ver Juan Pablo González, "Vertientes de la música popular chilena", pp. 42-43.

<sup>72</sup> "Jazz-Express", en *El Diario Ilustrado*, 7 de noviembre de 1931, p. 4; "Jazz-Band", en *El Mercurio*, 11 de noviembre de 1923, p. 5.

<sup>73</sup> "El chiquillo 'Jazz'", en *El Diario Ilustrado*, 18 de abril de 1930, p. 5.

lucha entre culturas opuestas entre sí. ¿Cómo resolver esta tensión? Los adultos chilenos, que demostraban preocupación por el problema, buscaron nuevas aproximaciones, como la organización de actividades deportivas para disciplinar a la juventud. Sin embargo, estas actividades compartieron muchos de los aspectos inherentes a las nuevas expresiones de la cultura de masas, amenazantes para algunos, liberadores para otros.

Los reformadores sociales chilenos querían instalar un sano espíritu de patriotismo y pragmatismo en la juventud de su país. Así, cuando en 1909 el general británico Robert Braden-Powell visitó Chile hubo entusiasmo inmediato por la fundación de una sección chilena del movimiento de *boy scouts*. Bajo el liderazgo de Alcibiades Vicencio, la organización rápidamente se esparció por todo el país y se abrieron grupos locales en todas las ciudades principales<sup>74</sup>. Hacia 1930, habían más de dos mil cuatrocientos *boy scouts* y unas setecientas *girl guides* sólo en la provincia de Santiago.

Las actividades de este movimiento juvenil apuntaban al bienestar físico y mental y al desarrollo de la responsabilidad social en los niños. Este último aspecto fue complementado con la entrega de una conciencia ecológica manifestada, por ejemplo, a través de la plantación de árboles en la anual Fiesta del Árbol. Esta festividad introducida por el movimiento *boy scout* se estableció rápidamente como un importante evento social. Los *boy scouts* reflejaban ideales de honor, patriotismo y obediencia a la autoridad, por lo que lograron gran prestigio dentro de los medios de comunicación y de la sociedad chilena.

Como complemento a las actividades de los *boy scouts*, las sedes locales de Y.M.C.A. y Y.W.C.A. ofrecían actividades para adolescentes de la clase media y baja. El énfasis se ponía en los deportes, educación patriótica y servicio social. Las Y.M.C.A./Y.W.C.A. funcionaban independientemente de la organización madre en Gran Bretaña, aunque en Chile eran atacadas por oponentes católicos que las consideraban representantes de instituciones anglosajonas protestantes. Tal como lo hacían los scouts, la organización ofrecía actividades deportivas a jóvenes de ambos sexos permitiendo que niñas y mujeres jóvenes encontraran un punto de encuentro importante en estas organizaciones<sup>75</sup>. El discurso chileno público aceptaba las actividades físicas de la juventud femenina porque se contraponían positivamente a las influencias maliciosas de las modernas mujeres fumadoras. Sin embargo, el deporte femenino tuvo que permanecer restringido a la juventud porque se pensaba que podía no sólo influenciar negativamente la capacidad reproductiva de la mujer adulta sino masculinizarla<sup>76</sup>.

El trabajo de ambas organizaciones juveniles era moderno desde la perspectiva que apoyaba el desarrollo de la salud física a través de las actividades

<sup>74</sup> "Boy-Scouts", en *Zig-Zag*, 15 de agosto de 1914; "La excursión del domingo", en *Zig-Zag*, 5 de agosto de 1916; Roxane (Elvira Santa Cruz Ossa), "El scoutismo en Chile".

<sup>75</sup> "Y.M.C.A." en *Pacifico Magazine*, N° 1, 1921, pp. 486-488.

<sup>76</sup> Juan Babel, "Sportwomen"; "¿Le gustan a Ud. las mujeres deportistas?", en *Zig-Zag*, 4 de febrero de 1928.

deportivas. Por supuesto, las actividades regulares deportivas ya se habían introducido en Chile en el siglo XIX. Los inmigrantes alemanes fundaron los primeros clubes de gimnasia y en 1880 los miembros de la colonia inglesa comenzaron a jugar fútbol. Durante las décadas de 1910 y 1920, grupos de inmigrantes crearon un número importante de clubes deportivos como el Deutscher Sport Verein (1916) o el Prince of Wales Country Club (1925). En la sociedad chilena también se desarrolló un entusiasmo por el deporte durante estos años. En el curso de la década que siguió a la posguerra nuevos clubes de fútbol, natación, tenis, equitación o golf aparecieron por doquier en las principales ciudades<sup>77</sup>. Ya que estos clubes permanecieron reservados para los miembros de la clase alta y media, las actividades ofrecidas por las organizaciones como los *boy scouts* o las Y.M.C.A./Y.W.C.A. eran especialmente importantes.

Además, la Asociación de Fútbol de Chile logró rápidamente ser aceptada por las masas. En 1920, señaló tener 26.531 miembros, más que cualquier otra organización nacional de fútbol en Latinoamérica de la época<sup>78</sup>. En las nuevas y muy leídas revistas *Los Sports* o *Chile Magazine*, los entusiastas enfatizaban que el deporte era una parte casi natural del "alma nacional". Más aún, desde la perspectiva de las autoridades, los deportes ofrecían una alternativa saludable y disciplinada a la vida desordenada de las calles de los barrios pobres<sup>79</sup>.

El interés público chileno se enfocó en individuos y equipos exitosos. Juan Jorquera, récord mundial en maratón obtenido en las Olimpiadas Sudamericanas de Buenos Aires en 1918, fue uno de los primeros héroes nacionales. Asimismo, se desarrolló un verdadero culto a David Arellano, el primer capitán del nuevo equipo de fútbol Colo-Colo, cuya trágica muerte en 1927 en España fue motivo de duelo nacional. Las nuevas competencias deportivas internacionales pusieron a los equipos nacionales al frente del interés popular. Aunque rara vez exitosos, los atletas involucrados en estos eventos disfrutaban de alto prestigio y su rendimiento era seguido cercanamente por la prensa nacional. La euforia tuvo su punto cúlmine durante la primera copa mundial de fútbol celebrada en Uruguay en 1930, cuando el equipo chileno derrotó a Francia y el presidente Ibáñez envió un telegrama para felicitar a los vencedores<sup>80</sup>.

Sin embargo, el boxeo era más importante que el fútbol. Este deporte fue una importación desde los Estados Unidos que rápidamente conquistó el en-

<sup>77</sup> "Los orígenes del sport en Chile", en *Pacifico Magazine*, N° 1, 1920, pp. 357-363; Cáceres, *op. cit.*, pp. 180 y 193.

<sup>78</sup> Fernando Larraín Mancheño, *Fútbol en Chile: historia de este deporte a través de sus cincuenta años de vida, 1895-1945*; Antonino Vera, *El fútbol en Chile*.

<sup>79</sup> "Chile, país deportivo", en *Los Sports*, 23 de mayo de 1924. Para la significancia política del deporte en América Latina, ver William Rowe y Vivian Schelling, *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*, pp. 138-142; también Joseph L. Arbeno (ed.), *Sport and Society in Latin America: Diffusion, Dependency, and the Rise of Mass Culture*.

<sup>80</sup> Para Jorquera, véase José Risopatrón Lira, "Los juegos olímpicos", p. 348. Para Arellano: "Comentarios del doctor Pullman", en *Hollywood*, abril de 1927, p. 34; Cáceres, *op. cit.*, pp.



tusiasmo nacional convirtiéndose en el presunto “deporte nacional de Chile”, porque se ajustaba muy bien con el carácter de la valiente ‘raza’ chilena<sup>81</sup>. Sus orígenes pueden encontrarse a comienzos de siglo cuando las noticias del extranjero acerca de los espectaculares premios de las peleas llegaron a Chile. Chilenos como Juan Budinich viajaron a Estados Unidos para estudiar el boxeo moderno y formaron los primeros clubes al retornar al país. Hacia 1910, estos clubes producían estrellas como Heriberto Rojas y Manuel Sánchez, quienes llegaron a ser campeones sudamericanos de su clase. Sin embargo, las peleas con boxeadores estadounidenses en gira por Sudamérica, imponían sobriedad, al no tener los chilenos ni siquiera una mínima posibilidad de vencer en estas peleas. Para poder elevar el nivel del boxeo chileno al estándar yanqui, se fundó la Federación de Box de Chile en 1915; el diputado Rafael del Canto fue su primer presidente<sup>82</sup>.

Hasta ese punto el boxeo había sido un deporte estrictamente amateur reservado para la clase trabajadora y visto sospechosamente por las autoridades. Las frecuentes manifestaciones durante los eventos desencadenaron fuerzas para prohibir totalmente el deporte. Desde la postura opuesta, la izquierda comunista criticaba al boxeo como una más de las ingeniosas herramientas del capitalismo para evitar que los trabajadores desarrollaran una conciencia de clase<sup>83</sup>. Sin embargo, la Federación de Box fue capaz de salvar al deporte a través de un trabajo de lobby que destacaba la importancia del boxeo para la nueva industria de guantes y zapatillas. Por lo demás, los líderes de la Federación enfatizaban que gran parte de los jóvenes de la clase trabajadora probablemente se convertiría en criminales o borrachos si no tenían el boxeo para liberar su energía. El boxeo contribuiría decisivamente a la “salud moral” de Chile<sup>84</sup>. Así, después de la guerra, crecieron los centros de boxeo como el Centro Deportivo Ursus o el Centro Deportivo Benjamín Tallman, los cuales estaban abiertos a todo público.

Lo que más ayudó a la popularidad del boxeo fueron las aventuras de los atletas chilenos en Estados Unidos, la tierra de ese deporte. Cuando en 1925, el columnista de *Los Sports*, Antonio Acevedo Hernández concluyó que los deportistas estadounidenses eran como titanes, como una clase aparte que claramente lo dominaba todo, su opinión no quedó sin respuesta. Louis Bouey replicó que los chilenos no tenían necesidad amilanarse frente a los estadounidenses. Sostenía que los yanquis no eran seres superiores y que los latinoamericanos eran capaces de competir con ellos, tal como el éxito de muchos de sus

220-221. Para el fútbol, ver “¡Chile...!”, en *El Diario Ilustrado*, 20 de julio de 1930, pp. 1 y 9; Carlos Ossa Coo, *La historia de Colo Colo*, pp. 3-35; Eduardo Santa Cruz A., *Origen y futuro de una pasión: fútbol, cultura y modernidad*, pp. 68-69.

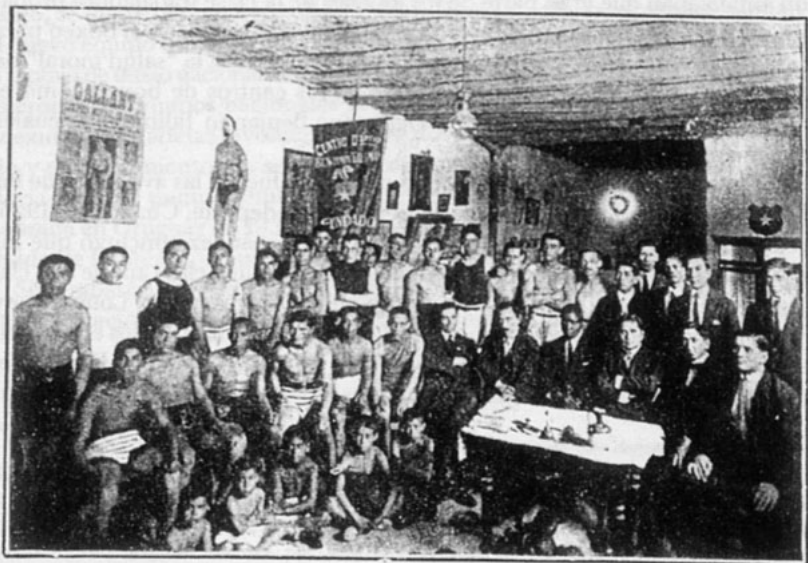
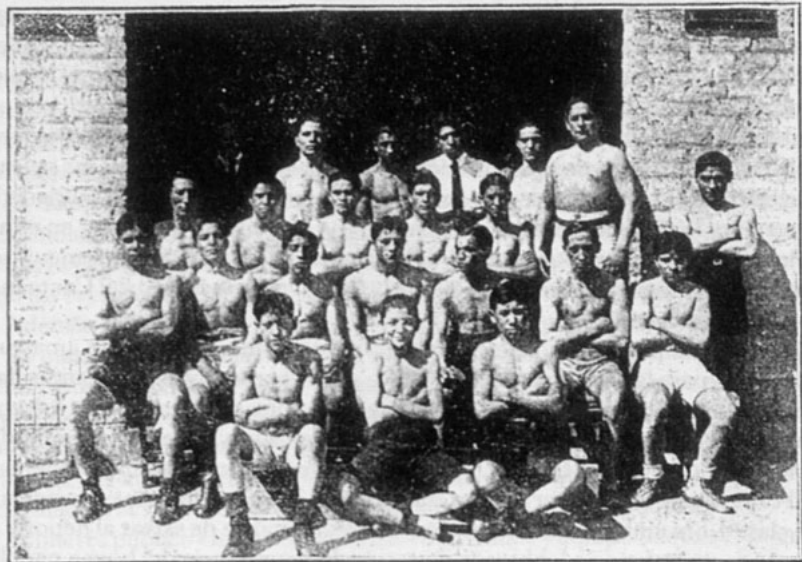
<sup>81</sup> José Risopatrón Lira, “El box en Chile”, p. 529.

<sup>82</sup> *Op. cit.*, pp. 530-535; Renato González, *El boxeo en Chile*.

<sup>83</sup> “Quintín Romero”, en *El Despertar de los Trabajadores*, 6 de junio de 1924, p. 2.

<sup>84</sup> Risopatrón, “El box...”, *op. cit.*, p. 539.

## EL BOX EN CHILE



El boxeo se transformó en un deporte nacional a comienzos del siglo XX. Los centros deportivos se abrieron a jóvenes de todas las clases sociales. Fuente: Risopatrón, "El box...", *op. cit.*, p. 535.

boxeadores lo había probado<sup>85</sup>. La respuesta llegó de una fuente autorizada, ya que Bouey era mánager de Estanislao Loayza Aguilar, 'El Tani', campeón de peso ligero de Iquique y gran esperanza de todos los fanáticos del boxeo en Chile.

De hecho, a mediados de 1920, los *managers* estadounidenses, incluyendo al famoso Tex Rickard, comenzaron a descubrir que la mitad sur del continente era reservorio de boxeadores talentosos y 'exóticos' capaces de atraer grandes audiencias. Los boxeadores chilenos se beneficiaron con estas tendencias. Un ex trabajador del salitre en Antofagasta, Quintín Romero Rojas, en 1924 fue uno de los primeros en lograr la fama en Estados Unidos. El mánager de Romero fue Jack Martínez, quien logró establecer conexiones con Rickard<sup>86</sup>. Asimismo, el campeón de peso ligero Luis Vicentini, quien era promovido por Abel Bersac, también se fue de gira por los Estados Unidos. El éxito inicial de estos dos boxeadores gatilló una verdadera locura boxeril en Chile. Cada paso que tomaban en la tierra prometida del boxeo era cubierto por la prensa nacional e incluso los periódicos establecieron secciones de boxeo permanente.

Los *rings* estadounidenses se convirtieron en la medida del éxito para los boxeadores sudamericanos durante esos años. En el capítulo introductorio, ya hemos hablado acerca de la pelea de Firpo con el legendario boxeador Jack Dempsey en aquella memorable noche de septiembre de 1923, cuando una masiva audiencia fue atraída al edificio de *La Nación* para escuchar la primera transmisión radial en vivo<sup>87</sup>. A pesar del fracaso de Firpo, el entusiasmo por el boxeo y los modernos esfuerzos de *marketing* que acompañaban al deporte se incrementaron aún más durante los siguientes años. En 1925, los chilenos se entusiasmaron con el campeón iquiqueño apodado 'El Tani' por los medios de comunicación estadounidenses. Los triunfos del Tani en el Madison Square Garden de Nueva York fueron transformados en una tormenta de entusiasmo en Chile. En julio de 1925, Loayza perdió contra el campeón mundial Sammy Mandell en una lucha convertida en un evento nacional por la prensa<sup>88</sup>. Decepciones de esta naturaleza no evitaron que el deporte moderno continuara siendo la pasión de los chilenos.

La capital chilena fue el centro de los cambios en las dos décadas que estudiamos. El ímpetu modernizador provino primero del sector privado, ya

<sup>85</sup> Acevedo Hernández, "Goodrich, campeón del mundo"; Louis Bouey, "El manager de 'El Tani' y el campeón del mundo".

<sup>86</sup> "Por los rings americanos", en *Los Sports*, 9 de mayo de 1924; "¡Bravo Quintín!", en *El Industrial*, 9 de mayo de 1924, p. 6.

<sup>87</sup> "Firpo", en *Sucesos*, 22 de marzo de 1923; "La gran pelea de anoche", en *El Industrial*, 13 de junio de 1923, p. 3; Joaquín Edwards Bello, "El triunfo de Firpo", p. 5; "El campeonato mundial de box", en *La Nación*, 14 de septiembre de 1923, p. 1; "¿Por qué fue derrotado Firpo?", en *Sucesos*, 20 de septiembre de 1923.

<sup>88</sup> "La pelea de anoche en Nueva York", en *Las Últimas Noticias*, 14 de julio de 1925, p. 9. El Tani quedó convertido en un ídolo: ver "Lo que pasa", en *Las Últimas Noticias*, 24 de junio de 1926; "Tani for ever", en *El Industrial*, 4 de octubre de 1929, p. 10.

sea en la planificación urbana o en la revolución de los medios de comunicación. Sin embargo, especialmente bajo Ibáñez, el Estado se hizo cargo de muchos proyectos de modernización urbana, apropiándose de uno de los periódicos líderes para hacer su propaganda, implementando el plan regulador para los cambios arquitectónicos, y apoyando el movimiento deportivo como un medio para disciplinar a la clase trabajadora. Con todo, grandes espacios no quedaron bajo el control del Estado. La cultura de masas moderna desarrolló una dinámica propia y creó nuevas demandas y nuevos tipos de audiencias que no podían ser totalmente controladas. El 'chiquillo Jazz' que emergió en este período puede utilizarse como símbolo del elemento desafiante inherente al proceso.

## EL CONTEXTO SOCIOECONÓMICO DEL COMIENZO DEL CINE

En 1896, sólo unos pocos meses después de que las películas fueran estrenadas en Europa, los chilenos tuvieron el privilegio de disfrutar, en su propio país, la primera exhibición cinematográfica del flamante sistema de Lumière<sup>89</sup>. Seis años más tarde, en 1902, las primeras escenas documentales filmadas en Chile, ejercicios de una brigada del Cuerpo de Bomberos, pudieron ser admiradas en Valparaíso. Durante los próximos quince años las películas se transformarían en el principal medio de entretenimiento moderno, tanto que a fines de la década de 1910, el cine ya había alcanzado la distinción de medio de comunicación más popular e influyente del período. En medio de la guerra europea, la producción en pequeña escala de películas mudas se agilizó y las películas importadas desde los Estados Unidos comenzaron a invadir los mercados. El cine era moderno y disponible para personas de ambos sexos y de toda clase social. Ciertamente, el auge del nuevo medio fue el factor más significativo en la emergencia de la cultura de masas en el Chile de las primeras décadas del siglo xx. A continuación, analizaremos el contexto del mercado del cine en Chile. Nos enfocaremos sobre quién y porqué ejercía el control, qué efectos tuvo el cine sobre la audiencia chilena, cómo ésta fue cambiando a través del tiempo y cómo los guardianes de la cultura trataron de regular la entretenimiento, introduciendo la censura. Finalmente, discutiremos los problemas de la naciente industria del cine nacional.

### EL COMERCIO DE LA ENTRETENIMIENTO

Antes y durante los primeros años de la guerra, las películas que se presentaban en Chile llegaban principalmente desde Europa. Los productores franceses como Pathé tenían el dominio de lo que todavía era un mercado pequeño. Hasta que comenzó la guerra, las películas de los Estados Unidos eran consideradas demasiado caras y atrasadas, debido al tiempo que se demoraba el transporte desde Nueva York hasta Valparaíso<sup>90</sup>. Sin embargo, esta situación cambiaría rápidamente alrededor de los años 1915-1916; entonces, los Estados Unidos reemplazaron a Europa como la fuente principal de películas para los merca-

<sup>89</sup> "El cinematógrafo", en *La Lei*, 26 de agosto de 1896, p. 2. Agradezco a Eliana Jara Donoso esta información.

<sup>90</sup> Para una evaluación de la situación del cine en Chile antes de 1914, ver "Los progresos del cine", en *Zig-Zag*, 7 de noviembre de 1914.

dos latinoamericanos. A partir de esos años, la exportación de películas desde los Estados Unidos aumentó notoriamente. Pero la gran cantidad no necesariamente significó buena calidad. Los exportadores yanquis utilizaron a América Latina como un “basurero” para producciones de segunda clase. Por lo mismo, el público a menudo rechazó las nuevas películas provenientes de los Estados Unidos debido a sus bajos estándares<sup>91</sup>.

Sin embargo, estos problemas iniciales fueron sobrepasados rápidamente cuando los productores de Hollywood reconocieron el valor potencial de los mercados del sur. Ya en 1916, la revista especializada *Cine Mundial* publicaba las películas de Estados Unidos en países de habla española<sup>92</sup>. Los productores empezaron a ofrecer sus películas directamente en la región. En 1917 y 1918 los líderes del sector, Fox Pictures, la Corporación Famous Players-Lasky (que después se transformaría en Paramount Pictures) y Goldwyn comenzaron a emplear representantes directos en Chile. Además, el fundador de la empresa cinematográfica en Argentina, Max Glücksmann, quien controlaba una gran proporción del mercado chileno, instaló oficinas en los Estados Unidos. Películas de alta calidad comenzaron a ser enviadas al sur sin atraso y con mucho éxito. A esas alturas, Estados Unidos ya había entrado en la guerra y Washington reconocía el valor de las películas en los esfuerzos propagandísticos en contra de Alemania y sus aliados. Los empresarios yanquis, como los representantes de Ford, General Electric o Remington, apoyaron la difusión de los filmes de Hollywood no sólo por razones de patriotismo sino porque éstos, además, contribuían a difundir el estilo de vida estadounidense entre público extranjero. Ellos hicieron propia la doctrina del Comité de Información Pública (Committee of Public Information), instrumento oficial de propaganda de los Estados Unidos, de acuerdo con el cual “los negocios siguen a las películas”<sup>93</sup>.

Al terminar la guerra, los chilenos observaron cómo Hollywood devino en la industria cinematográfica más rica e influyente del mundo, al adquirir un papel importantísimo en la economía del país del norte. En 1929, ya generaba cerca del 85% de la producción cinematográfica mundial y empleaba a más de trescientas cincuenta mil personas, convirtiéndose en la quinta industria más grande de ese país. Incluso, después de la introducción del cine hablado en la década de 1930, las películas de Hollywood retuvieron un firme control de los mercados mundiales<sup>94</sup>. América Latina fue un mercado promisorio

<sup>91</sup> Kristin Thompson, *Exporting Entertainment: America in the World Film Market, 1907-1934*, pp. 40 y 49-50.

<sup>92</sup> “Saludo” y “Nuestro Programa”, en *Cine Mundial*, enero de 1916, pp. 9-11.

<sup>93</sup> “El cine en la guerra”, en *Cine-Mundial*, diciembre de 1917, p. 605; Thompson, *op. cit.*, pp. 69-80; Gaizka S. de Usabel, *The High Noon of American Films in Latin America*, pp. 8-10.

<sup>94</sup> “Al rededor de las películas yanquis”, en *Zig-Zag*, 23 de julio de 1921; “Todos contra Hollywood”, en *Zig-Zag*, 27 de abril de 1929; “La exportación de películas yanquis”, en *El Industrial*, 11 de octubre de 1929, p. 10; “La película yankee cubre el mundo”, en *La Nación*, 21 de septiembre de 1930, p. 4.

para los productores de los Estados Unidos, cuyas exportaciones significaban alrededor de un 20% a un 30% del total de sus ganancias. De hecho, Hollywood mantuvo fácilmente su posición dominante en América del Sur. A pesar de las ventajas europeas durante la fase de hiperinflación al término de la guerra, la industria de los Estados Unidos controló firmemente la región aportando siempre entre un 80% a un 90% de todas las películas mostradas. En Chile, la posición del cine yanqui incluso se mantuvo por encima de ese promedio extraordinariamente alto. En 1930, de acuerdo a estimaciones del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, las producciones estadounidenses totalizaban un 90% de todas las películas mostradas en el país, cifra que en 1932 aumentó a un 98%<sup>95</sup>.

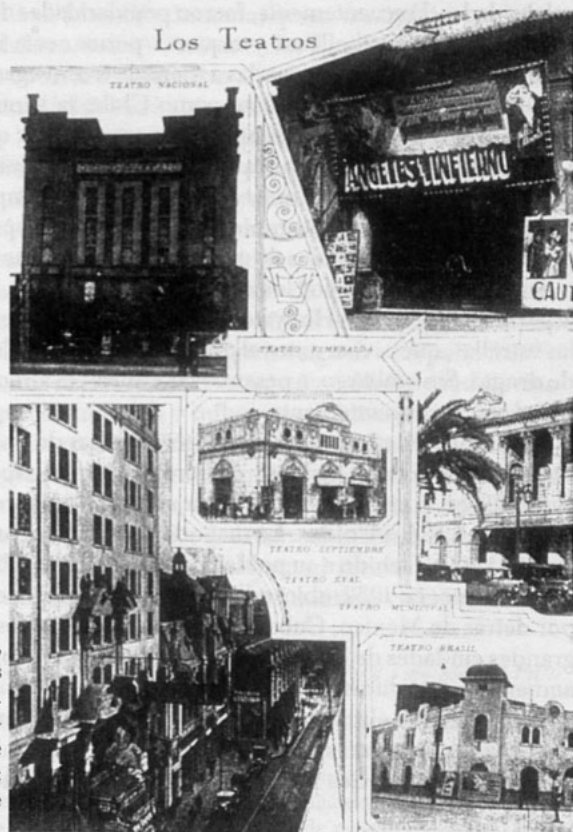
La atracción que ejercía el cine de Hollywood se basaba en su perfección técnica y en el sistema de estrellas. Alrededor de todo el mundo, la prensa popular mostraba a las estrellas del cine estadounidense, transformándolas en celebridades. Frecuentemente, fueron popularidades de corto plazo. Así y todo, el atractivo de sus bellezas y riquezas permanecía inalterado. Las estrellas establecían estándares de modas a menudo extravagantes para sus seguidores. Incluso en un lugar tan remoto como Chile, la gente quería tener los autos más modernos o los mismos aparatos para el hogar que veía en las películas. Las películas de Hollywood también transmitían nuevas y modernas imágenes de estilos de vida, las que eran especialmente importantes para las personas jóvenes, mostrando cambios en los roles correspondientes a cada sexo o presentando posibilidades de movilidad social. Estas imágenes eran interpretadas como amenaza por los custodios de la cultura, quienes enfatizaban los aspectos negativos de Hollywood, como el materialismo y la inmoralidad de las estrellas, que vivían entre el divorcio, los escándalos y el consumo abusivo de drogas. Sin embargo, a pesar de las críticas, la atracción ejercida por Hollywood crecía constantemente.

Latinoamérica ocupaba sólo el tercer lugar de importancia, tras el mercado interno de Estados Unidos y de Europa, para los exportadores de Hollywood. En 1931, en la región se registraba el tercer número de teatros después de Europa y Estados Unidos. La mayoría se encontraban en Argentina (1.600) y Brasil (1.100). Debido a su población más baja, en Chile sólo habían doscientos doce cines en 1932, ubicando al país en sexto lugar dentro de Latinoamérica, por detrás de México, Cuba y Colombia. Los teatros se concentraban en las grandes ciudades de Valparaíso y Santiago. En la capital el número de teatros aumentó de veintitrés en 1922 a cuarenta en 1935. Durante las décadas de 1910 y 1920, cuando el cine se convirtió en el pasatiempo favorito de muchos chilenos, aumentó no sólo la cantidad sino, también, la calidad de los establecimientos de cine. Los primeros establecimientos fueron construcciones he-

<sup>95</sup> Thompson, *op. cit.*, pp. 139-140 y 219.

chizas, inseguras, con graderías simples, generalmente en barrios de clase trabajadora y que al carecer de instalaciones higiénicas eran consideradas peligrosas para la salud pública por la elite contemporánea<sup>96</sup>.

El cine ganó aceptación después de la guerra y un gran número de teatros nuevos fue construido durante la década de 1920. Cadenas cinematográficas se empezaron a formar a medida que empresarios como la Corporación Chilena del Cine o Alberto Alsina fueron comprando instalaciones antiguas o construyendo edificios nuevos. En 1921, la Corporación Chilena del Cine inauguró en el centro de Santiago la Sala Imperio, su quinto cine en el país. El Imperio fue el cine más lujoso y espectacular en el Chile de esa época y se comparaba favorablemente con los mejores teatros de otras capitales latinoamericanas. Ese mismo año se abrió en Valparaíso el lujoso cine Star. Salas como el Imperio y el Star ofrecían todas las comodidades, como calefacción y salidas de emergencia a su público de clase alta. Incluso, comenzaron a cons-



En el curso de los años 1920, en Santiago y en provincias se abrieron numerosos cines. Obsérvense las modernas técnicas de propaganda del filme *Los ángeles del infierno*. Fuente: "Los teatros", en *Zig-Zag*, 23 de mayo de 1931.

<sup>96</sup> Eliana Jara Donoso, *Cine mudo chileno*, p. 23.



truirse edificios más grandes con foyers para refrescos y paseos durante el intermedio de la exhibición. Hasta finales de la década de 1920, muchos teatros de cine se utilizaban también para presentar obras de teatro o de variedades. La mayoría de los establecimientos ofrecían tres presentaciones por día, usualmente a las 17.30, 18.30 y 21.30 hrs. Los valores de la entrada variaban entre \$1 a \$3, según la calidad y ubicación del teatro<sup>97</sup>.

El cine no se restringió a la capital y al puerto principal. Desde 1910 en adelante, los teatros se esparcieron por todo el país e incluso la lejana ciudad de Punta Arenas ya tenía tres salas en 1919<sup>98</sup>. En ese mismo año, el cónsul de los Estados Unidos en Antofagasta informó que en ese distrito del norte las películas también provocaban furor. En esa ciudad habían cinco salas de teatros, cuatro de las cuales ofrecían entre mil doscientos y mil quinientos asientos. Todos tenían un programa diario y a pesar de que el precio de las entradas era más alto que en los cines de la capital, debido a los costos de transporte, el precio era igualmente barato. La mayoría de las películas que se mostraban en el norte ya tenían un par de años. Más antiguas aún eran las películas de segunda mano, muy baratas, que llegaban a las instalaciones mineras. Obviamente esto no parecía importar al público que buscaba entretención<sup>99</sup>.

Hasta que comenzó la guerra, la importación y distribución de películas en Chile permaneció en manos de empresarios nacionales, en especial, la poderosa Empresa de Teatros y Cinemas, que operaba en Chile y Perú. Las películas eran primero exhibidas en Valparaíso, puerto de entrada de las importaciones, para ser luego enviadas a Santiago y, más tarde, a las provincias. Otras firmas menos importantes eran Bidwell Larraín y la Cía. Italo-Chilena. Hasta 1920, el único extranjero en el mercado era Glücksmann<sup>100</sup>. La mayoría de estas firmas compraban o adquirían en forma de *leasing* la producción anual de una o varias empresas productoras de películas de los Estados Unidos o Europa. La competencia fue tan grande durante la década de 1920, que en un intento de colaboración entre los distribuidores, se fundó la Cámara Sindical Cinematográfica Chilena<sup>101</sup>.

Esta nueva organización no pudo evitar la gran reestructuración del negocio que ya se estaba gestando durante el año de su fundación. Tensiones entre Chile y Perú provocaron ataques contra la Empresa de Teatros y Cinemas que

<sup>97</sup> En el Imperio las damas, incluso, podían dejarse puesto sus sombreros, ver "Crónica de Chile", en *Cine-Mundial*, diciembre de 1921, p. 832 y junio de 1921, p. 426; "La inauguración oficial del 'Cinema Star'", en *Zig-Zag*, 31 de diciembre de 1921; "Motion Pictures in Chile", en *Inter-America*, 24 de abril de 1922, p. 236. Para las presentaciones de variedades, ver "Editorial", en *Hollywood*, abril de 1927, p. 14.

<sup>98</sup> "Informaciones cinematográficas", en *La Semana Cinematográfica*, 22 de mayo de 1919, p. 8.

<sup>99</sup> Cónsul de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Antofagasta, 12 de agosto de 1919, 840.6, tomo 154, R.G. 84, N.A.

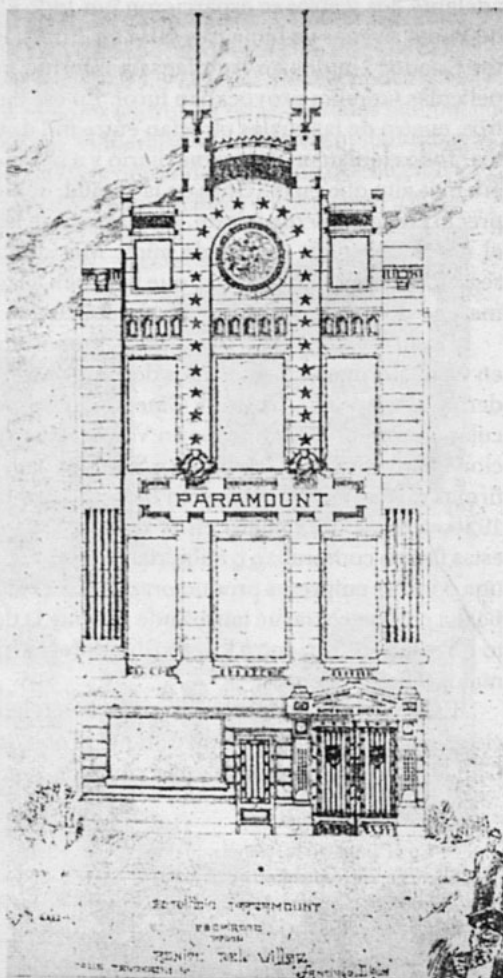
<sup>100</sup> "Monumentos de la época", en *Zig-Zag*, 30 de agosto de 1919.

<sup>101</sup> "Crónicas de Chile", en *Cine-Mundial*, junio de 1920, pp. 581 y 951.

fue acusada de ser una empresa peruana. Bajo presión, los administradores decidieron chilenzar la firma y venderla a un sindicato de los Estados Unidos, la Corporación Chilena de Cine (Chilean Cinema Corporation). Unos meses antes Bidwell Larraín había decidido restringir sus actividades al norte del país<sup>102</sup>. Así, en 1921 sólo quedaban tres compañías distribuidoras, la Italo-Chilena, Glücksmann, y la Corporación Chilena del Cine, esta última también dueña de un número creciente de salas.

La situación empresarial cambió dramáticamente a mediados de la década de 1920, cuando las grandes firmas productoras de Estados Unidos decidieron abrir oficinas en Chile. En 1928, Metro-Goldwyn-Mayer comenzó a operar una agencia con Jorge Suárez Orrego, mientras que la Corporación United Artists manejaba sus negocios en Chile desde sus oficinas en Buenos Aires<sup>103</sup>. Sin embargo, la empresa más importante en Santiago era Paramount, la que ya operaba desde junio de 1925. La subsidiaria chilena cubría los países de Perú, Bolivia y Ecuador, y tenía filiales en Valparaíso y Concepción. Un año más tarde, su unión con Chile se vería simbólicamente representada cuando un bloque extraído del cerro Santa Lucía de Santiago

La Paramount llegó a ser la más importante distribuidora de películas en Chile. Su nuevo edificio en Santiago intentó copiar algunos de los aspectos más glamurosos del cine de la ciudad de Nueva York. Fuente: "El edificio de la Paramount", revista *Vina del Mar*, abril de 1929, p. 9.



<sup>102</sup> "La nota del día", en *El Sur*, 29 de agosto de 1920, p. 13; "Crónica de Chile", en *Cine-Mundial*, marzo de 1920, p. 340 y junio de 1921, p. 426.

<sup>103</sup> "Conversando con Mr. Forman", en *Hollywood*, enero de 1927, p. 41; Usabel, *op. cit.*, p. 69.

fuera utilizado en la construcción del edificio Paramount en la ciudad de Nueva York. Al terminar la década, la Paramount chilena, bajo la administración de Benito del Villar, dominaba el mercado chileno e incluso planificaba construir en la capital chilena un edificio propio que albergara no sólo sus oficinas sino, también, un moderno cine<sup>104</sup>.

Los distribuidores nacionales y estadounidenses introdujeron en Chile modernas técnicas de publicidad. Su trabajo fue facilitado por un gran número de revistas de cine como *Cine Gaceta*, *Semana Cinematográfica*, *La Película*, *Telón*, *Hollywood* o *Viña del Mar*, las cuales literalmente inundaron el ambiente durante la década de 1920. La mayoría de estas publicaciones no sobrevivieron mucho tiempo, aunque por cada revista que sucumbía, dos eran estrenadas. Por lo demás, los periódicos tradicionales tuvieron que reaccionar frente a la nueva demanda estableciendo columnas especializadas, las que luego fueron abarcando páginas enteras. Muchos tenían corresponsales especiales en Hollywood como Carlos Varas, alias Mont-Calm, y Carlos F. Borcosque, quien escribía para *La Nación* y *Zig-Zag*. Junto a su mujer, encargada de escribir acerca de la moda de Hollywood, los Borcosque llenaban páginas de la edición semanal de *Zig-Zag*, convirtiéndola en la revista cinematográfica líder del Chile de los años 20. En 1930, Borcosque fundó su propia revista, *Écran*, la cual se convertiría en la revista de moda de la próxima década.

#### LA FORMACIÓN (Y CENSURA) DEL PÚBLICO MODERNO

Las revistas y los periódicos prometían a los espectadores chilenos nuevas sensaciones. El público era atraído a espectáculos que comenzaban con la presentación de una orquesta, de entre tres a doce músicos, que tocaba música clásica o folclórica. En años posteriores el programa musical también incluiría jazz. Antes que comenzara la película, o mientras se cambiaba la cinta, se podían admirar presentaciones de variedades. De esta forma, cuando la película empezaba, el espectador ya no podía querer algo más, salvo, tal vez, un proyccionista experto que supiera cómo regular la velocidad de la película para prevenir que el arte de las afamadas estrellas degenerara en un espectáculo grotesco, o que una orquesta no tocara *cuecas* cuando Tom Mix perseguía a los pieles rojas. Otras molestias provenían del mismo público. En junio de 1919 la revista *La Película* se sintió obligada a publicar los nueve mandamientos para el público cinematográfico, los cuales incluían no ser bullicioso, no zapatear si se piensa que algo es divertido, no dejar los envoltorios de los chocolates debajo de la butaca, no enojarse con el operador de la proyectora si sobrevienen problemas, porque las máquinas modernas tienen personalidad

<sup>104</sup> "La Paramount cumple un año de vida independiente en Chile", en *La Nación*, 6 de junio de 1926, p. 16; "El edificio de la Paramount en Santiago", en *Viña del Mar*, abril de 1929, p. 9.

propia o, bien, llevar a su pareja al cine todos los días para que ella no buscara a otra persona<sup>105</sup>. Lo más preocupante, sin embargo, era la falta de salidas de emergencias, lo cual era dolorosamente constatado en los frecuentes casos de incendios<sup>106</sup>.

A pesar de las deficiencias, el cine comenzó a influir en la vida diaria de innumerables chilenos a finales de la década de 1910 y en la de 1920. Antes de la guerra, las películas eran una entretención básicamente destinada a la clase trabajadora y era criticada y denominada contracultura plebeya por las elites sociales. Esta situación cambió rápidamente después de 1918. A medida que las películas adquirían mayor calidad, atraían a más y más personas. Así, ir a las películas se hizo *chic*, incluso para algunos miembros de la oligarquía: asistir al cine era moderno. De hecho, el público chileno comenzó a constituirse de personas de todas las clases sociales y grupos etarios. La segregación social permaneció intacta porque los pobres no podían pagar la entrada de los lujosos cines de los barrios altos y los ricos evitaban los cines baratos en las zonas de clase trabajadora. Pero la mayoría de los nuevos cines trataron de alcanzar al naciente público joven de clase media urbana. Estos establecimientos eran igualmente esplendorosos pero con entradas moderadas y, por lo mismo, atraían a personas de todos los estratos al ofrecer el último éxito de taquilla. El comentarista de *Las Últimas Noticias*, quien reconoció la importancia de los eventos cinematográficos, no se equivocó al concluir que “mañana el cine será cosa indispensable en el hogar”<sup>107</sup>.

Durante la década de 1920, el cine se convirtió en un espacio público de cultura de masas sobrepasando por mucho al teatro en cuanto a relevancia e inclusión social. La atracción del cine no se restringió a los placeres de ver una película. *La sombra tibia del cine* se convirtió en aliada de parejas jóvenes en busca de un lugar oscuro que amparara sus aventuras románticas. Se decía que la mayoría de las parejas jóvenes iban al cine sólo a pololear<sup>108</sup>. Para la gente de mentalidad abierta, el cine era una excelente oportunidad para que los espectadores aprendieran admirables cualidades modernas: energía, autoconfianza, audacia e iniciativa individual<sup>109</sup>.

Además, las producciones de Hollywood transmitían imágenes de mujeres modernas. Por supuesto que esto sólo ocurría en una proporción muy baja de las películas, pero aún así fue esta proporción la que incitaría el surgimiento

<sup>105</sup> “Los nueve mandamientos del biógrafo”, en *La Película*, 28 de junio de 1919, p. 219. En cuanto a las presentaciones de variedades, ver cónsul de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Antofagasta, 12 de agosto de 1919, 840.6, tomo 154, R.G. 84, N.A.

<sup>106</sup> “El público de pie”, en *La Película*, 10 de febrero de 1921, p. 703; “La semana cinematográfica”, en *Zig-Zag*, 24 de marzo de 1928.

<sup>107</sup> “El cine”, en *Las Últimas Noticias*, 22 de junio de 1926, p. 3.

<sup>108</sup> “En la sombra tibia del cine”, en *Zig-Zag*, 8 de octubre de 1927.

<sup>109</sup> Lucila Azagra, “La educación por el cine”, p. 1.

de nuevas interpretaciones del rol de los sexos en la sociedad chilena. Las estrellas femeninas de cine propiciaban ideales de belleza y modas más liberales y más permisivos, rompiendo con las normas tradicionales de la decencia. Estrellas mundiales como Mary Pickford fueron ejemplo de la mujer esbelta, inteligente y confiada en sí misma. La mujer del cine llevaba una vida completamente distinta a la de mujeres de generaciones anteriores y a menudo era independiente y libre de presiones sociales. En las películas, ella no estaba restringida al papel de esposa y madre: también podía convertirse en una profesional exitosa<sup>110</sup>.

Los efectos del cine sobre el público impresionaban a los observadores de la época, ya sea si la gente iba al cine para ver mujeres modernas, por razones románticas o políticas, o por el simple deseo de entretenerse. Los críticos advirtieron que las películas embrujaban a los espectadores y los convertían en niños sin mentalidad propia, sentados como en un castigo, condenados a ingerir las imágenes que se les presentaban<sup>111</sup>. Ya en 1923 un comentarista de la revista *Zig-Zag* decía:

“El cine tiene la llave mágica para abrir las puertas de la atención de par en par y nos entregamos a él completamente indefensos, atados de pies y manos. En el teatro algunos espectadores se distraen y conversan, en los conciertos musicales, algunos imbéciles incomodan y hay que hacerlos callar: en las salas de biógrafo, hasta en las últimas, reina un silencio religioso; la mudez de los personajes comunicase al auditorio y todos ávidamente miran. Las imágenes pasan de la pantalla al fondo del alma y se mueven ahí, y ahí se quedan”<sup>112</sup>.

Por lo que hemos visto hasta ahora, parece dudoso que el público se comportara como en un trance religioso en los teatros de cine chilenos, porque las personas estaban más bien acostumbradas a liberar sus emociones. De todos modos, el comentario anterior captó la atmósfera de encanto que el cine produjo sobre el público chileno. Tanto los mineros de Chuquicamata como los aristócratas de Santiago se rieron con Chaplin. Incluso el tradicional campo chileno cedió un lugar para establecer un culto al cine: “Un ‘rotito’ nuestro puede ignorar quién es Mr. Coolidge, o Primo de Rivera o aún Mussolini; pero a Chaplin, a Pola Negri, a Tom Mix, o a Mary Pickford no los ignora nadie; son figuras mundiales sin nacionalidad; su única patria es el cine”<sup>113</sup>.

<sup>110</sup> “Vampiresas y heroínas”, en *Hollywood*, agosto de 1927, pp. 30-31; “200 mujeres aviadoras hay en EE.UU.”, en *Las Últimas Noticias*, 10 de octubre de 1930, p. 5; Lucila Azagra, “La mujer en EE.UU.”, p. 6.

<sup>111</sup> “La crítica del biógrafo”, en *Zig-Zag*, 17 de marzo de 1923.

<sup>112</sup> “La crítica del biógrafo”, en *Zig-Zag*, 2 de junio de 1923.

<sup>113</sup> Mimi Hübner Richardson, “Hay que ser popular”, p. 27. Para el papel del cine en los enclaves, ver “Chuquicamata y el ‘roto’ chileno”, en *La Unión*, 3 de septiembre de 1917, p. 7.

Que las estrellas del cine eran lo único que, incluso, los 'rotos' chilenos querían ver, no es sorpresa dado el virtual monopolio que Hollywood mantenía en el mercado chileno. En 1919, el público de Antofagasta protestó inmediatamente cuando los productores de Estados Unidos trataron de engañarlos, presentándoles dobles en lugar de las estrellas originales<sup>114</sup>. Al comenzar la década de 1920, más de mil lectores por semana votaban por sus favoritos en las encuestas de *La Semana Cinematográfica*. A excepción del español Antonio Moreno y, más tarde, del chileno Pedro Sienna, siempre los votos eran para estrellas estadounidenses como Wallace Reid, George Walsh, Mollie King, Pearl White o Norma y Constance Talmadge, todos escogidos por los fans, en su mayoría mujeres. Salvo unas pocas super estrellas como Chaplin o Pickford, quienes constatemente aparecían en el top 10, el favor del público cambiaba rápidamente según el éxito o fracaso de las últimas películas<sup>115</sup>.



Carmel Myers fue una de las tantas caras de Hollywood que ganó popularidad entre los seguidores del cine en Chile. Fuente "Carmen Myers", *La Película*, 28 de junio de 1919.

<sup>114</sup> Cónsul de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Antofagasta, 12 de agosto de 1919, 840.6, tomo 154, R.G. 84, N.A.

<sup>115</sup> "Crónica de Chile", en *Cine-Mundial*, mayo de 1920, p. 498.

La introducción del cine hablado, a comienzos de la década de 1930, agregó una nueva dimensión al éxito de Hollywood. Al principio fue problemático porque todavía no existía la sincronización y el público usualmente no manejaba el idioma inglés como para entender las películas. Hollywood trató de solucionar este problema de distintas maneras. Los subtítulos no llenaron todas las expectativas y por lo demás hacían que la música pareciera superflua. La producción de múltiples versiones del mismo film con artistas cuya primera lengua fuera el español o con estrellas que actuaran distintos textos resultó ser un procedimiento caro. Más aún, los artistas de segunda clase fueron rechazados por el público; el castellano de Stan Laurel y Oliver Hardy era prácticamente inentendible<sup>116</sup>. Por esta razón los chilenos se decepcionaron cuando vieron la primera película hablada en español, *El cuerpo del delito* (1930).

Hollywood siguió experimentando durante 1930 y 1931 para resolver el problema del idioma. Algunos chilenos esperaban que la fábrica de sueños abriera una subsidiaria en América Latina, preferentemente en Chile, para producir películas genuinamente latinoamericanas. Pero esta idea era poco realista dados los problemas económicos de la Gran Depresión y los inmensos costos que tal empresa acarrearía. Después de todo, las entradas de Hollywood provenían principalmente del mercado doméstico y América Latina aportaba sólo una pequeña y subordinada fracción a sus exportaciones mundiales<sup>117</sup>. El problema se solucionó, a finales de 1931, al mejorar los procesos de sincronización y subtítulo<sup>118</sup>.

El cine de Hollywood, ya sea mudo o hablado, continuó triunfando en una escala global. Los críticos chilenos mantenían sus preocupaciones acerca de los efectos que este tipo de cine podía tener sobre su sociedad. Además de los lamentos moralizantes acerca de los filmes impúdicos, los críticos decían que el extremo realismo terminaría por eliminar la capacidad de distinción entre la ficción y la realidad. El cine mistificaba a la gente y presentaba una realidad falsa. Este punto de vista era corroborado por historias extrañas como la de un espectador que se había enamorado de una estrella y había disparado en contra de su galán proyectado en la pantalla del cine, o el caso de una joven mecanógrafa de Valparaíso que por querer romper con su rutinaria y aburrida vida después de ver una película, sólo terminó en un oscuro lugar, víctima de una violación<sup>119</sup>. Más serias que los casos individuales eran las ramificaciones que las películas podían tener sobre clases sociales completas. Uno de estos grupos eran los jóvenes. Parecía evidente que las películas ejercían una influencia fuerte y maliciosa sobre adolescentes de trece y quince años, quienes

<sup>116</sup> Usabel, *op. cit.*, pp. 85-96; Thompson, *op. cit.*, pp. 158-160.

<sup>117</sup> Carlos Borcosque, "La producción de películas en español en Hollywood", p. 3.

<sup>118</sup> Thompson, *op. cit.*, pp. 161-169. Para el punto de vista de una participante en este proceso, ver Vera Zouff, "Crónicas de Hollywood."

<sup>119</sup> "El enamorado de Perla White", en *La Nación*, 7 de marzo de 1920, p. 1; "Las mistificaciones cinematográficas", en *El Industrial*, 2 de julio de 1926, p. 1.

eran estimulados a imitar la vida frívola de las estrellas. Las noticias de Antofagasta, donde un grupo de jóvenes ladrones había planeado sus atentados de acuerdo a lo visto en películas de gánster, pareció confirmar este punto de vista<sup>120</sup>.

Otra porción de la población chilena también mereció la atención de los críticos de cine. Los desnudos y las historias de escandalosas immoralidades amenazaban con romper el ideal de castidad y honor de las mujeres chilenas<sup>121</sup>. El símbolo de la femineidad de los tiempos modernos, la *flapper*, supuestamente atentaba contra el orden tradicional de las relaciones entre los sexos. La *flapper* representaba a una mujer joven, de pelo corto, fumadora, indecente y libertina, y, además, a un fenómeno causado por el auge de la cultura de masas, o al menos eso decían los críticos. De acuerdo con algunos periodistas, jóvenes mujeres chilenas comenzaron a admirar e imitar el *flapperismo* que veían en las pantallas del cine<sup>122</sup>. Las *flappers* bailaban los lascivos Black-Bottom y Charleston, y cantaban las canciones de moda. El pudor se veía amenazado por el "peligro femenino" que se diseminaba a través de las películas<sup>123</sup>.

Las campañas de la prensa en contra de los perniciosos ejemplos de las *flappers* del cine yanqui era bienvenido, pero tal como dijeron algunos críticos frustrados, llegó demasiado tarde<sup>124</sup>. Por lo mismo, muchos críticos de cine en Chile exigieron la introducción de un panel de censura nacional. Hasta la década de 1920, nunca había existido una institución así en Chile. El control de los cines había recaído en las autoridades municipales. Ocasionalmente, esto llevó a situaciones ridículas, como cuando el propietario de un teatro de cine de Santiago fue arrestado por haber mostrado la película *Broadway Love*, sólo para ser rehabilitado por la corte unas semanas más tarde, porque la película no tenía escenas en contra de la moral y, además, ya había sido aprobada por los censores de los Estados Unidos<sup>125</sup>.

La evidencia sugiere que la estricta reacción de las autoridades municipales en Santiago, fue más bien una excepción. Durante este período las pelícu-

<sup>120</sup> Paul Verité, "Film", p. 3; "Peliculomanía", en *El Industrial*, 23 de julio de 1927, p. 1. Véase también Aubier Aymarel, "La influencia moral de las lecturas y del biógrafo", pp. 245-254.

<sup>121</sup> "La moda actual: exhibición y desnudo", en *El Diario Ilustrado*, 26 de diciembre de 1919, p. 1.

<sup>122</sup> El concepto 'flapperismo' fue introducido por María Eugenia, "Mr. Hicks y la flapper", en *El Industrial*, 14 de marzo de 1928, p. 1. Véase también "El pudor de hoy", en *El Industrial*, 7 de marzo de 1928, p. 1.

<sup>123</sup> "¿Qué es una Flapper?", en *Hollywood*, julio de 1928, p. 19; "Las Flappers", en *Las Últimas Noticias*, 9 de abril de 1929, p. 7; "El 'American Girl'", en *El Diario Ilustrado*, 14 de octubre de 1928, p. 5; "La 'Flapper' es esa 'cosa' de 16 años", en *El Industrial*, 15 de enero de 1929, p. 1.

<sup>124</sup> Tancredo Pinochet, "La inmodestia de la niña moderna", p. 1; "Contra la 'flapper' de la película", en *El Industrial*, 7 de marzo de 1928, p. 1.

<sup>125</sup> "La absolución de la película", en *La Nación*, 20 de julio de 1919, p. 11.



las eran usualmente mostradas sin ser sujetas a ningún control<sup>126</sup>. A comienzos de la década de 1920, cuando el debate acerca de las reformas sociales determinó las discusiones públicas, el tema de la censura se convirtió en asunto del Parlamento. La immoralidad de las películas y los peligrosos efectos que se avecinaban sobre el público chileno llevó, en agosto de 1921, a exigir el establecimiento de una agencia de censura estable. Muchos congresistas defendían especialmente a los jóvenes, por lo que se pidió prohibir la entrada de menores de quince años a películas no adecuadas para esa edad<sup>127</sup>. Por muchos años, el Senado y la Cámara de Diputados debatieron el proyecto de ley correspondiente. Sin embargo, éste era archivado una y otra vez debido a la situación nacional, que evitó cualquier decisión importante durante ese período<sup>128</sup>.

Eventualmente, en septiembre de 1925, el presidente Alessandri promulgó una ley que creaba el Consejo de Censura Cinematográfica. El panel constaba de cinco personas: el director de la Biblioteca Nacional y a cuatro miembros designados, dos por el Presidente y dos por la Municipalidad de Santiago. La ley directamente expresaba que las películas "contrarias a la moral, a las buenas costumbres y a la seguridad y tranquilidad del Estado", debían ser prohibidas. Cualquier crítica pública a la censura sería castigada con una multa<sup>129</sup>. Sin embargo, en los años que siguieron, los importadores y distribuidores criticaron repetidamente al Consejo de Censura por su falta de experiencia para evaluar las películas. Se protestaba en contra de los censores por ser especialmente críticos con las películas provenientes de los Estados Unidos, aunque éstas ya hubieran sido aprobadas por la censura de ese país. Evidentemente, las producciones europeas, a menudo más permisivas, rara vez eran censuradas. Tal situación había llevado a muchas decisiones ridículas y los productores demandaban una reforma que incluyera a un experto en cine en el panel de censores<sup>130</sup>.

Cuando Carlos Ibáñez llegó al poder los debates se intensificaron. Mientras *El Mercurio* aplaudía los planes del gobierno para clarificar y agudizar más la censura, los representantes de la industria como Suárez Orrego destacaban que las medidas tenían que ser reconsideradas porque el cine era un factor económico importante en Chile. De acuerdo con Suárez, la industria estaba dispuesta a aceptar la censura, pero a condición de integrar su mecanis-

<sup>126</sup> Para la falta de controles rígidos, ver cónsul de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Antofagasta, 12 de agosto de 1919, 840.6, tomo 154, R.G. 84, N.A.

<sup>127</sup> "Sobre censura cinematográfica", en *El Diario Ilustrado*, 12 de enero de 1921, p. 3.

<sup>128</sup> "Espectáculos cinematográficos", en Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, 2 de agosto de 1921, pp. 815 y 849; "Internación y exhibición de películas", en Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, 14 de septiembre de 1922, pp. 1.244-1.245.

<sup>129</sup> Jara, *op. cit.*, pp. 169-170. Véase también "La censura cinematográfica", en *Zig-Zag*, 3 de octubre de 1925; "La moral cinematográfica", en *Las Últimas Noticias*, 27 de noviembre de 1925, p. 3.

<sup>130</sup> "Editorial", en *Hollywood*, enero de 1927, p. 14.

mo, pues muchas de las críticas más ásperas se fundaban en prejuicios<sup>131</sup>. Sin embargo, Suárez no pudo prevenir que en febrero de 1928 se promulgara un decreto ley que fortalecía al panel censor. Las películas que ridiculizaran a las autoridades serían prohibidas. La categoría "sólo para adultos" fue red denominada "inconveniente para señoritas", clarificando así que las jóvenes mayores de quince años tampoco deberían ver estas películas<sup>132</sup>. De acuerdo con algunos comentaristas de la época, la reforma no prosperó e incluso luego se exigió que las películas denominadas "inconvenientes para señoritas" fueran totalmente prohibidas. De hecho, el debate acerca de la censura no podía terminar mientras los conservadores siguieran culpando a los empresarios de no tener sensibilidad moral y los aficionados del cine defendieran su arte ya purificado por la censura existente<sup>133</sup>.

### LOS PROBLEMAS DE UN CINE NACIONAL

Durante la década de 1920 la incipiente producción nacional de películas mudas agregó una dimensión adicional al debate sobre la censura. El cine chileno, desde sus comienzos fue descendiente del cine estadounidense. Por distintas razones, las personas en pro y en contra del cine de Hollywood por igual, esperaban que el nuevo cine chileno alcanzara algún día una calidad y un éxito económico comparable al del modelo yanqui.

La primera película chilena fue un noticiero sobre la celebración del centenario de 1910. El mismo año vio la producción del primer cortometraje nacional, titulado *Manuel Rodríguez*, el cual narraba la historia del héroe y fijó las pautas para lo que habría de venir después. Una producción más constante comenzó sólo en 1916-1917 cuando el inmigrante y técnico italiano Salvador Giambastiani apareció en la escena. Él fue responsable de uno de los primeros documentales, *Recuerdos del mineral 'El Teniente'*, filmado en 1919 por orden de la Braden Copper Company. Junto a Giambastiani, los actores y dramaturgos del teatro chileno como Pedro Sienna, Nicanor de la Sotta, Carlos Cariola y Antonio Acevedo Hernández tuvieron un impacto importante sobre la producción de esos años<sup>134</sup>. Numerosas empresas cinematográficas nacieron y murieron durante el curso de los años 1910 y 1920. Los pioneros del cine chileno

<sup>131</sup> "La censura cinematográfica", *El Mercurio*, 3 de febrero de 1928, p. 3; Jorge Suárez Orrego, "Censura cinematográfica", p. 3.

<sup>132</sup> Jara, *op. cit.*, pp. 170-171.

<sup>133</sup> "La censura cinematográfica y nuestras niñas", en *Las Últimas Noticias*, 26 de junio de 1928, p. 3; "El bien y el mal del cinematógrafo", en *El Mercurio*, 4 de agosto de 1929, p. 11; "La censura cinematográfica", en *La Unión*, 3 de noviembre de 1929, p. 3.

<sup>134</sup> Jara, *op. cit.*, pp. 24-27; "Crónica de Chile", en *Cine-Mundial*, septiembre de 1921, p. 637. Para una cronología del cine chileno, véase Jacqueline Mouesca y Carlos Orellana, *Cine y memoria del siglo xx*.

provenían de un variado espectro social, ideológico y regional, desde las incursiones en provincias como Cónдор Film en Valdivia o Magallanes Films en Punta Arenas, pasando por el bastante exitoso Andes Film Corporation, ganador del primer premio en la exposición de Sevilla, o el católico Lumen Film, que contaba con la bendición del Arzobispo de Santiago, o el Taulis-Pizarro Films, también conocido como el "Paramount chileno". Muchas de estas empresas sólo produjeron una o dos películas. El cine seguía siendo un área de alto riesgo reservado para los entusiastas con dinero propio, como los miembros de la elite social con aspiraciones de cineastas, o aquéllos conectados con personas de dinero<sup>135</sup>.

De hecho, la mayor parte de los productores del cine chileno tenían que trabajar con estrechos presupuestos porque no habían capitales disponibles, ni del gobierno ni de fuentes privadas. Por lo tanto, la gran mayoría de las películas chilenas eran de baja calidad. En total, en Chile se produjeron 78 películas mudas entre 1910 y 1934. La producción alcanzó su máximo en 1925, con quince películas, incluyendo la obra maestra *El húsar de la muerte*. Para los estándares latinoamericanos, la producción chilena hasta mediados de la década de 1920 fue muy alta<sup>136</sup>. Casi todas las películas mostraban pintorescos y estereotipados paisajes chilenos y gente bailando cuecas como telón de fondo de historias románticas con final feliz. Algunas presentaban variaciones sobre el tema, al mostrar campesinos perdidos en las grandes ciudades; otras, dramas sociales o historias patrióticas de las guerras de la independencia o del Pacífico<sup>137</sup>.

Por supuesto que la magia de Hollywood era poderosa y muchos elementos del cine yanqui fueron imitados por los productores chilenos. Una mirada a los guiones y técnicas de este período revela las dimensiones de la imitación. Así, *El hombre de acero* (1917, creación colectiva, con Pedro Sienna) presentaba

<sup>135</sup> Para Cónдор, véase "Cinematografía nacional", en *Zig-Zag*, 25 de octubre de 1919; "Lumen-Film: Empresa nacional cinematográfica", en *Revista Católica*, 24 de septiembre de 1927, p. 417. Para Taulis-Pizarro, véase Embajada de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 18 de julio de 1930, 825.4061 Motion Pictures/29, R.G. 59, N.A.; "Cinematografía nacional", en *El Diario Ilustrado*, 7 de julio de 1931, p. 4. Para las empresas en las provincias, ver Jara, *op. cit.*, pp. 45, 48, 120, 136, 150 y para el papel de miembros de la clase alta, pp. 64 y 130-131.

<sup>136</sup> Alicia Vega (ed.), *Re-visión del cine chileno*, pp. 51-72 y 221-233. Los estudios sobre el cine mudo chileno adolecen del hecho de que, a excepción de *El húsar de la muerte*, ninguna de las películas sobrevivió. Para los estándares latinoamericanos, ver Usabel, *op. cit.*, p. 6. E. Bradford Burns -*Latin American Cinema: Film and History*, p. 20- mantuvo que el cine se desarrolló más lento en Chile que en Argentina, Brasil o México. Mientras que esto es verdad para las décadas de 1930 y 1940, Chile evidentemente fue uno de los pioneros del cine mudo.

<sup>137</sup> David E. Vásquez, "El cine como registro de una sociedad que cambia", p. 119; Alberto Santana, *Grandezas y miserias del cine chileno*, pp. 36-38; Mario Godoy Quezada, *Historia del cine chileno*, p. 29; Carlos Ossa Coe, *Historia del cine chileno*, p. 30; Guy Hennebelle y Alfonso Gumucio Dagron, *Les cinémas de l'Amérique Latine*, p. 193; Stefan Rinke, "Bildräume: Geschichte und Nation im chilenischen Kino des zwanzigsten Jahrhunderts", pp. 67-84.

la historia de un joven mecánico, hombre esforzado, que logra abrir su propio garaje en Santiago. Su vigorosa modernidad es recompensada al casarse con una niña rica y asegurarse una posición segura en los Ferrocarriles del Estado. Tres años más tarde, la segunda *Manuel Rodríguez* (1920, Arturo Mario) fue un intento por seguir las monumentales películas históricas de los Estados Unidos. Duraba setenta minutos, tiempo claramente mayor al de todas las producciones previas. El director Pedro J. Malbrán avanzó un paso más en *Cuando Chaplin enloqueció de amor* (1920), al pedir al actor chileno Carlos Valsasini que imitara a la estrella de Estados Unidos. Cariola también quería ser parte de las ganancias generadas por las comedias de Estados Unidos y en 1921 produjo *Don Quipanza y Sancho Jote* "à la Mack Sennett", lo cual significaba que la película presentaba mujeres con poca ropa y persecuciones ridículas que satirizaban no sólo a la policía sino a los códigos dominantes de moralidad. En el documental propagandista de Sienna, *El empuje de una raza* (1922), un periodista ficticio de los Estados Unidos recorría los campos y ciudades chilenos, mostrando danzas típicas y terminando con una visita al presidente Alessandri<sup>138</sup>.

Con las primeras películas de Carlos Borcosque, *Hombres de esta tierra* (1923) y *Traición* (1923), la moda de reproducir el exitoso modelo de Hollywood fue llevado a una nueva dimensión. Estas películas de aventuras con persecuciones excitantes y representaciones simplistas de lo bueno y lo malo, estaban claramente basadas en lo que se percibía como el típico estilo yanqui. Siguiendo el ejemplo de Estados Unidos, Borcosque, quien era un fanático del deporte, contrató como protagonista a una estrella nacional, el boxeador Luis Vincentini, intentando así beneficiarse con el aura de modernidad que rodeaba al boxeo. Es más, filmó las escenas de acción en el edificio más moderno de la época en Santiago, el "rascacielos" Ariztía. En los años que siguieron, este tipo de películas ganó mucha aceptación. Pero los productores de cine chileno también imitaban otros géneros, como el de los dibujos animados. *Vida y milagros de Don Fausto* (1924), por Carlos Espejo, utilizó los populares personajes del famoso animador de Estados Unidos, George Mc Manus, aun cuando los mezclara con caricaturas de políticos chilenos. En 1926, se filmaron las primeras dos películas de vaqueros chilenas. *El Leopardo* de Alfredo Llorente narra las aventuras de algunos *cowboys* chilenos, los huasos, mientras que en la *Justicia del desierto* de Enrique Campo, se usaban elementos de *western*, pero situados en el contexto de enclaves mineros<sup>139</sup>.

Además de ver películas en los cines, el público chileno podía ver los noticieros semanales producidos por *La Nación* y *El Mercurio*. Como parte de

<sup>138</sup> Jara, *op. cit.*, pp. 36, 49, 51, 59-60 y 62.

<sup>139</sup> *Op. cit.*, pp. 66-67, 73-74, 118, 127, y 165. En 1924, Borcosque filmó un documental sobre el deporte en Chile, *Músculo y cerebro*, presentando a todas sus estrellas, ver "Deportes y deportistas en película", en *Los Sports*, 11 de abril de 1924.

sus esfuerzos de modernización, el régimen de Ibáñez reconoció el valor de las películas en el área de propaganda y educación. Los que apoyaban el cine enfatizaban que las películas no sólo eran entretenimiento barata para las masas. Siguiendo el ejemplo positivo de otros países, se sugirió la fundación de archivos de cine que pudieran ser utilizados en las escuelas de todo el país. La idea fue puesta en práctica por el nuevo Instituto de Cinematografía Educativa en 1930<sup>140</sup>. En esa época, la Gran Depresión y la introducción del sonido en las películas de Hollywood marcaron un punto de inflexión para las películas chilenas. Los productores chilenos trataron de mantenerse al filo de la nueva tecnología. En 1930, la película *Canción de amor* de Rafael Duque Rodríguez reprodujo sonido y canciones originales en un disco, aunque la calidad fue mala y la película no fue un éxito de taquilla. El hecho de que este filme fuera la única producción de 1930, y que en los tres años siguientes sólo una película muda fuera filmada, demuestra el impacto de la crisis económica. En 1934, el estreno de la película póstuma de De la Sotta, *A las armas*, marcó el final del cine mudo en Chile<sup>141</sup>.

En términos generales, la producción de películas en Chile fue una experiencia frustrante porque las obras nacionales eran evaluadas por un público despiadado, acostumbrado a los estándares de Hollywood. Nunca las películas chilenas pudieron competir con las de Estados Unidos, razón por la cual muchos de los promisorios cineastas chilenos, incluyendo a Borcosque y Jorge Délano (alias Coke) emigraron a Hollywood<sup>142</sup>. Délano participó desde 1914 en la producción de películas nacionales como director y actor y en 1925 fundó la Cía. Coke Film que alcanzó a producir tres películas. En 1929, dadas sus buenas conexiones con círculos influyentes, recibió una beca del gobierno de Ibáñez para viajar a Estados Unidos y estudiar la nueva tecnología del cine. Dentro de sus tareas, se encontraba la de convencer a un gran productor estadounidense para que instalara un estudio en Chile destinado a filmar películas en español. Délano nunca pudo convencer a las grandes compañías: éstas evitaban las inversiones durante esos años de crisis económica<sup>143</sup>.

Al regresar a Chile, trató de crear una industria de cine sonoro al fundar la Empresa Cinematográfica Hispano-América. Para muchos, las actividades de Délano fueron los intentos más prometedores del cine chileno después de la guerra<sup>144</sup>. Se las ingenió para conseguir que la Caja de Crédito Minero proporcionara US\$12.000 para producir una película, con la condición de que el

<sup>140</sup> Jara, *op. cit.*, p. 155; "Editorial", en *Hollywood*, diciembre de 1926, p. 14; "El maestro cine", en *La Nación*, 18 de febrero de 1929, p. 3; "Propaganda cinematográfica", en *Telón*, N° 1, diciembre de 1930.

<sup>141</sup> Jara, *op. cit.*, pp. 156-162.

<sup>142</sup> Daniel Olave, *Chile v/s Hollywood*.

<sup>143</sup> "Coke en Hollywood", en *La Nación*, 6 de julio de 1930, p. 4; "Lo que vio en Hollywood un chileno", en *Las Últimas Noticias*, 23 de marzo de 1931, p. 15.

<sup>144</sup> "La industria cinematográfica", en *Zig-Zag*, 18 de abril de 1931.

tema fuera la minería. En 1934, Délano terminó la primera película hablada de Chile, *Norte y Sur*. Aunque en ésta una mujer chilena se emancipaba de su amante yanqui para encontrar el amor verdadero en los brazos de un compatriota, la historia del cine chileno no iba a tener un final igualmente feliz. Una vez más, Délano se vio impedido por la depresión y la producción de películas chilenas no saldría del estancamiento durante años.

Acontecimientos posteriores no pudieron crear nuevas fuentes de trabajo en la industria sonora nacional, además de destruir las pocas oportunidades existentes. Cuando las películas sonoras de Hollywood se asentaron en las preferencias del público, las orquestas y los actores de variedades se encontraron sin trabajo. Caricaturas y noticieros reemplazaron a la entretención en vivo. De hecho, ya en 1930, un grupo de actores y músicos enviaron un proyecto de ley al Congreso para poner altos impuestos a las películas extranjeras. Señalaban que la "invasión de las películas sonoras" de Estados Unidos amenazaba el trabajo de más de quinientas personas en Santiago y que los altos costos de arriendo y entrada para las películas constituían una constante fuga de recursos financieros para un país económicamente débil<sup>145</sup>. Las protestas lograron alguna reacción. Así se elevó el impuesto a la entretención y el alcalde de Viña del Mar decretó que las orquestas de cine debían tocar música nacional al comienzo y al final de las presentaciones<sup>146</sup>. Sin embargo, el cine de Chile no se convirtió en una industria nacional, permaneciendo bajo la sombra de Hollywood.

El cine se transformó en el medio más importante de la cultura moderna de masas del Chile de las primeras décadas del siglo xx. Desde sus comienzos, el mercado siempre estuvo bajo control extranjero. Los europeos dominaron el mercado hasta la Primera Guerra Mundial; pero luego fueron sobrepasados por Hollywood. Esto se debió a su especial imagen de modernidad. Las películas de California eran más interesantes y atractivas que las de la competencia; además, el gran complejo empresarial de Hollywood aplicó brillantemente modernos medios de publicidad y técnicas de ventas. Pero no sólo por esto el cine se convirtió en la nueva forma de entretención de masas, alcanzando a todas las regiones, clases sociales y sexos. Las películas afectaron la vida diaria de un número creciente de chilenos al transmitir mensajes de consumismo y libertad. Se las admiraba especialmente en la nueva clase media urbana, pero también en los lejanos enclaves de la minería del cobre. La misma modernidad de las películas y su mensaje causaron sospechas en los custodios

<sup>145</sup> Embajada de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 18 de julio de 1930, 825.4061 Motion Pictures/29, R.G. 59, N.A. Véase también Pedro Luis González, "Cine sonoro", p. 223; "Porqué ha triunfado el cine sonoro", en *El Diario Ilustrado*, 20 de julio de 1930, p. 9.

<sup>146</sup> Embajada de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 18 de julio de 1930 y 14 de agosto de 1930, 825.4061 Motion Pictures/29 y /30, R.G. 59, N.A.

culturales, que al percibir una conexión directa entre los problemas sociales y el cine, introdujeron leyes de censura. Las leyes fueron dirigidas especialmente al cine de Hollywood, aunque también obstruyeron el lento desarrollo del cine nacional. Sin embargo, el problema más grande y difícil de solucionar fue la gran competencia de los Estados Unidos, que no sólo dominó en la industria de las películas sino, además, en las poderosas imágenes que poblaban la mente popular.

## LAS AMBIGÜEDADES DE LA REFORMA

## LOS TRABAJADORES

### LOS ENCLAVES MINEROS

#### PARTE II

### LAS AMBIGÜEDADES DE LA REFORMA

#### EL ESTADO DE LOS TRABAJADORES

A comienzos de los años 1920, las compañías estadounidenses Compañía Exploración y Minería de Cobre y Compañía de Cobre ya habían comenzado operaciones a pequeña escala en Chile. Estas empresas se beneficiaron directamente durante la Primera Guerra Mundial cuando el aumento de la demanda del metal llevó a una fuerte expansión de las minas que explotaban la materia prima principalmente en el distrito de Antofagasta. El Estado chileno percibió que las actividades de estas compañías afectaban significativamente lo que quedaba en ese grande, aunque remoto territorio, pero para llegar a controlar un país dentro del país, los contactos con las comunidades locales y regionales solo bastaron a conseguir ciertos puntos y medidas para mejorar las condiciones laborales. Casi no existían leyes legales, a las propuestas eran las bases que sólo una pequeña parte de las importantes ganancias iban al Estado chileno. Los administradores ingenieros, la moderna tecnología y la mayor parte de los equipos fueron importados desde los Estados Unidos primero a las minas de cobre de Chuquiaguata y El Berro y, posteriormente, a la oficina salitrera de Coque Norte y a la mina de cobre de Petre Villos. Los salitres eran el elemento vital en los primeros días de la vanguardia de la modernidad en un país, y tenían nuevos métodos para producirlos. Las compañías habían racionalizado los procesos de trabajo usando los productores más modernos, como máquinas de perforar, entre



## LOS TRABAJADORES Y LOS ENCLAVES MINEROS

El surgimiento de la moderna cultura de masas ocurrió en un ambiente urbano y, por tanto, se restringió a una pequeña, aunque influyente, proporción de la población chilena. El campo permaneció inalterado, si bien el cine, los autos, los tractores y los aeroplanos llegaron igualmente allí. Sin embargo, al comenzar el siglo XX, un número significativo de chilenos encontró una forma especial de modernidad, cuando inversionistas estadounidenses montaron en la cordillera de los Andes y en el desierto de Atacama gigantescas empresas mineras, que ocupaban la más moderna tecnología de la época. Los trabajadores de estas minas, provenientes de zonas agrícolas del valle central y del sur, se incorporaron al moderno sistema del capitalismo y de la previsión social. Los efectos de este sistema sobre la vida de los trabajadores resultó ser una bendición a medias, prediciendo la ambivalencia de la modernización que toda la sociedad chilena iba a experimentar.

### UN PARAÍSO DE LOS TRABAJADORES

A comienzos de los años 1900, las compañías estadounidenses Guggenheim Exploration y Anaconda Copper ya habían empezado operaciones a pequeña escala en Chile. Estas empresas se beneficiaron inmensamente durante la Primera Guerra Mundial cuando el aumento de la demanda del cobre llevó a una fuerte expansión de las minas que exportaban la materia prima principalmente a Estados Unidos. El Estado chileno permitió que las subsidiarias de estas compañías hicieran prácticamente lo que quisieran en sus grandes, aunque remotos feudos; éstos casi llegaron a constituir un país dentro del país, los contactos con las autoridades locales y regionales sólo limitados a conseguir ayuda policial y militar para apagar las manifestaciones laborales. Casi no existían límites legales y los impuestos eran tan bajos que sólo una pequeña parte de las gigantescas ganancias volvía al Estado chileno. Los administradores e ingenieros, la moderna tecnología y la mayor parte de los equipos fueron importados desde los Estados Unidos primero a las minas de cobre de Chuquicamata y El Teniente y, posteriormente, a la oficina salitrera de Coya Norte y a la mina de cobre de Potrerillos. Los chilenos rápidamente vieron a los enclaves mineros como la vanguardia de la modernidad en su país, y tenían buenas razones para pensar así. Las compañías habían racionalizado los procesos de trabajo usando los productos más modernos, como máquinas de escribir, avio-

nes, teléfonos y equipos eléctricos. Además, introdujeron el transporte a motor y excavadoras gigantes, lo que contrastaba fuertemente con el primitivo trabajo manual que se ocupaba en las minas de cobre de propietarios chilenos<sup>147</sup>.

No sólo la modernidad de las operaciones de las empresas mineras estadounidenses causó admiración sino, también, sus asentamientos y el sistema de seguridad social que beneficiaba a sus trabajadores. Éste fue un factor de considerable importancia social, dado el tamaño de las comunidades. Se estima que en 1917 vivían ocho mil personas en Chuquicamata, cifra que aumentó a dieciocho mil en 1926. En Sewell, la colonia de la mina El Teniente, la población aumentó desde nueve mil en 1916 a más de catorce mil en 1918, y en Potrerillos se construyó una ciudad para casi quince mil habitantes durante los primeros años de la década de 1920. La mayor parte de las personas que vivían en estos asentamientos eran chilenos, con una proporción muy pequeña de administradores, ingenieros y capataces extranjeros<sup>148</sup>. Muchos chilenos de clase media y alta concordaban que las empresas se esforzaban en mejorar la vida de los afortunados trabajadores que habían encontrado ocupación en sus empresas. De acuerdo con estas opiniones, en comparación con el estado general de las cosas en Chile, los trabajadores de las empresas yanquis se encontraban mucho mejor que el resto de la clase trabajadora chilena<sup>149</sup>.

El primero y más importante punto que los adherentes a esta opinión utilizaban para corroborar sus perspectivas, era el alto nivel de los sueldos que las compañías pagaban a sus trabajadores. En comparación con otros países, el sueldo ofrecido a los mineros chilenos era bajo —hecho que incentivaba la inversión extranjera—, pero así y todo superior a los estándares nacionales: en Chuquicamata y en El Teniente variaba entre \$4 y \$12 por día en 1920<sup>150</sup>. De acuerdo con el escritor Carlos Fuenzalida Grandón, en 1916 el trabajador promedio de El Teniente podía ahorrar en forma considerable, puesto que ganaba \$6,3 al día, de los cuales sólo debía destinar \$2,4 a pensión completa y algo más a vestuario y atención médica. Además, las compañías pagaban gratificaciones considerables a aquellos trabajadores que les eran fieles por largo tiempo. Por ejemplo, en los primeros años de El Teniente, a aquellos trabajadores que laboraban entre marzo y septiembre, se les daba un boleto de lotería que prometía premios de entre \$100 y \$500. En 1916, la Compañía Braden Copper fue la primera empresa privada en ofrecer un programa de bienestar. La em-

<sup>147</sup> O'Brien, "Rich beyond...", *op. cit.*, p. 131.

<sup>148</sup> Para Chuquicamata y El Teniente ver *Chile y los Estados Unidos*, pp. 22-23. Para Potrerillos: Santiago Marín Vicuña, "La industria del cobre i el mineral de Potrerillos", pp. 28-29.

<sup>149</sup> "Los EE.UU. como país acreedor", en *El Industrial*, 7 de mayo de 1924, p. 6. Para el debate sobre la cuestión social ver Valdivieso, *op. cit.*

<sup>150</sup> Para el ámbito internacional ver O'Brien, "Rich beyond...", *op. cit.*, p. 135. Para el ámbito chileno, véase "Chuquicamata y el 'roto' chileno", *La Unión*, 3 de septiembre de 1917, p. 7; Thomas Miller Klubock, *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, p. 30.

presa introdujo un sistema de bonos con premios y certificados, pagaba un 10% de gratificación mensual por asistencia, y en 1932 introdujo en bono familiar. En Chuquicamata y otras mineras estadounidenses el sistema de salarios se asemejaba al de El Teniente<sup>151</sup>.

Por lo demás, la mayoría de los sueldos eran pagados en dinero constante y no en cupones para el almacén de la compañía. Este último sistema había sido practicado por muchos empleadores nacionales y extranjeros antes de la guerra y había causado gran descontento entre los trabajadores chilenos. Existía libertad absoluta de comercio y un número de negocios como almacenes, pensiones, peluquerías, farmacias, panaderías y sastrerías ofrecían una variedad de productos y servicios. En Potrerillos, alimentos frescos como frutas y pescados eran llevados al asentamiento, en transporte refrigerado de la compañía. La carne se preparaba en los mataderos de los mismos campos, y de acuerdo a algunas opiniones, la combinación de negocios privados con los pertenecientes a la misma minera garantizaba la mantención de precios bajos. Los negocios de la compañía a menudo vendían a precio de costo y los negocios privados eran controlados para que no pudieran aprovecharse de los clientes al cobrar excesivamente como en otros lugares<sup>152</sup>. Debido a que la mayoría de los productos eran importados y publicitados en los periódicos de la compañía, los trabajadores y sus familias se hicieron partícipes de las nuevas formas de la cultura consumista. Aunque el consumo comenzó en pequeña escala, la promesa de avanzar en la jerarquía de las minas y lograr un nivel de prosperidad de clase media se convertiría en un incentivo poderoso para muchos trabajadores que optaron por permanecer en mitad del desierto.

Otro argumento que los defensores del sistema yanqui a menudo mencionaban era la calidad de las viviendas de los trabajadores. Durante el curso de las décadas de 1910 y 1920, los primitivos campos mineros de Chuquicamata, Sewell, Potrerillos y Coya Norte se transformaron en ciudades modernas, con electricidad, agua potable, desagües, servicio de teléfono y telégrafo, veredas y recolección de basura. Usualmente existían clases de acuerdo al estatus social y familiar, generalmente tres o cuatro categorías que iban desde administradores extranjeros a trabajadores solteros. Los observadores de la época enfatizaban que las casas de los trabajadores en Chuquicamata con frecuencia se construían con metal o adobe, tenían suelo de concreto, tres a cuatro piezas y, frecuentemente, un baño. Casi todas las casas tenían jardín; también existían parques públicos. Los trabajadores no tenían que pagar arriendo, agua o electricidad. Además, el carácter higiénico de los asentamientos prevenía las epi-

<sup>151</sup> Alejandro Fuenzalida Grandón, "El trabajo i la vida en el mineral El Teniente", parte 1, pp. 280 y 322-324; Klubock, *op. cit.*, pp. 57-58 y 82.

<sup>152</sup> Para la importación de productos: Santiago Macchiavello Varas, *Política económica nacional: Antecedentes y directivas*, tomo 1, p. 185. Para el sistema de negocios privados y de las compañías: Jorge Boonen Rivera, "Chuquicamata", p. 477. Para los precios bajos, Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 316-320 y 328-329.

demias tan frecuentes en los conventillos o habitaciones comunes de la clase baja de las ciudades chilenas<sup>153</sup>.

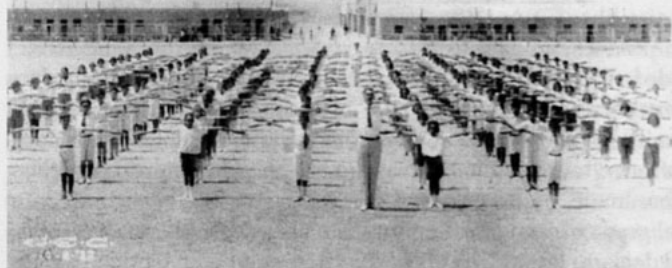
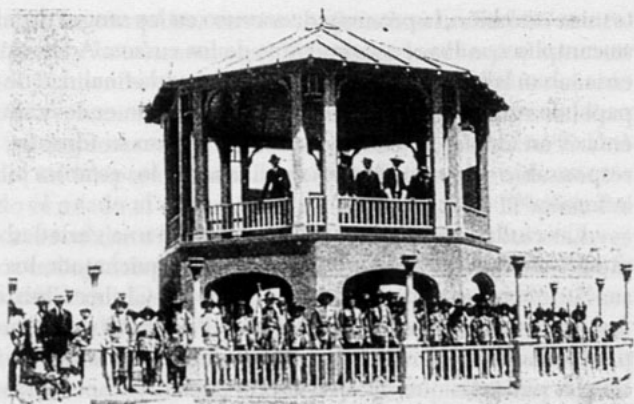
Las condiciones de trabajo eran apreciadas como considerablemente mejores que en las industrias chilenas. La faena minera era dura, pero los trabajadores de El Teniente podían optar: obviamente preferían ser pagados por trabajo hecho, porque así los salarios eran significativamente más altos. Se decía que los empleadores se esforzaban en prevenir accidentes manteniendo altos estándares de seguridad, estaciones de bomberos y primeros auxilios. Además existían hospitales de alto prestigio, debido a su moderno equipo y personal experto. El hospital de Chuquicamata tenía un equipo moderno de rayos X y era considerado el mejor de la costa del Pacífico, hasta donde llegaban incluso pacientes de la lejana Antofagasta. El ambiente laboral en Chuquicamata era higiénico y existían numerosas salas de baño con agua caliente y fría. De acuerdo con el Inspector General de la Fuerza Militar chilena, Jorge Boonen Rivera, quien visitó el lugar en marzo de 1920, la compañía había puesto en práctica los ideales de muchos reformadores sociales. Boonen percibió que todo el trabajo de tipo opresivo era realizado por máquinas. Los mineros tenían que trabajar seis días por semana pero disfrutaban de generosas vacaciones de dos semanas cada seis meses<sup>154</sup>.

Los altos sueldos, la calidad del alojamiento y las buenas condiciones de trabajo no eran lo único que las empresas ofrecían a sus trabajadores. La necesidad de estabilizar a una fuerza de trabajo altamente itinerante, que permitiera crear una base estable de trabajo confiable y capacitado, llevó a los administradores a buscar incentivos que iban más allá de las gratificaciones monetarias descritas anteriormente. Así, se desarrollaron políticas sociales paternalistas que estimulaban los matrimonios, el establecimiento de familias y la permanencia estable en las ciudades de los asentamientos. Todos los enclaves tenían escuelas primarias y técnicas, las cuales eran elogiadas por sus luminosas y grandes salas y por sus modernos equipos. Se enseñaba por separado a chilenos y estadounidenses, a niños y niñas, y se prestaba gran atención al desarrollo físico de los alumnos. Por ejemplo, en 1925 la Compañía de Cobre Anaconda construyó grandes patios y contrató profesores de educación física en Potrerillos y Chuquicamata, donde vivían mil setecientos niños.

Se ofrecían también cursos vespertinos para adultos, los que brindaban no sólo una oportunidad de educación para los trabajadores, a menudo analfabe-

<sup>153</sup> Cónsul de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Antofagasta, 16 de febrero de 1925, 825.6352/6, R.G. 59, N.A. Véase también Tancredo Pinochet, "Una empresa norteamericana en Chile", pp. 17-19 y 30-31; Marín, "La industria...", *op. cit.*, pp. 28-29; Boonen, *op. cit.*, p. 476; Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 341-350.

<sup>154</sup> Boonen, *op. cit.*, p. 473; Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 292-293. Para los estándares de seguridad, véase también Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 306-314 y 335-336. Para el hospital, ver Cónsul de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Antofagasta, 16 de febrero de 1925, 825.6352/6, R.G. 59, N.A.



La vida social en el enclave: en las escuelas y en entretenimientos musicales las compañías del cobre ofrecían una amplia variedad de actividades a sus trabajadores. En todo caso, sus demandas a éstos fueron altas. Fuente: Boonen, *op. cit.*, p. 479; Caja 20, R.G. 151-F.C., A. N.

tos sino, también, la promesa de ascenso en los rangos de la compañía, cuando se cumplía con los requerimientos de los cursos. A las niñas y mujeres se les enseñaban labores domésticas e higiene con la finalidad de prepararlas para el papel de madre y dueña de casa. La educación en los campos mineros ponía énfasis en ideales patrióticos; de acuerdo con su filosofía, una vida estable y responsable sólo se podía desarrollar sobre los estables pilares de la nación y la familia<sup>155</sup>.

Las ciudades mineras ofrecían también una variedad de clubes sociales, medios de entretención e iglesias. En Chuquicamata, los administradores y sus familias podían disfrutar de los lujos del Chiles Club, que incluían billar, *bowling*, una pista de carreras de caballos y una de las mejores piscinas del país. Por su parte, los trabajadores podían asistir a los cines donde se estrenaban las películas que habían pasado las estrictas censuras existentes. Las bibliotecas y salas de lectura estaban también a disposición de los trabajadores. Especialmente populares eran los clubes de deportes en los que se practicaba desde el boxeo al fútbol. Los niños y jóvenes podían unirse a los distintos grupos de *boy* y *girl scouts*, mantenidos por la compañía para preparar a una futura generación trabajadora. Finalmente, los salones de baile y la entretención musical al aire libre proporcionaban la oportunidad para bailar y compartir con personas del sexo opuesto<sup>156</sup>.

El objetivo de los numerosos clubes e instituciones era compensar la dura vida en el desierto, para que los trabajadores se sintieran como en su casa, establecieran familias y permanecieran allí. Además, las autoridades de la compañía querían ofrecer 'buenas' alternativas para lo que, de acuerdo con ellos, era el tiempo libre 'malo' de los mineros, como las apuestas, el sexo ilícito, y especialmente el gran consumo de alcohol. Este último problema se resolvió drásticamente al declararse ley seca en los enclaves. Al menos en Chuquicamata, se permitía el consumo de un litro de cerveza o vino por día por trabajador, pero el alcohol estaba estrictamente prohibido en la mayoría de los otros campos mineros. Los reformadores sociales chilenos que luchaban por prohibir el alcohol en todo el país, proclamaban que el ejemplo de las compañías mineras era digno de ser imitado<sup>157</sup>.

<sup>155</sup> Klubock, *op. cit.*, pp. 68 y 70-72. Para el carácter de los trabajadores mineros de Chile, ver *op. cit.*, pp. 32 y 34. Para evaluaciones contemporáneas de las escuelas ver Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 316-320; Boonen, *op. cit.*, p. 476. Para el éxito de la enseñanza vocacional: "Chuquicamata y el 'roto' chileno", en *La Unión*, 3 de septiembre de 1917, p. 7. Sobre festividades patrióticas en las minas: "The Chile Exploration Co.", en *Zig-Zag*, 1 de enero de 1916; "El 18 en el mineral de El Teniente", en *Zig-Zag*, 20 de octubre de 1923.

<sup>156</sup> Para la vida social: Pinochet, "Una empresa...", *op. cit.*, p. 18; "Potrerillos Railway Company". Para los *boy scouts*: "Brigada boy scout, mineral el Teniente", en *Zig-Zag*, 21 de noviembre de 1925. Véase también "En el mineral El Teniente", en *La Unión*, 27 de mayo de 1917, p. 11.

<sup>157</sup> Boonen, *op. cit.*, p. 477; Marín, "La industria...", *op. cit.*, pp. 28-29; Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 322-324. Para una discusión de la prohibición ver el capítulo siguiente.

Los que apoyaban a las compañías mineras enfatizaban la absoluta neutralidad política y religiosa y la tolerancia que se veía en los campos mineros. Sin embargo, paradójicamente, elogiaban que las compañías habiesen sido capaces de evitar efectivamente la amenaza del comunismo y de los sindicatos, presentando a las empresas mineras como modelos de paz social<sup>158</sup>. Este punto era de especial interés para los empleadores chilenos, en cuyas mentes ya se había asentado el miedo al comunismo. Las editoriales de la época decían que los agitadores sociales no tenían oportunidad alguna en los enclaves mineros, porque los trabajadores estaban contentos. Esto se lograba con la prohibición de los sindicatos y la solución de los problemas entre trabajadores y empleadores. Las visitas chilenas a los enclaves, cuya opinión de los llamados 'rotos', es decir, de los miembros de la clase trabajadora chilena, era usualmente muy mala, se sorprendían al encontrar trabajadores inteligentes, dóciles y diligentes, en Chuquicamata y en El Teniente. Para ellos, las políticas sociales de estas compañías eran un éxito absoluto<sup>159</sup>.

#### EXPLOTACIÓN Y RESISTENCIA

Los distinguidos chilenos o las comisiones parlamentarias que viajaban a las minas eran considerados como visitas honorables. Se les festejaba con cuidado y se les presentaban trabajadores selectos que podían dar cuenta de las maravillosas condiciones de vida en los campos mineros. Después de una cena opípara y deliciosa en mesas lujosamente servidas terminaban por preguntarse: "¿Estamos en realidad en el desierto de Atacama?"<sup>160</sup>. Sus artículos e informes reflejan una actitud benevolente hacia las compañías; la única crítica seria que se hacía era que las políticas de bienestar de las mineras malcriaban a los trabajadores.

Pero también existían opiniones contrarias a estos comentarios elitistas y aparentemente ciegos a la mísera vida de los enclaves que señalaban perspectivas diametralmente opuestas a todo lo señalado hasta aquí acerca de la vida en las ciudades mineras. Estas opiniones provenían de distintos sectores e incluían a escritores como Eulogio Gutiérrez y Marcial Figueroa, quienes habían trabajado en las minas y, por tanto, conocían directamente las condiciones de vida allí imperantes. Otras voces provenían de nacionalistas como Ricardo A. Latcham, que odiaban a los extranjeros por controlar las materias primas más

<sup>158</sup> Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 336-337.

<sup>159</sup> Boonen, *op. cit.*, pp. 481-482.

<sup>160</sup> Boonen, *op. cit.*, p. 481. Véase también "En El Teniente", en *Sucesos*, 9 de junio de 1921; Pascual Venturino, "Reseña de Fuenzalida *El trabajo y la vida*", pp. 563-564; Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 5 de noviembre de 1917, 825.6374/62, R.G. 59, N.A. Para una ejemplar visita de un congresista a una de estas minas, véase "En el mineral El Teniente", en *El Mercurio*, 8 de noviembre de 1920, p. 17.

importantes de Chile, y de políticos de izquierda como Manuel J. Navarrete, quien representaba al Partido Demócrata de Talcahuano y provocaba acalorados debates en el Congreso<sup>161</sup>.

Sin embargo, incluso los comentarios más benevolentes tenían que admitir que las minas no estaban ubicadas en ambientes acogedores. La hostilidad del seco desierto de Atacama, a nueve mil pies sobre el nivel del mar, sin vegetación ni lluvia, arreciaba en los alrededores de Chuquicamata. Lo mismo se percibía en Potrerillos o Coya Norte, donde las drásticas oscilaciones térmicas contribuían a empeorar las duras condiciones de vida y trabajo. Una molestia adicional eran los vientos del desierto que constantemente mantenían arena suspendida en el aire. En El Teniente, en la mitad de las montañas, las condiciones climáticas eran muy distintas, pero no menos problemáticas para las personas que tenían que trabajar y vivir allí<sup>162</sup>. La desolación de la vida en la Gran Minería se convertiría en el tema de elogiados trabajos de la literatura chilena que utilizaban la 'pampa muerta' como escenario para románticas historias de amor o el relato de las condiciones de vida en las minas desde una perspectiva socialmente crítica y nacionalista<sup>163</sup>.

No cabe duda que los dueños de las minas debían esforzarse para atraer la fuerza laboral que necesitaban. Las prácticas de reclutamiento eran generalmente dudosas, sobre todo en la zona rural del sur de Chile, donde se esperaba encontrar una fuerza laboral obediente y acostumbrada al trabajo duro. Los reclutadores, los notorios enganchadores, prometían altos sueldos sin mencionar que éstos dependían del trabajo realizado. A los trabajadores temporeros se les contaba acerca de las condiciones liberales para término de contrato, sin aclararles que la compañía no pagaba sueldos a quienes quisieran renunciar. Las condiciones de trabajo de las minas a menudo impactaban a los recién llegados. La rutina diaria era mucho más dura de lo habitual para la mayoría. En Chuquicamata no se descansaba los días domingos o feriados y las vacaciones no eran pagadas. El despiadado ritmo de trabajo de estas modernas

<sup>161</sup> Gutiérrez y Figueroa publicaron varios libros sobre sus experiencias en Chuquicamata. Estos libros fueron muy exitosos, aunque los empresarios de Estados Unidos trataron de evitar su publicación al comprar y destruir ediciones completas. Marcial Figueroa, *Chuquicamata: La tumba del chileno*; Eulogio Gutiérrez, *Chuquicamata: Tierras rojas*; Gutiérrez y Figueroa, *Chuquicamata: Sus grandezas y sus dolores*; Ricardo A. Latham, *Chuquicamata: Estado Yankee*. Latham vivió seis meses en Chuquicamata y explícitamente criticó a los comentaristas de la elite (*op. cit.*, pp. 29-31). Véase asimismo "Un libro sensacional sobre Chuquicamata", en *Zig-Zag*, 1 de enero de 1927. Para los debates acerca de las condiciones en las minas ver, por ejemplo, "Obreros de El Teniente", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 11 de noviembre de 1921, pp. 343-345.

<sup>162</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 31 de julio de 1925, 825.504/43, R.G. 59, N.A.; Boonen, *op. cit.*, p. 472; Latham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 18-25. Para El Teniente ver especialmente: Alberto Durán B., *El estado libre de El Teniente y la vida obrera de las minas*, p. 8.

<sup>163</sup> Laura Jorquera [Aura], *Tierras rojas: Recuerdos del mineral de Chuquicamata*, pp. 79-82. Andrés Garafulic, *Carnalavaca: Novela de las tierras rojas*.



empresas resultaba muy severo. Por añadidura, el empleo era precario. En tiempos de crisis las compañías frecuentemente recurrían a despidos masivos causando severos problemas sociales que podían alcanzar proporciones regionales e, incluso, nacionales<sup>164</sup>.

Tradicionalmente, los jornaleros, inquilinos rurales y trabajadores urbanos chilenos estaban acostumbrados a ser maltratados por sus empleadores, pero lo que experimentaban en los enclaves mineros era peor, debido más que nada a la discriminación, a la segregación y al racismo. En todas partes, la fuerza laboral de las minas consistía en una gran mayoría de chilenos, con un porcentaje más o menos importante de diferentes grupos étnicos, lo cual, de acuerdo con Gutiérrez, prestaba a Chuquicamata la apariencia de un caldero donde se juntaban muchas razas<sup>165</sup>. En todas las minas, el liderazgo estaba restringido a ciudadanos estadounidenses y a unos pocos europeos que controlaban no sólo el lugar de trabajo sino, también, dada la ubicación aislada de las minas, gran parte de la vida diaria de los trabajadores. Los críticos concordaban en que, a pesar de las reformas sociales que las compañías decían impulsar, los administradores de las compañías trataban a sus trabajadores chilenos como 'perros' o 'indios' y que se comportaban como si pertenecieran a una raza superior<sup>166</sup>.

La discriminación tuvo muchas dimensiones, pero se materializó en la forma más palpable en el tratamiento desigual en cuanto a sueldos y salarios. Los ciudadanos estadounidenses ganaban dos y hasta tres veces más que los chilenos que realizaban el mismo tipo de trabajo. Más aún, los estadounidenses eran pagados en dólares, mientras que a los chilenos se les retribuía con billetes del depreciado peso. El bajo poder comprador de los pesos se sentía directamente en los negocios de las compañías, donde los yanquis no sólo recibían los mejores productos sino, además, los conseguían a precios más baratos. A los chilenos se les trataba como a ladrones potenciales y tenían que pasar por degradantes controles al entrar y salir de los negocios. Por extensión, a los chilenos no se les permitía comprar bebidas alcohólicas, mientras el personal estadounidense tenía privilegios especiales incluso para esta delicada materia<sup>167</sup>.

En muchos aspectos, los extranjeros recibían tratamiento especial en las ciudades mineras. El más obvio era la segregación espacial. Las compañías se

<sup>164</sup> Para El Teniente véase Klubock, *op. cit.*, pp. 36-38 y 129-133 "En el feudo de El Teniente", en *Claridad*, 20 de noviembre de 1920, p. 8. Lo mismo se practicaba en Chuquicamata: Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 151 y 174-177; Marcial Figueroa, *op. cit.*, pp. 240-246. Para los despidos, véase Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago 24 de diciembre de 1920, 825.00/185, R.G. 59, N.A.

<sup>165</sup> Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 133-135.

<sup>166</sup> Alá de Río, "Lo de Chuquicamata", p. 1; "Accidentes del trabajo en el mineral de Chuquicamata", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 18 de agosto de 1926, p. 2.309; Durán, *El estado libre...*, *op. cit.*, pp. 19-22.

<sup>167</sup> Macchiavello, *Política...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 213; Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 46-47 y 60-72; Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 135-138 y 150-153.

enorgullecían de sus extraordinarios alojamientos, clubes sociales e instalaciones de entretenimiento, pero los mejores distritos estaban exclusivamente reservados a los ciudadanos estadounidenses y sus familias, con algunas excepciones europeas. Estos distritos estaban separados de los alojamientos de los trabajadores y los chilenos sólo podían entrar a ellos bajo permiso especial; incluso, a los niños se les expulsaba de los patios de juego<sup>168</sup>. Es cierto que los chilenos no estaban acostumbrados a las jerarquías sociales estrictas en sus trabajos anteriores, pero lo que empeoraba la situación era el orgullo herido día tras día por las restricciones y degradaciones sufridas en nombre de su nacionalidad. Peor aún, los superiores yanquis hablaban poco o nada de español y tampoco se esforzaban en aprender el idioma. Así, la experiencia de desigualdad y discriminación se reforzaba por los malos entendidos<sup>169</sup>.

Un análisis más detallado indica que las tan afamadas viviendas superiores tenían deficiencias. En la mayoría de los campos mineros habían casas modelos para los pocos afortunados que se exhibían orgullosamente a las visitas externas. Hasta 1920, los mineros de El Teniente vivían en deplorables barracas con numerosas personas acumuladas en un sólo dormitorio y hasta tres mineros que se turnaban para dormir en la misma cama. Una comisión del Congreso que investigó la industria del cobre encontró que la mayoría de las habitaciones carecían de electricidad y aire puro y que no cumplían con



El Club Chilex de Chuquicamata fue uno de los clubes sociales más modernos del Chile de la época. No obstante, permaneció reservado para los empleados extranjeros de la firma. Fuente: Caja 20, R.G. 151-F.C, A.N.

<sup>168</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 31 de julio de 1925, 825.504/43, R.G. 59, N.A.; “Chuquicamata y el ‘roto’ chileno”, en *La Unión*, 3 de septiembre de 1917, p. 7.

<sup>169</sup> Incluso, Fuenzalida admitió el problema del idioma, *op. cit.*, parte 1, pp. 331-332.

los requisitos básicos que la ley de 1906 imponía sobre los alojamientos de los trabajadores<sup>170</sup>. En Chuquicamata los dormitorios de los trabajadores eran constantemente expuestos a tóxicos vapores emitidos por las fundiciones. Aunque se veían estables por fuera, los vientos del desierto soplaban a través de ellas. Lo mismo era válido para las casas familiares, las que según Latcham eran muy pequeñas para las familias, a menudo numerosas, y construidas con adobe de mala calidad. Así y todo, aquéllos que vivían dentro de los campos eran privilegiados con respecto a los que tenían que permanecer en los campamentos hechizos que estaban emergiendo en las afueras de Chuquicamata<sup>171</sup>.

La mala calidad de la vivienda contribuía a una variedad de enfermedades. Los síndromes respiratorios más severos se debían a la exposición a vapores tóxicos y la silicosis era frecuente entre los mineros. Asimismo, las grandes fluctuaciones de temperatura de la cordillera de los Andes, empeoraban la insalubridad de las condiciones de trabajo en El Teniente. En la región del nitrato, los trabajadores que estaban infectados con la invasiva sífilis recibían medicamentos gratis, pero en Chuquicamata no se les brindaba ninguna ayuda. Un escrutinio más cercano revela que los servicios médicos y hospitalarios de las compañías mineras estadounidenses no trataban ni, la silicosis, ni la sífilis, ni ninguna de las enfermedades frecuentes, porque éstas no eran aceptadas como enfermedades laborales, cuya definición quedaba a discreción de cada compañía. A menudo la enfermedad, aunque obviamente adquirida en el trabajo, llevaba al despido del trabajador. La única forma de ser admitido en el hospital era como víctima de un accidente industrial muy grave<sup>172</sup>.

Aun así, el personal del hospital estaba usualmente ocupado: las posibilidades de tener un accidente grave eran muy altas en los enclaves mineros. El Teniente era famoso por sus frecuentes desastres, al extremo que el Congreso debatió este tema en varias ocasiones en 1919 y 1920. Ese último año, un promedio mensual de veintisiete accidentes severos ocurrieron en El Teniente<sup>173</sup>. Los accidentes en Chuquicamata, que era el enclave más alejado de cual-

<sup>170</sup> Durán, *op. cit.*, pp. 43-45. Véanse, también, las discusiones en el Congreso: "Situación de los obreros del mineral de El Teniente", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 11 de diciembre de 1919, pp. 948-950.

<sup>171</sup> Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 188-195; Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 82 y 126. Marcial Figueroa, *op. cit.*, p. 181-186.

<sup>172</sup> Para El Teniente: Klubock, *op. cit.*, p. 33; Durán, *op. cit.*, p. 7; Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, p. 337; "Situación de los obreros del mineral de El Teniente", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 11 de diciembre de 1919, pp. 948-950. Para Chuquicamata: Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 161-163; Marcial Figueroa, *op. cit.*, pp. 14, 92-94 y 263-267; Latcham, *Chuquicamata...*, pp. 81 y 161-167. Incluso, Boonen, *op. cit.*, p. 472, tuvo que admitir las insalubres condiciones laborales. Para el problema de la legislación: Fuenzalida, *op. cit.*, parte 2, p. 374.

<sup>173</sup> Klubock, *op. cit.*, p. 33; Durán, *op. cit.*, pp. 59-64; "Situación de los obreros del mineral de El Teniente", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 11 de diciembre de 1919, pp. 948-950; Santiago Macchiavello Varas, *El problema de la industria del cobre en Chile y sus proyecciones económicas y sociales*, pp. 188-190.

quier ciudad, no siempre eran comunicados a la prensa nacional. No era inusual que los periódicos comunistas fueran los primeros en dar las noticias devastadoras. Así, la trágica explosión del 20 de junio de 1926 fue expuesta en el *El Despertar de los Trabajadores*, aunque al comienzo la Chile Exploration Company trató de esconder la noticia. Durante el período de 1917 a 1922, Gutiérrez publicó un conjunto de estadísticas que incluían una nómina de 11.391 víctimas de accidentes, de las cuales setenta habían fallecido; el resto había recibido heridas tan serias que estaba imposibilitado de trabajar<sup>174</sup>.

Los accidentes industriales no se restringieron a las minas; a menudo acarrearaban consecuencias para el ambiente, cuando líquidos tóxicos contaminaban ríos y napas. Incluso, cuando no habían grandes accidentes la contaminación continuaba. En muchas oportunidades la Sociedad Nacional de Agricultura acusó ante el Congreso a las autoridades de El Teniente por ser responsables de la contaminación del importante río Cachapoal. Después de una serie de incidentes en El Teniente en 1914, 1915 y 1916, hubo que tomar acciones; la ley 3133, promulgada en septiembre de 1916, prohibía la contaminación de aguas, ríos y lagos con desechos industriales. Sin embargo, las compañías estadounidenses hicieron caso omiso de las nuevas restricciones legales, a pesar de que, dado el tamaño de sus instalaciones, el nivel de su contaminación era más grande que el causado por las empresas nacionales. Aunque el gobierno aseguró repetidamente a los hacendados y otros críticos que presionaría a las compañías yanquis, el Congreso tuvo que enfrentar este asunto una y otra vez, ya sea en El Teniente, Chuquicamata o Coya Norte<sup>175</sup>.

El progreso económico que la Gran Minería traía a la oligarquía era pagado a un alto precio por la sociedad chilena. Lo mismo es cierto para los programas de beneficio social de los enclaves. Estos programas, sin lugar a dudas, sobrepasaban los estándares habituales entre los empleadores chilenos. Sin embargo, también incluían reglamentaciones sobre todos los aspectos de la vida en los campos. En El Teniente, por ejemplo, los trabajadores necesitaban un permiso especial para poder salir del campo en el tren de la compañía. Se les exigía que sus habitaciones estuvieran limpias y no se podían reunir en público sin el consentimiento de la compañía. La prohibición del alcohol y las apuestas era difícil de sobrellevar para los trabajadores de todos los enclaves e, incluso, la Asociación de Productores de Salitre criticó esta normativa<sup>176</sup>.

<sup>174</sup> "La macabra catástrofe de Chuquicamata", en *El Despertar de los Trabajadores*, 10 de julio de 1926, p. 8; Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 223-225. Véase, también, "Chuquicamata", en *El Despertar de los Trabajadores*, 17 de agosto de 1922, p. 3. Latham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 108-112.

<sup>175</sup> "Derrumbe del tranque de Barahona", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 19 de diciembre de 1928, pp. 4272-4277 y 4648-4649; Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 159-161; Fuenzalida, *op. cit.*, parte 2, p. 374.

<sup>176</sup> Para las reglas en El Teniente: Klubock, *op. cit.*, p. 53. Para la prohibición véase "Sesión de la comisión consultativa", Santiago, 28 de octubre de 1925, tomo 2, Asociación de Productores de Salitre, A.N.

Las compañías crearon políticas de apoyo a la familia de acuerdo al ideal de clase media estadounidense. Desde esa perspectiva, el alcoholismo, la promiscuidad, el descuido de los hogares y la falta de núcleos familiares eran la causa de los problemas sociales de Chile y de la inestabilidad de la fuerza laboral minera. Por esto, sólo los trabajadores casados recibían mejor vivienda y los trabajadores solteros eran los primeros en ser despedidos en El Teniente. Además el sexo ilícito dentro del campo resultaba en despido inmediato. La Braden Copper Company ofrecía a sus trabajadores ceremonias de matrimonio sin costo en el registro civil de Sewell. Estas políticas causaban descontento entre los trabajadores, que a regañadientes cambiaban su estilo de vida, falsificando sus datos o comprando certificados de matrimonio con nombres ajenos para evadir las restricciones<sup>177</sup>.

La administración de las compañías se defendía de las críticas destacando el hecho de que las instalaciones, incluyendo las viviendas de los trabajadores, eran de su pertenencia, y que los derechos de la propiedad le permitía establecer sus propias reglas. Con este argumento, los propietarios estadounidenses legitimaban la imposición estricta de sus reglamentos. En Chuquicamata y en El Teniente las compañías tenían su propia fuerza policial, con guardias especiales y redes de espionaje. El personal estaba constituido por chilenos que pronto se convertían en objeto de odio y desprecio por parte de los trabajadores. Las compañías estadounidenses no trepidaban en violar los derechos civiles de los trabajadores. Lo hacían regularmente al abrir la correspondencia, censurar publicaciones, mantener listas negras de activistas laborales y celar las casas de los trabajadores para asegurarse de que sus moradores cumplieran las numerosas reglas impuestas<sup>178</sup>.

Los propietarios de las minas se atrevían a comportarse así porque sus acciones eran toleradas e, incluso, apoyadas abiertamente por la oficialidad chilena. Por lo mismo, mantenían buenas relaciones con los carabineros y oficiales militares locales. En el caso de El Teniente, el historiador Thomas Miller Klubock ha descrito cómo los carabineros podían ganar sueldo extra al enviar informes confidenciales a la compañía. Cuando se jubilaban, podían encontrar trabajo fácilmente en las fuerzas policiales privadas. Además, la Braden Copper le pagaba a los jueces y a los administradores de Rancagua<sup>179</sup>. En Chuquicamata el juez y la unidad de carabineros local no sólo vivían en casas de la compañía dentro del campo minero, sino que también recibían su

<sup>177</sup> Klubock, *op. cit.*, pp. 61-62; Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 327-328.

<sup>178</sup> Para el sistema de espías: S. Ocampos, "Chuquicamata", p. 2; "Otro bandido yanqui", en *Justicia*, 24 de marzo de 1932, p. 2; "Chuquicamata", en *La Federación Obrera*, 29 de marzo de 1932, p. 4; "Quien quiera conservar su piel no vaya a Chuquicamata", en *La Federación Obrera*, 27 de marzo de 1922, p. 1. Para la violación de los derechos privados: Durán, *op. cit.*, pp. 19-37; Gutiérrez y Figueroa, *op. cit.*, p. 200. Figueroa, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 192-194.

<sup>179</sup> Klubock, *op. cit.*, pp. 53-56 y 62-63. Para condiciones similares en Chuquicamata: Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 168-174. Marcial Figueroa, *op. cit.*, pp. 199-202.

apoyo financiero, poniendo en duda la independencia de sus acciones. En el Congreso, los políticos de los partidos de la oposición destacaban que los enclaves representaban zonas en las que no había respeto alguno por la legislación nacional<sup>180</sup>.

Los intereses de los empleadores y trabajadores con frecuencia chocaban en huelgas sangrientas que reverberaban a través de todo el país. No tomó mucho tiempo para que la intranquilidad laboral se desarrollara en los enclaves. En El Teniente, los trabajadores ya se alzaron en 1911, amenazando con dinamitar la mina si no se respondía a sus demandas de incremento de sueldos, que éstos fueran pagados al contado y que hubiera libertad para renunciar. En las grandes huelgas de 1916, 1919 y 1930, los trabajadores redefinieron sus demandas para incluir días laborales de ocho horas, mejores condiciones de trabajo, el término de abusos, alzas en los sueldos correspondientes a su disminución real, pago por las horas extras y por trabajo en días feriados, y el reconocimiento de los sindicatos. Estas demandas no se diferenciaban mucho de las de sus colegas de Chuquicamata<sup>181</sup>.

Para asentar sus legítimas demandas después de la promulgación de la nueva legislación social chilena, los mineros organizaron una gran huelga en mayo de 1925, oportunidad en la que recibieron la ayuda de los trabajadores portuarios de Antofagasta. En esta ocasión, las actividades incluyeron un boicot en contra de todas las empresas yanquis de la región<sup>182</sup>. Las compañías estadounidenses reaccionaron violentamente ante las exigencias de los trabajadores, concediéndoles sólo gratificaciones menores. Todas las huelgas mencionadas terminaron con derramamiento de sangre, dada la costumbre de sofocarlas con la intervención de carabineros o con tropas militares<sup>183</sup>.

Para poder luchar contra lo que ellos consideraban la raíz del desorden laboral, los administradores trataron de evitar la unificación de los trabajadores. Generalmente se recurría a despidos en masa cuando las huelgas eran sofocadas. Los líderes laborales y aquéllos de los que se sospechaban compromisos activistas, eran los primeros en ser despedidos. Después de la huelga de

<sup>180</sup> Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 170 y 177-180. Para debates en el Congreso, ver "Situación de los obreros...", *op. cit.*, p. 950.

<sup>181</sup> Para El Teniente: Klubock, *op. cit.*, pp. 50-52 y 79-80; "En el mineral El Teniente", en *Las Últimas Noticias*, 5 y 6 de noviembre de 1919, p. 15; "Strikes in the Northern Provinces", 27 de enero de 1920, 2655-0-3, M.I.D., R.G. 165, N.A.; Albert, *op. cit.*, p. 282. Para Chuquicamata: Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 83-106; "¿Qué pasa en Antofagasta?", en *El Diario Ilustrado*, 6 de mayo de 1925, p. 3.

<sup>182</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 11 de mayo de 1925, 825.0132, R.G. 59, N.A.; Charles M. Pepper (Chile-American Association) a Departamento de Estado en Washington D.C., "Anti-American Agitation in Chile", Nueva York, 11 de mayo de 1925, 825.5045/47, R.G. 59, N.A.

<sup>183</sup> Para la brutalidad usada contra los huelguistas véase, por ejemplo, Tancredo Pinochet, *El diálogo de las dos Américas*, tomo 2, pp. 6-7; "El movimiento de Chuquicamata", en *Justicia*, 7 de mayo de 1925, p. 1; "Los Yanquis en Chuquicamata", en *Sucesos*, 13 de enero de 1927.

El Teniente en 1919, se despidió a toda la fuerza laboral y sólo los trabajadores obedientes fueron recontratados. A menudo los trabajadores eran despedidos sin siquiera darles tiempo para recoger sus pertenencias. La situación más peligrosa para las minas de pertenencia yanqui, fue el establecimiento de la socialista, y luego comunista, F.O.Ch. En El Teniente, la Braden Copper trató de contrarrestar a la F.O.Ch., por un lado, proscribiéndola en sus instalaciones y, por otro, formando un sindicato controlado por la compañía en 1919, el cual, dos años más tarde, trató infructuosamente de afiliarse a la F.O.Ch., esfuerzo abortado por la policía<sup>184</sup>. Finalmente, en 1925, con la nueva legislación social promulgada por Ibáñez, la Braden tuvo que dar su brazo a torcer y aceptar a la F.O.Ch., aunque ésta permaneció bajo estricto control. Fue una decisión fácil para la empresa, porque tiempo después el régimen de Ibáñez reprimió al anarquismo, al comunismo y a la F.O.Ch.<sup>185</sup>.

Huelgas y peleas contra la no sindicalización fueron las formas extremas de la lucha entre los empleadores yanquis y sus trabajadores. Existían dimensiones diarias más sutiles en este conflicto. Para los trabajadores, la forma más frecuente de mostrar descontento era la renuncia al trabajo. La inestabilidad laboral fue un problema que los empleadores no pudieron resolver antes de la década de 1930. Algunos contemporáneos especularon acerca de las razones de este comportamiento. Según Fuenzalida, quien estaba de acuerdo con los empresarios estadounidenses, el espíritu aventurero del 'roto' chileno era el responsable de esta deficiencia. Sin embargo, durante la década de 1920, los investigadores y críticos apuntaron a las duras y peligrosas condiciones del trabajo en las minas y a la reglamentada vida de los asentamientos<sup>186</sup>.

Los trabajadores transgredieron las exigencias disciplinarias de las compañías con ausencias, bebiendo alcohol a escondidas, abusando de drogas y apuestas, especialmente en los días de pago, y participando de relaciones sexuales ilícitas dentro o en las afueras de las instalaciones mineras. Más aún, en cuanto hubo una alternativa disponible, por ejemplo, en la construcción o en industrias urbanas, los trabajadores volvieron la espalda a los enclaves. Lo mismo es válido para la mayoría de las mujeres que vivían en o cerca de los campos mineros, las cuales se empleaban en el servicio doméstico, trabajaban como

<sup>184</sup> Para los despidos, "Situación de los obreros...", *op. cit.*, p. 950; "La bestia yanqui en Potrerillos", en *Justicia*, 23 de diciembre de 1926, p. 1; Latham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>185</sup> Klubock, *op. cit.*, pp. 50-52 y 76-79; Rojas, *op. cit.*, pp. 134-135. Ver, también, "En el mineral El Teniente", en *Justicia*, 14 de noviembre de 1924, p. 1; "La tiranía yanqui", en *La Federación Obrera*, 9 de noviembre de 1921, p. 4. Para políticas similares en Chuquicamata: Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 11 de mayo de 1925, 825.0132, R.G. 59, N.A. Incluso, los oficiales en Washington calificaron las acciones de las mineras de Estados Unidos como duras: Departamento de Estado a la Embajada de los Estados Unidos en Santiago, Washington, 31 de julio de 1925, 825.504/43, R.G. 59, N.A.

<sup>186</sup> Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 324-326. Para un punto de vista más crítico: Macchia-vello, *El problema...*, *op. cit.*, p. 202.

vendedoras ambulantes o como prostitutas: en cuanto ahorran suficiente dinero, abandonaban el lugar. A pesar de los altos sueldos y de los programas de beneficios de las compañías, la vida en las minas seguía siendo difícil de sobrellevar<sup>187</sup>.

No cualquier trabajador podía salir del enclave cuando él o ella quisiera. La dependencia del trabajo aumentaba especialmente cuando había una familia que mantener. Muchos trabajadores se enorgullecían de trabajar en las plantas más modernas de Chile. Se contentaban con los buenos sueldos y con ascender en la jerarquía de la compañía. Sin embargo, incluso, aquéllos que se quedaban no se conformaban con el ideal de clase media que sus empleadores les proponían. Ahora sabemos que en El Teniente y en Chuquicamata los trabajadores crearon una cultura propia que a través del baile, canciones y conductas reflejaba la solidaridad entre los trabajadores y la informal oposición a los empleadores yanquis. Klubock ha mencionado las leyendas que se tejían alrededor de contrabandistas que impresionaban a los mineros con su audacia y resistencia a las autoridades. El comportamiento rebelde tenía múltiples dimensiones, desde bromas hechas a los jefes hasta borracheras y visitas a los prostíbulos<sup>188</sup>.

Para muchos observadores externos, los enclaves mineros fueron realmente la vanguardia de la modernidad en Chile. En ellos, se exigió a los chilenos que aprovecharan la singular oportunidad de aprendizaje. La tecnología y administración moderna seguían siendo remotas, pero parecían representar una solución feliz a la espinuda relación entre capital y trabajo, y por lo mismo eran un buen modelo para los planes de los reformadores chilenos. El bienestar social resolvería los conflictos que abrumaban al Chile en vías de modernización. Sin embargo, para los críticos las ciudades mineras representaban un modelo claramente negativo. Los críticos también respondían al espíritu reformador, pero buscaban no sólo acabar con el control extranjero de los recursos nacionales para reforzar así la independencia nacional, sino mejorar las condiciones de los trabajadores chilenos cuya experiencia de vida en los asentamientos mineros no era tan feliz como se creía. Los trabajadores de El Teniente y de Chuquicamata, a quienes se dirigían los reformadores, parecían vivir con las ambigüedades, y lo hicieron desarrollando diversas formas de resistencia al tiempo que se acomodaban a las condiciones existentes. Ofreciendo ambas caras de la modernidad, los enclaves ejercieron una atracción poderosa.

<sup>187</sup> Para El Teniente: Klubock, *op. cit.*, pp. 39-42 y 46. Para Chuquicamata: Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, p. 131.

<sup>188</sup> Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 34-35 y 150; Klubock, *op. cit.*, pp. 155-187. Para el notorio problema del alcoholismo: Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 320-322; Augusto Millán, "Contra el gran enemigo", pp. 233-238.



## LAS POSIBILIDADES Y LOS LÍMITES DE LAS REFORMAS SOCIALES

A partir de la década de 1910, el debate acerca de la legislación social en Chile comenzó a ser fuertemente influenciado por modelos extranjeros. En el capítulo anterior, hemos demostrado que los enclaves mineros, aun cuando constituían un mundo aparte, fueron vistos por muchos influyentes reformadores como un ideal de bienestar social. Después de la guerra, el estado chileno, cada vez más intervencionista, trató de implementar un proyecto de reforma social recurriendo, a menudo, a expertos extranjeros. El proyecto fue apoyado por las elites modernizadoras de clase media, las que participaron activamente en las discusiones. Hubo resistencia en la clase alta tradicional y en los políticos conservadores, pues las reformas parecían atentar en contra de los códigos morales y tal vez, en forma más importante, en contra de sus intereses económicos. Se lograron importantes progresos, aunque hubo muchos conflictos en el camino hacia el éxito. En este capítulo estudiaremos las acciones y discusiones acerca de las reformas en los sectores de salud pública y educación, de la lucha en contra del alcoholismo y del estado legal de la mujer.

### LA REFORMA DEL CÓDIGO SANITARIO

Un elemento central de los enclaves mineros, mencionado una y otra vez, eran las excelentes instituciones sanitarias con las que éstos contaban. A pesar de las críticas en contra de las reales condiciones de vida en los enclaves, se reconocía que sus condiciones higiénicas sobrepasaban por mucho a aquéllas con las cuales la mayor parte de la clase trabajadora tenía que vivir en las ciudades y zonas rurales de Chile<sup>189</sup>. La reforma era esperada en las ciudades chilenas porque los estándares de salud pública habían disminuido después de comienzos de siglo. Así, la incidencia de mortalidad infantil en Chile era una de las más grandes del mundo: de 1900 a 1935, trescientos de cada mil niños no lograron sobrevivir más de un mes; en 1935, el número de muertes infantiles todavía era de doscientos cincuenta por mil. No menos serio era el pro-

<sup>189</sup> Klubock, *op. cit.*, pp. 74-75. Para salud pública en general, véase María Angélica Illanes, *En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia: Historia social de la salud pública, Chile 1880-1973*.

blema de la sífilis. De acuerdo con estimaciones chilenas, el 10% de la población sufría esta enfermedad en 1927<sup>190</sup>.

Dada la seriedad de éstos y otros problemas relacionados, los chilenos discutían el asunto desde hacía ya un tiempo y, a comienzos de siglo, dieron los primeros pasos para solucionarlo. Basándose en el progreso científico logrado en las últimas décadas del siglo XIX, se desarrolló en Chile un movimiento higienista, el cual pretendía mejorar las condiciones de salud de la población a través de la creación de un ambiente higiénico en los hogares y lugares de trabajo a fin de prevenir enfermedades<sup>191</sup>. Uno de los primeros resultados de este proceso fue la creación del Consejo Superior de Higiene Pública y del Instituto de Higiene durante la década de 1890. Se creó también una institución para la inspección de las fuentes de agua y durante la década de 1910, los militares alcanzaron el liderazgo, al implantar modernos estándares de salubridad. Sin embargo, al fundarse la Liga Chilena de Higiene Social en julio de 1917, Carlos Fernández Peña, su secretario general, no tenía noticias muy positivas, ya que la mortalidad infantil, las enfermedades venéreas y el alcoholismo todavía azotaban a la sociedad chilena. Dos décadas tuvieron que pasar antes de que el primer Código Sanitario fuera introducido en 1918<sup>192</sup>.

Una esperanza de vida promedio de treinta años en el Chile de 1920 comprobó que el Código Sanitario era sólo un pequeño paso en el avance hacia la solución de los problemas. En la década siguiente, activistas del emergente movimiento feminista, como la directora de Educación Sanitaria del Departamento de Salud Pública Cora Mayers, enfatizaron la urgente necesidad de proteger la salud de madres y niños. Tal llamado hacía eco de las discusiones sobre la mejora de 'la raza', las cuales se sustentaban en el discurso contemporáneo de la eugenesia. Opiniones provenientes de distintos sectores prevenían acerca de los peligros que las enfermedades venéreas traían a la 'raza'; en Santiago, Valparaíso y Antofagasta, se abrieron clínicas que ofrecían exámenes médicos prenupciales. En marzo de 1925, cuando José Santos Salas ocupaba el cargo de Ministro de Salud Pública, se introdujo la "Ley de la Raza", la cual incluía decretos para luchar contra las enfermedades venéreas<sup>193</sup>. Ese mismo mes, el movimiento de reforma urbana logró la victoria en su lucha contra otra grave causa de problemas sociales: los conventillos, esa miserable forma de vivienda para personas pobres. La ley de reforma fue una

<sup>190</sup> Para la mortalidad infantil, ver Asunción Lavrin, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*, pp. 100-101. Para la sífilis, *op. cit.*, p. 170; Verónica Loyola y Marcos Vergara I., "Evolución histórica del sistema de salud", p. 34.

<sup>191</sup> Lavrin, *op. cit.*, p. 98; Jorge Jiménez de la Jara y Thomas Bossert, "Las reformas del sector Salud en Chile: lecciones de cuatro períodos de reforma", pp. 29-45.

<sup>192</sup> Valdivieso, *op. cit.*, p. 334. Para el informe de Fernández Peña en 1917, ver *Pro-raza: Recopilación ordenada por el Ministro de Guerra*, pp. 29-31.

<sup>193</sup> Lavrin, *op. cit.*, pp. 112-114 y 163-170. Para el contexto latinoamericano, Nancy Leys Stepan, "The Hour of Eugenics." *Race, Gender, and Nation in Latin America*.

respuesta a la necesidad de mejores condiciones higiénicas que el crecimiento de las ciudades había provocado. También prometía mejores viviendas para la clase media, focalizando la lucha en los insalubres asentamientos que se levantaban en la periferia de las principales ciudades<sup>194</sup>.

Sin lugar a dudas, hubo progreso en la legislación social pero muchos problemas permanecieron sin resolver, lo que llevó a las autoridades chilenas a buscar ayuda experta en el extranjero. Así, en 1925, se contrató a John D. Long, un estadounidense miembro del Servicio de Salud Pública de Estados Unidos y director asistente del Departamento Sanitario Panamericano. Long venía precedido de una buena reputación como consejero de gobiernos extranjeros y prontamente presentó un proyecto para renovar completamente el Código Sanitario. Las nuevas reglamentaciones incluían la prohibición de la prostitución, la prohibición del uso del alcantarillado para aguas de riego, y la concentración de la administración de la salud en la oficina del director general de Salud. Long también exigió viviendas limpias, buena alimentación y salarios adecuados para los trabajadores. Después de algunas luchas políticas, el nuevo código fue establecido en octubre de 1925. Anteriormente, en septiembre, otro avance importante para la reforma de la salud pública en Chile había logrado la inclusión de un párrafo en la nueva constitución que estipulaba que el cuidado de la salud de los ciudadanos era deber del Estado y, por tanto, éste debía disponer de fondos apropiados para dicha tarea<sup>195</sup>.

Las reformas introducidas entre 1925 y 1927 incluyeron varias campañas de salud pública desarrolladas en todo el país. Una de las principales campañas fue la lucha en contra de las nubes de moscas que cubrían los mercados de carne de las ciudades. La causa del problema se hallaba en la gran acumulación de huano animal producido en los innumerables establos de caballos y vacas que todavía se encontraban en los centros urbanos, incluyendo a la capital (la cual tenía más de cuatro mil en 1925). La existencia de estos insalubres establos provenía de la tradición chilena de vender "leche al pie de la vaca", es decir, la vaca era ordeñada en presencia del cliente, de forma que éste tuviera la certeza de que estaba comprando un producto no diluido. Las disposiciones legales no lograron que los chilenos suprimieran la costumbre completamente, pero por lo menos se tomó cuidado en la disposición de la basura y del huano<sup>196</sup>. Otra de las campañas consistió en la preparación de un cuidadoso estudio de las fuentes de agua de todo el país. El resultado fue devastador: sólo cuatro de setenta y cinco fuentes de agua pública fueron consideradas como razonablemente seguras. En consecuencia, se ordenó la

<sup>194</sup> Cáceres, *op. cit.*, pp. 178, 182-186.

<sup>195</sup> Ministerio de Hacienda de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Washington, 19 de mayo de 1927, anexo: Long a Surgeon General, Balboa Heights, Canal Zone, 4 de mayo de 1927, 825.124/23, R.G. 59, N.A.

<sup>196</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 11 de febrero de 1926, 825.124/19, R.G. 59, N.A.

instalación de aparatos de clorinación para veintitrés ciudades, incluyendo Santiago, Valparaíso y Concepción, de tal forma que para 1927, 1.250.000 chilenos de una población total de cuatro millones, tuvieron agua limpia. La prohibición de los prostíbulos, identificados como la principal causa de las enfermedades venéreas, resultó ser un problema delicado. Otras medidas implementadas en el área de la salud pública incluyeron la mejoría de la calidad de la leche a través de la supervisión estricta, la creación de una escuela para enfermeras de salud pública, y la publicación regular de estadísticas oficiales de mortalidad<sup>197</sup>.

De acuerdo con el mismo Long, las reformas beneficiaron efectivamente a la clase trabajadora y contribuyeron a mejorar sus condiciones de vida<sup>198</sup>. La leche pasteurizada se hizo disponible en todas partes del país, y la calidad higiénica de los alimentos y medicamentos fue mejorada. Así también aumentaron las ventas de productos antimoscas y refrigeradores en forma considerable. Las personas comenzaron a acudir a los hospitales con mayor frecuencia y a buscar ayuda médica en etapas más tempranas de las enfermedades, al tiempo que el Servicio de Salud comenzó a recibir quejas acerca de lugares con condiciones insalubres. Las enfermedades venéreas comenzaron a disminuir y la vigorosa persecución del contrabando de heroína, cocaína y opio llevó a Long a comentar: "Chile está encaminado hacia la pérdida de su reputación como centro de contrabando y tráfico ilícito de drogas nocivas e inductoras de malos hábitos"<sup>199</sup>. Además de los obvios cambios en la actitud de los chilenos hacia la salud y la higiene, la evidencia más fuerte del éxito de Long fue la dramática disminución en la tasa de mortalidad, especialmente de la mortalidad infantil, hacia la segunda mitad de 1925.

Sin embargo, el éxito reflejado en las estadísticas resultó poco robusto y la reforma sufrió ataques; muchas de las medidas propuestas chocaban contra costumbres tradicionales fuertemente arraigadas en la población, como la existencia de los prostíbulos, que eran considerados parte necesaria de la vida chilena<sup>200</sup>. Con mucha dificultad, Long y sus seguidores chilenos pudieron asegurar los fondos necesarios para continuar con la implementación del Có-

<sup>197</sup> Ministerio de Hacienda de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Washington, 19 de mayo de 1927, anexo: Long a Surgeon General, Balboa Heights, Canal Zone, 4 de mayo de 1927, 825.124/23, R.G. 59, N.A. Véase, también, "El doctor Long y las enfermeras sanitarias", en *El Diario Ilustrado*, 3 de julio de 1926, p. 1. En 1916, existían unos quinientos prostíbulos legales y unos diez mil tolerados en la ciudad de Santiago. Ver Collier y Sater, *A History...*, *op. cit.*, p. 177.

<sup>198</sup> "El Dr. Long continúa exponiéndonos el programa", en *Las Últimas Noticias*, 8 de enero de 1926, p. 11.

<sup>199</sup> Ministerio de Hacienda de Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Washington, 19 de mayo de 1927, anexo: Long a Surgeon General, Balboa Heights, Canal Zone, 4 de mayo de 1927, 825.124/23, RG 59, NA.

<sup>200</sup> "A propósito de moscas y del doctor Long", en *Las Últimas Noticias*, 26 de marzo de 1926, p. 3; "El código sanitario," *El Industrial*, 14 de julio de 1926, p. 1.

digo Sanitario en 1926. Cuando el estadounidense dejó el país un año más tarde, el aprecio por su trabajo fue sobrepasado por las abismantes críticas que se hicieron al Código Long, fundamentalmente por su enorme costo y falta de concordancia con la idiosincracia chilena. Así, después de la partida de Long, el gobierno decidió recortar el presupuesto del Servicio de Salud Pública y muchas de las reformas fueron suspendidas. Al asumir la presidencia en mayo de 1927, Ibáñez prometió un código sanitario más adecuado a las necesidades chilenas; cuatro años más tarde, se estableció un control más estricto sobre los servicios médicos y se reorganizó el Servicio Nacional de Salud Pública<sup>201</sup>.

### EL FRACASO DE LA PROHIBICIÓN

En la búsqueda de las razones de los problemas sociales de su país, los reformadores chilenos ya habían enfocado el problema del abuso del alcohol. Desde la década de 1870, los parlamentarios progresistas habían enfatizado los efectos negativos del nocivo problema alcohólico de la clase trabajadora. De acuerdo a una investigación oficial, en 1902, más de veinte mil bares operaban en Chile, es decir, uno por cada 146 habitantes. Hacia 1931, en la ciudad de Concepción existían 575 puestos de venta de licores para sus ochenta mil habitantes; en 1919 se calculó que en promedio cada chileno consumía 56,18 litros de vino y 11,14 litros de cerveza al año<sup>202</sup>. Los reformistas decían que el alcohol era la causa del crimen, las enfermedades, la mortalidad, la baja eficiencia en el trabajo y el adulterio. Incluso más, el alcohol era una amenaza a la 'raza'. Cuando la "cuestión social" se convirtió en un tema de moda, la Iglesia Católica apuntó al alcohol como un problema clave. La Liga contra el Alcoholismo, que comenzó a funcionar a comienzos de siglo, se unió a la Iglesia en la exigencia de cambios<sup>203</sup>.

El movimiento reformista fue parcialmente exitoso. En 1892, se introdujeron las primeras reglamentaciones que prohibían la venta de alcohol a adolescentes y personas ebrias. Diez años más tarde, una ley convirtió las borracheras habituales y su tolerancia por los dueños de bares, en una ofensa criminal.

<sup>201</sup> "Sobre el Código Long", en *El Diario Ilustrado*, 6 de febrero de 1927, p. 11; Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 11 de febrero de 1926, 825.124/19, R.G. 59, N.A.; Cora Mayers G., "La aplicación del Código Long", p. 17. En este artículo Mayers reportó que de cada cien embarazos, once eran abortos, seis eran nacidos muertos y treinta y tres de los recién nacidos mueren dentro del primer año de su vida.

<sup>202</sup> Para el consumo de cerveza y vino, véase cónsul de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Valparaíso, 4 de enero de 1921, 825.114 Liquors/4, R.G. 59, N.A. Para Concepción: Renato Valdés, "La plaga alcohólica", p. 3.

<sup>203</sup> Collier y Sater, *A History...*, *op. cit.*, pp. 176-177. Para los efectos negativos del alcoholismo en la 'raza' chilena, véase, por ejemplo, Tancredo Pinochet, *La conquista de Chile en el siglo xx*, pp. 198-201.

La ley impuso también un severo impuesto a los licores fuertes, estableció normas para la fabricación del alcohol y limitó el número de lugares donde se podía beber. En 1914, las restricciones fueron ampliadas para incluir la prohibición de la venta de alcohol los días domingos<sup>204</sup>. Las reglamentaciones en contra del alcoholismo llevaron a extensas protestas a través del país, siendo ésta una de las razones del porqué las leyes nunca fueron estrictamente implementadas. Los licores siguieron vendiéndose, aunque clandestinamente, y los trabajadores continuaron emborrachándose cada día de pago y celebrando regularmente el “San Lunes”<sup>205</sup>.

Sin embargo, después de la elección de Alessandri el movimiento de la prohibición ganó mayor impulso en Chile. Siguiendo el ejemplo de las minas de cobre, los distritos del carbón en Lota, Coronel, Schwager y Arauco fueron declarados “zonas secas”, es decir, la manufactura, el consumo y la venta de alcohol fueron prohibidos, una decisión aplaudida por los sindicatos que luchaban contra los dañinos efectos del abuso del alcohol sobre los trabajadores y sus familias<sup>206</sup>. En 1921, trabajadores sindicalizados de Arica se resistieron a descargar alcohol proveniente del sur para consumo en las provincias del salitre. Además, las distintas ligas contra el alcoholismo ampliaron sus actividades para ofrecer, por ejemplo, actividades deportivas como opción alternativa al pasatiempo de la bebida<sup>207</sup>. Hasta el incipiente cine chileno hizo suyo el tópico del alcoholismo. Así, en el *Diablo Fuerte* de Borcosque (1925), Luis Vicentini representó a un boxeador desafortunado, quien, destrozado por el alcohol, escapa al norte donde puede purificarse en la zona seca de los enclaves mineros, enamorarse y eventualmente luchar en contra de los contrabandistas<sup>208</sup>.

Apoyándose en la aceptación del movimiento prohibicionista, la administración de Alessandri anunció mano dura en contra del alcoholismo. En un mensaje al Senado, el recientemente electo Alessandri destacó la urgente necesidad de solucionar “el problema nacional” del alcoholismo sin destruir los intereses de los productores de vino. Alessandri estaba convencido de la necesidad de una estricta imposición de la prohibición en las zonas mineras puesto que para él, el alcohol era el enemigo más poderoso del país. Además, Alessandri propuso introducir impuestos a los vinos; esos fondos se utilizarían para comprar viñedos que serían gradualmente transformados en terrenos agrícolas<sup>209</sup>.

<sup>204</sup> Valdivieso, *op. cit.*, pp. 326-331.

<sup>205</sup> Cónsul de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Valparaíso, 4 de enero de 1921, 825.114 Liquors/4, R.G. 59, N.A.

<sup>206</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 29 de octubre de 1920, 825.00/179, R.G. 59, N.A.

<sup>207</sup> “Contra el alcoholismo”, en *El Sur*, 12 de marzo de 1921, p. 3.

<sup>208</sup> Jara, *op. cit.*, p. 105.

<sup>209</sup> “La acción gubernativa en la campaña anti-alcohólica”, en *Las Últimas Noticias*, 6 de marzo de 1921, p. 3; “Proyecto de ley”, en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 28 de octubre de 1921, pp. 343-345; “Mensaje del presidente”, en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 16 de noviembre de 1921, pp. 367-373.

La paralización parlamentaria de comienzos de la década de 1920 evitó la introducción de otras medidas. Sin embargo, después del golpe militar de septiembre de 1924, hubo algunos resultados parciales en respuesta directa a la inquietud laboral. La zona portuaria de la ciudad de Valparaíso fue declarada zona seca. Los trabajadores portuarios perdieron la oportunidad de entrar a un bar camino a casa porque los bares baratos fueron eliminados. Se esperaba que el valor de los terrenos se elevara como resultado de la medida. Asimismo, un decreto ley de septiembre de 1925 prohibió la manufactura de alcohol en las provincias norteñas de Tarapacá y Antofagasta. Además, se restringió la venta y consumo de bebidas alcohólicas en las ciudades de Pisagua, Iquique, Antofagasta, Tocopilla y Taltal. Todos los bares debían permanecer cerrados entre las 8.00 hrs. y las 20.00 hrs., y desde el sábado en la tarde hasta el lunes. El resto de la provincias fue dividida en zonas de temperancia y zonas secas. En las zonas de temperancia las mismas reglas eran válidas. En las zonas secas, sin exceptuar las regiones rurales, los pueblos pequeños y los villorios, incluso, la tenencia y el traslado de alcohol quedaban prohibidos<sup>210</sup>.

Durante el régimen de Ibáñez, la lucha en contra del alcoholismo fue parte importante de la agenda del reformismo, pues el abuso del alcohol era visto como causa de la degeneración de la 'raza', degeneración que debilitaba a la fuerza trabajadora y debilitaba la economía de Chile. En 1929, se introdujo una ley general de consumo de alcohol que prohibía su venta los días sábados y domingos. Así y todo, las restricciones no trajeron los efectos deseados para la sociedad. En un debate senatorial en septiembre de ese año, varios parlamentarios destacaron la inminente llegada de las Fiestas Patrias, las que probablemente inducirían a una orgía de bebida. Más aún, muchos senadores concordaban en que el alcoholismo era un problema de todo el país, porque ya fuera en las ciudades o en el campo, los 'rotos' aprovechaban cualquier oportunidad para emborracharse y permanecer intoxicados desde el sábado hasta el martes. De acuerdo con los senadores, Chile era el país de América, o tal vez de todo el mundo, donde el alcoholismo era más alto. Una razón para esta desgracia fue el hecho de que los productores y los empleadores se enfrentaban a la ley vendiendo grandes cantidades de alcohol los días viernes. Por lo demás, la policía era demasiado blanda para hacer cumplir las reglas. Muchos senadores exigieron la introducción de la prohibición para poder resolver el problema de una vez por todas; como el mismo Ibáñez patrocinó una postura firme en contra del alcohol no hubo ninguna voz de oposición en el Senado<sup>211</sup>.

Pero si, incluso, el dictador abogaba por una rigurosa política antialcohólica, entonces, ¿por qué no hubo una prohibición general del consumo de alcohol

<sup>210</sup> Cónsul de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Valparaíso, 14 de octubre de 1925, 825.114, Liquors/7, R.G. 59, N.A.

<sup>211</sup> "El alcoholismo y sus consecuencias", en Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, 10 de septiembre de 1929, pp. 987-993.

en el país?, ¿por qué las medidas chilenas eran débiles y fáciles de ignorar? Estas preguntas pueden contestarse, en gran parte, analizando el papel de los opositores a las reformas. La actitud a favor de la prohibición de los políticos a menudo fue sólo retórica diseñada para calmar las demandas de los sindicatos y de otros grupos sociales que favorecían la prohibición del alcohol. Incluso en el debate del Senado al que nos acabamos de referir, aquellos que exigían un cambio radical estaban preocupados acerca de cómo acabar con el alcohol sin herir a la importante industria del vino.

De hecho, la antesala del vino era una gran fuerza en la política y sociedad chilena, ya que gran parte de la oligarquía tradicional era a la vez parlamentaria y productora de vino o, en su defecto, estaba emparentada con los líderes políticos. Los productores de vino impulsaron protestas masivas en contra de la legislación de zonas secas, recibiendo incluso el apoyo de sus clientes de clase trabajadora, quienes no estaban dispuestos a dejar a un lado sus hábitos de bebida sin dar una pelea. En un tiempo de crisis económica, el argumento de que el vino era el producto agrícola más importante, que daba trabajo a miles de chilenos y que, por tanto, merecía protección especial, fue persuasivo<sup>212</sup>. Más aún, los opositores de la prohibición alegaban que en Chile la lucha contra el alcohol era una batalla quijotesca debido a la mentalidad de los 'rotos' chilenos. Eventualmente, la prohibición general resultó ser política y socialmente imposible en Chile.

#### EL PROGRESO A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN

Los reformadores, aun cuando no lograran sus objetivos radicales inmediatos como la prohibición del alcohol y la prostitución, a lo menos buscaban educar a la gente de una manera progresista. Para eso sentían que era necesario renovar completamente el sistema educacional chileno e introducir definitivamente la educación primaria estatal obligatoria. El debate sobre estos temas se arrastraba desde fines de la década de 1880, cuando se fundó el Instituto Pedagógico. En un comienzo, el modelo alemán fue el más influyente y expertos de esa nacionalidad ayudaron a modernizar el sistema educacional chileno, tal como lo demuestran la rápida mejora de las estadísticas de alfabetismo (1895: 30%; 1920: 50%), las matrículas universitarias y el gasto del gobierno en el área de la educación<sup>213</sup>. Pero hubo también un despertar nacionalista en la educación chilena. Apoyada por el Partido Radical, la Asociación de la Educación Nacional, insistió en que una educación secular y obligatoria era

<sup>212</sup> Rafael A. Correa, "Chile y el fracaso de la ley seca en EE.UU.," p. 5. Correa era la voz más importante de la antesala del vino; "Chile y el pretendido fracaso de la ley seca en EE.UU.," en *Las Últimas Noticias*, 15 de julio 1921, p. 3.

<sup>213</sup> Sol Serrano, *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*; Collier y Sater, *A History...*, *op. cit.*, p. 180. Para los gastos del gobierno, Remmer, *op. cit.*, p. 143.



prerrequisito para mejorar la 'raza' chilena. En 1912, el importante Congreso General de Enseñanza se lamentó de los bajos sueldos de los maestros y exigió un nuevo tipo de educación que se adecuara a las demandas chilenas. De hecho, años antes, el reformista Tancredo Pinochet resumió las críticas de la nueva generación de profesores mencionando la falta de una educación práctica, patriótica y moderna en las escuelas chilenas<sup>214</sup>.

El consenso de los reformistas acerca de la importancia de la educación para el progreso general de Chile había evolucionado al llegar la Primera Guerra Mundial. El recientemente fundado Partido Nacionalista incluyó en su agenda la creación de una nueva y mejor educación. En enero de 1922, *El Mercurio* publicó un libro, en una serie de artículos, acerca de la interrelación entre el sistema educacional y la pasividad económica de la población chilena, mientras que las editoriales eran enfáticas en señalar la necesidad de incentivar en los niños el amor al trabajo y a la patria. Por ejemplo, el activista del Partido Radical Maximiliano Salas Marchán mantenía que si Chile quería ahorrarse a futuro otra crisis como la del presente, necesitaba mejores ciudadanos y líderes, lo cual sólo se podía lograr a través de una mejora del sistema educativo. El adelanto de la educación, se decía, también era necesario para evitar los peligros de la revolución social en el país<sup>215</sup>.

Las discusiones acerca de la reforma educacional se hicieron más intensas durante la administración de Alessandri. En una contribución programática a la revista *Atenea*, editada por el prominente educador Enrique Molina, el profesor Samuel Zenteno Anaya exigió dejar atrás el intelectualismo alemán como única manera de lograr la renovación de la educación chilena. De acuerdo con Zenteno, para poder formar el carácter de los niños, Chile necesitaba perspectivas modernas de pedagogía y sicología. La uniformidad rígida y el autoritarismo deberían ser sustituidos por la autonomía pedagógica y el espíritu de cooperación entre profesores y alumnos. Reformadores como Zenteno, quienes fundaron en 1923 la Asociación General de Profesores Primarios, sostenían que Chile necesitaba la mezcla de utilitarismo e idealismo, el prestigio social del educador y la solidaridad profesional inherente a una educa-

<sup>214</sup> Pinochet, *La conquista...*, *op. cit.*, pp. 76-85 y 201-207. Además, Labarca, *Historia...*, *op. cit.*, pp. 179-252; Willy Herrera Valdés, "Alejandro Venegas y su visión crítica de la educación chilena en las primeras décadas del siglo xx", pp. 35-56; *Las transformaciones de la educación bajo el régimen militar*, pp. 10-13. Para las discusiones de la Asociación de Educación Nacional, véase Patrick Barr-Melej, "The Four Rs (Reading, Writing, Arithmetic and Raza): Public Education, the Idea of Race and the Making of an Alternative Nationalism in Chile", pp. 1-3.

<sup>215</sup> F. Landa Z., "Nuestro sistema educacional y la pasividad económica de la población de Chile"; "La despoblación de los campos", en *El Diario Ilustrado*, 15 de enero de 1921, p. 3; M. Salas Marchán, "La reforma de la enseñanza", pp. 13-16. Para los nacionalistas, ver Guillermo Subercaseaux, *Los ideales nacionalistas ante el doctrinarismo de nuestros partidos políticos históricos*, pp. 26-27.

ción moderna tal como se daba, por ejemplo, en los Estados Unidos de Norteamérica<sup>216</sup>.

A pesar del entusiasmo por la pedagogía moderna, la mayoría de los reformadores eran realistas acerca de las profundas diferencias existentes dentro de su propio contexto. La Asamblea Pedagógica de 1926 concluyó que la imitación ciega de modelos extranjeros no tenía sentido. Por ejemplo, era necesario reconocer que en Chile existían niveles cualitativos de educación completamente distintos. La educación pública era usualmente deficiente, pero aquellos que contaban con los medios necesarios podían mandar a sus hijos a escuelas privadas caras y garantizarles así una fácil entrada a prometedoras carreras. Sin embargo, se proponía substituir el anticuado sistema pedagógico en el cual el aprendizaje ocurría por memorización y obediencia estricta, por conceptos más modernos en los cuales se enfatizaban la resolución de problemas y los intereses de los niños<sup>217</sup>.

Durante la presidencia de Alessandri se vieron algunos resultados legislativos de estas intensas discusiones. Así, en agosto de 1920, en contra de una fuerte oposición de parte del Partido Conservador y de la Iglesia Católica, la primera ley de instrucción primaria obligatoria fue promulgada, exigiéndose al menos cuatro años de educación formal hasta los trece años de edad. Sin el certificado correspondiente ningún adolescente podría trabajar. Esta ley obligó a terratenientes e industriales de cierto nivel de propiedad inmobiliaria a abrir por cuenta propia escuelas primarias en sus fundos y establecimientos<sup>218</sup>. Además se introdujeron varias medidas para fortalecer el espíritu nacionalista de los niños; el 21 de mayo se convirtió en un día de conmemoración pública de Arturo Prat Chacón, héroe de la Guerra del Pacífico<sup>219</sup>.

Sin embargo, no todos los problemas educacionales fueron solucionados por los actos legislativos del gobierno de Alessandri. Por ejemplo, muchos hacendados se negaron a establecer escuelas en sus fundos. Tampoco se atenuó la resistencia conservadora y eclesiástica al control estatal en el ramo de la educación. Después de la crisis política de la mitad de la década de 1920 la dictadura de Ibáñez trajo una nueva perspectiva a los grandes debates de la reforma educacional. De hecho, el deficiente sistema educacional fue acusado de ser una de las causas del abismo político en que el país había caído en 1924. Durante el régimen de Ibáñez, el discurso de la reforma alcanzó dimensiones nacionalistas aún más pronunciadas. La prensa destacó claramente que lo que

<sup>216</sup> Samuel Zentenó Anaya, "El espíritu de la educación norte-americana", pp. 23-35. Además, *Las transformaciones de la educación...*, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>217</sup> "Dos ex-tipógrafos", en *El Sur*, 10 de julio de 1920, p. 3; Eliodoro Yáñez, "Prólogo", p. xxiii.

<sup>218</sup> Labarca, *Historia...*, *op. cit.*, pp. 233-234. Además, la ley de educación primaria de 1920 fundó las Juntas Comunales de Educación, véase *Las transformaciones de la educación...*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>219</sup> Barr-Melej, "The Four Rs...", *op. cit.*, pp. 8-9.

Chile necesitaba era una reforma educacional que se adecuara a sus necesidades, para lo cual había que adoptar y transformar los impulsos y experiencias extranjeras. Las nuevas técnicas de enseñanza eran percibidas como instrumentos para crear un espíritu de chilenidad en las escuelas y colegios de país<sup>220</sup>.

El régimen de Ibáñez se aseguró de despedir y exiliar a intelectuales como Amanda Labarca, activista del Partido Radical, quien en 1924 se había convertido en la primera académica de filosofía y educación de la Universidad de Chile. Obviamente, Labarca interpretó negativamente los esfuerzos de Ibáñez en el tema de la educación e insistió en que la manía reformadora de los ministros José Santos Salas y Pablo Ramírez era derechamente ineficiente<sup>221</sup>. De hecho, hubo reformas y contrarreformas en particular en los dos primeros años de la presidencia de Ibáñez. Después de un comienzo radical en 1927-28, en que la Asociación de Profesores jugó un papel central, la contrarreforma de 1928-1930 restableció el autoritarismo, tanto en la administración educacional como en la pedagogía<sup>222</sup>.

No obstante, los efectos de las reformas del sistema educacional durante el régimen de Ibáñez eran fundamentales e, incluso, Labarca tuvo que admitir que los gastos en educación del gobierno aumentaron notoriamente durante este período, disminuyendo el analfabetismo a un 44 % en 1930. En la misma época, se organizó el nuevo Ministerio de Educación con tres Direcciones Generales de Educación (primaria, secundaria y profesional) para centralizar y reglamentar la educación. Además, el decreto 7.500 de diciembre de 1927, reorganizó completamente el sistema de educación primaria y secundaria reforzando los elementos nacionalistas, por ejemplo, la enseñanza del patrimonio nacional. Sin embargo, las matrículas de la educación primaria y secundaria descenderían considerablemente entre 1929 y 1931, reflejando los efectos de la Gran Depresión<sup>223</sup>.

Desde de la caída de Ibáñez en 1931 hasta el triunfo del Frente Popular en 1938, los cambios educacionales no adelantaron y el espíritu de la contrarreforma se conservó, pero, a lo menos, las discusiones sobre el particular continuaron<sup>224</sup>. De acuerdo con los planes de muchos reformistas, la escuela debía ser un laboratorio para la comunidad, mientras que el profesor debía cumplir la función de guía y no de jefe, la memorización y la recitación tenían que ser

<sup>220</sup> Guillermo Viviani C., "Los postulados del nacionalismo", p. 1; Diego Dublé Urrutia, "El nacionalismo y la reforma de la educación", p. 19; "La hora de la educación", en *La Nación*, 6 de octubre de 1927, p. 3.

<sup>221</sup> Labarca, *Historia...*, *op. cit.*, pp. 253-268. Para la biografía de Amanda Labarca, véase Catherine M. Paul, *Amanda Labarca H.: Educator to the Women of Chile*, pp. 25-33.

<sup>222</sup> *Las transformaciones de la educación...*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>223</sup> Iván Núñez P., *Reforma y contrarreforma educacional en el primer gobierno de Ibáñez 1927-1931*.

<sup>224</sup> La administración de Montero repuso a Amanda Labarca como Directora de Educación Secundaria, Paul, *op. cit.*, pp. 34-48. Además, Labarca editó libros como *El niño chileno* (1931) en los que se enfatizaba la fuerza de la "raza chilena" para crear en los niños la confianza en sí mismos. Véase Barr-Melej, "The Four Rs...", *op. cit.*, p. 9.

dejados a un lado y una atmósfera democrática debía que reemplazar la dura disciplina del pasado. Así, el proceso de la reforma y modernización educacional comenzado en las primeras décadas del siglo XX se convirtió en un proyecto continuo y central de la sociedad chilena.

#### LA LUCHA POR LOS DERECHOS DE LA MUJER

Como parte del movimiento de reforma social, pero con una calidad especial que lo trascendía, a comienzos de siglo se originó en Chile un discurso feminista que llamó la atención de la sociedad durante la década de 1920. Su auge reflejó los cambios en la realidad social al existir ahora mujeres que transgredían los límites de la esfera privada de la vida familiar o parental. En el curso de las primeras tres décadas del siglo XX, las feministas de Chile, primero de la clase trabajadora y luego de la emergente clase media, comenzaron una lucha que buscaba la igualdad de los derechos civiles y políticos de las mujeres, la legalización del divorcio y el derecho a trabajar sin discriminación en una ocupación de su propia elección. El espectro del feminismo chileno iba desde el Partido Conservador y activistas de la Iglesia hasta socialistas, pero era dominado por feministas liberales jóvenes. A pesar de sus perspectivas políticas heterogéneas, la mayoría de las feministas concordaban en un punto: querían una femineidad especial para las mujeres latinoamericanas, una forma que difiriera de los modelos extranjeros. El suyo debía ser un feminismo más suave, un "sano feminismo"<sup>225</sup>.

La base más importante del feminismo chileno sobre la cual se logró el éxito parcial en la igualdad civil y política, fue el cambio en el papel de la mujer en la sociedad y especialmente en el lugar de trabajo. Sus propagandistas advertían que el tradicional papel de la dueña de casa no estaba de acuerdo con la importancia que las mujeres estaban adquiriendo en el mercado laboral. Las feministas y otros reformadores sociales como el economista Santiago Macchiavello Varas aceptaban este cambio; para ellos, la emancipación profesional de la mujer significaba que se podía contar con ellas para el progreso de la nación. El continuar sin el trabajo de la mujer era un lujo que Chile no se podía dar. Al respecto, Graciela Mandujano, una feminista liberal, señalaba que el trabajo femenino era una necesidad absoluta en Chile y que la existencia de "desiertos" en el país sólo demostraba que en Chile faltaban hombres. Por lo mismo, las mujeres debían dedicarse al trabajo suave de las oficinas para permitir que los hombres se emplearan en los trabajos más duros que el país necesitaba<sup>226</sup>.

<sup>225</sup> "Hacia un sano feminismo", en *La Unión*, 4 de diciembre de 1920, p. 1.

<sup>226</sup> Graciela Mandujano, "La mujer en el comercio", p. 3; Macchiavello, *Política...*, op. cit., tomo 1, pp. 88-89.

Aunque las estadísticas chilenas más bien oscurecen la situación, es un hecho que las mujeres comenzaron a trabajar no sólo en ocupaciones tradicionales de la industria, servicio doméstico y comercio sino, también, en el campo profesional<sup>227</sup>. Al contrario de los estereotipos antifeministas, la mayoría de las trabajadoras no eran jóvenes extremadamente independientes que se oponían al matrimonio, sino mujeres de clase trabajadora que simplemente debían trabajar para mantener a sus familias o hermanos<sup>228</sup>. En el trabajo, las mujeres se encontraron con numerosas formas de discriminación y explotación. Muchas mujeres tenían que trabajar en sus casas como costureras y, ya fuera en las industrias o en sus hogares, los sueldos eran bajos y muy por debajo del de los hombres en similares condiciones. Condiciones insalubres, largas horas de trabajo y falta de protección para madres trabajadoras contribuían a la explotación de la mujer trabajadora común. Por ser una fuerza laboral secundaria, las mujeres sufrían más que los hombres, eran objeto de despidos temporales y a menudo debían prostituirse para poder sobrevivir<sup>229</sup>.

Las dimensiones de la miseria fueron abordadas a comienzos de siglo dentro de la discusión acerca de la cuestión social. El problema de la protección a la mujer trabajadora y los niños concordaba con la preocupación contemporánea por la educación, la salud pública y la eugenesia, tan de moda a comienzos del siglo xx. Reformistas como Labarca criticaban la situación social de la mayoría de las mujeres trabajadoras, que les impedía preocuparse de sus hijos en forma adecuada y que tenía como resultado la impresionante y avergonzante tasa de mortalidad infantil. Los escritos y actividades de las feministas chilenas contribuyeron a la reevaluación de la reproducción y de la salud de las madres y recién nacidos. La función social de las mujeres ganó relevancia para el progreso de Chile y por lo mismo se desarrolló una actitud paternalista para solucionar el problema. A través de una legislación que culminó en el Código Laboral de 1924, el Estado intentó garantizar la protección de la mujer trabajadora<sup>230</sup>.

Además de su papel como activistas reformistas, mujeres provenientes de la clase media como Labarca o Mandujano, alcanzaron nueva importancia en el mercado laboral. Desde comienzos de siglo, un creciente número de mujeres jóvenes y solteras buscaba trabajo en las ciudades, convirtiéndose frecuen-

<sup>227</sup> Para una crítica del censo chileno con respecto al trabajo de la mujer, ver Elizabeth Q. Hutchison, *Working Women of Santiago: Gender and Social Transformation in Urban Chile, 1887-1927*, pp. 42-52.

<sup>228</sup> "Sobre feminismo y politiquerías", en *El Mercurio*, 10 de junio de 1924, p. 3; Amanda Labarca, "Un estudio sobre el feminismo en Chile", pp. 380-381.

<sup>229</sup> Hutchison, *op. cit.*, pp. 70-85.

<sup>230</sup> Hutchison, *op. cit.*, pp. 301-359; Lavrin, *op. cit.*, pp. 97-98. Véase, también, Amanda Labarca, *¿A dónde va la mujer?*, pp. 40-42; "El trabajo de la mujer y de los niños", en *El Industrial*, 3 de julio de 1923, p. 1. Para la discusión en general: Valdivieso, *op. cit.*, pp. 305-394.

temente en vendedoras de tiendas de Santiago o de otras ciudades principales. De hecho, muchos empleadores preferían mujeres porque para ellas los sueldos eran más bajos<sup>231</sup>. Las mujeres también se adentraron en el área profesional como empleadas de oficinas, profesoras, doctoras... En 1927, las mujeres de clase media presentaron orgullosamente los éxitos de sus logros en la Exposición Femenina de Santiago<sup>232</sup>. La exhibición demostró que la sociedad chilena había finalmente aceptado la idea de que las mujeres eran absolutamente necesarias para las actividades económicas del país. Se estimaba necesario ofrecer a las jóvenes una educación adecuada que las preparara para sus futuros trabajos. Las feministas abogaron fuertemente por esta idea porque, para ellas, la educación era la base sobre la cual obtendrían un mayor grado de igualdad para las mujeres<sup>233</sup>.

Sin embargo, todavía existía un fuerte prejuicio en contra de las mujeres trabajadoras de clase media. Se decía que éstas buscaban marido para poder dejar de trabajar, que sólo se empleaban para poder comprar objetos de consumo como automóviles o para escapar al aburrimiento de permanecer en casa. Se decía que el trabajo para ellas era nada más que un símbolo de estatus<sup>234</sup>. Los críticos comentarios acerca de la mujer trabajadora crecieron en intensidad cuando la Gran Depresión puso en peligro el empleo de muchos hombres que demandaron el restablecimiento de la distribución tradicional de los roles de cada sexo. El “peligro femenino” pareció aún más amenazante después de 1930, cuando los trabajadores y empleados chilenos competían por los escasos puestos laborales. El argumento de que la mujer quitaba trabajo al hombre que debía llevar pan a su casa, se convirtió entonces en un poderoso instrumento para los opositores del feminismo y fue utilizado por los interesados en alejar a las mujeres de la vida pública. No era que los analistas chilenos se opusieran a que la mujer trabajara, sino que la mayoría coincidía en que “eran mejores los tiempos en que la mujer se dedicaba a la cocina”<sup>235</sup>.

Los estereotipos sexistas reflejaban el alto grado de resistencia en contra de cualquier cambio en las relaciones entre los sexos, incluyendo la concesión de igualdad de derechos a las mujeres del Chile del primer tercio del siglo XX. De hecho, la situación de la mujer dejaba mucho que desear. Política y legal-

<sup>231</sup> Roxane (Elvira Santa Cruz Ossa), “La situación de la mujer”, p. 9; Roxane (Elvira Santa Cruz Ossa), “Las actividades de la mujer chilena”, p. 5.

<sup>232</sup> “La mujer, como artista y como reina del hogar, se presenta en la Exposición Femenina”, en *El Mercurio*, 5 de octubre de 1927, p. 11.

<sup>233</sup> Hutchison, *op. cit.*, pp. 56 y 271-281. Corinne A. Pernet, “Peace in the World and Democracy at Home: The Chilean Women’s Movement in the 1940s”, pp. 167-168.

<sup>234</sup> “La moda de emplearse en una oficina”, en *El Mercurio*, 28 de julio de 1929, p. 41.

<sup>235</sup> “Eran mejores los tiempos en que la mujer se dedicaba a la cocina”, en *El Diario Ilustrado*, 31 de julio de 1932, p. 3. Véase también, “El trabajo de la mujer”, en *El Diario Ilustrado*, 27 de febrero de 1929, p. 3. Por supuesto, el argumento de la competencia femenina era ya viejo, véase “La emancipación de la mujer”, *La Unión*, 28 de agosto de 1926, p. 3.

mente, las mujeres permanecieron claramente subyugadas, aunque durante la Primera Guerra Mundial ya había existido una discusión moderada sobre la reforma. Durante esos años, se fundaron las primeras asociaciones de mujeres de clase alta, como el Club de Señoras<sup>236</sup>. Amanda Labarca había sido la fuerza motriz detrás de la fundación de la Sociedad Femenina de Escritores, la que luego fue rebautizada como Círculo de Lectura<sup>237</sup>. En los años siguientes, el número de organizaciones femeninas aumentó fuertemente a medida que mujeres provenientes de distintos ambientes sociales e ideológicos se juntaron para desarrollar actividades culturales, educativas, de bienestar o políticas, incluyendo al Partido Cívico Femenino<sup>238</sup>.

El objetivo político más importante del feminismo chileno era la reforma del Código Civil, el cual mantenía la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio y fijaba la sumisión de la mujer al hombre. Así, las mujeres no sólo eran obligadas a vivir donde su marido eligiera sino que sus pertenencias debían también ser controladas por él. Las mujeres casadas perdían el derecho a seguir cualquier acción legal sin el consentimiento de su marido, es decir, no podían firmar contratos, vender terrenos o incluso trabajar sin el permiso de su cónyuge. Lo mismo se aplicaba al poder sobre los hijos. En recompensa por la pérdida completa de independencia personal y económica, a la mujer se le concedía protección<sup>239</sup>. Las feministas no exageraban cuando señalaban que bajo este sistema el marido era virtualmente el dueño de su mujer.

En retrospectiva, Labarca señaló que 1917 fue un año crucial para el movimiento femenino chileno debido a dos proyectos de ley, uno para derechos civiles y el otro para una ley de divorcio, los cuales, aunque sin éxito, impulsaron una gran discusión sobre el papel de la mujer en la sociedad chilena<sup>240</sup>. De hecho, un año más tarde, en una discusión sobre la reforma del Código Civil, hasta el Partido Conservador se unió al coro que exigía un cambio fundamental. A comienzos de la década de 1920, las activistas como Labarca no cejaron en destacar que las realidades sociales habían cambiado y que la familia patriarcal de los tiempos antiguos, que subordinaba a las mujeres a la vez que las protegía, ya no existía; por tanto, las leyes debían ser cambiadas<sup>241</sup>. La falta de acción por parte del Congreso y de la presidencia evitó cualquier avance, pero el alejamiento temporal de Alessandri entre 1924 y 1925 posibilitó la aprobación de un proyecto de reforma en marzo de 1925. Dicha refor-

<sup>236</sup> Lavrin, *op. cit.*, pp. 286-289. Véase, además, Paz Covarrubias O., *Movimiento feminista chileno, 1915-1949*; Julieta Kirkwood, "Feminismo y participación política", pp. 13-42.

<sup>237</sup> Amanda Labarca, "Un servicio obligatorio", p. 5; "Una sociedad de cultura femenina", en *Zig-Zag*, 10 de julio de 1915.

<sup>238</sup> Celinda Arregui de Rodicio, "El feminismo en Chile", p. 21; Labarca, *¿A dónde...*, *op. cit.*, pp. 134-136.

<sup>239</sup> Lavrin, *op. cit.*, pp. 192-197.

<sup>240</sup> Labarca, *¿A dónde...*, *op. cit.*, pp. 125-127.

<sup>241</sup> Labarca, "Un estudio...", *op. cit.*, pp. 376-377.

ma concedía derechos legales, aunque restringidos, a las mujeres, dándoles el derecho de permanecer a cargo de su propiedad siempre y cuando ésta fuera legalmente designada como extramarital. Los críticos de la reforma señalaron que las leyes estaban muy lejos de llevar a Chile hasta los estándares internacionales. Sin embargo, una década tuvo que pasar antes de que esta reforma fuera modificada para conceder a las mujeres un completo derecho civil<sup>242</sup>.

La oposición a cualquier reforma se mantuvo fuerte debido a la idea de que cualquier cambio en esta materia era sólo un primer paso hacia la renegociación de un asunto mucho más serio como lo era el sufragio femenino. Un proyecto de ley favorable a la igualdad de derechos políticos para la mujer había sido discutido en 1917, si bien había quedado en nada. De acuerdo con las feministas, la situación ameritaba un cambio porque en cuanto al sufragio, las mujeres no tenían más derechos que los criminales o las personas con retraso mental. Incluso, hombres trabajadores medio analfabetos tenían derecho a sufragio o a vender su voto mientras que a las mujeres de alta sociedad con mejor educación no se les permitía votar<sup>243</sup>. Por lo demás, los analistas chilenos advirtieron que durante la década de 1920 muchos países como Estados Unidos o Alemania habían introducido el sufragio femenino con muy buena experiencia, en tanto los críticos del feminismo usaban ejemplos negativos de la participación de la mujer en política, especialmente en Estados Unidos, para oponerse a la reforma en Chile.

Las razones reales para objetar el sufragio femenino estaban políticamente motivadas. En 1917 y con la esperanza de ampliar su electorado a mujeres de clase media y alta, los conservadores presentaron un proyecto que incluía restricciones al sufragio femenino en términos de edad, alfabetismo y pago de impuestos. Por estas mismas razones, otros partidos, incluyendo al Partido Radical, se oponían a la reforma. Al asumir la presidencia, Alessandri dio gran apoyo retórico a las demandas de las mujeres, pero la inmovilidad parlamentaria evitó cualquier progreso. En la transición política de 1926, el Senado aprobó el sufragio femenino en las elecciones municipales. El proyecto de ley, sin embargo, restringía el derecho a voto a mujeres solteras mayores de 21, que supieran leer y escribir, que fueran económicamente independientes y que pagaran impuestos. Un comienzo tímido, porque casi no existían mujeres que cumplieran con estos requisitos, tal como lo señaló un columnista de *El Diario Ilustrado*<sup>244</sup>.

Las discusiones continuaron durante el régimen de Ibáñez y en junio de 1931 el dictador decretó el derecho a sufragio para las mujeres mayores de 21 años que supieran leer y escribir, y pagaran impuestos, ya sea por poseer

<sup>242</sup> Lavrin, *op. cit.*, pp. 211-216. Para la crítica en el Congreso, ver "Derechos civiles de la mujer", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 15 de noviembre de 1927, pp. 104-107.

<sup>243</sup> Paul Verité, "Ellas a la acción", p. 3.

<sup>244</sup> "La mujer ideal", en *El Diario Ilustrado*, 15 de abril de 1926, p. 3.



inmuebles o por su actividad profesional en actividades industriales o de comercio. El gran número de mujeres analfabetas de clase baja, además de las dueñas de casa de todas las clases sociales que no trabajaban o que no tenían propiedades quedaban así excluidas de la reforma. Tampoco se permitía a las mujeres participar de las elecciones nacionales. Sin embargo, el decreto fue interpretado como el primer paso hacia el sufragio femenino universal<sup>245</sup>. El decreto de sufragio fue uno de los actos fines del ambiguo régimen de Ibáñez, que se caracterizó tanto por su autoritarismo como por su récord de reformas sociales importantes. En 1934, cuando la situación política en Chile se había estabilizado una vez más, el decreto fue finalmente ratificado por el Congreso.

El lento éxito en la lucha por el sufragio femenino no se repitió en el otro campo crucial del debate de los derechos de la mujer: el divorcio. De acuerdo con las tendencias de la secularización, los legisladores chilenos introdujeron el matrimonio civil en 1884, pero dejaron sin tocar la espinuda materia de la disolución de la unión matrimonial. La legislación de entonces fue un compromiso con los intereses de la Iglesia Católica, la cual había logrado mantener intacta la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio. Durante las décadas siguientes, se utilizaron numerosos métodos informales para sobrepasar y romper el espíritu del sacramento a través de nulidades, pero el asunto todavía era de alta relevancia para las feministas. Ya a comienzos del siglo XX, el problema del divorcio empezó a ser comentado públicamente, incluso, algunos reformistas exigieron que se aceptara en casos en que el honor del hombre hubiera sido destrozado por el adulterio de la mujer. Más tarde, los liberales, las feministas, los socialistas y los anarquistas demandaron una reforma más o menos radical de la situación existente, utilizando ahora la perspectiva de los derechos de la mujer<sup>246</sup>.

Cuando Alessandri asumió la presidencia en 1920 hubo esperanza de que las promesas de reformas incluirían una ley de divorcio<sup>247</sup>. Entre 1920 y 1924 se desarrolló una intensa discusión en torno al asunto y en ese último año una propuesta de ley fue enviada al Congreso. Cuando en 1922 la revista *Zig-Zag* organizó una encuesta para mujeres, se enfrentaron las opiniones de mujeres liberales como Labarca y de otras conservadoras, como algunas integrantes del Club de Señoras<sup>248</sup>. Los proponentes masculinos del divorcio utilizaron a Estados Unidos como un ejemplo de los positivos efectos de una solución liberal al problema. Una chilena que viajó a ese país señaló en una entrevista

<sup>245</sup> "El voto femenino", en *La Nación*, 13 de junio de 1931, p. 3. Para las discusiones con respecto a este decreto, ver, por ejemplo, "Voto femenino", en *El Mercurio*, 4 de junio de 1929, p. 3. Ver, también, Corinne A. Pernet, "Chilean Feminists, the International Women's Movement, and Suffrage, 1915-1950", pp. 670-672.

<sup>246</sup> Lavrin, *op. cit.*, pp. 227-228 y 252.

<sup>247</sup> Véase, por ejemplo, Rafael Fontecilla R., "Divorce and the Law of Chile", pp. 372-375.

<sup>248</sup> "Sobre el divorcio", en *Zig-Zag*, 14 de octubre de 1922; Hipólito Tartarín, "El matrimonio en Chile".

que en Chile al menos medio millón de mujeres querrían seguir el ejemplo de Estados Unidos en cuanto al divorcio, porque sus maridos o las engañaban o eran alcohólicos o ambas cosas a la vez. El contenido de esta aseveración causó gran enojo al conocerse en Chile, y resultó ser contraproducente porque provocó la resurgencia del estereotipo de la inmoralidad yanqui<sup>249</sup>. Éste fue utilizado por la influyente Iglesia Católica y sus organizaciones y medios afiliados para dar una poderosa lucha contra cualquier liberalización en esta materia. Los católicos organizaron una campaña de publicidad altamente exitosa y la ley de 1924 fue archivada. Incluso, organizaciones feministas como el Partido Cívico Femenino no apoyaban completamente la ley porque implicaba el peligro del abandono de la mujer<sup>250</sup>.

Pero el debate continuó. En 1927, el proyecto fue debatido una vez más en la Cámara de Diputados, donde se hizo un llamado a la responsabilidad social, y se mencionó la alarmante tasa de nacimientos ilegítimos en Chile, que sobrepasaba el 35% en 1925. Señalaban que la incapacidad de disolver un matrimonio evitaba que muchas parejas jóvenes se casaran. Además, los proponentes del divorcio enfatizaban que de acuerdo con la ley chilena, el matrimonio era sólo un contrato civil y no un sacramento santo. Finalmente, destacaban la hipocresía chilena en el asunto, notando que una variedad de métodos ilegales de separación eran tolerados y que en casos extremos incluso el asesinato de la pareja era posible<sup>251</sup>.

Un año más tarde, la influyente revista *Atenea* introdujo una serie de artículos de opinión acerca del divorcio escritos por líderes de la vida intelectual chilena, como Carlos Keller y Raúl Silva Castro, quienes defendían el divorcio por ser un elemento constructivo en las relaciones matrimoniales. Keller mantenía que la posibilidad de divorcio reforzaría la lucha constante por el amor dentro de la pareja, mientras que Silva Castro enfatizaba la necesidad de conceder derechos igualitarios a las mujeres que ahora participaban activamente en el campo laboral. Por su parte, María Monvel señalaba que en Chile la legalización del divorcio nunca haría de éste un pasatiempo, tal como ocurría en los Estados Unidos, pero que aportaría una opción para finalizar una dolorosa separación<sup>252</sup>. De acuerdo con Víctor Heuertz, quien escribió para *Zig-Zag*, los críticos del divorcio se referían indiscriminadamente a Estados Unidos como caso negativo de los efectos de la liberalización, cuando otros

<sup>249</sup> Embajada chilena al M.R.E., Washington, 9 de septiembre de 1922, en A.M.R.E., tomo 909; "El divorcio en Chile", en *Zig-Zag*, 14 de octubre de 1922; Enrique Molina, *Por las dos Américas: notas y reflexiones*, pp. 204-205.

<sup>250</sup> Lavrin, *op. cit.*, pp. 233-236.

<sup>251</sup> "Proyecto de ley sobre divorcio", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 1 de junio de 1927, p. 168.

<sup>252</sup> "Atenea y el divorcio", en *Atenea*, N° 5, agosto de 1928, pp. 3-4; Raúl Silva Castro, "Precisiones sobre el divorcio", pp. 379-383; María Monvel, "El divorcio", pp. 5-8; Carlos Keller R., "Sobre el divorcio", pp. 241-243.

países, por ejemplo, en Europa, habían introducido compromisos prácticos que permitían el divorcio sólo en situaciones extremas<sup>253</sup>.

Durante el régimen de Ibáñez el debate se intensificó. Los proponentes contemporáneos señalaron que la ley de divorcio era una adición necesaria a los proyectos reformistas y a la legislación progresista ya introducida en Chile por la administración de Ibáñez. En el marco de los avances internacionales, el divorcio era visualizado como un elemento crucial para la modernidad del país. Los proponentes del divorcio instrumentalizaron la lucha del dictador en contra del crimen sosteniendo que los matrimonios fracasados eran un mal ejemplo para los niños y explicaban en parte la delincuencia juvenil<sup>254</sup>. Además, varios escándalos y tragedias de la alta sociedad de Santiago parecían comprobar que la legalización del divorcio era efectivamente una urgencia en la sociedad chilena. En este clima, el escritor libanés Rafael Lahoud publicó un libro en el que abogaba por un divorcio sin procedimientos legales basado sólo en el consentimiento de ambas partes<sup>255</sup>.

A pesar del gran número de proponentes de la legalización del divorcio, los opositores prevalecieron y en 1933 otro proyecto de ley fue introducido y discutido en el Congreso por el Partido Radical. Según los opositores, la indisolubilidad del matrimonio garantizaba la protección del sexo débil y contribuía a una restricción saludable de las pasiones sexuales, especialmente en los hombres. Señalaban que el divorcio llevaría a una erosión de los pilares de la sociedad, siguiendo el juego a los anarquistas, que eran frecuentemente destacados como los más notorios proponentes de esta pecadora institución<sup>256</sup>. Sin embargo, más alarmante que el anarquismo eran las influencias de la cultura popular moderna provenientes especialmente de las películas de Hollywood y otras entretenciones urbanas, las que al amenazar al matrimonio, parecían destruir la moralidad de la sociedad chilena. Cuando el Congreso finalmente rechazó el proyecto de ley de divorcio, lo hizo porque la mayoría de sus integrantes concordaban en que el país todavía no era lo suficientemente maduro como para aceptar la modernización extrema de las relaciones de género que esta ley parecía implicar.

La reforma del Chile de comienzos del siglo xx fue un proyecto problemático. Las posibilidades y los límites del discurso de la reforma en Chile fueron determinados por el estado del sistema económico. Las reformas suponían una expansión del Estado y la creación de la nueva burocracia era una tarea cara. Más aún, el fervor de los reformadores se encontró con una porfiada resistencia no sólo de parte de los conservadores sino, también, de parte de

<sup>253</sup> Víctor Heuertz, "Divorcio europeo y divorcio americano".

<sup>254</sup> "El divorcio", en *Zig-Zag*, 25 de enero de 1930; "La ley de divorcio", en *Zig-Zag*, 19 de julio de 1930.

<sup>255</sup> Raphael Lahoud, *Divorcio y matrimonio libre*. Ver también "A propósito del divorcio", en *Zig-Zag*, 8 de noviembre de 1930; Labarca, *¿A dónde...*, op. cit., pp. 203-215.

<sup>256</sup> Lavrin, op. cit., pp. 248-250.

los mismos trabajadores que se beneficiarían con las reformas. Así, interesantes coaliciones entre los trabajadores consumistas y los productores de vino evitaron la introducción de la prohibición del alcohol a gran escala y una alianza de hombres provenientes de distintos sectores se enfrentó a la emancipación legal de las mujeres y a la prohibición de la prostitución. El argumento que estos círculos utilizaban una y otra vez, era que las reformas eran extranjeras y contradecían los hábitos y la mentalidad nacionales, lo cual resultó ser un poderoso argumento en un contexto de intensa redefinición del significado de 'lo chileno'.

## PARTE III

## EL ESPÍRITU DEL NACIONALISMO

## EL DESPERTAR DE LA NACIÓN

La búsqueda de un sentido de pertenencia con una conciencia de crisis, más allá de lo que en Chile se entendía del siglo XIX, se dio en un círculo de libros y artículos de escritores de la llamada "generación de la crisis" (Góngora), publicados durante la década de 1890 y 1900. Así en 1896 un trabajo fundamental titulado del líder del Partido Radical Bernardo Mac-Iver hizo la pregunta retórica: "¿progresamos?". La respuesta de Mac-Iver fue que el poder, esto de Chile estaba estancado debido a la decadencia y corrupción de la clase que controlaba el poder.<sup>10</sup> Unos pocos años después, el profesor Nicolás Palacios diagnosticó la misma situación que se encontró Mac-Iver. Al igual que Mac-Iver, Palacios encontró los síntomas de la crisis en la decadencia de una élite que había alcanzado niveles de desarrollo económico y la vez que se hablaba de la población nativa chilena. Además, Palacios destacó los aspectos positivos de la composición racial de la población chilena.

<sup>10</sup> Bernardo Mac-Iver, *Discursos sobre la regeneración de la República*, Valparaíso, Editorial Abasco, La decencia de Chile, siglo XIX, 1900, reimpreso por Editorial Abasco y distribuido por Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1976, pp. 107-108; Góngora de Echazarreta, *El espíritu de época de Chile*, pp. 103-104; y también, Sergio Góngora Dezañe, *Las Bandas: Un Chile que nació en desgracia*, Iquique, Editorial UTEG, pp. 10-11.

## CONSTRUYENDO IDENTIDADES

Durante el transcurso de los capítulos anteriores hemos visto repetidamente cómo la llegada de la modernización a Chile despertó gran resistencia. Los custodios culturales y los políticos conservadores sostenían que la moderna cultura de masas amenazaba la castidad de la juventud y de las mujeres chilenas. Las reformas habían sido rechazados por ser extranjeras e, incluso, los mismos reformistas expresaron que su trabajo debía adaptarse al ambiente típico chileno, concluyendo, a menudo, que demasiada modernidad podría destruir los fundamentos de 'lo chileno'. Pero, ¿qué era esto exactamente? Mientras más sentían la sensación de crisis provocada por las modernas influencias, más trataban los intelectuales de contestar esta pregunta. Así se fue desarrollando el concepto de chilenidad, el cual algunos visualizaron dentro del marco mayor de solidaridad latinoamericana. Lo que nos interesa en este capítulo son dos dimensiones, la nacional y la continental, de la búsqueda chilena de identidad.

### EL SIGNIFICADO DE LA CHILENIDAD

La búsqueda de identidad en combinación con una sensación de crisis, eran lugar común en el Chile de comienzos del siglo xx. Se reflejó en una plétora de libros y artículos de escritores de la llamada "literatura de la crisis" (Góngora), publicados durante las décadas de 1900 y de 1910. Así, en 1900, un trabajo ampliamente difundido del líder del Partido Radical Enrique Mac-Iver hizo la pregunta retórica: "¿progresamos?". La respuesta de Mac-Iver fue que el desarrollo de Chile estaba estancado debido a la decadencia y corrupción de la clase que controlaba el poder<sup>257</sup>. Unos pocos años después, el profesor Nicolás Palacios diagnosticó la misma situación en su famoso libro *La raza chilena*. Al igual que Mac-Iver, Palacios encontró las causas de la crisis en la decadencia de una elite que había adoptado modelos de desarrollo extranjeros a la vez que se burlaba de la población nativa chilena. Además, Palacios discutía los aspectos positivos de la composición racial de la población chilena

<sup>257</sup> Enrique Mac-Iver, *Discurso sobre la crisis moral de la República*. Véase, también, Florentino Abarca, *La decadencia de Chile: Causas principales y secundarias*. Para un análisis de Mac-Iver y otros autores, ver Cristián Gazmuri Riveros, *Testimonios de una crisis: Chile, 1900-1925*; Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo: la época de Balmaceda*, pp. 84-85 y 242-253; Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, pp. 11-17.

formada a partir de la mezcla de viriles invasores españoles de descendencia “gótica” y de las nobles mujeres araucanas, capaces de sobrevivir a las difíciles condiciones de la frontera chilena. Palacios fue parte de un grupo de intelectuales latinoamericanos que, aunque dentro del contexto del positivismo, también argumentaban desde una perspectiva racista<sup>258</sup>.

Jóvenes escritores como Tancredo Pinochet y Francisco Encina se sumaron al tema de la crisis nacional alrededor de 1910, una época simbólicamente importante a causa del centenario chileno. El historiador Encina sometió al país a una crítica radical en su libro *Nuestra inferioridad económica*. A diferencia de Palacios, Encina culpó del “verdadero estado patológico” de la sociedad a las deficiencias de la “raza” chilena y del sistema educacional, concluyendo que: “la flor y nata de nuestra raza, lo que más vale en carácter, en inteligencia y en moralidad, al revés de lo que ocurre en Estados Unidos, se alejó de la actividad productora, y se dirigió hacia las profesiones parásitas”<sup>259</sup>. Encina mencionó la penetración de capitales extranjeros como otra razón para el desastre chileno. Anticipando argumentos que luego serían popularizados por la teoría de la dependencia, Encina reconoció que el intercambio económico internacional nunca perseguía fines altruistas: los más débiles siempre eran más o menos abiertamente explotados por el jugador más fuerte del partido.

Al igual que Encina, Tancredo Pinochet Le-Brun, un escritor prolífico, fue fuertemente influenciado por el discurso nacionalista de los años del centenario. Desde su perspectiva, el dilema chileno era causado por la falta de una ética de trabajo en la clase poderosa y por la venta de recursos económicos al extranjero. Pinochet recomendó a los chilenos aprender del ejemplo extranjero de progreso y éxito, a confiar en sí mismos y a promover el desarrollo a través de una perspectiva económica nacionalista y proteccionista. Exigió a los chilenos preparar a su juventud para una lucha sin descanso por sobrevivir, en lugar de entregarles conocimientos sin importancia. Desde el punto de vista de Pinochet, “ejércitos de chilenos” debían ser enviados “a Estados Unidos i a las naciones más avanzadas de Europa a estudiar su civilización para asimilarla a nuestro país...”<sup>260</sup>.

La percepción de un estado de crisis había sido el elemento unificador de este grupo bastante heterogéneo de escritores y siguió siendo importante durante y después de la Primera Guerra Mundial, quizá porque muchos de los proyectos de reforma parecían fracasar y varias catástrofes políticas, sociales y económicas azotaron a Chile, especialmente en 1919-1920, 1924-1925, y, otra vez, en 1931-1932. La necesidad de una verdadera resurrección nacional pare-

<sup>258</sup> Nicolás Palacios, *Raza chilena: Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Además, Cristián Gazmuri, “Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco A. Encina y Alberto Cabero”, pp. 225-247. Para el contexto, Martin S. Stabb, *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*, pp. 12-32.

<sup>259</sup> Francisco Encina, *Nuestra inferioridad económica, sus causas y sus consecuencias*, pp. 15 y 194.

<sup>260</sup> Pinochet, *La conquista...*, *op. cit.*, p. 212.

cía cada vez más urgente. Así, a comienzos de la década de 1920 el educador Enrique Molina formuló la pregunta que movilizó a las elites intelectuales: “¿Y qué es nacionalismo?”. Molina contestó la pregunta de la siguiente manera: “No otra cosa que el mismo amor de la patria convertido en doctrina de independencia económica y espiritual, en afirmación de la personalidad colectiva, y a veces en tendencia de expansión y predominio”. ¿Había llegado el nacionalismo a Chile, entonces? Molina y muchos de sus contemporáneos concordaban en que la “tendencia de expansión” era un rasgo marcado del carácter nacional, tal como lo demostraban la victoria en la Guerra del Pacífico y la veneración al héroe Arturo Prat, aunque lo cierto era que los chilenos no estaban tan seguros de la “doctrina de independencia económica y espiritual” o con respecto a la “afirmación de la personalidad colectiva”<sup>261</sup>. De hecho, la falta de estas mismas características era vista como la razón básica para la crisis chilena. La dependencia económica de las exportaciones, la dominación de los modelos foráneos en todas las esferas de la vida, y en general el poder de los extranjeros en sectores cruciales de la sociedad y economía chilena seguían ocasionando el lamento de los intelectuales. No sólo el sistema político y la economía daban la impresión de caos; la composición misma de la sociedad parecía estar desapareciendo. Las críticas se concentraban en los continuos problemas económicos, en el sistema parlamentario con su faccionalismo, fraude electoral y corrupción, y en el liberalismo en general.

Las críticas conservadoras ahora destacaban que la pérdida de la religión y de la autoridad masculina en el hogar y la caída de los valores morales especialmente entre la juventud de los tiempos modernos se encontraban en el centro mismo de la crisis. Se decía que Gabriela Mistral era un mal ejemplo. La poetisa, que en algún momento había personificado la chilenidad al máximo, ahora fumaba cigarros y vivía en grandes ciudades. Ella había perdido su pureza, al menos eso decían los críticos, debido a las corruptas influencias de la modernidad. Ahora su inicial simplicidad se había desvanecido y ya no podía utilizar una voz *criolla* para cantar una verdadera literatura chilena. En la mente de muchos custodios culturales, Mistral había dejado de ser un producto nacional. No ayudó a su reputación el que Gabriela condujera campañas sin descanso para utilizar el idealismo y la religión en su lucha en contra del materialismo. Desde el punto de vista de muchos de sus compatriotas, ella se había convertido en una “modernista”, concluyendo que la modernidad misma era la culpable de cuanto fallaba en Chile<sup>262</sup>.

El primer y decisivo paso para curar esta enfermedad era eliminar la influencia mórbida de los ejemplos extranjeros. Escritores como Alberto Cabero,

<sup>261</sup> Enrique Molina, *Por los valores espirituales*, p. 161.

<sup>262</sup> “La Mistral en Nueva York”, en *El Sur*, 24 de julio de 1931, p. 3; Pedro Sánchez, “Los factores de la decadencia”, p. 3; “La íntima crisis moral”, en *La Unión*, 17 de agosto de 1924, p. 1; Domingo Melfi, “En torno de una crisis moral”, p. 3; Emilio Schulze, “Necesidad de una orientación idealista”, p. 9.



Carlos Keller y Domingo Melfi, además de algunas representantes del movimiento feminista, atacaron la imitación de ideas e ideales extranjeros que obstaculizaba el avance hacia un desarrollo nacional verdaderamente independiente. Keller, por ejemplo, destacó que el pobre estado de la literatura y educación chilena podía explicarse por esta deplorable situación. Durante y después de la Primera Guerra Mundial, esta tendencia había adquirido una dimensión, incluso, más peligrosa debido a que las ideas foráneas ahora disponibles incluían al anarquismo, al comunismo y a un espíritu general de decadencia. El materialismo parecía ser aún más peligroso<sup>263</sup>.

Los críticos culturales demandaron un despertar nacionalista y una nueva apreciación por lo que se consideraba era el típico chileno. Pero, ¿qué era esto exactamente? Una parte básica de la discusión alrededor de esta pregunta era la categoría de 'raza'. ¿Se podría lograr la chilenidad a través de la insistencia autoconfidente en la "blancura" de Chile o incluso a través de un mayor "blanqueamiento" de la población por medio de la inmigración? Todavía existían personas de la antigua oligarquía que exigían justamente estas estrategias de desarrollo del siglo XIX<sup>264</sup>. Sin embargo, ellos constituían una minoría más bien pasada de moda que jamás dominó el discurso contemporáneo sobre la modernidad de la nación.

El grupo de escritores nacionalistas más jóvenes se esforzó en definir y construir los fundamentos del significado del ser chileno. Había dos rasgos centrales en esta discusión. El primer grupo de escritores era optimista y seguía las ideas expresadas por Palacios en su *Raza chilena*. Durante las décadas de 1900 y 1910, muchos reformadores sociales asociados al Partido Radical adoptaron el pensamiento de Palacios y lo unieron a las demandas nacionalistas<sup>265</sup>. El otro grupo más influyente seguía la interpretación pesimista de Encina sobre la realidad 'racial' de Chile en *Nuestra inferioridad económica*. El escritor Joaquín Edwards Bello refutó a Palacios diciendo que no había homogeneidad en la raza chilena y que los supuestamente superiores araucanos ni siquiera habían dejado la edad de la piedra en el año 1500. Por lo mismo, no existía razón para el orgullo racial. La peculiar mezcla de razas en Chile, decían Edwards y otros, incluyendo a Molina, Santelices y Montenegro, había más bien apoyado la tendencia hacia la imitación, el eclecticismo y la hibridación, llegando a constituir un elemento crucial de la "tragedia" de Chile (Santelices). Más aún, el mestizaje había llevado al crecimiento de una elite de una base

<sup>263</sup> Carlos Keller R., *La eterna crisis chilena*, pp. 49-58; Alberto Cabero, *Chile y los chilenos*, pp. 78-79; Domingo Melfi, "Aspectos de una crisis moral", p. 3. Para el movimiento feminista, Lavrin, *op. cit.*, p. 289.

<sup>264</sup> Por ejemplo Onofre Lindsay, *El problema fundamental: La repoblación de Chile y los estados unidos de Sudamérica*, pp. 1 y 19. Para la autoimagen de Chile como país "de raza blanca": Joaquín Fermandois, *Abismo y cimientto: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938*, p. 207.

<sup>265</sup> Barr-Melej, "The Four Rs...", *op. cit.*, *passim*.

puramente europea y a la marginación de una gran mayoría de la población. Esta última carecía de oportunidades de movilidad social y, por tanto, había perdido el optimismo, adoptando formas de vida muy deficitarias en términos morales<sup>266</sup>.

En su muy leído *Chile y los chilenos* (1926), libro que puede leerse como complemento de las obras de Palacios y Encina, el sociólogo Cabero presentó una imagen global de la geografía, 'raza', y desarrollo histórico de Chile. Como Edwards Bello, Cabero se opuso a Palacios diciendo que los chilenos no eran descendientes de "Godos" españoles e indios superiores sino que tenían el mismo origen racial que todos los latinoamericanos. Desde su punto de vista, para construir 'lo propio' se necesitaba de un 'otro', y éste se encontraba en los 'anglosajones'. Cabero mencionaba la disciplina, la estabilidad democrática y el idealismo como factores inherentes a países más progresistas, que no se encontraban en Latinoamérica. Según Cabero, una explicación para esta deficiencia era la autodenigración innata de los latinoamericanos, la cual también formaba parte del carácter nacional chileno<sup>267</sup>.

La búsqueda de las debilidades de lo chileno y las causas que subrayaban la "eterna crisis chilena", el título de un libro de Carlos Keller, siguió siendo una ocupación favorita de los intelectuales nacionalistas. Las deficiencias comúnmente mencionadas en sus escritos incluían la falta de un "desarrollo orgánico" y del espíritu de cooperación en la "raza" chilena. Otros aspectos negativos que eran destacados una y otra vez eran la crueldad, la inconsistencia, la audacia, la superstición, el provincialismo y el fatalismo de la gente chilena. Todos estos rasgos llevaban al pesimismo y a un complejo de inferioridad que estaba clavado en el alma chilena<sup>268</sup>.

Lo que distinguía a los escritores de la crisis posterior a 1910 de aquéllos de períodos anteriores, era que ahora, a pesar de los lamentos, también desarrollaron nuevos conceptos de chilenidad porque rehusaban aceptar que el estado de inferioridad fuera un hecho natural. Edwards Bello, por ejemplo, decía fervientemente: "Repito que no creo en la inferioridad étnica del chileno, sino en el pesimismo contagioso del fracaso"<sup>269</sup>. Pero, ¿a quién se culpaba por este fracaso? Para Edwards y sus elocuentes contemporáneos, incluyendo a Cabero y a Ricardo A. Latcham, la antigua oligarquía había sucumbido a la "momificación espiritual" perdiendo contacto con la realidad social del país. La mayoría de estos escritores pertenecían a la nueva clase media y estaban

<sup>266</sup> Joaquín Edwards Bello, *El nacionalismo continental: Crónicas chilenas*, pp. 47-55; Molina, "Ensayo sobre los sud-americanos", pp. 21-134; Augusto Santelices, *Esquema de una situación económica-social de Ibero-América*, p. 77.

<sup>267</sup> Cabero, *op. cit.*, pp. 12, 23-24 y 114-115.

<sup>268</sup> Keller, *La eterna...*, *op. cit.*, pp. 49-58; "Nos falta el espíritu de cooperación", en *La Nación*, 21 de abril de 1924, p. 3; "Optimismo y pesimismo", en *La Nación*, 21 de diciembre de 1928, p. 3. También Joaquín Edwards Bello, "¿Podemos ser felices?", p. 3.

<sup>269</sup> Joaquín Edwards Bello, "Sumisión razonada", p. 3.

dispuestos a tomar la iniciativa para diseminar y a menudo crear los fundamentos de lo que para ellos era la comprensión necesaria y correcta de la realidad chilena y de lo chileno<sup>270</sup>.

Un hecho básico que representó un papel importante en este acto de redefinición fue la geografía. Inspirados por el pensamiento geopolítico de su tiempo, los escritores nacionalistas empezaron a interpretar la geografía chilena no como un obstáculo sino, más bien, como una ventaja para la unión entre los enclaves de civilización, y como un atractivo turístico económicamente redituable<sup>271</sup>. Mas aún, se redescubrió a la geografía como fuente de rejuvenecimiento espiritual y como denominación crucial de chilenidad. Así, Cabero sostenía que el interminable mar y la cordillera condicionaban lo chileno. Gabriela Mistral repitió esta idea cuando escribió en 1923: "Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a la índole heroica de sus gentes. No importa: itenemos el mar... el mar... el mar...!"<sup>272</sup>. Para Cabero, Mistral y muchos otros, la lucha constante en contra de la adversa naturaleza y la necesidad de los chilenos de redefinirse en las experiencias de la frontera habían endurecido y, por lo mismo, determinado la 'raza'<sup>273</sup>.

Sin embargo, más importante que la geografía fue la reinterpretación de la historia que constituyó parte del proyecto de resurrección de la chilenidad. El significado de la interpretación de la historia chilena se veía como factor decisivo en la presentación de una alternativa a la modernidad determinada por modelos extranjeros. Desde la perspectiva de algunos de estos nacionalistas, los orígenes de Chile debían encontrarse en el carácter de su pasado autóctono. Con sus investigaciones, estudiosos como Ricardo E. Latcham, el padre de Ricardo A., contribuyeron al redescubrimiento del elemento araucano y así a la versión chilena del indigenismo. Al contrario de las creencias de la vieja elite, Latcham sostenía que Chile era uno de esos países latinoamericanos en los cuales el elemento indio todavía era dominante, aunque en la mayoría de los casos tenía nuevos nombres y se expresaba en español. Las costumbres y las supersticiones, la mentalidad y la vida diaria de la gente común continuaba teniendo muchos elementos indígenas. La influencia de Latcham durante la década de 1920 fue importante. Como director del Museo de Etnología y Antropología de Chile, no sólo publicó un número de estudios influyentes sino que también preparó una exhibición acerca de los araucanos para la Exposición Ibero-Americana de Sevilla en 1929<sup>274</sup>.

<sup>270</sup> Ricardo A. Latcham, "Psicología del caballero chileno", p. 29.

<sup>271</sup> Ricardo Salas Edwards, "La nueva Cuba", p. 9.

<sup>272</sup> Gabriela Mistral, "Chile (17 de septiembre de 1923)", p. 17; Cabero, *op. cit.*, p. 46.

<sup>273</sup> Para el concepto de la frontera, ver Luis Durand, "La frontera y su interpretación en la literatura chilena", pp. 513-532.

<sup>274</sup> Ricardo E. Latcham, "La nacionalización de la cultura latinoamericana", p. 155. Para la exhibición: *Álbum de tejidos y alfarería araucana*, y las obras mayores como, por ejemplo, *La capacidad guerrera de los araucanos* y *La prehistoria chilena*; Hernán Godoy Urzúa, *La cultura chilena: ensayo de síntesis y de interpretación sociológica*, pp. 475-476.

El trabajo de Latcham incluyó el descubrimiento de la cultura popular, por ejemplo, en la música de la gente común. Exigió que el arte nacional auténtico fuera basado en métodos y motivos indígenas. De acuerdo con Latcham, el arte americano era arte indígena y debía mantenerse puro protegiéndolo de influencias extranjeras destructivas. Para Latcham, las clases inferiores habían mantenido el instinto artístico y los métodos antiguos. Los chilenos simplemente necesitaban reconocer y apoyar este hecho para poder recuperar "su tradicional grandeza industrial y artística"<sup>275</sup>. Músicos como Pedro Humberto Allende siguieron esta senda, incluyendo elementos de "lo araucano" en sus composiciones. Apuntando al ejemplo mejicano de la década de 1920, Santelices, incluso, predijo una redención a través del futuro indígena no sólo para Chile sino para toda Latinoamérica<sup>276</sup>.

Sin embargo, para muchos de los jóvenes progresistas nacionalistas, incluyendo a Edwards Bello o Cabero, la herencia indígena era, a la vez, una carga pesada y un obstáculo. Desde su perspectiva, la población india había legado sólo melancolía, pesimismo e inmovilidad al carácter nacional<sup>277</sup>. Así, la fuerza de la nación tenía que ser construida sobre la base de su clase inferior, los 'rotos'. El gran éxito de la novela de Joaquín Edwards Bello *El roto* (1920) preparó el camino para este movimiento. En sus ensayos, Edwards explicó el concepto de historia chilena. Destacó que en Chile existían más bien dos castas de hombres: una elite europea pura y una gran mayoría de rotos, incluyendo a mestizos e indios, que era explotada por la oligarquía y por los extranjeros que tenían interés en mantener al roto analfabeto y dócil: "El problema obrero de Chile es con mayor o menor intensidad, el mismo de toda Ibero América: una ínfima minoría domina a la mayoría semiesclava, mestiza, hija del sistema de encomiendas"<sup>278</sup>. Edwards Bello enfatizó las diferencias radicales entre las dos clases de chilenos que se reflejaban en ropas, alimentación e incluso en la forma de pensar. Para los miembros de la elite ser llamado roto era un insulto. El roto mismo actuaba en forma agresiva y despreocupada porque se había dado cuenta de la completa miseria y desesperanza de su situación. Los resultados eran el hambre, la enfermedad, la violencia y el alcoholismo o, en forma más simple, 'la cuestión social', crucial en Chile<sup>279</sup>.

Para Edwards Bello, las virtudes del roto tenían que ser redescubiertas para que la chilenidad tuviera un fundamento sólido. La "división étnica" y social (Picón Salas) de Chile tenía que ser sobrepasada a través de la integra-

<sup>275</sup> Latcham, "La nacionalización...", *op. cit.*, p. 159.

<sup>276</sup> Santelices, *op. cit.*, pp. 187-202. Para la música, ver Villalobos *et al.*, *Historia...*, *op. cit.*, p. 726; Godoy Urzúa, *op. cit.*, p. 456.

<sup>277</sup> Joaquín Edwards Bello, "La evolución del pueblo hispano-indio", p. 3; Cabero, *op. cit.*, p. 56.

<sup>278</sup> Edwards Bello, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, p. 66

<sup>279</sup> *Op. cit.*, pp. 47-69. Los artículos de este tomo fueron publicados anteriormente en *La Nación*. Para una interpretación similar de los rotos, ver Cabero, *op. cit.*, pp. 119-134.

ción de la mayoría marginada. El desprecio por el roto debía ser transformado en orgullo. Los nacionalistas como Edwards, Cabero, Pinochet o el venezolano Picón Salas, quien había adoptado a Chile como su segunda patria, trabajaron diligentemente para lograr esta transformación. Rasgos positivos del carácter del roto como la hospitalidad, la inteligencia, la fuerza física, la energía y el patriotismo se destacaban como cualidades innatas que tenían que ser salvadas del peso de la discriminación social. La poesía popular fue descubierta como un género autónomo dentro de la literatura y editada especialmente por Julio Vicuña Cifuentes, del Instituto Pedagógico. Chilenismos lingüísticos como el sociolecto de los mineros en los enclaves yanquis fueron recolectados con orgullo porque se los interpretaba como signo de resistencia<sup>280</sup>. En la figura de Juan Verdejo de Larraín, creada por el dibujante Jorge Délano, alias Coke, el roto con su vestimenta descuidada y expresión viva se constituyó en un importante símbolo chileno<sup>281</sup>.

El redescubrimiento del roto se conectó cercanamente con la reevaluación de la cultura folclórica. Así, de acuerdo con los críticos de la cultura popular moderna, se necesitaba la creación de una danza completamente nacional.



En "Juan Verdejo de Larraín", creado por Coke para la revista *Topaze* en 1931, el roto fue una de las representaciones del carácter chileno. Fuente: *Topaze*, 23 de diciembre de 1931.

<sup>280</sup> Mariano Picón Salas, "Intuición de Chile", pp. 300-301; Tancredo Pinochet, "Los recursos de la América Latina", pp. 10-12; Cabero, *op. cit.*, pp. 138-146. Para la poesía popular, ver Godoy Urzúa, *op. cit.*, pp. 450-451. Para los mineros, Fuenzalida, *op. cit.*, parte 1, pp. 332-335.

<sup>281</sup> Jorge Délano, *Yo soy tú*, p. 50.

Ejemplos de otros países como la Italia fascista y la Rusia soviética, donde el moderno baile del jazz había sido prohibido, aparentemente comprobaban que era posible y necesario volver a las costumbres nacionales. Las danzas populares eran consideradas como una de las primeras y más importantes expresiones culturales pertenecientes al pueblo chileno. Ahora, se las revalorizaba como una expresión de sentido, dolor, religiosidad colectiva y de otros sentimientos elevados. Además, eran considerados símbolo del patriotismo. Los críticos sentían que Chile todavía estaba por detrás de los movimientos internacionales en su intento por revivir la cultura nacional<sup>282</sup>.

La retórica nacionalista del régimen de Ibáñez pareció propicia a una reorientación cultural. Lo que debía ser resucitado o, al menos, eso creían los nacionalistas, era el elemento nacional en el teatro, las artes plásticas, la música y la danza. Enfatizaban que la danza típica de Chile, la cueca, era conocida y apreciada en París. Sólo en Chile no contaba con el prestigio que merecía, porque se la clasificaba como una forma de baile rural e inferior, cosa de campesinos. Las opiniones nacionalistas ahora criticaban a la antigua oligarquía por haber dejado a un lado aquellas raíces del carácter nacional a la vez que imitaban ciegamente las modas europeas. La cueca, señalaban, podía ser la mejor propaganda para Chile. En lo que ellos definieron como su forma original, la danza chilena era vista con un sentido estético que claramente sobrepasaba el Shimmy o el Fox-trot. La original cueca debía ser la verdadera danza nacional. Más aún, las "cuecas sanas, regojidas e inocentes" eran bienvenidas para contrarrestar la "invasión de cierta música, equívocadamente lasciva, exceso de tangos y de dudosas canciones de música negroide..."<sup>283</sup>.

En forma paralela a estos desarrollos, la literatura descubrió al campo y a sus representantes típicos, los huasos o vaqueros chilenos, y los convirtió en la contrapartida de la urbanización y la industrialización. Como complemento del roto, el huaso fue transformado en una popular figura llena de valor simbólico. Autores del movimiento criollista como Baldomero Lillo, Mariano Latorre, Federico Gana, y Guillermo Labarca Hubertson (marido de Amanda Labarca) presentaron al huaso como el subalterno bueno y trabajador del campo, imagen que se oponía a la de los trabajadores revolucionarios de las ciudades. La moralidad provinciana se graficaba como la panacea, por contraste con la decadencia moral de los centros urbanos como Santiago. La vida rural pobre y pintoresca debía ser el mundo ideal. En todos los periódicos importantes de la época, los "cuentos nacionales" de los criollistas lograron gran cobertura<sup>284</sup>.

<sup>282</sup> "Nacionalismo y danzas", en *La Unión*, 7 de enero de 1928, p. 3.

<sup>283</sup> Juan Pelambre, "Bienvenidas la cueca y la canción chilena", p. 3. Véase también, "La cueca, baile de moda", en *Zig-Zag*, 6 de septiembre de 1924; Joaquín Edwards Bello, "La cueca", p. 5; Paul Verité, "Lo nuestro", p. 3.

<sup>284</sup> Patrick Barr-Melej, "Cowboys and Constructions: Nationalist Representations of Pastoral Life in Post-Portalian Chile", pp. 35-50.

De hecho, Chile comenzó “a aceptar lo chileno” y a transformar tal aceptación en acción política<sup>285</sup>. En 1913, el economista Guillermo Subercaseaux fundó la Unión Nacional, que se convertiría en partido político en 1915. En *La Opinión*, este partido tuvo un periódico muy leído que fue editado por el controvertido Tancredo Pinochet. El manifiesto del Partido Nacionalista de 1916 señaló como objetivo el reforzar el Ejecutivo para garantizar la estabilidad política y un programa de nacionalismo económico. En las elecciones de ese año sólo un diputado de ese partido, el mismo Subercaseaux, tuvo éxito. En 1920, el partido y su periódico ya se habían desintegrado<sup>286</sup>. No obstante, durante el curso de las décadas de 1910 y 1920, se hicieron numerosos intentos por fundir la agenda nacionalista con las plataformas de los partidos existentes. La “rama izquierdista” del Partido Conservador exigió una solución a la cuestión social para poder garantizar la cohesión y el progreso nacional. Desde el punto de vista de los conservadores sociales como Guillermo Viviani Contreras o Francisco Rivas Vicuña, la promoción de la familia, la mejoría en los estándares de vida de las clases más bajas y la independencia económica eran precondiciones básicas para una mejoría nacional<sup>287</sup>. En forma similar a los conservadores, los comunistas, los radicales y los demócratas buscaban reconciliar sus tradicionales programas con la retórica nacionalista. Además, nuevos partidos fueron fundados sobre la base de demandas nacionalistas. Cuando en 1933, el Partido Socialista se constituyó formalmente, también combinó el nacionalismo con su ideología marxista<sup>288</sup>.

Otros grupos, además de los partidos políticos, como clubes deportivos, organizaciones juveniles y el movimiento femenino comenzaron a usar la retórica nacionalista para enfatizar su importancia social. El más prominente entre éstos era el de los militares chilenos, quienes llegaron a dominar el sistema político durante la década de 1920. Una fuerte sensación de abuso por parte de los líderes civiles se materializó entre el cuerpo de oficiales a comienzos de esa década. Los militares habían sido utilizados para suprimir la inquietud de los trabajadores y para supervisar las elecciones pero sus armamentos y equipos habían sido descuidados por falta de fondos. Durante la infame “Guerra de Don Ladislao” de 1920, los militares habían sido movilizados por la antigua oligarquía en un esfuerzo por anular los resultados de las elecciones que trajeron al poder al candidato de la clase media Arturo Alessandri. Además, los militares no estaban satisfechos con la inflación que había sumido a su personal en una situación económica precaria. De ahí que la necesidad de

<sup>285</sup> Juan Esteban López, “Chile comienza a aceptar lo chileno”, p. 3.

<sup>286</sup> Guillermo Subercaseaux, *Los ideales...*, op. cit., pp. 16-27. También Góngora, *Ensayo...*, op. cit., pp. 92-94; Villalobos et al. *Historia...*, op. cit., pp. 726-727; Silva Castro, op. cit., p. 380.

<sup>287</sup> Guillermo Viviani Contreras, *Sociología chilena: estudio de sociología general aplicada a nuestro país*, tomo 1, “Expositivo: Nuestro problema social”, pp. 137-206; Viviani, “Los postulados...”, op. cit., p. 1; Francisco Rivas Vicuña, *Nacionalismo social: ecuaciones del sistema*, pp. 7-13.

<sup>288</sup> Para el Partido Socialista, ver Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile*, p. 148.

una reforma nacionalista del país que incluyera modernización y legislación social se sintiera profundamente entre los jóvenes miembros del liderazgo militar<sup>289</sup>.

Lo que conectaba a las heterogéneas opiniones de los nacionalistas era su aparente deseo de apartarse de un sistema parlamentario para poder reformar a Chile. No sólo los militares criticaban la "politiquería partidista". Subercaseaux acusaba al grupo político de los liberales y conservadores por no hacer la diferencia y arruinar a Chile<sup>290</sup>. El estancamiento político y la obvia corrupción de comienzos de la década de 1920 agregó combustible al fuego de la crítica nacionalista. Cambios radicales parecían inevitables no sólo en Chile. Edwards Bello concluyó: "Si nuestra América, en un esfuerzo colectivo, no consigue refrenar sus pasiones y reconocer sus jerarquías con nobleza y disciplina, se sumirá en la barbarie"<sup>291</sup>.

Un aspecto muy importante de este discurso fueron los esfuerzos por redefinir la historia del Chile post-independencia y especialmente del período Portaliano. En su serie "La fronda aristocrática en Chile" (la cual después sería publicada con éxito como libro) Alberto Edwards Vives abogaba por un fuerte liderazgo en contra de la enfermedad parlamentaria provocada por la oligarquía, la 'fronda aristocrática'. Así, en contraste con el período de Portales, Chile no se había desarrollado en todo su potencial durante el período parlamentario<sup>292</sup>. Para Edwards y muchos otros estudiosos de la historia, Diego Portales había sido un excepcional líder nacional y su dictadura era ahora reivindicada. El escritor criollista Federico Gana, por ejemplo, alababa la estabilidad política bajo Portales. Estas opiniones concluían que era necesario un pensamiento nuevo para poder reconstruir Chile y recobrar su glorioso pasado. El nacionalismo, entonces, era la única forma lógica de continuar la heroica historia de Chile<sup>293</sup>.

Para el proyecto de la resurrección nacional, también se estimaba necesario luchar en contra de las peligrosas ideas e influencias extranjeras en el país. El nacionalismo chileno de las décadas de 1910 y 1920 tenía un fuerte contenido xenofóbico y anticomunista. En 1911, se fundó en Tarapacá una Liga Patriótica Nacional, la cual se convirtió en el núcleo del movimiento nativo. La Liga luchó violentamente en contra de los trabajadores peruanos y de otras

<sup>289</sup> Deutsch, *op. cit.*, pp. 72-74; Frederick M. Nunn, *Yesterday's Soldiers: European Military Professionalism in South America, 1890-1940*, pp. 138-140.

<sup>290</sup> Guillermo Subercaseaux, *Los ideales...*, *op. cit.*, p. 7.

<sup>291</sup> Joaquín Edwards Bello, "La crueldad iberoamericana", p. 3. También Keller, *La eterna...*, *op. cit.*, pp. 29-39.

<sup>292</sup> Alberto Edwards Vives, *La fronda aristocrática en Chile*, pp. 61-71. Véase, además, Carlos Ruiz, "Tendencias ideológicas de la historiografía chilena del siglo XX", pp. 131-132.

<sup>293</sup> Ver, por ejemplo, Macchiavello, *Política...*, *op. cit.*, tomo 1, pp. 134-137 y 156-160; Sergio Villalobos *et al.*, *Portales, una falsificación histórica*; Barr-Melej, "Cowboys...", *op. cit.*, p. 45; Simon Collier, "The Historiography of the 'Portalian' Period (1830-1891) in Chile", pp. 669-671.



nacionalidades de la industria del salitre. Recibió el tácito apoyo de algunos oficiales de gobierno hasta su disolución en 1912. Durante la década de 1920, a medida que el conflicto de la frontera con Perú se intensificaba, nuevas ligas patrióticas atacaron a los peruanos que habitaban en las provincias del norte. El punto máximo del nacionalismo fue alcanzado durante la “Guerra de Don Ladislao”, en julio de 1920, cuando los asaltos también afectaron a estudiantes supuestamente antipatrióticos. En ese momento, la supresión del movimiento laboral se había convertido en un punto importante en la agenda de los militantes nacionalistas. Grupos de presión como la Asociación de Trabajo de los empleadores simplemente igualaban las huelgas a actividades comunistas y anarquistas inspiradas por ideologías extranjeras, incrementando así las llamas del odio xenofóbico<sup>294</sup>.

Sin embargo, no fue antes de la llegada del coronel Ibáñez al poder que el nacionalismo se convirtió en ingrediente dominante del discurso político chileno. Después del golpe militar de septiembre de 1924, el modelo del fascismo italiano se discutió abiertamente en la prensa, a raíz de la amenaza supuestamente comunista de los mineros del norte. En 1925, cuando Ibáñez todavía operaba detrás de la escena, el nacionalismo ya era utilizado por todos los partidos políticos y los militares fueron enfáticos en asegurar que su líder era la encarnación de las esperanzas nacionalistas. En su campaña presidencial de 1927, Ibáñez sostuvo que él era el representante de un movimiento para salvar y renovar la nación. La prensa leal interpretaba su aparición como parte de un movimiento nacionalista mundial también integrado por otros hombres fuertes como, Chiang Kai-Shek, Mussolini y Pilzudsky<sup>295</sup>. Al igual que estos personajes, el régimen de Ibáñez proclamaba una revolución nacionalista “en marcha”, que demandaba “una nueva mentalidad” de sacrificios por el bien común<sup>296</sup>.

Después de 1927, la doctrina oficial se reflejó en los debates parlamentarios acerca del correcto nacionalismo que supuestamente formaba parte del alma de todos los chilenos. Con la ausencia de disputas realmente políticas bajo la dictadura, tópicos como la construcción del nuevo edificio para *La Nación* por arquitectos estadounidenses o la publicidad de productos extranjeros era ahora acaloradamente debatida<sup>297</sup>. Hubo esfuerzos por parte del Estado para promover la cultura chilena ‘verdadera’. En 1927, el recién designado

<sup>294</sup> “El culto del patriotismo”, en *El Industrial*, 22 de mayo de 1922, p. 3. Para el contexto, ver Deutsch, *op. cit.*, pp. 19-23 y 63-71.

<sup>295</sup> “Editorial”, en *Hollywood*, marzo de 1927, p. 14; “¿Existe el fascismo en Chile?”, en *Zig-Zag*, 27 de junio de 1925; A. Toro, “Visitas y entrevistas”, p. 1.

<sup>296</sup> Enrique Tagle Moreno, “El nacionalismo”; “La nueva mentalidad”, en *La Nación*, 28 de octubre de 1927, p. 3.

<sup>297</sup> “La política del nacionalismo”, en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 23 de julio de 1927, pp. 1.360-1.362; “Fomento del nacionalismo”, en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 3 de diciembre de 1928, pp. 3.899-3.901.

funcionario del gobierno, Óscar Álvarez Andrew, presentó un programa completo. Su idea era promover la chilenidad a través del establecimiento de un teatro nacional y una política cultural proclive a las expresiones nacionalistas en literatura, música y artes plásticas. En 1930, una ley de protección del teatro nacional fue introducida en el Congreso. Además, la incipiente industria del cine nacional recibió el apoyo del Estado<sup>298</sup>. Una nueva generación de estudiantes, incluyendo al joven abogado Augusto Santelices, se educó en este nuevo espíritu, lo cual quedó reflejado en sus escritos<sup>299</sup>. El nacionalismo ganó más popularidad e incluso fue utilizado como medio de publicidad. Al llegar 1929, las opiniones contrarias habían sido acalladas y el nacionalismo en Chile o, más bien, la retórica nacionalista, dominaba todas las facetas del discurso contemporáneo. La resurrección de la chilenidad parecía haber sido lograda.

### NACIONALISMO CONTINENTAL

Los chilenos no eran los únicos que se esforzaban por construir una nueva idea de nacionalidad. En septiembre de 1910, el conocido intelectual José Enrique Rodó representó a su país, Uruguay, en la celebración del centenario de Chile. En su famoso discurso, enfatizó el centenario de la unidad del espíritu y de la realidad histórica hispanoamericanas y habló de una armonía perenne entre personas conectadas por una comunidad de origen, lenguaje, costumbres e instituciones<sup>300</sup>.

La idea del “nacionalismo continental”, de ahí el título de un libro editado por Edwards Bello, ganó aceptación en toda Latinoamérica y fue un elemento importante en el discurso de la chilenidad. Aprovechando el estímulo de la reforma universitaria que se esparció por el continente después de la Primera Guerra Mundial, los intelectuales chilenos apuntaron hacia la fuerza persuasiva del nuevo nacionalismo cultural en América. Latham padre, por ejemplo, señaló los valores únicos de las personas latinoamericanas, las cuales, sin embargo, todavía debían ser descubiertas y aceptadas<sup>301</sup>. El llamado a la solidaridad entre las naciones del sur de América fue también incluido en la agenda. Edwards Bello escribió: “Mientras las naciones iberoamericanas no hagan un

<sup>298</sup> Para el proyecto de Álvarez, véase “La nacionalización del arte”, en *Zig-Zag*, 28 de mayo de 1927; Sady Zañartu, “Vida teatral: La chilenidad en nuestro teatro”. Para la legislación del teatro: “Una ley de la República protegerá el desarrollo del teatro chileno”, en *La Nación*, 31 de julio de 1930, p. 3. Para el cine, véase capítulo: “El contexto socioeconómico del comienzo del cine”.

<sup>299</sup> Santelices, *op. cit.*, pp. 167-175.

<sup>300</sup> José Enrique Rodó, “El Centenario de Chile”, pp. 552-553.

<sup>301</sup> Latham, “La nacionalización...”, *op. cit.*, p. 154. Para la integración latinoamericana ver también Javier Ocampo López, *Historia de las ideas de integración de América Latina*, pp. 180-218. En cuanto a la reforma universitaria: Stabb, *op. cit.*, pp. 92-93.

*block* económico y social contra Europa y Norte América, no sólo no serán libres, sino que tampoco podrán llamarse democracias”<sup>302</sup>.

El proyecto de construir diferencia a nivel continental contaba con dos dimensiones: por un lado, era un diálogo continuo con el modelo yanqui, y por otro, una discusión sobre lo que el antiguo continente todavía tenía que ofrecer. Este último elemento gravitó especialmente después de la Primera Guerra Mundial. Los periódicos chilenos destacaron que la anarquía había triunfado en Europa, pero también que la Liga de las Naciones prometía un nuevo comienzo de un futuro mejor. La tendencia internacional hacia la cooperación política fue interpretada como el ofrecimiento de oportunidades para lograr un cambio marcado en Latinoamérica, y la quinta Conferencia Pan Americana de Santiago (1923) fue utilizada como foro para desarrollar esta idea. Los representantes chilenos repetidamente llamaron a una mayor unidad y solidaridad para contrarrestar los peligros del comunismo, el socialismo y el anarquismo. Recomendaron a los latinoamericanos ser solidarios entre sí para quedar en posición de interactuar con los grandes poderes, de igual a igual, en los niveles político, económico y cultural<sup>303</sup>.

Los nacionalistas continentales enfatizaban que los latinoamericanos necesitaban encontrar sus raíces comunes para poder lograr el proyecto político de la unidad. Una fuente importante para esta búsqueda era la idea de la hispanidad, que todavía estaba de moda entre muchos intelectuales. Durante las décadas de 1910 y 1920, España se esforzó por promover la idea al organizar congresos y mejorar los programas de intercambio académico<sup>304</sup>. Ciertamente, existían críticas como la de Daniel de la Vega, quien destacó que la historia común no unía a la América Hispana, y que el hispanoamericanismo era artificial. Aún así, no faltó en la prensa una visión optimista de las oportunidades para la unidad latinoamericana, con o sin España. Así, en una respuesta a De la Vega, un editorialista de *El Mercurio* resaltó la importancia de una unidad ‘racial’ en la América Hispana basada en el idioma, las costumbres, los valores morales, la religión y cultura común<sup>305</sup>.

<sup>302</sup> Edwards Bello, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, p. 69.

<sup>303</sup> “Sur América contra los aventureros internacionales”, en *La Nación*, 16 de marzo de 1920, p. 3; “La América en la Liga de las Naciones”, en *El Mercurio*, 21 de noviembre de 1920, p. 3; “Mirando hacia el Viejo Mundo”, en *El Sur*, 6 de abril de 1921, p. 3; “Orientaciones internacionales suramericanas”, en *La Nación*, 5 de mayo de 1921, p. 7; “Por la unión espiritual latinoamericana”, en *La Nación*, 7 de abril de 1927, p. 7; J.M. Echenique Gandarillas, “La unión intelectual de la América Latina”, p. 3; Santiago Marín Vicuña, “Cooperación intelectual interamericana”, pp. 383-385. Para las discusiones durante la conferencia, véase, por ejemplo, “El intercambio de productos americanos”, en *El Mercurio*, 20 de abril de 1923, p. 3; Alejandro Álvarez, “El panamericanismo y la política internacional de América”, pp. 425-450.

<sup>304</sup> Alberto Jil, “El acercamiento hispano-americano”, p. 5; José M. Palacio, “Universidad internacional hispano-americana”, p. 7; “Confraternidad americana”, en *El Diario Ilustrado*, 27 de enero de 1930, p. 3.

<sup>305</sup> Daniel de la Vega, “Cosas de América”, p. 3; “El Hispano-Americanismo”, en *El Mercurio*, 22 de febrero de 1924, p. 3. También Jaime López, “Hispanoamericanismo práctico”, p. 1.

Aparte de los activos debates de la prensa, escritores chilenos como Gabriela Mistral contribuyeron a la búsqueda contemporánea de una identidad latinoamericana común como base para una colaboración más cercana. Influenciados por, y en un diálogo constante con los escritores líderes de la época, como el mexicano José Vasconcelos, el argentino Manuel Ugarte, el peruano Francisco García Calderón y el boliviano Alcides Arguedas, Mistral invitó a la nueva generación de la posguerra a vivir de acuerdo con los sueños de los padres fundadores. Al igual que Vasconcelos, Mistral estaba convencida de que la mezcla de 'razas' se encontraba en el centro mismo de la realidad latinoamericana. Mistral no seguía expresamente la visión mexicana de una 'raza cósmica', pero ella también visualizaba un futuro para la América 'Indo-española'. Para la poetisa, la hibridación 'racial' y cultural era la fuente de la fuerza<sup>306</sup>.

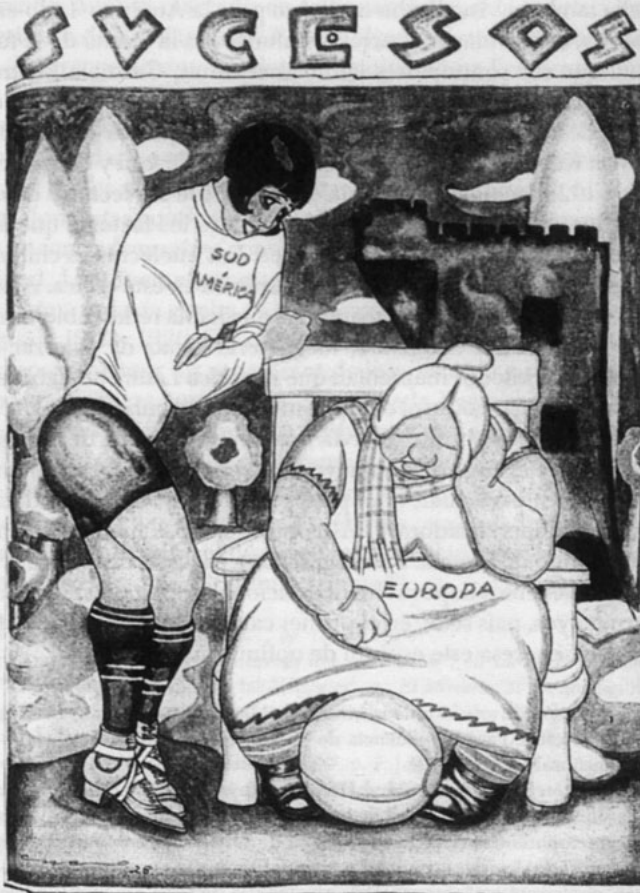
Al igual que sus contrapartes latinoamericanas, Gabriela Mistral y muchos otros intelectuales chilenos basaban sus argumentos en tendencias contemporáneas de la filosofía popular, tal como lo reflejan los escritos del conde Hermann von Keyserling, Oswald Spengler y José Ortega y Gasset, cuya visita a Chile en 1928 fue un evento social mayor<sup>307</sup>. De sus lecturas de estos tres pensadores, los chilenos concluyeron que uno de los factores que tenían en común, era la crítica a la decadencia europea. Los intelectuales chilenos basaron sus esperanzas para el futuro de Latinoamérica en esta crítica. A diferencia de la decadente Europa, una Latinoamérica que había redescubierto sus raíces espirituales a través del criollismo, luego sería capaz de avanzar sola. De hecho, los críticos chilenos mantenían que América Latina no había aceptado las ideologías europeas como el comunismo y el anarquismo y podía desarrollar una nueva estética porque todavía era joven. La caída del antiguo oeste europeo implicaba el auge de un nuevo oeste en América. Latinoamérica en general, y Chile en particular, eran países nuevos y jóvenes donde aún todo fluía de manera esperanzadora<sup>308</sup>. Al contrario, existían claros signos de la superioridad latinoamericana. En ninguna otra parte este triunfo era más palpable que en los eventos deportivos internacionales; bastaba recordar el triunfo de los uruguayos, país sede, en el primer campeonato mundial de fútbol en 1930. El dibujo expresa este espíritu de optimismo.

<sup>306</sup> Ver la colección de artículos de la Mistral en Mario Céspedes (ed.), *Gabriela Mistral en el Repertorio americano*. Para la influencia de Vasconcelos en Chile, véase José Gorostiza, "Un hombre, un libro", pp. 218-221.

<sup>307</sup> Mariano Picón Salas, "Notas sobre Hermann Keyserling", pp. 129-137; Carlos Keller, "Spengler y la situación política-cultural de la América Ibérica", pp. 440-451. Ver la colección de artículos contemporáneos relativos a la visita de Ortega: José Moure Rodríguez (ed.), *Ortega y Gasset en Chile*.

<sup>308</sup> Véase, por ejemplo, Armando Donoso, *La otra América*, pp. 19-21; Moisés Poblete Troncoso, "El futuro de América", pp. 456-457; "Ideologías de Europa y realidad de América", en *La Nación*, 16 de febrero de 1930, p. 9; Manuel Ugarte, "La fatiga de Europa", p. 5; Mariano Picón Salas, *Hispano-América, posición crítica*, p. 27; Ernesto Montenegro, "Europa y América", p. 5; Renato Monestier, "Nacionalismo", p. 12.

Un segundo punto que los pensadores chilenos absorbieron de los escritos de Spengler y Ortega fue su aparente antimodernismo, lo cual se ajustaba bien con las tendencias chilenas de pesimismo cultural. Ciertamente que las contribuciones de las editoriales chilenas no tenían nada de original. El capitalismo era visto como una fuente de maldad y se predecía la cercana llegada de su fin. Continuamente se expresaban actitudes negativas hacia el consumismo y el materialismo, los que eran interpretados por un lado, como resultado de una modernidad enfermiza, y, por otro, como los causantes del destroz de las santas instituciones de la sociedad: el hogar, la religión y los valores morales.



L A S C A M P E O N A S  
 EUROPA—La natural es que usted se abate más goais que yo, mi hilita. Por consiguen-  
 te, la pelota le pertence. La juventud se impone.

La joven América del Sur triunfa sobre la vieja Europa. La juventud se impone. Fuente: "Las campeonas", en *Sucesos*, Santiago, 28 de junio de 1928.

Los críticos culturales concluyeron que estaban viviendo en una nueva edad de barbarie y egotismo<sup>309</sup>.

Frecuentemente, la crítica general a la modernidad se combinaba con las evaluaciones críticas de la realidad de Latinoamérica. Existía una fuerte sensación de que en la mitad sur de América imperaba la desunión, tal como en la mitad norte predominaba la unión<sup>310</sup>. Para los que utilizaban una perspectiva racial la razón se encontraba en la falta de "sangre europea", porque "...con negros, mulatos, y mercaderes chinos no se forma una gran nacionalidad"<sup>311</sup>. Además, el deterioro 'racial' debido al mestizaje fue considerado como el mayor responsable de esta deplorable situación<sup>312</sup>.

A pesar del lamento acerca de las deficiencias 'raciales', los críticos concluyeron que la unidad y solidaridad continental podría ser la vía de escape de la inferioridad y la defensa en contra del imperialismo. La solidaridad regional parecía ser la única forma posible para crear una contrapartida a la preponderancia de Estados Unidos en la región. Ningún país por sí sólo podría resistir a la "nueva Roma". Este análisis ya se había anclado en la mente de muchos comentaristas chilenos durante los años de la Primera Guerra Mundial. El auge de la izquierda comunista agregó su propia versión a la discusión de la solidaridad continental de los trabajadores<sup>313</sup>.

El mensaje continental antiimperialista venía siendo formulado desde alrededor del año 1900. Revistas latinoamericanas de alta circulación como el *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge (Costa Rica) y *Amauta* de José Carlos Mariátegui (Perú), regularmente publicaban artículos de este género, por ejemplo de Gabriela Mistral<sup>314</sup>. En "El grito", Mistral desarrolló sus pensamientos en la forma de un manifiesto para los profesores latinoamericanos.

<sup>309</sup> "La cultura en peligro próximo", en *El Diario Ilustrado*, 11 de septiembre de 1920, p. 1; "La inquieta vida moderna", en *El Diario Ilustrado*, 7 de abril de 1926, p. 3; "El egoísmo de esta hora", en *El Diario Ilustrado*, 18 de abril de 1927, p. 3; Carlos Keller, "¿Se aproxima el fin del período capitalista?", pp. 1-5; "Los ruidos nos van haciendo más nerviosos", en *El Diario Ilustrado*, 23 de julio de 1929, p. 1; Santelices, *op. cit.*, pp. 31-48.

<sup>310</sup> Omer Emeth, "Crónica literaria", p. 3.

<sup>311</sup> Víctor de Valdivia, *El imperio Ibero-Americano: Nuestra colonización, nuestro engrandecimiento, nuestra participación en la cultura mundial*, p. 68. Similares argumentaciones en Augusto Iglesias, "Situación económico-social de Iberoamérica", p. 3.

<sup>312</sup> Manuel Ugarte, "El destino de dos razas", p. 250; Alejandro Álvarez, "Influencia de la América Latina en la futura vida internacional", p. 284.

<sup>313</sup> "Política norteamericana en Sudamérica", en *El Sur*, 25 de marzo de 1920, p. 1. Galvarino Gallardo Nieto, "Estados Unidos y América Latina", pp. 131-139. Para la "nueva Roma", ver Valdivia, *op. cit.*, p. 254. Para los comunistas: "Manifiesto al proletariado Sud-Americano", en *La Federación Obrera*, 6 de enero de 1922, p. 4.

<sup>314</sup> Jussi Pakkasvirta, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú, 1919-1930*; Eduardo Devés Valdés, "El pensamiento nacionalista en América Latina y la reivindicación de la identidad económica, 1925-1945", pp. 46-47. Para Mistral, véase "Presentación", en Céspedes, *op. cit.*, p. 7. Además, Manuel Ugarte, "Manifiesto a la juventud latino-americana", pp. 317-324.

Los llamó a enseñar a los niños el sueño de una América unificada: "América, América! ¡Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien." Además, Mistral proclamaba el sueño de una "América Española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dio Dios y el Dolor que da el Norte"<sup>315</sup>.

El sueño de una América Latina unificada parecía poder lograrse a través del establecimiento de una unión económica. De hecho, la idea de una unión de aduanas ya había sido discutida durante las décadas de 1910 y 1920. Subercaseaux había incluido esta idea en la agenda de su partido nacionalista en 1916 y la repitió una y otra vez. A nivel regional, el proponente más importante de la formación de tal unión era el argentino Alejandro Bunge, quien frecuentemente publicaba y hacía clases en Chile. La idea de Bunge era la 'Platandesia', una unión entre Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay, y era apoyada por muchos chilenos, incluyendo a Eliodoro Yáñez y Edwards Bello<sup>316</sup>. Durante algunos años pareció que no había razón para el escepticismo de intelectuales como Raúl Silva Castro, quienes destacaban que numerosos factores históricos y geográficos obstaculizaban el camino de tal unión<sup>317</sup>.

La idea de una unión de aduanas como medida para salir del estancamiento se hizo más relevante al desencadenarse la Gran Depresión; periódicos como *El Mercurio* abogaron por una cooperación comercial latinoamericana<sup>318</sup>. En mayo de 1931, el ministro de Relaciones Exteriores, Antonio Planet Cordero, presentó su proyecto de solidaridad regional. Planet sugirió la inclusión de todos los países latinoamericanos en una unión de aduanas. Propuso crear programas conjuntos para apoyar el comercio y el empleo en todos los estados miembros, y propició el desarme general. El proyecto Planet recibió respuestas positivas en Latinoamérica, dando paso a las negociaciones. Este proyecto era la última esperanza para el fuertemente criticado gobierno de Ibáñez. Pero la idea llegó demasiado tarde. En julio de 1931 cayó el régimen y Planet no pudo ver su proyecto finalizado. Aunque la idea de una unión sobrevivió a 1931, su realización tenía que esperar un ambiente económico más favorable<sup>319</sup>.

<sup>315</sup> Mistral, "El grito (17 de abril de 1922)", pp. 13-14. También "El imperialismo yanqui", en *El Sur*, 19 de febrero de 1927, p. 3; Santelices, *op. cit.*, pp. 177-186.

<sup>316</sup> Guillermo Subercaseaux, *Los ideales...*, *op. cit.*, p. 25. Guillermo Subercaseaux, "Política económica", p. 92-95; Guillermo Subercaseaux, *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile*, pp. 53-64; Alejandro Bunge, "Una gran unidad económica: La unión aduanera del Sur", pp. 677-688; Eliodoro Yáñez, *La sociedad de las naciones latinoamericanas*; Santelices, *op. cit.*, pp. 177-185. Véase, además, Pablo Lacoste, "Las propuestas de integración económica sudamericana: de Diego Portales a Alfredo Palacios, 1830-1939", pp. 111-116.

<sup>317</sup> Raúl Silva Castro, "América no es una unidad", p. 4.

<sup>318</sup> "Nacionalismos", en *El Mercurio*, 14 de noviembre de 1930, p. 3.

<sup>319</sup> "El proyecto Planet", en *Zig-Zag*, 20 de junio de 1931, pp. 49-51. Ver también la crítica de Manuel Collarte, "Unión aduanera sudamericana", p. 5.

El discurso del nacionalismo había progresado en Chile desde comienzos del siglo xx. Lo que había sido el lamento de un grupo heterogéneo de intelectuales en la década del 1900, fue adoptado veinte años más tarde como un credo por muchos chilenos no sólo pertenecientes a la elite intelectual. Crear *chilenidad* significaba dejar a un lado los modelos extranjeros y valorizar la herencia nacional de la mezcla de la 'raza' consistente de orgullosos huasos, imbatibles araucanos, y rotos pobres, pero honrados. Los escritores nacionalistas no se cansaron de enfatizar que la falta de confianza y que la aceptación y la redefinición positiva de esta herencia se encontraban en el centro mismo de las deficiencias chilenas y de la posibilidad de superarlas. Esto, señalaban, era también cierto para todos los latinoamericanos. Juntos con sus vecinos, los nacionalistas chilenos querían sobreponerse a las dificultades presentes en su región. El concepto de solidaridad continental dio nueva vida a la idea de una grandiosidad futura para el sur del continente. La búsqueda de identidad a escala nacional y continental no permaneció restringida a los escritos intelectuales más o menos leídos y respetados. Más bien, la construcción de chilenidad fue considerada como un proyecto político, cuyo avance será el tópico del próximo capítulo.



## LA PROTECCIÓN DE LA ECONOMÍA NACIONAL

Las discusiones sobre la chilenidad y la solidaridad continental no se estancaron en el ámbito de las ideas, sino que encontraron un nicho adecuado en la nueva política económica de finales de la década de 1920, cuyas tendencias se alejaban del tradicional modelo liberal de desarrollo. Estas ideas fueron agrupadas bajo el nombre de nacionalismo económico y sus objetivos eran proteger la industria chilena, nacionalizar los recursos minerales y apoyar a la fuerza trabajadora. Estas nuevas políticas complementaban el espíritu de las reformas sociales. Los que ruidosamente postularon el nacionalismo económico procedían de las mismas filas de los reformistas sociales. Sin embargo, en este caso la resistencia a la reforma fue menos articulada porque el régimen de Ibáñez, impulsor de los cambios, no cedió espacio a la oposición. En este capítulo, primero discutiremos las ideas del nuevo proteccionismo y luego analizaremos la legislación nacionalista de Ibáñez.

### EL LLAMADO A UNA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA

Desde comienzos de siglo, especialmente después del centenario de 1910, el llamado a un nacionalismo económico se convirtió en parte crucial de la discusión sobre la reconstrucción de la nación. Palacios y otros escritores pertenecientes a la literatura de la crisis, abogaron una y otra vez por el nacionalismo. Por su parte, Encina reprobó el drenaje de las ganancias hacia el extranjero y la imitación servil de sus modelos; destacó que el estado de dependencia económica había llevado a privilegiar el consumo en franco desmedro de la producción local. Por otro lado, Pinochet, el escritor más progresista, exigió al Estado apoyar los capitales locales y modernizar completamente las políticas económicas<sup>320</sup>. Durante la guerra, las discusiones teóricas cobraron nuevo ímpetu cuando la crisis económica causada por los eventos de Europa dolorosamente demostró la dependencia chilena de los mercados y productos extranjeros. No fue coincidencia que Subercaseaux fundara el Partido Nacionalista en ese momento. El líder político admitió que Chile todavía necesitaba capitales extranjeros pero, a la vez, exigió que sectores claves de la economía como los bancos y la marina mercante permanecieran en manos de

<sup>320</sup> Palacios, *op. cit.*, pp. 469-471; Encina, *op. cit.*, pp. 111-144; Pinochet, *La conquista...*, *op. cit.*, pp. 143-182.

chilenos, y que el Estado debía representar un papel activo en la promoción del proceso de industrialización y del desarrollo de infraestructura<sup>321</sup>.

Sin embargo, no fue sino hasta después de la Primera Guerra Mundial que el discurso del nacionalismo económico cobró influencia. A esas alturas, la mayoría de los chilenos concordaba con la postura de economistas como Macchiavello Varas o Keller, los cuales pedían una nueva mentalidad económica. Viviani Contreras enfatizó que la confianza en las iniciativas económicas extranjeras había llevado a una pérdida de la soberanía económica, política e incluso moral<sup>322</sup>. Los partidos líderes como el Radical, Demócrata, Liberal y los conservadores comenzaron de forma más o menos fervorosa a pronunciarse a favor de una reforma de la política económica en sus programas. El primer discurso que Ibáñez dirigió al Congreso luego de haber llegado al poder, fue una apología del nacionalismo económico<sup>323</sup>.

La Primera Guerra Mundial también enseñó una lección en términos de la doctrina de libre mercado, la cual había ayudado a perpetuar la dependencia chilena del sistema internacional de la división del trabajo. Las editoriales ahora exigían alejarse de ese sistema; pedían para el futuro que Chile dejara su posición de proveedor de materias primas e importador de productos elaborados<sup>324</sup>. En retrospectiva, una editorial del periódico conservador *La Unión* señalaba en 1929:

“La guerra vino y se fue. Con ella se abrieron los ojos de las naciones pequeñas, y el mercado libre, propiciado por tendencias económicas decadentes, pudo ser visto por lo que realmente es: un instrumento de opresión y conquista en las manos de aquellos más avanzados en la organización industrial”<sup>325</sup>.

Esta crítica a la dependencia del extranjero era acompañada por una crítica a los intereses económicos extranjeros y sus colaboradores nacionales. La prensa izquierdista y derechista por igual, continuamente expresaba su resentimiento frente al control extranjero. Pero también el centro político se hizo parte de los reclamos<sup>326</sup>. De acuerdo con Keller, las influencias extranjeras habían corrompido la vida económica chilena:

<sup>321</sup> Guillermo Subercaseaux, *Los ideales...*, *op. cit.*, pp. 21-28.

<sup>322</sup> Viviani, *op. cit.*, p. 99; Macchiavello, *Política...*, *op. cit.*, tomo 1, pp. 100-104.

<sup>323</sup> Para los partidos, ver Philip J. Houseman, *Chilean Nationalism, 1920-1951*, pp. 67-70 y 117. Para los demócratas: Guillermo M. Bañados, *Chile y los problemas de la post-bellum*, p. 28.

<sup>324</sup> Nicanor Allende Navarro, “La exportación de las primeras materias”, p. 3.

<sup>325</sup> “Unión aduanera suramericana”, en *La Unión*, 24 de septiembre de 1929, p. 3.

<sup>326</sup> “Un inmenso peligro se cierne sobre el país”, en *La Federación Obrera*, 19 de septiembre de 1921, p. 5. Para la crítica a los colaboradores, véase Edwards Bello, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, pp. 40-41.

“Nos hemos conformado con vivir de rentas derivadas: el Estado vive de los derechos de los productos que exportan e importan y de los impuestos que le pagan, el profesional de los honorarios que recibe de ellas y el obrero de los salarios que le pagan. Y aún la agricultura se ha conformado con el monopolio del mercado del norte, es decir, con surtir a las empresas extranjeras de sus productos”<sup>327</sup>.

Con todo, en la década de 1920, la mayoría de los nacionalistas económicos concordaban en que el capital extranjero todavía era fuente de trabajo y conocimientos necesarios para Chile, ya que los chilenos simplemente no poseían el capital necesario para desarrollar adecuadamente al país. Una editorial de *El Mercurio* señalaba: “El capital extranjero es poderosa ayuda en todo país organizado, con instituciones estables y conciencia de su sino”<sup>328</sup>. Así, los comentaristas enfatizaban que el nacionalismo no era enemigo de los intereses económicos extranjeros; en palabras de Subercaseaux: “Los nacionalistas no son boxers...”<sup>329</sup>. Carlos Dávila, embajador en Washington del supuestamente nacionalista dictador Ibáñez, resumió esta postura en 1930:

“Ningún país puede aspirar a organizar su producción y acumular su capital al mismo tiempo. Estos son procesos consecutivos el uno con el otro y no pueden ser alterados. El rechazar la asistencia de capitales y técnicas extranjeras en esa primera etapa de nuestro desarrollo económico sería como dejar a un lado toda esperanza de crear nuestros propios recursos que nos permitirían en el tiempo alcanzar una independencia económica real e incluso el rol de un país en expansión financiera en el extranjero”<sup>330</sup>.

Para muchos de los empresarios extranjeros, sin embargo, estas pacíficas aseveraciones deben haber sonado vacías, debido a que paralelamente se hacían llamados para nacionalizar los recursos minerales en el Chile de posguerra. El mismo Subercaseaux destacó que el capital extranjero no tenía por qué amenazar con desplazar a los empresarios nacionales. Las inversiones extranjeras serían bienvenidas en el país sólo mientras entraran para ayudar a desarrollar lo que los chilenos no podían hacer por sí mismos<sup>331</sup>. Los intelectuales políticamente influyentes como Keller y Macchiavello Varas, atacaron la desna-

<sup>327</sup> Keller, *La eterna...*, *op. cit.*, p. 173.

<sup>328</sup> “Estados Unidos, país deudor”, en *El Mercurio*, 25 de noviembre de 1930, p. 3.

<sup>329</sup> Guillermo Subercaseaux, *Los ideales...*, *op. cit.*, p. 24. Además, Emilio Tagle Rodríguez, “La política nacionalista del Gobierno”, en *El Mercurio*, 25 de julio de 1927, p. 3. Macchiavello, *Política...*, *op. cit.*, tomo 1, pp. 134-137 y 156-160.

<sup>330</sup> Dávila, *North American Imperialism*, p. 10.

<sup>331</sup> Guillermo Subercaseaux, *Historia...*, *op. cit.*, p. 109. Ver también “La afluencia del capital extranjero a Chile”, en *El Mercurio*, 13 de diciembre de 1922, p. 5; “El interés yanqui por nuestro carbón”, en *El Sur*, 31 de enero de 1923.

cionalización de las riquezas del país. Para ambos, las viejas elites eran las culpables de haber vendido el país a manos extranjeras. De acuerdo con Keller y Macchivello Varas, se necesitaba al Estado para resguardar los intereses de más de seiscientos mil chilenos en el salitre, el cobre y el carbón. Exigieron que todas las actividades mineras quedaran bajo control nacional, fueran financiadas por capitales chilenos, manejadas por técnicos chilenos y operadas por obreros chilenos libres<sup>332</sup>.

Una actitud socialmente crítica hacia los inversionistas extranjeros fue también expresada por la ola de escritores de enclave de los que ya hemos hablado en el capítulo "Las posibilidades y los límites de las reformas sociales". Durante el curso de la década de 1920 se les unieron personalidades muy conocidas como Gabriela Mistral. La poetisa enfatizó que las masas sufrían las consecuencias de las decisiones económicas tomadas por las elites que invitaban al capital extranjero a Chile. Para ella y para muchos otros, esta forma de pensar en términos de productividad tenía que cambiar debiendo considerarse la responsabilidad social de la riqueza. Desde el punto de vista de Gabriela Mistral, era absolutamente necesario que la tierra chilena perteneciera a los chilenos y sólo podía llamarse chilena si era registrada con "nombre y apellidos chilenos" y trabajada "con manos de nuestro color"<sup>333</sup>. Las demandas aparecidas en la prensa y en los escritos de intelectuales líderes se reflejaron también en la política nacional. Así, la extracción de recursos naturales por manos extranjeras se convirtió en un tópico importantísimo de la campaña electoral de 1925. Con excepción de la Sociedad Nacional de Minería, representante de los intereses foráneos, la mayoría concordaba que era necesaria una política minera nacional para prevenir la desnacionalización completa de todos los recursos naturales<sup>334</sup>.

El llamado a la nacionalización de los recursos mineros chilenos acompañó al llamado de protección y expansión de la industria nacional. Tradicionalmente, la SOFOFA transmitía las demandas de los industriales chilenos aunque a menudo encontraba resistencia en la agricultura organizada. Bajo el liderazgo de Subercaseaux, en la década de 1920, los esfuerzos de antesala de la SOFOFA se beneficiaron de la fuerza del discurso nacionalista<sup>335</sup>. Los líderes políticos, incluyendo al presidente Alessandri, y todos los principales par-

<sup>332</sup> Keller, *La eterna...*, *op. cit.*, p. 219; Macchivello, *Política...*, *op. cit.*, tomo 1, pp. 184-185 y 309-310.

<sup>333</sup> Gabriela Mistral, "Conversando sobre la tierra (19 de septiembre de 1931)", p. 118. También: Amanda Labarca, "Una embajada de mujeres", p. 3; Ricardo Salas Edwards, "La futura acción política de la mujer", p. 350.

<sup>334</sup> Para la campaña electoral, véase Houseman, *op. cit.*, p. 108. Para la Sociedad Nacional de Minería: Emilio Tagle Rodríguez, "Nacionalización de las minas", pp. 149-154.

<sup>335</sup> Guillermo Subercaseaux, "Defendemos la economía nacional", pp. 675-676; Santiago Marín Vicuña, "La industria nacional i la protección aduanera", pp. 545-547. Para los conflictos con la agricultura, ver Daniel Martner, *Economía política*, p. 710.

tidos políticos, dieron su apoyo retórico al proyecto del proteccionismo. Las tarifas protectoras crearían un ambiente positivo para las industrias chilenas existentes y para el desarrollo de otras nuevas. Una mejor educación técnica en las escuelas y universidades garantizarían la disponibilidad de personal. Se hizo un llamado a todos los chilenos a consumir productos nacionales en la medida de lo posible. Además, se pedía al Estado nacionalizar la marina mercante, crear una industria metalúrgica, reorganizar la industria del salitre e invertir en proyectos de infraestructura<sup>336</sup>.

Dado el entusiasmo por el proteccionismo industrial, fueron pocos los que se atrevieron a comentar las desventajas de un nacionalismo ciego. Keller y Latchman padre, advirtieron sobre la ingenua imitación de modelos nacionalistas extranjeros. Para ambos, una sobredosis de proteccionismo podría llevar a una sobrevivencia artificial de empresas débiles, lo que podría costar muy caro a la nación obligada a pagar sus impuestos. Así, era indispensable hacer un cuidadoso escrutinio de lo que realmente servía a los intereses nacionales. Estos críticos mantenían que después de todo, Chile iba a seguir siendo dependiente de maquinarias importadas y productos semimanufacturados por muchos años más<sup>337</sup>.

Las críticas provenientes de nacionalistas como Keller y Latcham demostraron que el nacionalismo económico era parte del proyecto de modernización. En ningún lado fue esto más claro que en el debate acerca de la racionalización y la estandarización de la economía chilena. En 1927, la Conferencia Económica Internacional de la Liga de la Naciones emitió un documento para la racionalización de la industria que fue intensamente debatido por los economistas y tecnócratas en Chile. Aún así, para los chilenos no quedaba claro qué implicaba el concepto, ya que ni siquiera era mencionado en el *Diccionario de la lengua*. La necesidad de una definición era evidente y la SOFOFA lideró el esfuerzo. Para la sociedad de industriales, racionalización significaba: "La utilización racional de todos los recursos de una nación en beneficio de la producción"<sup>338</sup>. Países industrializados como Estados Unidos y Alemania parecían ser el ejemplo perfecto de una economía racional, en la cual la producción obedecía a la eficiencia. Para reforzar la economía chilena, armonizar los intereses de empleadores y trabajadores y convertirse en el futuro en un país exportador, era inevitable la racionalización de la producción y los procesos de *marketing*<sup>339</sup>.

<sup>336</sup> "Mensaje del Presidente Arturo Alessandri", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 26 de octubre de 1921, pp. 98-99; Bañados, *op. cit.*, p. 28; Guillermo Subercaseaux, *Los ideales...*, *op. cit.*, pp. 21-24.

<sup>337</sup> Keller, *La eterna...*, *op. cit.*, p. 169; Latcham, "La nacionalización de la cultura", p. 159.

<sup>338</sup> J. Bennett A., "Racionalización de la producción", p. 412. También C. Solís de Ovando, "Racionalización de la producción", pp. 195-198.

<sup>339</sup> Emilo Tagle Rodríguez, "Causas de la prosperidad comercial" y "La normalización en la producción", pp. 757-758; "La racionalización de nuestra industria manufacturera", en *La Nación*, 31 de enero de 1931, p. 3; "La standardización", en *La Nación*, 17 de febrero de 1931, p. 3.

Irónicamente, el debate internacional acerca de la racionalización se había originado en los países industrializados. En la segunda mitad de la década de 1920, la racionalización se convirtió en la palabra de moda utilizada para casi todo tipo de cambio empresarial. Racionalizar significaba modernizar, y modernizar significaba seguir el ejemplo de los Estados Unidos en la forma de producir y vivir. Pero, ¿cómo racionalizar una economía como la chilena, tan pobremente industrializada? Los nacionalistas tecnócratas del régimen de Ibáñez discutían que eran necesarias la eliminación de industrias débiles y el avance en los medios de producción. Así, se exigían mejores máquinas y herramientas, además de una organización científica del trabajo, la llamada 'Taylorización'. Se discutía también la 'normalización' del mercado doméstico y de los productos de exportación destinados a triunfar en los mercados extranjeros. Los procesos de trabajo, decían los entusiastas de la racionalización, tenían que ser simplificados y unificados. En forma más importante, el programa de racionalización debía ser organizado bajo un liderazgo nacionalista<sup>340</sup>.

En noviembre de 1928, se aprobó la ley 4.472 para la estandarización de productos destinados a exportación, que especificaba el control de calidad, la clasificación y el etiquetado de tales productos. El Presidente estableció un comité para la estandarización de productos conformado por el Subsecretario de Comercio, el director del departamento de Industrias, el director del departamento de Agricultura, un representante de la SOFOFA y dos representantes de la Cámara de Comercio. Los productos que no cumplieran con las normas debían ser eliminados. A fines de 1929, la Cámara de Diputados, discutió una ley diseñada para "normalizar" los productos para el comercio interno. Dado que la Cámara dependía de Ibáñez no hubo oposición al proyecto<sup>341</sup>.

A pesar de la legislación, el debate de racionalización siguió siendo teórico, dada la carencia de potencial industrial y de productos de exportación importantes en Chile. Pero, al mismo tiempo, el discurso proteccionista alcanzó una nueva y radical dimensión a medida que el país se acercaba a la Gran Depresión. El gobierno se vio obligado a incrementar su retórica nacionalista cuando los efectos del estancamiento económico fueron sentidos en Chile. Así, en diciembre de 1930, el periódico del gobierno *La Nación* exigió un "nacionalismo a toda costa", alegando que ahora todo el mundo seguía tendencias autárquicas y de autosostenimiento<sup>342</sup>. La dependencia económica de

<sup>340</sup> Enrique L. Marshall, "Racionalización", pp. 329-343 y pp. 1-15; Bennett, "Racionalización...", *op. cit.*, pp. 412-414; "Standard", en *La Nación* (28,2,1930), p. 3; "La normalización del comercio interno", en *La Nación*, 2 de julio de 1930, p. 3; Cardenio González, "Como ha aumentado su producción industrial EE.UU.", p. 22; Emilio Tagle Rodríguez, "Causas del desarrollo de la producción en los EE.UU.", p. 9.

<sup>341</sup> "32.a sesión extraordinaria en 23 de diciembre de 1929", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 1930, pp. 1852-1859; "36.a sesión sesión extraordinaria en 31 de diciembre de 1929", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 1930, pp. 2.156-2.158.

<sup>342</sup> "Nacionalismo a toda costa...", en *La Nación*, 12 de diciembre de 1930, p. 3.

los vaivenes de los mercados mundiales amenazaba la existencia misma de Chile. La Gran Depresión parecía probar, sin duda, que era necesario poner término al estatus de apéndice de la economía chilena<sup>343</sup>. El primer paso debía ser comprar productos nacionales para apoyar así a la economía chilena. Los periódicos exaltaban los beneficios de tal postura, puesto que la compra de productos foráneos sólo contribuía a la riqueza extranjera; incluso, elementos moderados de la prensa laboral, como el periódico católico *El Obrero* de La Serena, hicieron un llamado para que los trabajadores sólo consumieran productos chilenos. En 1931, la tienda de departamentos más grande de Santiago, Gath y Chaves, impulsó la exhibición de productos manufacturados en Chile, logrando reacciones muy favorables por parte del público<sup>344</sup>.

#### EL RÉGIMEN DE IBÁÑEZ Y LA LEGISLACIÓN NACIONALISTA

Las discusiones acerca del nacionalismo económico demostraron claramente que existía la voluntad política para reformar la economía del país en un espíritu de autofirmación. Se buscaba, principalmente, incrementar la integración nacional, por ejemplo a través del apoyo a los trabajadores y campesinos, y controlar las influencias extranjeras en el país. De hecho, el nacionalismo económico fue efectivamente puesto en práctica a través de una serie de leyes introducidas durante el curso de la década de 1920.

El primer y más significativo conjunto de reglas fue la nueva legislación laboral. En primer lugar, la protección de los trabajadores fue una aspiración que por mucho tiempo develó a los reformadores sociales. Entre 1912 y 1913, se decretaron reglamentos para el uso de explosivos en minas y unos pocos años más tarde se introdujo la ley de indemnificaciones en caso de accidentes de trabajo<sup>345</sup>. Sin embargo, los trabajadores chilenos todavía carecían de protección básica. Esta deplorable situación fue uno de los aspectos claves en el debate acerca de la cuestión social. Para críticos sociales como Eulogio Gutiérrez o Alberto Durán era necesario mejorar primero las condiciones de los trabajadores para poder integrar a la nación<sup>346</sup>.

El consenso político acerca de esta materia no fue alcanzado hasta septiembre de 1924, cuando la intervención militar puso término al estancamien-

<sup>343</sup> Keller, *La eterna...*, *op. cit.*, p. 163.

<sup>344</sup> "Nacionalismo en los consumos", en *El Obrero*, 27 de diciembre de 1930; "Compremos productos chilenos", en *El Obrero*, 27 de junio de 1931; "En Chile queda el dinero que se paga en las compañías chilenas", en *Las Últimas Noticias*, 13 de abril de 1932, p. 7. Para Gath y Chaves, ver Ralph H. Ackerman, Agregado comercial de los EE.UU., informe 75, 28 de diciembre de 1931, Reports of Commercial Attachés, R.G. 151, N.A.

<sup>345</sup> Fabio Castro Garín, *Legislación de minas de Chile*, pp. 129-144; Fuenzalida, *op. cit.*, parte 2, pp. 365-372.

<sup>346</sup> Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 14-15; Durán, *op. cit.*, pp. 1-2.

to político e instituyó lo que comúnmente se conoce como la primera legislación laboral chilena. Las leyes fueron mejoradas durante los siguientes dos años a través de un número de decretos leyes. En la ley número 4.053 se estableció que los contratos entre el empleador y el trabajador debían ser por escrito, que las vacaciones estaban garantizadas y que se requería de un mes de aviso antes de despedir al empleado. Más aún, el 20% de todas las ganancias de las empresas debían ser distribuidas entre los trabajadores como remuneración extra. La ley 4.054 introdujo el Seguro Obrero Obligatorio, el cual debía ser pagado en conjunto por el empleador, el obrero y el Estado. La tercera de esta serie de leyes, la número 4.055, preveía las obligaciones del empleador en caso de accidentes laborales e incluía el pago del 50% del sueldo en caso de incapacidad temporal y del 70% en caso de incapacidad permanente. Las leyes 4.056 y 4.057 establecían paneles permanentes de conciliación laboral y tribunales del trabajo, los que debían ser consultados antes de autorizar la realización de huelgas. Por lo demás, esta última ley otorgó a los obreros el derecho a organizarse por compañías o gremios, a fin de negociar con los empleadores y representar a los empleados en todo tipo de conflictos. Los sindicatos incluso podían participar en las ganancias de los negocios. Asimismo, se introdujeron obligaciones adicionales para los negocios extranjeros: debían emplear un cierto porcentaje de chilenos a quienes debían pagar un cierto porcentaje del salario promedio, y se limitaba su derecho a despedir a empleados<sup>347</sup>.

Otras importantes medidas de política nacionalista, originadas antes del régimen de Ibáñez, fueron el aumento de los impuestos y la protección a la marina mercante. Hasta la década de 1920, las entradas del gobierno de Chile dependían en alto grado de los impuestos sobre la exportación. Aún así, las primeras leyes de aranceles para importaciones, introducidas en 1897, incluían muchas excepciones, por ejemplo, para las maquinarias agrícolas. En 1916, se aumentó el monto de los impuestos y cinco años más tarde, la política arancelaria cambió nuevamente cuando todas las tarifas, a excepción de productos de necesidad urgente como ruedas, maquinaria industrial y petróleo, fueron aumentadas en un 50%. Durante la dictadura, los alimentos producidos a nivel nacional recibieron una protección adicional, alcanzando las alzas tarifarias un máximo de hasta un 71% en el período entre 1928 y 1931. Las medidas respondían a las demandas combinadas de la industria y la agricultura, pero se oponían a los intereses de los consumidores. De hecho, estos últimos protestaron contra las tarifas de importación de productos agrícolas y ganado, las que generaron un aumento abrupto de los costos<sup>348</sup>. En el caso de la marina mercante, una ley de febrero de 1922 excluyó a los barcos no chilenos del trans-

<sup>347</sup> *Texto definitivo de las leyes de trabajo*. Para el Seguro Obrero Obligatorio, ver Loyola y Vergara, *op. cit.*, pp. 32-34.

<sup>348</sup> Remmer, *op. cit.*, pp. 146-152; Houseman, *op. cit.*, pp. 104 y 119-121.



porte entre puertos nacionales. Esta medida pretendía apoyar a la Compañía Sudamericana de Vapores, de propiedad nacional. Por lo demás, los legisladores se esmeraron en definir cuidadosamente las características de un barco nacional, estableciendo que el dueño, tres cuartos del capital de la compañía y tres cuartos de la tripulación debían ser chilenos<sup>349</sup>.

El Código Laboral y el aumento de aranceles fueron sobrepasados por las medidas implementadas después de la imposición del régimen de Ibáñez en 1927. Ese mismo año, las compañías aseguradoras extranjeras fueron requeridas a reincorporarse como compañías chilenas. Un impuesto sobre el combustible para las compañías mineras quedó pendiente y se consideró un impuesto especial para productos importados en barcos extranjeros, si bien éste fue eventualmente archivado debido a la presión ejercida por la embajada de Estados Unidos, manteniéndose sólo una tarifa especial de consulado para barcos extranjeros<sup>350</sup>. El nuevo régimen también trató de mejorar la protección al consumidor, atacándose el plan de ventas en cuotas, especialmente el de la Compañía de Máquinas de Coser Singer y de los manufactureros de automóviles. Muchas acusaciones legales surgieron de la práctica de reposición de maquinarias en caso de deudas de grandes sumas; debido a esta situación, el Ministerio del Interior chileno quiso abolir definitivamente las ventas en cuotas en el país. En noviembre de 1927, se aprobó una ley al efecto, pero no fue puesta en práctica de inmediato. Dos años más tarde, las protestas de las afectadas compañías estadounidenses y de sus representantes diplomáticos llevó a remover la amenazante legislación<sup>351</sup>.

El impuesto sobre las compañías extranjeras fue otro punto de la legislación nacionalista. Hasta mediados de la década de 1920, los impuestos habían sido muy bajos; sólo entonces las discusiones acerca de posibles incrementos llegaron al Congreso. La injusticia de costos comparativamente inferiores para inversionistas extranjeros fue denunciada en el Senado chileno. Economistas líderes como Macchiavello Varas exigieron un impuesto más alto para poder garantizar la integración de los extranjeros a la economía nacional. Se escucharon repetidamente, durante los siguientes años, demandas por la introducción de nuevos impuestos o un aumento en las tarifas de exportación para poder participar en las enormes ganancias de las compañías mineras<sup>352</sup>. La ley

<sup>349</sup> Embajada chilena al M.R.E. en Santiago, Washington, 8 de octubre de 1927, en A.M.R.E., 1092.

<sup>350</sup> Embajada chilena al M.R.E. en Santiago, Washington, 8 de octubre de 1927, en A.M.R.E., 1092. Véase también Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 10 de septiembre de 1927, 825.00/531, R.G. 59, N.A.; O'Brien, *The Revolutionary...*, op. cit., p. 184; Monteón, *Chile in the Nitrate...*, op. cit., p. 167.

<sup>351</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 29 de octubre de 1927, 825.5161/3, R.G. 59, N.A.

<sup>352</sup> "Deficiencia de los impuestos a los capitales extranjeros", en Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 3 de agosto de 1921, pp. 850-852; Macchiavello, *El proble-*

que aumentaba el impuesto a la renta fue finalmente aprobada en 1927. Las compañías mineras fueron atacadas a través de tarifas adicionales impuestas a firmas que empleaban más de doscientos hombres y que refinaban el producto dentro del país<sup>353</sup>. Además, los empleadores fueron afectados por un nuevo Código Laboral desarrollado a fines de la década de 1920 y puesto en práctica en 1931. Este establecía un sistema de relaciones laborales dirigido por el Estado. Los sindicatos se integraron a las cortes laborales y paneles de arbitrio, haciéndose obligatorias la incorporación a un sindicato y la arbitración. A pesar de sus muchas restricciones, el Código establecía una base legal para la negociación colectiva, la sindicalización y las huelgas<sup>354</sup>.

Una vez en el poder, el régimen de Ibáñez también buscó actuar sobre la demanda por nacionalizar los recursos naturales. Mientras que en los sectores tradicionales del salitre y del cobre, el espacio dejado al gobierno era pequeño, éste trató de proteger los intereses de los productores chilenos de carbón al imponer altos aranceles a la importación de petróleo. Sin embargo, la iniciativa fracasó cuando las compañías mineras extranjeras que operaban grandes motores diesel protestaron en contra de la medida<sup>355</sup>. Las recientemente descubiertas reservas de petróleo otorgaban esperanzas para el desarrollo nacional y algunos periódicos señalaban que su aparición en territorio nacional parecía indicar el amanecer de "una nueva era" en Chile<sup>356</sup>. Ya en diciembre de 1926 una ley (4.109) reservó para el Estado todas las tierras donde se encontrara petróleo. En febrero de 1928, la ley 4.281 terminó con todas las concesiones previas de petróleo y estableció que no se concederían concesiones a futuro. Se determinó, además, que las exploraciones para el recurso debían ser dirigidas por científicos chilenos y diez millones de pesos fueron puestos a disposición del presidente para ser utilizados en nuevas exploraciones<sup>357</sup>.

---

*ma...*, *op. cit.*, p. 116; "La Anaconda compra la Chile Copper", en *El Mercurio*, 18 de marzo de 1923, p. 11; "El trust del cobre", en *La Nación*, 16 y 27 de noviembre de 1926, p. 3. De acuerdo con Klubock, *op. cit.*, p. 30 la Braden Copper tenía que pagar un impuesto a la renta del 12% para El Teniente en 1922 y del 18% en 1932.

<sup>353</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 13 de octubre de 1928, 825.5123/27, R.G. 59, N.A.

<sup>354</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 27 de julio de 1932, 825.504/88, R.G. 59, N.A.; Chile-American Association, Boletín mensual, agosto de 1932, 825.00/762, R.G. 59, N.A.

<sup>355</sup> Embajada chilena al M.R.E. en Santiago, Washington, 8 de octubre de 1927, en A.M.R.E., 1092; Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington, D.C., Santiago, 10 de noviembre de 1928, 825.6362/50, R.G. 59, N.A. Para la gestión de la Gran Minería, ver "Intereses norteamericanos en Chile", en *El Diario Ilustrado*, 1 de diciembre de 1927, p. 3; Monteón, *Chile in the Nitrate Era...*, *op. cit.*, p. 169.

<sup>356</sup> Fernando Santiván, "En persecución del petróleo", p. 3.

<sup>357</sup> Houseman, *op. cit.*, p. 121; Mira Wilkins, "Multinational Oil Companies in South America in the 1920s", pp. 442-443; Mira Wilkins, *The Maturing of Multinational Business: American Business Abroad from 1914 to 1970*, p. 116.

Sin embargo, a pesar de las nuevas leyes y de las demandas de los nacionalistas radicales, el gobierno chileno siguió dependiendo del capital y conocimiento de la Standard Oil de Nueva Jersey, una compañía que controlaba el comercio de petróleo de Chile, llevando a una situación paradójica. Por un lado, el gobierno en 1930 estaba negociando la construcción de una refinería en Chile con la Standard Oil. Por otro lado, una ley de enero de 1931 reservaba la producción y operación de refinerías de petróleo al Estado. Lo que a primera vista parecía una contradicción encontraba sentido en una cláusula de la nueva ley que autorizaba al gobierno a conceder concesiones a extranjeros y, de hecho, a principios de 1931, seis nuevas compañías presentaron propuestas. Las compañías extranjeras no sólo mantenían patentes decisivas: a diferencia del gobierno chileno, también tenían el capital necesario para el ambicioso proyecto. En todo caso, el petróleo importado siguió siendo más barato que el producto refinado a nivel nacional. Este ejemplo demuestra el carácter ambivalente del nacionalismo económico del régimen de Ibáñez: se trabajó en una imagen pública centrada en la visión estratégica del petróleo, pero a puertas cerradas se mantuvo la cooperación con empresas extranjeras<sup>358</sup>.

Una misma problemática pudo ser detectada en el sensible campo del transporte aéreo. La aviación era considerada no sólo militarmente importante sino, además, como un campo crucial en el establecimiento del interés nacional. El proteccionismo de este sector no tuvo oposición. El Ministerio de Guerra chileno y su jefe especialista de aviación, el coronel Arturo Merino Benítez, quien estableció uno de los primeros servicios aéreos nacionales en Latinoamérica, insistieron en crear una línea aérea nacional monopólica<sup>359</sup>. Oponiéndose a estos planes se encontraban los intereses de la PANAGRA, una compañía subsidiada principalmente por el gobierno de Estados Unidos. PANAGRA quería establecer un servicio que cubriera toda Latinoamérica y por lo mismo necesitaba la concesión para volar sobre el territorio chileno. El gobierno de Ibáñez firmó un contrato temporal para correo aéreo, pero no estaba dispuesto a otorgar una concesión para transporte de pasajeros porque esto significaría generar una competencia con su propio servicio militar entre Santiago y Arica. La situación encontró solución al final del gobierno de Ibáñez; esto evidenció que si los chilenos no estaban dispuestos a perder la conexión con la emergente red global de correos aéreos, debían desechar el curso estrictamente nacionalista, deseado por Merino Benítez<sup>360</sup>.

<sup>358</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 1 de mayo de 1930, 825.6363/51, R.G. 59, N.A.; Houseman, *op. cit.*, p. 121. Para una evaluación de las leyes del petróleo desde una perspectiva estadounidense, véase Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 8, 1, y 12 de junio de 1931, 825.6363/63 y /68, R.G. 59, N.A.

<sup>359</sup> Arturo Merino Benítez, "La concesión a la Pan American Grace Airways", p. 9 y p. 3.

<sup>360</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 21 de diciembre de 1928, 22 de marzo y 28 de abril de 1930, 825.796/32, /58, y /61, R.G. 59, N.A.; *Chile in 1930...*, *op. cit.*, p. 11.

El caso más controvertido del nacionalismo económico fue la reforma de un sector clave de la economía chilena: el salitre. Desde 1927, el régimen de Ibáñez había mostrado un gran interés en el apoyo de esta industria. El Estado otorgó dinero para exploraciones científicas y facilidades crediticias a los pequeños productores chilenos, mientras que las tarifas de transporte y otros aranceles fueron disminuidos. De hecho, se observó una recuperación de la industria del nitrato durante los años 1928-1929, con una consolidación de la producción y la generación de nuevas fuentes de trabajo. Se comenzó a gestar un proceso de concentración a medida que los productores más pequeños iban siendo desplazados por otros más grandes y eficientes. Sin embargo, la recuperación fue un fenómeno pasajero<sup>361</sup>.

Hacia 1930, la sobreproducción del mercado mundial de nitrato llevó a que sus precios experimentaran la baja más grande en treinta años; las entradas del gobierno y la tasa de empleo disminuyeron en forma correspondiente y se hizo evidente la urgencia de medidas drásticas para revertir la situación. De ahí que en junio de 1930, la administración de Ibáñez promulgara una ley que ordenaba una reorganización completa de la industria. La compañía de nitrato nacional debía ser el proyecto más importante de la racionalización chilena: garantizaría un futuro próspero y se convertiría en un monumento viviente a Ibáñez y a sus consejeros tecnócratas.<sup>362</sup> Sin embargo, este proyecto maestro no podía ser realizado sin ayuda extranjera. Cuando en marzo de 1931 se fundó oficialmente la C.O.S.A.Ch, el gobierno chileno y los productores privados se unieron para rescatar la industria del salitre. La gigantesca y dominante empresa privada Guggenheim recibió el control del directorio. En un movimiento casi revolucionario, el impuesto a la exportación del salitre, el ingreso principal del Estado chileno por medio siglo, fue abolido. A su vez, la familia Guggenheim acordó pagar 80 millones de dólares hasta 1933 y otorgar al gobierno el 50% de las ganancias de la compañía de allí en adelante<sup>363</sup>.

Desde un punto de vista oficial, la cercana cooperación entre el Estado chileno y la empresa estadounidense fue necesaria debido a que esta última poseía no sólo la experiencia organizativa y técnica sino, también, la fuerza financiera. De acuerdo con las explicaciones del gobierno, la C.O.S.A.Ch. abría el camino a un futuro brillante, con nuevas industrias químicas y farmacéuticas<sup>364</sup>. No obstante, el número de chilenos que compartían esta opinión

<sup>361</sup> O'Brien, *The Revolutionary...*, *op. cit.*, p. 186-187; O'Brien, "Rich beyond...", *op. cit.*, pp. 144-149; Seidel, *Progressive...*, *op. cit.*, pp. 353-356.

<sup>362</sup> Departamento de Estado de los Estados Unidos, División de Asuntos Latinoamericanos, Memorándum, Washington, 1 de enero de 1931, 825.6374/908, R.G. 59, N.A. Para el uso del término 'racionalización' en cuanto a la C.O.S.A.Ch. véanse, por ejemplo, los debates del Congreso: "Compañía Salitrera Nacional de Chile", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 3 de junio de 1930, p. 164.

<sup>363</sup> O'Brien, *The Revolutionary...*, *op. cit.*, p. 192; Monteón, *Chile in the Nitrate Era...*, *op. cit.*, pp. 170-173.

<sup>364</sup> Para la perspectiva oficial, ver Keller, *La eterna crisis chilena*, pp. 215-217.

era pequeño. Desde el principio, las negociaciones entre Ibáñez y los hermanos Guggenheim habían sido severamente criticadas incluso en un congreso y una prensa habitualmente dóciles con el dictador. El acuerdo de la C.O.S.A.Ch. generó grandes críticas cuando se hizo público en 1931. Ibáñez respondió con su propia campaña de prensa y la deportación de sus detractores más vociferantes. De esta forma, el caso C.O.S.A.Ch. reforzó los ataques generales en contra del régimen, dificultando aún más su situación<sup>365</sup>. Dada la crítica llena de acrimonia, quedaba claro que el destino político de Ibáñez dependería del éxito de C.O.S.A.Ch.

Los problemas con la C.O.S.A.Ch. demostraron que la intención del régimen de Ibáñez de llevar a cabo proyectos efectivos para la protección de los intereses económicos de la nación, fracasó debido a circunstancias adversas. Pero si el espíritu de nacionalismo no iba a surgir en forma tan evidente como los representantes más radicales del movimiento querían, al menos la apariencia del registro nacionalista de Ibáñez debía permanecer sin manchas. Así, el régimen ejerció gran presión con la ley 4.791 de enero de 1930, la cual no dejó otra alternativa a las compañías extranjeras que reorganizarse como empresas chilenas. Como consecuencia de la ley, creció el número de chilenos influyentes en los directorios, aunque pronto las empresas extranjeras comenzaron a desarrollar estrategias efectivas para sobrepasar la legislación. Las empresas de seguros estadounidenses, por ejemplo, asumieron un origen nacional a través de la compra de la mayoría de las acciones de empresas chilenas bien establecidas, para operar en Chile bajo sus nombres<sup>366</sup>. En muchos casos la 'chilenización' fue superficial y la embajada de Estados Unidos comentó en 1931: "...un recubrimiento de azúcar se pone encima de la amarga píldora de la explotación extranjera... cuando una compañía extranjera se organiza a sí misma como una entidad chilena..."<sup>367</sup>. Los chilenos pudieron sentir la amargura debajo del azúcar en ése y otros puntos y comenzaron a protestar en contra de las estrategias del gobierno reflejadas en la campaña "Compre Chileno", los esfuerzos de chilenización y la fundación de la C.O.S.A.Ch., todos esfuerzos incapaces de distraer a la población de los problemas reales de Chile.

Ciertamente, el final de la década de 1920 y el comienzo de la década de 1930 fueron un período durante el cual muchas de las antiguas demandas del movimiento nacionalista en el sector económico causaron por primera vez

<sup>365</sup> "Discusión general del proyecto de presupuesto", en Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias*, 11 de noviembre de 1929, pp. 229-240; "Compañía de Salitre de Chile", en Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 17 de agosto 1931, p. 1441. Para la campaña del gobierno: "¿Sirve la COSACH el interés nacional?", en *La Nación*, 2 y 11 de julio de 1930, p. 3. También Macchiavello, *Política...*, op. cit., tomo 1, p. 292.

<sup>366</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 4 de octubre de 1929, 625.111/4, R.G. 59, N.A.

<sup>367</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 13 de mayo de 1931, 825.00/General Conditions/ 26.

una reacción por parte del gobierno. Se emitió un sinnúmero de leyes y reglamentos para dar un tratamiento preferencial a los intereses chilenos. Así, en Chile la estrategia de crecimiento “dirigida hacia adentro” comenzó claramente en la década de 1920. El nacionalismo económico del régimen de Ibáñez tiene que ser comprendido como resultado y clímax del discurso nacionalista. Sin embargo, hacia 1929 parecía que los hitos de la legislación económica nacionalista habían perdido relevancia, no obstante las pretensiones de Ibáñez al respecto. El “recubrimiento azucarado” de la chilenización fue diluido mientras el gobierno continuó entregando generosas concesiones a las empresas extranjeras. La retórica nacionalista creó expectativas demasiado altas y destinadas a frustrarse producto de la evidente dependencia del conocimiento y los capitales foráneos. Con frecuencia, el proyecto nacionalista de Ibáñez debió ceder terreno por la necesidad de préstamos extranjeros.

## EPÍLOGO

### LA GRAN DEPRESIÓN Y EL PROYECTO INCONCLUSO

Un escritor anónimo, P, publicó en julio de 1930, una historia ficticia y bizarra en *El Diario Ilustrado* acerca de un niño que había muerto luego que su padre, Belarmino, había estirado su cuerpo con el afán de hacerlo crecer rápidamente. Este ambicioso padre estaba engeguecido por el crecimiento: “¡Así progresaremos! –exclamaba– La cuestión es crecer, icrecer! Grandes edificios, inmensas ciudades, magníficos caminos”. Belarmino no atendía a razones acerca de cómo lograr ese crecimiento y se enojaba con aquellos que lo exortaban a moderar su proyecto:

“El progreso no admite demora. Y si la plata es prestada, precisamente por lo mismo hay que apurarse. No sea que se nos acabe y quedemos a medio crecimiento. Antes de un año debemos tener los edificios más altos, las piscinas más hondas, los caminos más largos y los automóviles más morrocotudos de toda la América. ‘Crecimiento intensivo’, ese es mi programa”<sup>368</sup>.

Muchos de los lectores sabían que P. era Jenaro Prieto, un conocido periodista y escritor cuyos sáriras le llevaron a prisión varias veces. Incluso, si los lectores desconocían a Prieto, igualmente podían comprender los alcances de la historia. Belarmino, el lunático del crecimiento, no podía ser nadie más que Ibáñez y el pequeño niño alargado hasta morir era Chile. En todo caso, Prieto imaginaba un final más bien conciliador para esta historia al preguntar: “¿quién podía dudar de la buena intención de Belarmino?”<sup>369</sup>. Sin embargo, el ambiente conciliatorio terminó un año más tarde, cuando todos los esfuerzos por revivir al niño fallaron y una muchedumbre airada expulsó a Belarmino fuera de su hogar. ¿Qué había sucedido?

Unos nueve meses antes de que la historia fuera publicada, informes que llegaban de los centros financieros mundiales habían comenzado a preocupar al público chileno. La caída de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929 llegó a ser vista como el evento que podría causar una crisis económica a

<sup>368</sup> P. [Jenaro Prieto], “El velorio”, en *El Diario Ilustrado* (29,7,1930), p. 3.

<sup>369</sup> *Ibid.* Para Prieto ver, por ejemplo, Thomas C. Meehan, “Jenaro Prieto: The Man and his Work”, pp. 161-176.

escala global y, por lo mismo, fue interpretado como una advertencia para Chile<sup>370</sup>. De hecho, la preocupación estaba bien fundada; los primeros efectos de la crisis se sintieron rápidamente en esa remota esquina del mundo, al tiempo que se remecía la fe en el sistema económico liberal. Durante los próximos años, la Gran Depresión originó una inquietud política, una crisis económica severa y dificultades extremas para innumerables personas.

Comparado con la situación de muchos otros países, 1930 fue relativamente bueno para Chile, pues el gobierno tuvo la capacidad de aliviar al menos parte de las tremendas dificultades dejadas por la contratación de préstamos extranjeros en años anteriores. Sin embargo, las fuentes de capital foráneo se secaron a comienzos de 1931 y, en consecuencia, todos los indicadores económicos llegaron a niveles dramáticos: la caída abismante de las exportaciones mineras fue acompañada por el derrumbe de los precios del salitre y del cobre, llevando a severos recortes en la producción minera. El rendimiento agrícola disminuyó junto con la construcción de edificios públicos, el comercio extranjero, el valor del peso y las entradas del gobierno. Los únicos parámetros estadísticos que aumentaban sin parar eran las tasas de inflación y de desempleo<sup>371</sup>. Los economistas chilenos apuntaban sin descanso a las dimensiones hemisféricas y globales de la crisis. La crítica situación afectó la base misma del poder del dictador Ibáñez, cuya legitimidad descansaba en el cumplimiento de su prometido programa de nacionalización y modernización. Hacia fines de 1930, la crítica doméstica había llegado a tal grado, que hasta el periódico oficial *La Nación* se lamentó de la falta de confianza en la capacidad del gran líder<sup>372</sup>.

La posición de Ibáñez se deterioró más aún a comienzos de 1931. En un esfuerzo desesperado por mantener el poder, emitió un decreto que le concedía facultades extraordinarias para luchar en contra de la urgente situación. De esta forma, en mayo de ese año fueron introducidos nuevos impuestos y se recortó el salario de los empleados de gobierno y militares, aunque en forma paralela se creó un extraordinario presupuesto para las fuerzas armadas contribuyendo con ello al rechazo general del régimen. Todas las construcciones de edificios públicos fueron frenadas, lo cual contribuyó aún más al desempleo. En este momento el gobierno necesitaba cada peso para poder pagar las importaciones imprescindibles. La resistencia popular aumentó a medida que las nuevas leyes probaron ser inefectivas para controlar los efectos de la crisis

<sup>370</sup> "La repercusión en Chile de la catástrofe financiera...", en *El Diario Ilustrado*, 30 de octubre de 1929, p. 1; Carlos Aninat, "La crisis económica en América Latina", pp. 765-768.

<sup>371</sup> Los estudios claves para los efectos de la crisis en Chile son Eduardo Ortiz, *La Gran Depresión y su impacto en Chile, 1929-1933* y Michael Monteón, *Chile and the Great Depression: The Politics of Underdevelopment, 1927-1948*, pp. 42-47 y 63-79. También Drake, *The Money ...*, *op. cit.*, pp. 115-117.

<sup>372</sup> "Allá y aquí", en *La Nación*, 11 de diciembre de 1930, p. 3. Para un buen análisis de la posición de Ibáñez, ver Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 14 de agosto de 1930, 825.51/324, R.G. 59, N.A.



sobre la población chilena<sup>373</sup>. La precariedad esencial del régimen de Ibáñez se hizo obvia al no poder cumplir con el pago de la deuda externa en junio de 1931, lo cual llevó a seguir el ejemplo de muchos otros países con la declaración de una moratoria oficial el día 15 de julio. Finalmente, ese mismo mes se introdujo un control sobre el cambio de moneda extranjera, causando la ira de las empresas extranjeras en el país<sup>374</sup>.

Otros esfuerzos por parte de la prensa oficial para convencer al público de la necesidad patriótica de las medidas dictadas resultaron infructuosas al constatar el fracaso de la C.O.S.A.Ch., la compañía sobre la cual Ibáñez basaba toda su fortuna política. Cuando se fundó la C.O.S.A.Ch., muchas oficinas ineficientes fueron cerradas y se instauró el sistema Guggenheim que requería menos labor manual, con lo cual treinta mil trabajadores perdieron sus puestos. A medida que el número de trabajadores activos en la industria del nitrato disminuía, los mineros desempleados de Antofagasta se unieron a las protestas de estudiantes y profesionales en las ciudades. La C.O.S.A.Ch. tampoco pudo cumplir su promesa de ser una nueva fuente de ingresos para el gobierno debido a la agravante situación mundial del nitrato. Sumido en la desesperanza de esta situación, Ibáñez finalmente dejó el poder el 27 de julio. El pueblo celebró en las calles la caída del dictador<sup>375</sup>.

Sin embargo, la felicidad fue temporal, porque no se veía final al problema económico. El futuro no brillaba para un país cuya economía dependía casi exclusivamente de las exportaciones a los mercados mundiales del salitre y del cobre, y de una ineficiente agricultura en manos de un número pequeño de terratenientes. Hacia fines de 1932, todavía se mantenía la pérdida de mercados extranjeros y la depreciación del peso acompañadas de la consiguiente caída en el poder comprador de las masas y de un aumento exagerado en los precios. Ese mismo año, Chile ocupó el lugar número uno en la lista de los países más afectados por el colapso de sus mercados de exportación en la encuesta de economía mundial publicado por la Sociedad de las Naciones<sup>376</sup>.

La crisis económica amparó la agitación política que quebró a la sociedad chilena luego de la caída de Ibáñez. En septiembre de 1932, el embajador de Estados Unidos en Santiago comentó irónicamente que "la inestabilidad de Chile era una cosa estable" ya que el país parecía acostumbrado a las denominadas revoluciones y golpes de Estado encabezados por las fuerzas militares<sup>377</sup>.

<sup>373</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 1 de mayo de 1931, 825.51/373, R.G. 59, N.A.

<sup>374</sup> Fermandois, *op. cit.*, p. 33. Para las reacciones de las empresas extranjeras, ver Embajada chilena al M.R.E. en Santiago, Washington, 23 de febrero de 1932, N.N. 2, A.M.R.E.

<sup>375</sup> O'Brien, *The Revolutionary...*, *op. cit.*, p. 193.

<sup>376</sup> Ortiz, *op. cit.*, pp. 53-78; Fermandois, *op. cit.*, p. 32-34.

<sup>377</sup> Embajada de los Estados Unidos a Departamento de Estado en Washington D.C., Santiago, 21 de septiembre de 1932, 825.00 Revolutions/208, R.G. 59, N.A. Para el desarrollo político, véase Fermandois, *op. cit.*, pp. 30-31; Collier y Sater, *A History...*, *op. cit.*, pp. 221-226.

La crisis institucional encontró fuerte eco en la cultura política chilena. Los críticos conservadores lamentaban la decadencia, el materialismo y la pérdida de la autoridad patriarcal. De acuerdo con muchos, la "edad del dinamismo" había terminado y se necesitaba un retorno a los valores tradicionales. El pesimismo cultural se acompañó de un surgimiento de la xenofobia, tal como lo señalara Carlos Keller: "La crisis económica ha permitido que surja entre nosotros una animadversión contra los extranjeros, cierto espíritu boxer"<sup>378</sup>. Frustrados seguidores de Ibáñez, como el mismo Keller, continuaron exigiendo un líder autoritario a medida que el "espíritu boxer" se alojaba profundamente en la esfera económica.

A pesar de, o mejor dicho, debido a la agitación política, se discutió en el Congreso un grupo de leyes y decretos nacionalistas destinado a reforzar la economía chilena a expensas de los intereses extranjeros. Los políticos chilenos de casi todos los partidos concordaban en que los extranjeros se habían beneficiado durante mucho tiempo de los recursos del país, por lo que ahora también debían compartir los malos tiempos con todos los chilenos<sup>379</sup>. El asunto más serio fue la disolución de la C.O.S.A.Ch. Aunque esto era un problema complicado, no había tiempo para consideraciones serias, porque el pueblo, airado por los resultados de una investigación que acusaba a Ibáñez de alta traición, exigía una acción inmediata<sup>380</sup>. En este acalorado clima político de 1931-1932, era la postura sobre la C.O.S.A.Ch. la que decidía acerca del éxito o fracaso electoral de los políticos. Hacia finales de 1932, Arturo Alessandri ganó su segundo período presidencial debido a su promesa de terminar con la C.O.S.A.Ch. inmediatamente<sup>381</sup>.

Frente a la salida de Belarmino/Ibáñez y a los fallidos intentos por revivir al niño/Chile, muchos frustrados chilenos concluyeron que el aspecto modernizador del autoritarismo había sido nada más que una retórica vacía, que en lugar de generar progreso y prosperidad, sumió al país en la peor crisis económica del siglo. Con ello no sólo se perdió todo el atractivo el tipo de modernización decretada por el régimen dictatorial, sino que también se rompió la confianza en la promesa de la modernización en general. ¿De qué servía la vida moderna cuando no había trabajo, cuando automóviles y aparatos del hogar debían ser devueltos por no pago y cuando ya no había dinero para ir al cine o a los *dancings*? La Gran Depresión fue el lado más oscuro de la modernidad, ya que demostró dolorosamente que la integración a un sistema de

<sup>378</sup> Carlos Keller R., *Un país al garete: Contribución a la sismología social de Chile*, p. 82. También Alberto Casal, "La crisis moral", p. 5; Lautaro García, "Dinamismo y patriotismo", p. 4.

<sup>379</sup> Houseman, *op. cit.*, pp. 138-153.

<sup>380</sup> "La COSACH constituye el más grave atentado contra los intereses nacionales", en *El Diario Ilustrado*, 8 de noviembre de 1931, pp. 1-2; Rivas, *op. cit.*, pp. 26-27.

<sup>381</sup> O'Brien, *The Revolutionary...*, *op. cit.*, pp. 195-197; Fermandois, *op. cit.*, pp. 81-88 y 152-159.

mercado y consumismo mundial traía consigo el riesgo de convertirse en víctima de la inestabilidad del sistema.

La versión chilena de una temprana modernidad en la periferia tuvo muchas dimensiones. A primera vista, el surgimiento de una cultura de masas y los procesos de cambio urbano en Chile reflejaron cuanto ocurría en otras regiones del mundo más o menos desarrolladas. Sin embargo, estos procesos tenían una calidad distinta en Chile. Los rascacielos modernos se encumbraron por sobre, pero también a la vista de y en contacto con aquellos barrios pobres denigrados por quienes los consideraban de "la edad de piedra". Las imágenes esparcidas por los modernos medios de comunicación eran imágenes intercambiables de consumismo. Las fotografías se convirtieron en sustituto para las palabras y lograron un poder de convencimiento mayor que el de los textos escritos, aunque tenían distinto significado para distintas porciones de la población, la mitad de la cual todavía era analfabeta en este período.

Muchos chilenos de la época interpretaron los cambios socioculturales de las primeras décadas del siglo xx como parte constituyente del proceso general de la modernización occidental. De hecho, las elites chilenas querían que su país siguiera ese proceso, aunque causaron suspicacia. La cultura de masas, ¿conducía a una democracia de masas? Su propio sistema político parecía corroborar estas dudas. La llegada de Alessandri al poder en 1920 fue un portento e incluso el autoritarismo de Ibáñez apuntaba hacia la misma dirección.

Mirando al proyecto de modernidad desde la perspectiva subalterna de la clase trabajadora, vemos, sin embargo, que los temores de las elites eran infundados. En una gran proporción, las masas de campesinos y obreros permanecieron alejados de muchas formas de la modernidad que Chile había adoptado en el siglo xx, pero nunca totalmente. En los enclaves y otros lugares de trabajo algunos trataron de mantener la velocidad de un rápido sistema de producción mientras que otros perdieron sus empleos por la racionalización de los procesos de trabajo. Más aún, la clase trabajadora experimentó la modernización a través de varios esfuerzos de reformas provenientes de un Estado intervencionista que ahora emergía lentamente en Chile. Las reformas otorgaban un grado de seguridad desconocido hasta ese momento para los trabajadores, pero también interferían masivamente en sus vidas diarias al tratar de regular casi todo, desde sus hábitos con la bebida hasta su conducta sexual.

Las reformas fueron pensadas y llevadas a cabo a través de una creciente burocracia consistente en miembros de la incipiente clase media urbana; era justamente esta clase la que se beneficiaría con la modernización de Chile durante este período. Claramente, el aumento de su número era tanto causa como efecto del proceso. Los reformistas de clase media contribuyeron en forma decisiva a la elaboración del discurso nacionalista en torno a las nociones de chilenidad y solidaridad continental, que encontró expresión en la le-

gislación proteccionista de fines de la década de 1920. Sin embargo, muchas de las promesas de aquel nacionalismo no fueron cumplidas y el autoritarismo progresista que las había propagado finalmente tuvo que ceder, dejando en el camino a un país quebrado.

A ojos de algunos, la Gran Depresión pareció devolver al país al estado de la "politiquería" del período parlamentario, aunque la realidad fue otra. Los cambios en Chile continuaron, la urbanización se incrementó en una escala masiva, al igual que la cultura de masas que iba consigo y que era transmitida por una oferta creciente de medios eléctricos. El sistema político dejó de estar sólo en manos de una pequeña oligarquía tradicional, mientras el Partido Radical ascendía, la izquierda marxista se establecía, y se ampliaba lentamente el electorado. La economía se transformó a medida que el cobre reemplazó al salitre en el importante sector de las exportaciones y se lograron avances en la industrialización estatal. La modernización en Chile tenía un aspecto desafiante especial, el cual requiere de mucho análisis todavía. La modernidad en Chile continuó siendo un proyecto en marcha, aunque no se cumpliera el sueño de Belarmino de "los edificios más altos, las piscinas más hondas, las caminos más largos y los automóviles más morrocotudos de toda la América".

## FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

### FUENTES

- Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, volúmenes de correspondencia entre el Ministro y la embajada chilena en Washington.
- Archivo Nacional de Chile, Asociación de Productores de Salitre: Actas del Directorio, Circulares del Directorio, Comisión consultativa
- Archivo Nacional de los Estados Unidos, Washington D.C.
- Registro 59: Fondos generales del Departamento de Estado (General Records of the Department of State)
- Registro 84: Oficinas del servicio externo (Foreign Service Posts). Chile, Oficinas diplomáticas (1824-1935)
- Registro 151: Fondos generales de la Oficina de Comercio Externo e Interno, Departamento de Comercio (Bureau of Foreign and Domestic Commerce, Department of Commerce).
- Registro 165: Departamento de Guerra: Estado mayor y especiales. (War Department: General and Special Staffs). División de inteligencia militar (Military Intelligence Division. División del colegio de guerra (War College Division).

### FUENTES IMPRESAS

- Chile, *Constitución política de la República de Chile*, Santiago, 1925.
- Cámara de Diputados. *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 1900-1932.
- Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 1900-1932.
- Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 1900-1932.
- Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 1900-1932.
- Texto definitivo de las leyes de trabajo*, Santiago, La Nación, 1931.

### PERIÓDICOS Y REVISTAS

- Anales de la Universidad de Chile*, Santiago.
- Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, Santiago.
- Atenea: Revista mensual de ciencias, letras y bellas artes*, Concepción.

- Boletín de la SOFOFA*, Santiago.
- Boletín Minero [de la Sociedad Nacional de Minería]*, Santiago.
- Caminos y Turismo*, Valparaíso.
- Chile Magazine*, Santiago.
- Cine Gaceta*, Santiago.
- Cine-Mundial*, Nueva York.
- Claridad*, Santiago.
- Corre Vuela*, Santiago.
- El Despertar de los Trabajadores*, Iquique.
- El Diario Ilustrado*, Santiago.
- Écran*, Santiago.
- La Federación Obrera*, Santiago.
- Hollywood*, Santiago.
- Hoy*, Santiago.
- El Industrial*, Antofagasta.
- La Información*, Santiago.
- Inter-América*, Nueva York.
- Justicia*, Santiago.
- El Mercurio*, Santiago.
- La Nación*, Santiago.
- Norte y Sur*, Santiago.
- La Nueva Democracia*, Nueva York.
- Pacífico Magazine*, Santiago.
- La Película*, Valparaíso.
- Revista Católica*, Santiago.
- Revista Chilena*, Santiago.
- Revista de Bibliografía Chilena*, Santiago.
- Revista de Educación*, Santiago.
- Revista de Política Internacional*, Santiago.
- La Semana Cinematográfica*, Santiago.
- Los Sports*, Santiago.

*Sucesos*, Santiago.

*El Sur*, Concepción.

*Telón*, Santiago.

*Topaze*, Santiago.

*Las Últimas Noticias*, Santiago.

*La Unión*, Valparaíso.

*Viña del Mar*, Viña del Mar.

*Zig-Zag*, Santiago.

#### ARTÍCULOS

Acevedo Hernández, "Goodrich, campeón del mundo", en *Los Sports*, 17 de julio de 1925.

Álvarez, Alejandro, "El panamericanismo y la política internacional de América", en *Revista Chilena*, N° 15, 1923.

Álvarez, Alejandro, "Influencia de la América Latina en la futura vida internacional", en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 2 serie 1, enero de 1923.

Allende Navarro, Nicanor, "La exportación de las primeras materias", en *La Nación*, 18 de marzo de 1928.

Aninat, Carlos, "La crisis económica en América Latina", en *Revista Chilena*, N° 125-128, 1930.

Arregui de Rodicio, Celinda, "El feminismo en Chile", en *La Nueva Democracia*, abril de 1926.

Aymarel, Aubier, "La influencia moral de las lecturas y del biógrafo", en *Revista Chilena*, N° 58, 1922.

Azagra, Lucila, "La educación por el cine", en *La Semana Cinematográfica*, 8 de abril de 1920.

Azagra, Lucila, "La mujer en EE.UU.", en *La Semana Cinematográfica*, 7 de octubre de 1920.

Babel, Juan, "Sportwomen", en *Zig-Zag*, 18 de junio de 1927.

Barr-Melej, Patrick, "Cowboys and Constructions: Nationalist Representations of Pastoral Life in Post-Portalian Chile", en *J.L.A.S.*, N° 30, 1998.

Barr-Melej, Patrick, "The Four Rs (Reading, Writing, Arithmetic and Raza): Public Education, the Idea of Race and the Making of an Alternative Nationalism in Chile", manuscrito, University of California at Berkeley, 1998.

Bennett A., J., "Racionalización de la producción", en *Boletín de la SOFOFA*, N° 48, 1931.

- Bernedo, Patricio, "Prosperidad económica bajo Carlos Ibáñez del Campo 1927-1929", en *Historia*, N° 24, 1989.
- Boonen Rivera, Jorge, "Chuquicamata", en *Pacífico Magazine*, N° 15, junio de 1920.
- Borcosque, Carlos, "La producción de películas en español en Hollywood", en *La Nación*, 24 de febrero de 1930.
- Bouey, Louis, "El manager de 'El Tani' y el campeón del mundo", en *Los Sports*, 2 de octubre de 1925.
- Bravo Elizondo, Pedro, "*El Despertar de los Trabajadores*, 1912-1922: periódico, partido, cultura proletaria", en *Araucaria de Chile*, N° 27, 1984.
- Bunge, Alejandro, "Una gran unidad económica: La unión aduanera del Sur", en *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, N° 29, 1929.
- Cáceres, Gonzalo, "Modernización, transformación y cultura urbana: Santiago de Chile bajo la experiencia autoritaria", en Nuria Tabanera *et al.*, *Las primeras democratizaciones en América Latina: Argentina y Chile, 1880-1930*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997.
- Casal, Alberto, "La crisis moral", en *La Unión*, 11 de enero de 1931.
- Collarte, Manuel, "Unión aduanera sudamericana", en *Las Últimas Noticias*, 1 de julio de 1931.
- Collier, Simon, "The Historiography of the 'Portalian' Period (1830-1891) in Chile", en *H.A.H.R.*, N° 57, 1977.
- Collier, Simon y William F. Sater, "Una época clave en Chile (1918-1931): Lo que dice la historia y no dice todavía", en *Boletín de Historia y Geografía*, N° 14, 1998.
- Correa, Rafael A., "Chile y el fracaso de la ley seca en EE.UU.", en *El Mercurio*, 6 de julio de 1921.
- Devés Valdés, Eduardo, "El pensamiento nacionalista en América Latina y la reivindicación de la identidad económica, 1925-1945", en *Historia*, N° 32, 1999.
- Donoso, Armando, "Periodismo", en Ernesto Barros Jarpa *et al.* (ed.), *Chile: geografía económica*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1923.
- Donoso Rojas, Carlos, "De la Compañía Chilena de Teléfonos Edison a la Compañía de Teléfonos de Chile: Los primeros 50 años de la telefonía nacional, 1880-1930", en *Historia* N° 33, 2000.
- Dublé Urrutia, Diego, "El nacionalismo y la reforma de la educación", en *El Mercurio*, 10 de julio de 1927.
- Durand, Luis, "La frontera y su interpretación en la literatura chilena", en *Atenea*, N° 1, 1933.
- Dussel, Enrique, "Eurocentrism and Modernity: Introduction to the Frankfurt Lecture", en John Beverley *et al.* (ed.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham, Duke UP, 1995.



- Echenique Gandarillas, J.M., "La unión intelectual de la América Latina", en *El Diario Ilustrado*, 2 de julio de 1926.
- Edwards Bello, Joaquín, "La crueldad iberoamericana", en *La Unión*, 8 de mayo de 1932.
- Edwards Bello, Joaquín, "La cueca", en *La Nación*, 9 de julio de 1928.
- Edwards Bello, Joaquín, "El triunfo de Firpo", en *La Nación*, 13 de julio de 1923.
- Edwards Bello, Joaquín, "La evolución del pueblo hispano-indio", en *La Nación*, 27 de febrero de 1928.
- Edwards Bello, Joaquín, "¿Podemos ser felices?", en *La Nación*, 17 de agosto de 1932.
- Edwards Bello, Joaquín, "Sumisión razonada", en *La Nación*, 24 de julio de 1925.
- Figueroa Salas, Jonás, "Las ciudades lineales chilenas, 1910-1930", en *Revista de Indias*, N° 53, 1993.
- Fontecilla R., Rafael, "Divorce and the Law of Chile", en *Inter-America*, N° 5, agosto de 1922.
- Fuenzalida Grandón, Alejandro, "El trabajo i la vida en el mineral El Teniente, parte 1", en *Boletín Minero*, N° 31, 1919.
- Gallardo Nieto, Galvarino, "Estados Unidos y América Latina", en Galvarino Gallardo Nieto, *Panamericanismo*, Santiago, Nascimento, 1941.
- García, Lautaro, "Dinamismo y patriotismo", en *El Diario Ilustrado*, 18 de julio de 1931.
- García Covarrubias, Jaime, "El Partido Radical y la clase media en Chile: la relación de intereses entre 1838-1938", en Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Santiago, Lom Ediciones, 1999, tomo 1.
- Gazmuri Riveros, Cristián, "Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco A. Encina y Alberto Cabero", en *Historia*, N° 16, 1981.
- Gil, Enrique, "De Nueva York al Pacífico", en *El Diario Ilustrado*, 19 de julio de 1925.
- Góngora, Mario, "Libertad política y concepto económico de Gobierno de Chile hacia 1915-1935", en *Historia*, N° 20, 1985.
- González, Cardenio, "Como ha aumentado su producción industrial EE. UU.", en *La Unión*, 12 de enero de 1919.
- González, Juan Pablo, "Vertientes de la música popular chilena", en Alvaro Godoy y Juan Pablo González (ed.), *Música popular chilena: 20 años, 1970-1990*, Santiago, Ministerio de Educación, 1995.
- González, Pedro Luis, "Cine sonoro", en *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, N° 47, 1930.
- Gorostiza, José, "Un hombre, un libro", en *Atenea*, N° 3, enero de 1926.

- Grant, Geraldine, "The State and the Formation of a Middle Class: A Chilean Example", en *Latin American Perspectives*, N° 10, 1983.
- Hernández, Florencio, "Estados Unidos: La tierra de las probabilidades", en *Zig-Zag*, 5 de noviembre de 1927.
- Herrera Valdés, Willy, "Alejandro Venegas y su visión crítica de la educación chilena en las primeras décadas del siglo xx", en *Revista de Historia de la Educación*, N° 2, 1996.
- Heuertz, Víctor, "Divorcio europeo y divorcio americano", en *Zig-Zag*, 28 de julio de 1928.
- Hübner Richardson, Mimi, "Hay que ser popular", en *Hollywood*, mayo de 1927.
- Ibáñez Santa María, Adolfo, "Los ingenieros, el Estado y la política en Chile: del Ministerio de Fomento a la Corporación de Fomento, 1927-1939", en *Historia*, N° 18, 1983.
- Ibáñez Santa María, Adolfo, "Los 'ismos' y la redefinición del Estado: Tecnicismo, planificación y estatismo en Chile, 1920-1940", en *Anales*, N° 474, 1996.
- Iglesias, Augusto, "Situación económico-social de Iberoamérica", en *La Nación*, 18 de febrero de 1931.
- Jil, Alberto, "El acercamiento hispano-americano", en *El Sur*, 4 de febrero de 1923.
- Jiménez de la Jara, Jorge y Thomas Bossert, "Las reformas del sector Salud en Chile: lecciones de cuatro períodos de reforma", en *Estudios Sociales*, N° 88, 1996.
- Keller, Carlos, "¿Se aproxima el fin del período capitalista?", en *La Información*, marzo de 1928.
- Keller R., Carlos, "Sobre el divorcio", en *Atenea*, octubre de 1928, pp. 241-243.
- Keller, Carlos, "Spengler y la situación política-cultural de la América Ibérica", en *La Información*, julio de 1927.
- Kirkwood, Julieta, "Feminismo y participación política", en María Angélica Meza (ed.), *La otra mitad de Chile*, Santiago, Instituto para el Nuevo Chile, 1986.
- König, Hans-Joachim, "Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica", en König, Hans-Joachim et al. (ed.), *Estado-nación, comunidad indígena, industria: tres debates al final del milenio*, Ridderkerk, AHILA, 2000.
- Labarca, Amanda, "Un estudio sobre el feminismo en Chile", en *Atenea*, N° 1, 1924.
- Labarca, Amanda, "Un servicio obligatorio", en *El Mercurio*, 30 de noviembre de 1919.
- Labarca, Amanda, "Una embajada de mujeres", en *El Sur*, 26 de febrero de 1923.
- Lacoste, Pablo, "Las propuestas de integración económica sudamericana: De Diego Portales a Alfredo Palacios, 1830-1939", en *Historia*, N° 32, 1999.

- Landa Z., F., "Nuestro sistema educacional y la pasividad económica de la población de Chile", en *El Mercurio*, 3,1,-28 de enero de 1922.
- Latcham, Ricardo E., "La nacionalización de la cultura latinoamericana", en *La Información*, julio/agosto de 1928.
- Latcham, Ricardo A., "Psicología del caballero chileno", en Hernán Godoy Urzúa, *El carácter chileno*, Santiago, Universitaria, 1976.
- López, Jaime, "Hispanoamericanismo práctico", en *Justicia*, 19 de febrero de 1926.
- López, Juan Esteban, "Chile comienza a aceptar lo chileno", en *La Nación*, 19 de marzo de 1928.
- Loyola, Verónica y Marcos Vergara I., "Evolución histórica del sistema de salud", en Ernesto Miranda R. (ed.), *La salud en Chile: Evolución y perspectivas*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 1994.
- Mandujano, Graciela, "La mujer en el comercio", en *El Mercurio*, 14 de noviembre de 1920.
- Mardones, Francisco, "Pavimentación de Santiago", en *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, N° 27, 1927, p. 511.
- Marín Vicuña, Santiago, "Cooperación intelectual inter-americana", en *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, N° 31, 1931.
- Marín Vicuña, Santiago, "La industria del cobre i el mineral de Portrerillos", en *Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería*, N° 32, 1920.
- Marshall, Enrique L., "Racionalización", en *Atenea*, N°1 y N° 2, 1931.
- Mayers G., Cora, "La aplicación del Código Long", en *La Nación*, 11 de julio de 1926.
- Meehan, Thomas C., "Jenaro Prieto: The Man and his Work", en Merlin H. Forster (ed.), *Tradition and Renewal: Essays on Twentieth Century Latin American Literature and Culture*, Urbana, University of Illinois Press, 1975.
- Melfi, Domingo, "Aspectos de una crisis moral", en *El Mercurio*, 2 de julio de 1928.
- Melfi, Domingo, "En torno de una crisis moral", en *El Mercurio*, 17 de julio y 8 de agosto de 1928.
- Merino Benítez, Arturo, "La concesión a la Pan American Grace Airways", en *El Mercurio*, 21 y 23 de julio de 1929.
- Millán, Augusto, "Contra el gran enemigo", en *Pacífico Magazine*, marzo de 1918.
- Mistral, Gabriela, "Conversando sobre la tierra (19 de septiembre de 1931)", en Mario Cespedes (ed.), *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*, San José, Universidad de Costa Rica, 1978.
- Mistral, Gabriela, "Chile (17 de septiembre de 1923)", en Mario Cespedes (ed.), *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*, San José, Universidad de Costa Rica, 1978.

- Mistral, Gabriela, "El grito (17 de abril de 1922)", en Mario Cespedes (ed.), *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*, San José, Universidad de Costa Rica, 1978.
- Molina, Enrique, "Ensayo sobre los sud-americanos", en Enrique Molina y Leo S. Rowe, *Los democracias americanas y sus deberes*, Santiago, Universitaria, 1917.
- Monestier, Renato, "Nacionalismo", en *Revista de Educación*, N° 1, 1928-1929.
- Mont-Calm, "¿Progresamos?", en *Zig-Zag*, 19 de junio de 1926.
- Mont-Calm, "Una fiesta de modas en el Ritz de Nueva York", en *Zig-Zag*, 23 de enero de 1915.
- Montenegro, Ernesto, "Europa y América", en *El Mercurio*, 5 de julio de 1931.
- Monvel, María, "El divorcio", en *Atenea*, agosto de 1928.
- Mouesca, Jacqueline, "La llegada del cine sonoro a Chile", en *Mapocho*, N° 36, Santiago, 1994.
- Mouesca, Jacqueline, "La revista Écran: notas para su historia", en *Mapocho*, N° 39, Santiago, 1996.
- Nieto del Río, Félix, "Arquitectura chilena", en *Revista Chilena*, N°117/118, 1930, pp. 28-34.
- O'Brien, Thomas F., "'Rich beyond the Dreams of Avarice': The Guggenheims in Chile", en *Business History Review*, N° 63, 1989.
- Ocampos, S., "Chuquicamata", en *Justicia*, 12 de mayo de 1925.
- Omer Emeth, "Crónica literaria", en *El Mercurio*, 22 de agosto de 1929.
- Ortega, Luis, "El proceso de industrialización en Chile, 1850-1930", en *Historia*, N° 26, 1991.
- Ouweneel, Arij, "The Germination of Politics Within the Directorio of the Institute of Chilean Engineers, 1910-1927", en *Historia*, N°29, 1995/1096.
- P. [Jenaro Prieto], "El velorio", en *El Diario Ilustrado*, 29 de julio de 1930.
- Palacio, José M., "Universidad internacional hispano-americana", en *El Sur*, 7 de abril de 1924.
- Palma, Gabriel, "From an Export-led to an Import-substituting Economy: Chile 1914-1939", en Rosemary Thorp (ed.), *Latin America in the 1930s: The Role of Periphery in the World Crisis*, Oxford, Macmillan, 1984.
- Pelambre, Juan, "Bienvenidas la cueca y la canción chilena", en *Las Últimas Noticias*, 15 de mayo de 1928.
- Pernet, Corinne A., "Peace in the World and Democracy at Home: The Chilean Women's Movement in the 1940s", en David Rock (ed.), *Latin America in the 1940s: War and Postwar Transitions*, Los Angeles, University of Los Angeles Press, 1994.

- Pernet, Corinne A., "Chilean Feminists, the International Women's Movement, and Suffrage, 1915-1950", en *Pacific Historical Review*, N° 69, 2000.
- Picón Salas, Mariano, "Intuición de Chile", en Hernán Godoy Urzúa, *El carácter chileno*, Santiago, Universitaria, 1976.
- Picón Salas, Mariano, "Notas sobre Hermann Keyserling", en *Atenea*, N° 4, febrero de 1927.
- Pinochet, Tancredo, "La inmodestia de la niña moderna", en *La Nación*, 1 de mayo de 1921.
- Pinochet, Tancredo, "Los recursos de la América Latina", en *La Nueva Democracia*, enero de 1920.
- Pinochet, Tancredo, "Una empresa norteamericana en Chile", en *La Nueva Democracia*, febrero de 1920.
- Poblete Troncoso, Moisés, "El futuro de América", en *La Información*, julio de 1927.
- Pope, Augusto, "Baile, alegría, luz y cultura", en *Las Últimas Noticias*, 4 de noviembre de 1919, p. 5.
- "Potrerillos Railway Company", en *Norte y Sur* 4, N° 41, 1930.
- Pratt, Mary Louise, "Modernität und Peripherie", en Nana Badenbergh *et al.* (ed.), *Exzentrische Räume: Festschrift für Carlos Rincón*, Stuttgart, Heinz, 2000.
- Ramón, Armando de, "Estudio de una periferia urbana: Santiago de Chile, 1850-1900", en *Historia*, N° 20, 1985.
- Ramón, Armando de y Patricio Gross, "Medio ambiente urbano en Santiago de Chile, 1891-1918", en Richard Morse y Jorge Enrique Hardoy (ed.), *Cultura urbana latinoamericana*, Buenos Aires, CLACSO, 1985.
- Rinke, Stefan, "Bildräume: Geschichte und Nation im chilenischen Kino des zwanzigsten Jahrhunderts", en Michael Riekenberg *et al.* (ed.), *Kultur-Diskurs: Kontinuität und Wandel der Diskussion um Identitäten in Lateinamerika im 19. und 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Heinz, 2001.
- Rinke, Stefan, "Die chilenische Salpeterwirtschaft zwischen ausländischem Kapital, wirtschaftlichen Eliten und Staat, 1880-1930", en Thomas Fischer (ed.), *Ausländische Unternehmen und einheimische Eliten in Lateinamerika: Historische Erfahrungen und aktuelle Tendenzen*, Frankfurt a.M., Vervuert, 2001.
- Río, Alá de, "Lo de Chuquicamata", en *Justicia*, 8 de mayo de 1925.
- Risopatrón Lira, José, "El box en Chile", en *Pacífico Magazine*, 1, 1919.
- Risopatrón Lira, José, "Los juegos olímpicos", en *Pacífico Magazine*, 1, 1920.
- Rodó, José Enrique, "El Centenario de Chile", en José Enrique Rodó, *Obras Completas*, ed. Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1957.
- Rosenberg, Emily S., "Consuming Women: Images of Americanization in the 'American Century'", en *Diplomatic History*, N° 23, 1999.

- Roxane (Elvira Santa Cruz Ossa), "El scoutismo en Chile", en *Zig-Zag*, 16 de agosto de 1930.
- Roxane (Elvira Santa Cruz Ossa), "La situación de la mujer", en *El Mercurio*, 25 de marzo de 1928.
- Roxane (Elvira Santa Cruz Ossa), "Las actividades de la mujer chilena", en *El Mercurio*, 14 de octubre de 1928.
- Ruiz, Carlos, "Tendencias ideológicas de la historiografía chilena del siglo xx", en *Escritos de Teoría*, N° 2, 1977.
- Salas Edwards, Ricardo, "La futura acción política de la mujer", en *Revista Chilena*, N° 29, 1919.
- Salas Edwards, Ramón, "La misión integral del ingeniero", en *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, N° 29, 1929.
- Salas Edwards, Ricardo, "La nueva Cuba", en *El Mercurio*, 6 de octubre de 1929.
- Salas Marchán, M., "La reforma de la enseñanza", en *La Información*, enero de 1922.
- Sánchez, José Manuel, "La ciudad ideal", en *El Mercurio*, 27 de mayo de 1928.
- Sánchez, Pedro, "Los factores de la decadencia", en *La Unión*, 24 de agosto de 1922.
- Santiván, Fernando, "En persecución del petróleo", en *El Sur*, 19 de julio de 1931.
- Schulze, Emilio, "Necesidad de una orientación idealista", en *La Nueva Democracia*, noviembre de 1920.
- Seidel, Robert N., "American Reformers Abroad: The Kemmerer Missions in South America, 1923-1931", en *Journal of Economic History*, N° 32, 1972.
- Silva, Patricio, "State, Public Technocracy and Politics in Chile, 1927-1941", en *Bulletin of Latin American Research*, N° 13, 1994.
- Silva Castro, Raúl, "América no es una unidad", en *El Mercurio*, 25 de enero de 1931.
- Silva Castro, Raúl, "Precisiones sobre el divorcio", en *Atenea*, febrero de 1928.
- Silva Cruz, Carlos, "Prólogo", en Santiago Marín Vicuña, *Por los Estados Unidos*, Santiago, Nascimento, 1925.
- Solís de Ovando, C., "Racionalización de la producción", en *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, N° 32, 1932.
- Suárez Orrego, Jorge, "Censura cinematográfica", en *El Mercurio*, 4 de febrero de 1928.
- Subercaseaux, Guillermo, "Defendamos la economía nacional", en *Boletín de la SOFOFA*, año xxxviii, N° 12, Santiago, diciembre 1921.
- Subercaseaux, Guillermo, "Política económica", en *Revista de Política Internacional*, N° 1, 1922.
- Tagle Moreno, Enrique, "El nacionalismo", en *Sucesos*, 16 de febrero de 1928.

- Tagle Rodríguez, Emilio, "Causas del desarrollo de la producción en los Estados Unidos", en *El Mercurio*, 13 de junio de 1927.
- Tagle Rodríguez, Emilio, "La normalización en la producción", en *Boletín de la SOFOFA*, año XLVII, 1930.
- Tagle Rodríguez, Emilio, "La política nacionalista del Gobierno", en *El Mercurio*, 25 de julio de 1927.
- Tagle Rodríguez, Emilio, "Nacionalización de las minas", en *Boletín Minero*, N° 32, 1920.
- Tartarín, Hipólito, "El matrimonio en Chile", en *Zig-Zag*, 10 de julio de 1926.
- Toro, A., "Visitas y entrevistas", en *El Sur*, 19 de mayo de 1925.
- Ugarte, Manuel, "El destino de dos razas", en *Atenea*, febrero de 1930.
- Ugarte, Manuel, "La fatiga de Europa", en *La Unión*, 3 de agosto de 1930.
- Ugarte, Manuel, "Manifiesto a la juventud latino-americana", en *Atenea*, N° 4, abril de 1927.
- Valdés, Renato, "La plaga alcohólica", en *La Nación*, 6 de junio de 1931.
- Vásquez, David E., "El cine como registro de una sociedad que cambia", en Alfredo Riquelme Segovia (ed.), *Chile: Historia y presente. Una visión interdisciplinaria*, Santiago, Pontificia Universidad Católica, 1996.
- Vega, Daniel de la, "Cosas de América", en *El Mercurio*, 16 de febrero de 1924.
- Venturino, Pascual, "Reseña de Fuenzalida *El trabajo y la vida*", en *Revista Chilena*, N° 25, 1919.
- Verité, Paul, "Ellas a la acción", en *La Nación*, 30 de agosto de 1932.
- Verité, Paul, "Film", en *La Nación*, 25 de septiembre de 1926.
- Verité, Paul, "Lo nuestro", en *La Nación*, 17 de diciembre de 1928.
- Viviani C., Guillermo, "Los postulados del nacionalismo", en *El Mercurio*, 15 de junio de 1927.
- Wilkins, Mira, "Multinational Oil Companies in South America in the 1920s", en *Business History Review*, N° 48, 1974.
- Yáñez, Eliodoro, "Prólogo", en Enrique Molina y Leo S. Rowe, *Los democracias americanas y sus deberes*, Santiago, Universitaria, 1917.
- Zañartu, Sady, "Vida teatral: La chilenidad en nuestro teatro", en *Zig-Zag*, 27 de febrero de 1926.
- Zenteno Anaya, Samuel, "El espíritu de la educación norte-americana", en *Atenea*, N° 1, 1925.
- Zouroff, Vera, "Crónicas de Hollywood", en *Zig-Zag*, 22 de febrero de 1931.

## LIBROS

- Abarca, Florentino, *La decadencia de Chile: Causas principales y secundarias*, Valparaíso, de la Cruz, 1904.
- Albert, Bill, *South America and the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- Album de tejidos y alfarería araucana*, Santiago, Universo, 1928.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2. ed. London, Verso, 1991.
- Arbena, Joseph L. (ed.), *Sport and Society in Latin America: Diffusion, Dependency, and the Rise of Mass Culture*, New York, Greenwood, 1988.
- Badenberg, Nana *et al.* (ed.), *Exzentrische Räume: Festschrift für Carlos Rincón*, Stuttgart, Heinz, 2000.
- Bañados, Guillermo M, *Chile y los problemas de la post-bellum*, Santiago, Nacional, 1919.
- Barros Jarpa, Ernesto *et al.* (ed.), *Chile: Geografía económica*, Santiago, Cervantes, 1923.
- Bengoa, José, *La comunidad perdida: Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*, Santiago, SUR, 1996.
- Beverly, John *et al.* (ed.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham, Duke University Press, 1995.
- Brunner, José Joaquín *et al.*, *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*, Santiago, FLACSO, 1989.
- Burns, E. Bradford, *Latin American Cinema: Film and History*, Los Angeles, UCLA Latin American Center, 1975.
- Cabero, Alberto, *Chile y los chilenos*, Santiago, Nascimento, 1926.
- Cariola Sutter, Carmen y Osvaldo Sunkel, *La historia económica de Chile 1830 y 1930: Dos Ensayos y una bibliografía*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1982.
- Castro Garín, Fabio, *Legislación de minas de Chile*, Santiago, Cervantes, 1918.
- Catalán, Carlos *et al.*, *Transformaciones del sistema cultural chileno entre 1920-1973*, Santiago, Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística, 1987.
- Céspedes, Mario (ed.), *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*, San José, Univ. de Costa Rica, 1978.
- Collier, Simon y William F. Sater, *A History of Chile, 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.



- Couyoumdjian, Juan Ricardo, *Chile y Gran Bretaña durante la primera guerra mundial y la postguerra, 1914-1921*, Santiago, Andrés Bello, 1986.
- Covarrubias O., Paz, *Movimiento Feminista Chileno, 1915-1949*, Santiago, Pontificia Univ. Católica, Instituto de Sociología, Documento de Trabajo No. 22, 1974.
- Cuadra, Manuel, *Architektur in Lateinamerika: Die Andenstaaten im 19. und 20. Jahrhundert*, Darmstadt, Häusser, 1991.
- Chile in 1930: A Survey of Economic and Fiscal Conditions and Prospects*, New York, Chile-American Association, 1930.
- Dávila, Carlos, *North American Imperialism*, New York, Chile-American Association, 1930.
- Délano, Jorge, *Yo soy tú*, Santiago, Zig-Zag, 1956.
- DeShazo, Peter, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, Wisconsin UP, 1983.
- Deutsch, Sandra McGee, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford UP, 1999.
- Donoso, Armando, "Periodismo", en Ernesto Barros Jarpa et al. (ed.), *Chile: Geografía económica*, Santiago, Cervantes, 1923, pp. 148-155.
- Donoso, Armando, *La otra América*, Madrid, Calpe, 1925.
- Donoso, Ricardo, *Alessandri: Agitador y demoleedor: Cincuenta años de historia política de Chile*, 2 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1952-1954.
- Durán B., Alberto, *El estado libre de El Teniente y la vida obrera de las minas*, Santiago, Universitaria, 1919.
- Drake, Paul W., *The Money Doctor in the Andes: The Kemmerer Missions, 1923-1933*, Durham, Duke UP, 1989.
- Drake, Paul W., *Socialism and Populism in Chile 1932-1952*, Urbana, University of Illinois Press, 1978.
- Edwards Bello, Joaquín, *El nacionalismo continental: Crónicas chilenas*, Madrid, Espasa Calpe, 1925.
- Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Universitaria, 1997 (1ª edición, 1928).
- Eliash Díaz, Humberto y Manuel Moreno Guerrero, *Arquitectura y modernidad en Chile, 1925-1965: Una realidad múltiple*, Santiago, Universidad Católica, 1989.
- Encina, Francisco, *Nuestra inferioridad económica, sus causas y sus consecuencias*, Santiago, Universitaria, 1972 (1ª edición, 1911).
- Fernandois, Joaquín, *Abismo y cimientto: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997.

- Figueroa, Marcial, *Chuquicamata: La tumba del chileno*, Antofagasta, Prat, 1928.
- Fischer, Thomas (ed.), *Ausländische Unternehmen und einheimische Eliten in Lateinamerika: Historische Erfahrungen und aktuelle Tendenzen*, Frankfurt a.M., Vervuert, 2001.
- Flora, Peter, *Modernisierungsforschung: Zur empirischen Analyse der gesellschaftlichen Entwicklung*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1974.
- Forster, Merlin H. (ed.), *Tradition and Renewal: Essays on Twentieth Century Latin American Literature and Culture*, Urbana, University of Illinois Press, 1975.
- Gallardo Nieto, Galvarino, *Panamericanismo*, Santiago, Nascimento, 1941.
- Garafulic, Andrés, *Carnalavaca: Novela de las tierras rojas*, Santiago, Nascimento, 1932.
- García Covarrubias, Jaime, *El Partido Radical y la clase media: La relación de intereses entre 1888 y 1938*, Santiago, Andrés Bello, 1990.
- Gazmuri Riveros, Cristián, *Testimonios de una crisis: Chile, 1900-1925*, Santiago, Universitaria, 1979.
- Gellner, Ernest, *Nations and Nationalism*, Ithaca, Cornell Univ. Press, 1983.
- Germani, Gino, *The Sociology of Modernization: Studies on Its Historical and Theoretical Aspects with Special Regards to the Latin American Case*, New Brunswick, Transaction Books, 1981.
- Godoy, Alvaro y Juan Pablo González (ed.), *Música popular chilena: 20 años, 1970-1990*, Santiago, Ministerio de Educación, 1995.
- Godoy Quezada, Mario, *Historia del cine chileno*, Santiago, 1966.
- Godoy Urzúa, Hernán, *El carácter chileno*, Santiago, Universitaria, 1976.
- Godoy Urzúa, Hernán, *La cultura chilena: Ensayo de síntesis y de interpretación sociológica*, Santiago, Universitaria, 1983.
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Universitaria, 1986.
- González, Renato, *El boxeo en Chile*, Santiago, Quimantú, 1973.
- Grez, Sergio (ed.), *La "cuestión social" en Chile: Ideas, debates y precursores, 1804-1902*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 1995, vol. XIII.
- Gutiérrez, Eulogio, *Chuquicamata: Tierras rojas*, Santiago, Nascimento, 1926.
- Gutiérrez, Eulogio y Marcial Figueroa, *Chuquicamata: Sus grandezas y sus dolores*, Santiago, Cervantes, 1920.
- Hennebelle, Guy y Alfonso Gumucio Dagron, *Les cinémas de l'Amérique Latine*, Paris, L'Herminier, 1981.

- Houseman, Philip J., *Chilean Nationalism, 1920-1951*, Tesis doctoral, Stanford University, 1961.
- Humud Ruiz-Tagle, Carlos, *El sector público chileno, 1830-1930*, Santiago, Universidad de Chile, 1969.
- Hutchison, Elizabeth Q., *Working Women of Santiago: Gender and Social Transformation in Urban Chile, 1887-1927*, Tesis doctoral, Univ. of California at Berkeley, 1995.
- Illanes, María Angélica, *En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia: Historia social de la salud pública, Chile 1880-1973*, Santiago, Colectivo de Atención Primaria, 1993.
- Jara Donoso, Eliana, *Cine mudo chileno*, Santiago, Los Héroes, 1994.
- Jorquera, Laura [Aura], *Tierras rojas: Recuerdos del mineral de Chuquicamata*, Santiago, Zig-Zag, 1917.
- Keller R., Carlos, *La eterna crisis chilena*, Santiago, Nascimento, 1931.
- Keller R., Carlos, *Un país al garete: Contribución a la sismología social de Chile*, Santiago, Nascimento, 1932.
- Kirsch, Henry W., *Industrial Development in a Traditional Society: The Conflict between Entrepreneurship and Modernization in Chile*, Gainesville, University Presses of Florida, 1977.
- Klubock, Thomas Miller, *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, Durham, Duke UP, 1998.
- König, Hans-Joachim et al. (ed.), *Estado-nación, comunidad indígena, industria: tres debates al final del milenio*, Ridderkerk, AHILA, 2000.
- Labarca, Amanda, *¿A dónde va la mujer?* Santiago, Extra, 1934.
- Labarca, Amanda, *Historia de la enseñanza en Chile*, Santiago, Universitaria, 1939.
- Lahoud, Raphael, *Divorcio y matrimonio libre*, Santiago, Carnet Social, 1931.
- Larraín Mancheño, Fernando, *Fútbol en Chile: Historia de este deporte a través de sus cincuenta años de vida, 1895-1945*, Santiago, Federación de Football de Chile, 1945.
- Lasagni, María Cristina et al., *La radio en Chile: historia, modelos, perspectivas*, Santiago, Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística, 1985.
- Latcham, Ricardo A., *Chuquicamata: Estado Yankee*, Santiago, Nascimento, 1926.
- Latcham, Ricardo E., *La capacidad guerrera de los araucanos*, Santiago, Universitaria, 1915.
- Latcham, Ricardo E., *La prehistoria chilena*, Santiago, Universo, 1928.
- Lavrin, Asunción, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*, Lincoln, Univ. of Nebraska Press, 1995.

- Lindsay, Onofre, *El problema fundamental: La repoblación de Chile y los estados unidos de Sudamérica*, Santiago, Nascimento, 1925.
- Loo, Hans van der y Willem van Reijen, *Modernisierung: Projekt und Paradox*, München, dtv, 1992.
- López Navarro, Julio, *Películas chilenas*, Santiago, La Noria, 1994.
- Loveman, Brian, *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism*, New York, 1979.
- Mac-Iver, Enrique, *Discurso sobre la crisis moral de la república*, Santiago, Moderna, 1900.
- Macchiavello Varas, Santiago, *El problema de la industria del cobre en Chile y sus proyecciones económicas y sociales*, Santiago, Imprenta Fiscal de la Penitenciería, 1923.
- Macchiavello Varas, Santiago, *Política económica nacional: Antecedentes y directivas*, Santiago, Balcells, 1931, 2 tomos.
- Marín Vicuña, Santiago, *Por los Estados Unidos*, Santiago, Nascimento, 1925.
- Martner, Daniel, *Economía política*, Santiago, Universitaria, 1925.
- Millar, René, *La elección presidencial de 1920: tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario*, Santiago, Universitaria, 1982.

EDICIONES  
DE LA  
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

TÍTULOS PUBLICADOS  
1990-2002

- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 47, primer semestre (Santiago, 2000, 465 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 48, segundo semestre (Santiago, 2000, 378 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 49, primer semestre (Santiago, 2001, 458 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 50, segundo semestre (Santiago, 2001, 424 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 51, primer semestre (Santiago, 2002, 372 págs.).  
Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).  
Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).  
Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).  
Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).  
*La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).  
Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).  
Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).

- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).
- Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Juvencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore*, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).
- Alfredo Matus y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago 1998, 106 págs.).
- Mario Andrés Salazar y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza*, (Santiago 1998, 147 págs.).
- Consuelo Valdés Chadwick, *Terminología museológica. Diccionario básico*, español-inglés, inglés-español (Santiago, 1999, 188 págs.).
- Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Ludovico Antonio Muratori, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones*, 1999, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.), tomo I.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.), tomo II.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.), tomo III.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.), tomo IV.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 412 págs.), tomo V.

- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 346 págs.), tomo VI.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 416 págs.), tomo VII.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 453 págs.), tomo VIII.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 446 págs.), tomo IX.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 271 págs.), tomo XVI.
- Gonzalo Piwonka Figueroa, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Cristián Gazmuri, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, 172 págs.), vol I.
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, 201 págs.), vol II.
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, 143 págs.), vol III.
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 213 págs.), vol IV.
- Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)* (Santiago y Buenos Aires, 2000, 336 págs.), tomo I.
- Rafael Sagredo Baeza, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio, (verano de 1889)"*. (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Pablo Moraga, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago 2001, 180 págs.).
- Maximiliano Salinas, Daniel Palma, Christian Baeza y Marina Donoso, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX*. (Santiago, 2001, 292 págs.).
- Sergio González Miranda, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre* (Santiago, 2ª edición, 2002, 474 págs.).
- Gladys Lizama Silva (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago, 2002, 349 págs.).
- Antonio Mitre, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Bernardo Guierro Jiméñez (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Verónica Uribe (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Stefan Rinke, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).

*Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia*

- Vol. I Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

*Colección Fuentes para la Historia de la República*

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VIII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. IX *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. X "... *I el silencio comenzó a reinar*". *Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. XI *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XII *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XIII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIV *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XVI *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Uliánova (Santiago, 2000, 742 págs.).



- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, Recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira. (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, Recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).

### *Colección Sociedad y Cultura*

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 2ª edición, 2000, 312 págs.).
- Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).

- Vol. xvi Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. xvii Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. xviii Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. xix Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión*, tomo 1, "Los primeros doscientos años. 1541-1741". (Santiago, 1999, 480 págs.).
- Vol. xx Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América*. (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. xxi Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. xxii María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo xix en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. xxiii Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. xxiv Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. xxv Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. xxvi Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo xix* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. xxvii Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. xxviii Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. xxix José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americana* (Santiago, 2002, 145 págs.).
- Vol. xxx Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).

#### *Colección Escritores de Chile*

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).

- Vol. VII *Alberto Rojas Jimenez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón y recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón, recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).

#### *Colección de Antropología*

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

#### *Colección Imágenes del Patrimonio*

- Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

#### *Colección de Documentos del Folklore*

- Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

#### *Colección Ensayos y Estudios*

- Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

Vol II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

Vol III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del Desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).

Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición  
en el mes de noviembre de 2002  
en los talleres de Imprenta Salesianos S.A.  
General Gana 1486  
Santiago de Chile